ZILLAH EISENSTEIN

SEÑUELOS SEXUALES

Género, raza y guerra en la democracia imperial

edicions bellaterra

Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

Traducido por Ana Nuño

Publicado por Led Books, 2007

Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-381-4
Depósito Legal: B. 989-2008

Impreso por Romanyà Valls. Capellades (Barcelona)

Índice

Agradecimientos

Muchas personas han participado en la elaboración de este libro. Algunas me han hecho comentarios acerca de las ideas que en él se exponen; otras han escrito obras que han marcado mi pensamiento; también quienes me han acompañado en mis viajes, y los organizadores y animadores de las manifestaciones y marchas políticas que evoco en estas páginas, así como quienes han intercambiado conmigo sus ideas por correo electrónico y quienes me señalaron la existencia de otros trabajos, sin olvidar los que me han manifestado una amistad verdadera. Incluso hay quienes hicieron todas estas cosas. Habría sido imposible escribir este libro sin todos esos individuos y las comunidades a las que pertenecen. Manifiesto mi más sincero agradecimiento a Miriam Brody, Susan Buck-Morss, Rosalind Petchesky, Ellen Wade, Chandra Talpade Mohanty, Rebecca Riley, Carla Golden, Naeem Inayatalluh, Asma Barlas, Judith Butler, Joan Romm, Anne Fausto-Sterling, Bernadette Muthien, Patty Zimmermann, Kavita Panjabi, Sandra Greene, Angana Chatterji, Shareen Gokal, Meyda Yegenoglu, Cynthia Enloe, Anna Marie Smith, Valentine Moghadam, Mary Katzenstein, Ella Shohat, Donald Dawsland, Paisley Currah, Tilu Bal, Tom Shevory y Mary Ryan.

Quiero destacar algunas extraordinarias muestras de dedicación. Miriam ha leído todo lo que he escrito desde hace años, y también en esta ocasión ha revisado mi manuscrito de arriba abajo, más de una vez en lo que respecta a algunas de sus partes. Susan se entregó a este proyecto desde el comienzo con enorme entusiasmo, y leyó y anotó el borrador íntegramente. Carla revisó algunos fragmentos, a veces sin margen de tiempo suficiente, para poder colgarlos cuanto antes en in-

ternet. Su contribución también fue fundamental en mi trabajo de recogida de firmas contra la propuesta HR 3077, destinada a recortar áreas de estudio de los programas académicos, y estuvo a mi lado en las manifestaciones contra la guerra. Siempre que lo necesité, Naeem me prestó atención de un modo estimulante cuando me atascaba y trataba de descifrar mis propias enrevesadas ideas acerca de los señuelos, se manifestó a mi lado en contra de la guerra, junto con su hijo Kamal. Asma compartió conmigo su lúcido compromiso con el universo islámico, ayudándome a despejar mi ignorancia sobre algunos matices. Ros no dejó de transmitirme sus fabulosas ideas, a medida que iba adentrándome en estas líneas escritas en tiempos de confusión bélica. Chandra es capaz de entregar sus ideas y su persona, incluso cuando Uma no le deja tiempo para hacerlo.

Ni una sola de las ideas, textos y convicciones que componen este libro existirían sin los movimientos feministas y el activismo de las mujeres que luchan infatigablemente en Tailandia, Cuba, Corea, Turquía, Palestina, India, Suráfrica, Ghana, España, Chile, Afganistán e Irak.

Creo que no sería capaz de pensar como lo hago sobre las fronteras sexuales y cómo traspasarlas si no fuera por mi amistad con Donald Dawsland. Además de desafiar categorizaciones, sabe cómo celebrar, y siempre con arrojo, su propia sexualidad.

Mi más hondo agradecimiento a Tsveta Petrova, mi asistente de investigación en Cornell, siempre generosa con su tiempo y energía, además de sorprendente. Con frecuencia busqué documentos que no era capaz de localizar y que ella siempre encontraba. Agradezco también a Peter Bardaglio, vicerrector académico el Ithaca College, por los fondos destinados a mi investigación y su excepcional apoyo a mi trabajo y viajes.

Quiero señalar la importante labor de distribución de mis textos sobre Abu Ghraib, las nominaciones al tribunal Supremo, el huracán Katrina y la marcha de 2005 contra la guerra de Irak realizada por <www.WHRnet.org/> y <www.nwsa.org/katrina>.

Por descontado, este libro no habría podido realizarse sin el apoyo de mi editora, Anna Hardman, y Julian Hosie y Farouk Sohawan, de Zed Books. Un reconocimiento especial a mi editora de mesa, Pat Harper.

Por permitirme compartir mi trabajo en el período de prepara-

ción, estoy en deuda con los seminarios sobre Género y Militarismo que dirigí en el Ithaca College (2004-2006) y la Universidad McMaster en Hamilton, Ontario; la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts; la Universidad METU de Ankara, Turquía, y el Trinity College de Dublín, Irlanda.

A Bernie Wohl, Carmen Lewis y Sheila Davidson, mi sincero agradecimiento por el cariño y la atención que durante todos estos años le han prodigado a mi milagrosa madre.

Y mi más hondo agradecimiento a Richard Stumbar por su extraordinario amor, amistad y compañerismo durante la mayor parte de mis viajes, y a Sarah Eisenstein Stumbar por ser la fabulosa hija que sabe siempre prodigarme una inabarcable alegría. Mi hermana Julia Price Eisenstein fortalece mi alma milagrosamente, a pesar del dolor físico al que se enfrenta a diario.

A todos los que se arriesgan a tener esperanza
en nuevas formas de ser

Prefacio

Enero de 2006. Es un mes difícil. El suelo está cubierto de nieve, pero es una nieve helada y sucia, no la de una nevada reciente y limpia. Hace frío... Y con el gas y el gasóleo batiendo todas las marcas de precios en Estados Unidos, para la mayoría de nosotros la vida parece más glacial que nunca. El pasado reciente incluye la revelación de las torturas en Abu Ghraib, la reelección de George Bush y los horrores del tsunami y el huracán Katrina, con su inabarcable devastación. La opinión pública estadounidense descubre que nuestro presidente autorizó en secreto a la Agencia de Seguridad Nacional para que nos sometiera a escuchas, mientras las guerras en Afganistán e Irak continúan arrastrándose penosamente. Aumentan el control y la vigilancia y se criminaliza a los disidentes. Todo resulta cada vez más visible y evidente, mientras disminuye cada día más la posibilidad de cambiar este panorama.

Con pesadumbre en el corazón, comienzo a desvelar lo novedoso que anida tras estos «nuevos-viejos» escenarios.[1] Persigo la traza y revelación de las silenciadas historias raciales y de género de este momento militarizado del patriarcado racializado del capitalismo global. Todos y cada uno de los actuales escenarios varoniles son obra de sedicentes hombres masculinos, pero resulta que los hombres pueden ser masculinos o femeninos, blancos u «otros». El género racializado

1. Veáse mi *Global Obscenities: Patriarchy, Capitalism, and the Lure of Cyberfantasy*, New York University Press, Nueva York, 1998, para una argumentación acerca de las razones por las que lo nuevo siempre está históricamente relacionado con lo viejo en la expresión «nuevo-viejo».

o concebido como raza opera como señuelo. Los hombres pueden ser machistamente identificados como masculinos, pero asimismo pueden ser femeninos, ya que son capaces de desarrollar aptitudes tanto masculinas como femeninas. Es en este sentido que puede decirse que, aunque existen más de dos sexos y más de dos géneros, políticamente se nos dicta y obliga a ser masculinos o femeninos, hombres o mujeres.

Así, el sexo, el género y la raza pueden ser utilizados como señuelos, ya que sus significados, además de osificarse, también admiten siempre ser múltiples y variados. Sexo y género, a pesar de ser distintos y diversos, suelen amalgamarse brutalmente para formar una sola entidad. Las variaciones de lo femenino y la feminidad, lo masculino y la masculinidad, se oponen a la homogeneidad del género heteronormativo, creando relatos y significaciones confusos, ilegibles, ignotos.[2] Los aspectos indescifrables del sexo, el género y la raza hacen posible que en la actualidad asuman la función de señuelos de la democracia imperial y fascista. Pero el género no puede engañar siempre o integralmente, ya que entonces dejaría de funcionar como señuelo. Ello enturbia aún más la inteligibilidad de los significados del sexo, el género y la raza. El complejo proceso del señuelo (seducción, engaño y captura), a la vez que contribuye a definir la historia, adopta «nuevos-viejos» significados históricos. La guerra hace que estos procesos se vuelvan más visibles y sujetos a debate. La elaboración racial y de género por la política es precisamente lo que aspiro a enfocar con mayor claridad. El lenguaje mismo, sin embargo, hace que sea imposible construir un pensamiento que incluya estas complejidades.

Persigo «hechos impensables», y para ello requiero nuevos «instrumentos de pensamiento», ya que mi conceptualización no incluye las categorías adecuadas.[3] Hay una masculinidad que es masculina y otra que es femenina, y existe la feminidad femenina y la masculina. Condoleezza Rice encarna su condición de señuelo cuando hace la guerra en nombre de los hombres blancos. Y las mujeres mu-

2. Para un notable análisis de la ilegibilidad histórica de las sexualidades múltiples, veáse Afsaneh Najmabadi, *Women with Mustaches and Men without Beards*, University of California Press, Berkeley, 2005.
3. Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past*, Beacon Press, Boston, 1995, p. 82.

sulmanas veladas se convierten en señuelos de y para las guerras contra el terrorismo, que libran tanto los misóginos imperiales como los insurgentes islamistas. Si esto parece confuso, pido al lector que siga leyendo.

Mi interés ahora está centrado en la manera en que el actual período de guerra y militarismo contribuye a modificar el significado del género y su relación con unos cuerpos marcados por el sexo y la raza. Aspiro a exponer y revelar las más recientes variaciones de género, capaces de desconectar las significaciones del cuerpo femenino de su formación genérica. Más mujeres hoy en día están en el ejército, se ven afectadas por las guerras y ven militarizadas sus vidas privadas, participan en las fuerzas armadas de países del Tercer Mundo, o son inmigrantes y refugiadas. Todo ello desestabiliza los significados de género establecidos, mientras que los privilegios de la masculinidad racializada permanecen incólumes, a pesar de que han sufrido alguna modificación. Aunque utilizan el discurso de los derechos de la mujer como tapadera táctica de la dominación global, mujeres como Condi Rice y Hillary Clinton no hacen sino complicar aún más las cosas al articular la democracia imperial más puntera.

Es posible que nos hallemos en un momento histórico crucial, en el que, con la ayuda de los feminismos de todo el planeta, se logre desestabilizar el género efectivamente, pero también es posible que las formulaciones machistas del género en defensa de la democracia imperial acaben imponiéndose en formas más diversas. Tan sólo el año pasado se produjo toda una serie de primicias: mujeres accedieron democráticamente a la presidencia en Chile, Alemania y Liberia; Cecelia Fire Thunder fue designada líder de la tribu sioux Oglala; Tzipi Livni ocupó el cargo de ministra de Asuntos Exteriores de Israel —la primera vez que una mujer lo hacía después de Golda Meir— y seis mujeres fueron elegidas al recientemente constituido Parlamento de Hamás. Obviamente, el significado de estos acontecimientos no está claro. Algunas de esas victorias son el reflejo de enormes luchas y logros políticos. En cada capítulo de este libro abordo diferentes aspectos de la elaboración de sexos, géneros y razas, así como la influencia del género en la guerra y su militarización y la multiplicidad de los patriarcados y, por ende, los feminismos. El género, en medio de estas transformaciones, continúa siendo increíblemente complejo y confuso. Por un lado, los cambios afectan a casi todos los ámbitos,

pero, por otro lado, es difícil saber a ciencia cierta qué es exactamente lo que está cambiando.

El género y la sexualidad son hoy, en sus manifestaciones, mucho más diversos para mi hija de lo que lo fueron para mí. Las mujeres están presentes en nuevos y diferentes ámbitos; el patriarcado es más diferenciado y complejo, lo que genera más alternativas y variabilidad; asimismo, la privatización neoliberal global impone mayores restricciones a muchas de esas alternativas. Actualmente es más difícil abortar en Estados Unidos que hace una década. Más adolescentes, tanto varones como hembras, practican el sexo oral, pero sostienen que no se trata de sexo. En el otoño de 2005 se emitió una serie de TV, *Comandante en jefe*, acerca de una mujer que ocupa la presidencia. No obstante, las mujeres no han influido en las nociones de género en el ejército, y las guerras de/contra el terrorismo suelen propiciar mutaciones de las nociones sexuales y de género en las que los dos términos aparecen mezclados y confundidos.

Examino aquí el desarrollo de la versatilidad del género y la diversidad racial —que no de la igualdad— en este período militarizado y con frecuencia antidemocrático. Sostengo la tesis de que la diversidad que hoy se manifiesta en la vida de las mujeres en todo el mundo no debe confundirse con la igualdad o la justicia sexual o de género, y también que en ocasiones sí es su equivalente. Y que la cooptación de la diversidad racial de una minoría a través del desplazamiento de la igualdad racial de la mayoría contribuye a reforzar la horrenda tendencia hacia el fanatismo derechista. Así, asistimos a procesos de redefinición sexual del género (mujeres comportándose como hombres), redefinición de género del género (mujeres presentándose como más modernas y diversas en tanto que mujeres), arrasamiento de la raza (negros convirtiéndose en Clarence Thomas o Colin Powell), nueva racialización de la raza (mujeres negras que pasan a ser blancas). No hay que cometer el error de interpretar estos procesos políticos como si fueran esencialistas y estáticos. Su constante excepcionalidad es lo que los hace parecer sobresalientes. La dificultad estriba en esencializar unas categorías que aspiro a desplazar.

En su discurso inaugural de 2005, el presidente Bush no mencionó la guerra de Irak; en cambio, dirigió la atención de todos hacia su lucha por las libertades en el país y en el extranjero: «La supervivencia de la libertad en nuestra tierra depende cada vez más del éxito

de la libertad en otras tierras». Aseguró que Estados Unidos no impondrá nuestra forma de gobierno a quienes no quieran adoptarla, y que todos han de hallar su propio camino y su propia voz.[4] Prometió devolver la unidad al país, a despecho de los llamados estados azules (progresistas) y rojos (conservadores). En su mensaje democrático, la política aparece codificada como una forma de guerra. Apenas unos pocos meses después, en medio del creciente descontento con la guerra, se dirigió a la National Endowment for Democracy en un tono más a la defensiva y agresivo, aunque con la misma insinceridad: «No descansaremos hasta haber ganado la guerra contra el terrorismo». Sus alternativas son simples: hay que escoger entre el triunfo de la libertad y el radicalismo islámico, con su militante yihadismo fascismo islamista. Una vez más repite su postura: Estados Unidos jamás se rendirá y sólo está dispuesto a aceptar una victoria total. Se refiere a la ideología «asesina» de los radicales islámicos comparándola con la lucha contra el comunismo, otra ideología que «desprecia con frialdad la vida humana». Los radicales islámicos ambicionan la «dominación imperial», mientras «tratan brutalmente a sus mujeres». Irak es la plataforma de lanzamiento de todo el mal existente. Pero Estados Unidos no perderá el norte.[5] En marzo de 2006, con el apoyo a la guerra decreciendo significativamente, Bush parece aún más a la defensiva.

El 8 de octubre de 2005, la opinión pública estadounidense esperaba el anuncio de la causa abierta contra Scooter Libby y Karl Rove por su responsabilidad en la filtración de informaciones acerca de una agente de la CIA, Valerie Palme, destinadas a perjudicar a su esposo, Joseph Wilson, por haber cuestionado la versión de Bush acerca de las armas de destrucción masiva de Sadam Husein. En la mañana de ese mismo día, la National Public Radio (NPR) abrió con la noticia de que la CIA podía ser responsable del asesinato y tortura de detenidos capturados en las guerras de Afganistán e Irak. Por un lado, el gobierno de Estados Unidos parece actuar racional y legalmente al perseguir a delincuentes por sus mentiras, mientras por otro lado consiente la tortura y la muerte. Éste es el rostro que al fascismo neoliberal o democracia fascista le conviene ofrecer, el que más con-

4. Cf. <www.whitehouse.gov/inaugural/January> 20, 2005.
5. Cf. <www.whitehouse.gov/news/releases/2005/10/20051006-3.html>.

viene al capitalismo global militante. La guerra contra el terrorismo ha logrado destruir los vestigios de la democracia, mediante la militarización de todos y cada uno de nosotros. La siempre problemática retórica de la emancipación, que se remonta a la Ilustración, parece haber sido sustituida *casi por completo* por la retórica del terror.

Una vez más, no sé qué palabras podrían ayudarme a pensar. No es nueva la tesis de que la democracia liberal/occidental/burguesa nunca ha sido plenamente democrática, ni la afirmación de que es un error equiparar la democracia de corte occidental con la democracia a secas.[6] Actualmente, las variantes neoliberales de la democracia se jactan a su vez de representar fielmente la democracia y se posicionan en contra del islam. Aunque la democracia occidental tiene una tradición imperial que nunca ha desaparecido, lo novedoso es que ahora también articula prácticas neoliberales fascistas. Utilizo las expresiones «fascismo neoliberal» y «democracia fascista» como señal de peligro ante las actuales tendencias en Estados Unidos que, aunque puedan parecer excepcionales, también pueden fácilmente convertirse en la regla. En determinados ámbitos se puede observar un desplazamiento desde y entre las concepciones democráticas liberal y fascista.

Fueron muchos los alemanes que dijeron que no sabían nada del exterminio de más de seis millones de judíos durante el nazismo. Para ellos, la vida había seguido su curso con normalidad. Hoy, el curso normal de la vida prosigue para muchos de quienes vivimos en Estados Unidos, pero ha dejado de hacerlo para los detenidos en otros lugares, los sometidos a escuchas ilegales o los prisioneros de Guantánamo. Dependiendo del lugar que se ocupa y desde el que se habla, estas acciones serán o no consideradas excepciones (al Estado de derecho). Una excepcionalidad de esta naturaleza conduce a las nuevas formas que adopta la democracia fascista, lejos de las interpretaciones liberales y neoliberales ilustradas, circunscritas a la promesa de derechos legales para todos.

Las guerras en Afganistán e Irak están destruyendo el alma de Estados Unidos. Se lanzan bombas indiscriminadamente, se mutilan cuerpos, se les niegan sus derechos a los prisioneros de guerra, en Guantánamo se continúa recluyendo a personas ilegalmente. Las vi-

6. C. B. MacPherson, *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Clarendon Press, Oxford, 1973.

das de las pobres gentes son devastadas por tsunamis y huracanes, y el gobierno de Estados Unidos les ofrece tardíamente su caridad, pero no justicia social. El Katrina permite descubrir el racismo y la pobreza que muchos en Estados Unidos dicen ignorar que existían, y cabe preguntarse si el verdadero beneficiario de tantas desgracias volverá a ser Halliburton.

El nuevo vacío legal instaurado por la administración Bush, tanto en Estados Unidos como en otros países, ofrece un desmentido al discurso democrático. La novedad consiste en ubicar al enemigo de hoy no sólo en el extranjero, sino también en casa. En Nueva York, Nueva Jersey, Minnesota, California residen musulmanes, surasiáticos, latinos, salvadoreños, paquistaníes y somalíes. Quienes marcharon a Estados Unidos huyendo de la violencia y las persecuciones, ahora se preguntan qué ha sido de ese país que buscaban. Desde el 11 de septiembre de 2001 han perdido la libertad que en él aspiraron a encontrar. Dicen que nuestras cárceles y centros de detención son peores que los campos de refugiados que han conocido en otros lugares. La retórica de la guerra autoriza nuevos procesos no democráticos, desde la elaboración de perfiles raciales hasta el registro obligatorio, de las redadas racistas a las deportaciones.[7]

Para el resto del mundo, Estados Unidos, especialmente desde el escándalo de Abu Ghraib, ha dejado de representar la doctrina de los derechos humanos, con independencia de lo limitada que anteriormente fuera su aplicación real. Hemos dejado de ser una nación tan abierta como antes a los emigrantes del mundo entero, a exiliados y refugiados. En nombre de la «seguridad», confundimos a los necesitados con criminales y terroristas. Como Edwidge Danticat dice de su anciano tío haitiano: «Mi tío ha sido tratado como un criminal, cuando su único delito fue pensar que hallaría refugio en Estados Unidos». Y agrega: «En el perímetro exterior de Estados Unidos hay una zona delimitada y cerrada donde la Constitución ha dejado de ser plenamente operativa».[8]

A medida que se implementan las excepciones, perdemos nues-

7. Tram Nguyen, ed., *We Are All Suspects Now: Untold Stories from Immigrant Communities after 9/11*, Beacon Press, Boston, 2005, pp. 80-81.
8. Edwidge Danticat, «Not Your Homeland», *The Nation*, vol. 281, n.º 9 (26 de septiembre de 2005), pp. 23 y 26. Véase asimismo su prefacio en Tram Nguyen, *op. cit.*

tras mejores cualidades. Para la esposa y el hijo de un hombre que la CIA detuvo, torturó y mató en Afganistán, el gobierno de Estados Unidos no difiere un ápice de cualquier régimen fascista. El género y el sexo racializados funcionan como velo y engaño (como si la democracia existiera porque existen Colin Powell y Condoleezza Rice) y simultáneamente como desenmascaramiento (como sucede con las violaciones sexuales y raciales en las cárceles de Guantánamo y Abu Ghraib). En medio de esta cacofonía, ya no sabemos (si es que alguna vez lo supimos) quién o qué es una mujer y/o qué significa o debería significar ser afroamericano. El color se ha convertido en una baza para matar a la raza, y el género, en la que permite matar al sexo. Y la heteromasculinidad patriarcal/racializada autoriza y normaliza la condición de la mujer blanca privilegiada.

Mujeres como Condi Rice y Sandra Day O'Connor son las encargadas de apostar en nombre del poder imperial. Mientras, se generaliza el ingreso en el ejército de mujeres y chicas, como parte de la economía global recientemente militarizada. La nueva diversidad de optar entre terrenos de género, con sus respectivas identidades racializadas, define el militarizado momento histórico que vivimos. La economía se desarrolla y crece sólo para una exigua minoría. En mi entorno no conozco a nadie que no vaya a remolque y no esté hiperocupado. Los puestos de trabajo profesionales se reestructuran y modifican incesantemente, y pretendemos que todo sigue igual. Toda clase de formas de trabajo desaparecen en el país para relocalizarse en otros lugares. Da igual cuál sea nuestra postura política: nadie comprende el sentido de las guerras en Afganistán e Irak; sin embargo, nada las detiene. Se nos informa de que humillamos y torturamos, pero seguimos arrogantemente haciendo lo mismo de siempre.

A medida que el Estado-nación se privatiza para provecho del capital global, disminuye la transparencia en la asunción de responsabilidades. Las recién diseñadas guerras de/contra el terrorismo están minando una nación que era clave para la articulación del género racializado. Mediante su debilitamiento y reconfiguración se desarticula y desregula el espacio patriarcal de «la» familia. De ahí que en las relaciones de y entre vida pública y vida privada se impongan los vínculos conflictivos y transitorios.

En medio de la militarización generalizada, y en el contexto de las guerras de/contra el terrorismo, el anterior significado de la gue-

rra, la paz, los civiles y los combatientes aparece distorsionado, junto a la rigidez del género y la raza. Una economía militarizada arraigada en la guerra construye nuevas reglas para la democracia imperial neoliberal y fascista. El capital global, que vive de las privatizaciones, es cada vez menos capaz de permitirse el desorden de la democracia. Configuraciones flexibles y adaptables, improvisadas siempre a última hora, reflejan las posiciones estratégicas de los poderosos.

Se ficcionaliza la guerra de manera espectacular y excepcional, en lugar de mostrarla como algo que sucede cada día y que afecta personalmente a individuos. Muchos de quienes tenemos el privilegio de habitar en el imperio podemos mantenernos a distancia. En Estados Unidos, demasiadas personas pueden vivir sin preguntarse cómo sobreviven los habitantes de Irak o cómo sobrevivirían ellos de encontrarse allí. Por eso Cindy Sheehan (hoy conocida porque su hijo, Casey, murió en Irak) acampó a las afueras del rancho texano de Bush en Crawford, exigiendo hablar con el presidente. De este modo logró presentar la guerra como algo íntimo y personal. Fue arrestada por llevar una camiseta con el lema «2.244 muertos» durante el discurso sobre el Estado de la Unión, en 2006. Tras su detención declaró que lloraba por la pérdida no solamente de su hijo Casey, sino también de los derechos que le otorgaba la Primera Enmienda y, con ellos, del país que amaba.[9]

Riverbend, una joven iraquí, escribe en su blog en la red acerca de la sombría tristeza cotidiana de la guerra. Describe la falta de electricidad y agua, el calor implacable, los asaltos nocturnos que obligan a la gente a meterse en la cama sin desvestirse, la escasez de gasolina y su precio elevado. Anota los detalles de una vida cotidiana que ha dejado de acontecer, de unas rutinas que han dejado de existir. La guerra no sólo trae consigo la muerte, sino también una forma de vida que no merece la pena vivir. En Irak, dice, «ya nadie tiene trece años», todo el mundo tiene ochenta y cinco.[10]

En Estados Unidos se incrementa el control sobre todas las cosas, incluso sobre nuestra memoria y desmemoria. La militarización

9. Cindy Sheehan, «GAT Really Happened», 2 de febrero de 2006, en <www.truthout.org/docs>.
10. Riverbend, *Baghdad Burning*, Feminist Press, Nueva York, 2005, p. 11. Véase también: <http://riverbendblog.blogspot.com>.

de la vida cotidiana atemoriza a la gente, en lugar de infundirle valentía. No encontramos palabras para reaccionar ante la devastación producida por el huracán Katrina y las inundaciones en Mississippi y Alabama. El racismo, la pobreza, la enorme población de mujeres y niños pobres desplazados son inimaginables. Como señala Jenny Edkins, carecemos del lenguaje que nos permitiría contar cómo nuestro propio país nos ha traicionado: «Después de vivir sucesos traumáticos, se desata una lucha por la memoria. Hay maneras de recordar que pueden parecer maneras de olvidar...».[11] Bush aprovechó la tragedia del Katrina para exigir mayores cotas de militarización, con el argumento de que es preferible que el ejército se haga cargo de la situación cuando se producen desastres naturales y nacionales. En otras palabras, la ley de la milicia para Nueva Orleans.

En ningún caso se tiene en cuenta qué clase de mediaciones intervienen entre nuestro cuerpo y la ley. De las distorsiones de la realidad hemos pasado a las mentiras. El concepto de «orden jurídico normal» es cada vez más difuso, y el «estado de excepción» comienza a ser la regla.[12] Sin dejar de patrullar el mundo impunemente, el gobierno de Estados Unidos ha traspasado los límites de la legalidad. Los medios de comunicación están sometidos a un control absoluto, que a la vez dista de serlo.

El déficit conceptual que desautoriza la definición del género racializado como eje central de las reconfiguraciones del poder, a la vez sirve para autorizar su estatus de señuelo para la legalidad antidemocrática. Más que nunca, las mujeres y las personas de color están presentes en todas partes. Ésta es la verdad y la falsedad del planeta. La manipulación de la raza y el género como señuelos de la democracia manifiesta la corruptibilidad de las políticas identitarias. Sólo cuando las mujeres pudieron votar comprendieron que el voto no bastaba para cambiar sus vidas. Cuando los activistas del movimiento por los derechos civiles lograron que se pusiera fin a las discriminaciones legales fueron capaces de comprender que ello no bastaba para poner fin al racismo. Los negros de Suráfrica conocieron

11. Jenny Edkins, *Trauma and the Memory of Politics*, Cambridge University Press, Londres, 2003, p. 16.
12. Giorgio Agamben, «Means Without End: Notes on Politics», *Theory Out Of Bounds*, vol. 20, University of Minnesota Press, 1994, p. 38.

todos los detalles del apartheid sólo después de su desaparición. Y cuando se logre ver la heteronormatividad machista del género que caracteriza al militarismo, se comprenderá que la guerra siempre es lo contrario de la paz. Asimismo se podrán apreciar, en toda su complejidad y amplitud, los feminismos que conciben un mundo más abarcador y socialmente justo.

1. Del género como otra manera de hacer política

En diciembre de 2003, Estados Unidos se encontraba en un estado de alerta de código «naranja». Air France canceló todos sus vuelos en Nochebuena porque había informaciones que alertaban de que sus aviones podían ser utilizados para «atacar» objetivos en la ciudad de Nueva York o en Los Ángeles. Al mismo tiempo, la cartelera de cine ofrecía *El último samurái*, una cinta que da una visión romántica del guerrero oriental (a través de la lente del yoga y la armonía vital) y que humaniza la guerra a la manera oriental. Morir en una guerra es honorable, con independencia de que el samurái luche por su emperador y otras jerarquías de poder. La esposa del samurái abatido se enamora de su asesino. Se muestra respetuosa y doliente, lo que la convierte en una figura noble. En nuestros cines también podía verse *Elefante*, que narra la historia de la masacre del instituto Columbine y los lamentables efectos de una cultura militarizada. Y durante esa misma temporada, la guerra de Vietnam se convirtió en el telón de fondo para explicar lo inexplicable de la vida en *La mancha humana*, una historia sobre el autoodio y el hacerse pasar por blanco cuando se es negro.

En 2004 asistimos a una nueva versión de *El mensajero del miedo*, basada en un imaginario senador de derechas que no sólo es mujer, sino también madre. Este personaje manipula y traiciona a su hijo y abandona cualquier atisbo de moralidad al crear un mundo bajo vigilancia integral y control mental. En este *remake* fílmico vemos a personas totalmente manipuladas gracias a implantes introducidos en sus cerebros. No puedo dejar de preguntarme si no se tratará de la descripción de una de las formas de estulticia que permitieron que Bush ganara por segunda vez las elecciones. También me pregunto si

esta cinta no será un maquillaje que permite a los espectadores que contemplan su descripción del mundo fantasear con la idea de que ellos sí son libres porque nadie les ha trepanado el cráneo.

En 2005 salió una nueva versión a la antigua de *King Kong*. La bestia y los nativos siguen siendo negros, pero la nueva tecnología digital los hace más horrendos y aterradores. La belleza sigue siendo blanca y rubia. Y el tropo sigue siendo la misoginia: lo que define la vida humana es la lucha entre bandos, trátese de dinosaurios digitales, criaturas inconmensurables o indefensos hombres blancos. Las mujeres siguen enamorándose de cualquier cosa que sea capaz de protegerlas.

En la vida real, la guerra hace estragos en Afganistán e Irak, pero está en segundo plano, lejos del centro del escenario. Son guerras enfangadas en discursos sobre la democracia y el derecho de las mujeres a liberarse de una vida de vejaciones bajo los talibanes o Sadam Husein. Pero resulta que ninguna de esas dos guerras se inició para liberar a las mujeres, por lo que sigue siendo de crucial importancia que meditemos hasta sus últimas consecuencias sobre la aparición de estos relatos en este preciso momento histórico.

Los derechos humanos —y, con ellos, los de las mujeres— han sido utilizados para enturbiar y racionalizar los aspectos misóginos y raciales del capitalismo global. En tanto que discurso, los derechos de las mujeres ofrecen legitimidad a la democracia y, a la vez, permiten someter a crítica formas de democracia distintas de las occidentales, de tal manera que sirven para hacer alarde de occidentalismo ante el resto del mundo. Más acorde con la verdad (si es que alguna puede hallarse en esta historia) es el hecho de que el militarismo machista utiliza los derechos de las mujeres para elaborar proyectos políticos de derechas, tanto dentro como fuera de Occidente. Los fundamentalismos de derechas de todo tipo, en Oriente y Occidente, ponen énfasis en proyectos militaristas que abrazan la transformación en señuelos del género que marca las vidas de las mujeres, con o sin velo/chador /abaya/burka.

Las guerras de/contra el terrorismo de Bush han otorgado carta de naturaleza a la intimidación y la vigilancia raciales. Éste es un proceso de militarización que está simultáneamente enmascarado por la instauración del confusionismo de género. A través de la adopción de nuevas formas, la militarización incrementa el número de mujeres refugiadas y desplazadas en todo el mundo. Puede tratarse de víctimas

de violaciones en muchos lugares, como Sudán y Nepal, o de las nuevas guerreras del ejército estadounidense, o bien de las terroristas suicidas en Palestina e Irak. A veces parece que las mujeres actúan cada vez más como los hombres, si creemos que militarizarse equivale a masculinizarse. Por mi parte, pienso que lo que está sucediendo nada tiene que ver con la semejanza, sino más bien con construcciones de género cada vez más diversificadas y *al mismo tiempo* esencializadas.

En este contexto militarizado, la masculinidad y la feminidad se vuelven más complejas, pero no forzosamente más iguales. Su redefinición parece novedosa y diferente, pero en realidad es más «nueva-vieja» que nueva. Se moviliza el género para nuevos objetivos y se remodela para que parezca más «moderno», pero permanece la diferenciación entre mujeres y hombres, aunque ahora cada uno ocupa esferas más parecidas de maneras asimismo diferentes. La masculinidad militarizada sigue necesitando un género heterofemenino complementario para que cada cual logre mantener al otro en su lugar.[1] Así, el género codifica las guerras de Afganistán e Irak. Tampoco ha de pensarse que es inherentemente biológico: el género regula formas sexuales y de sexualidad caracterizadas más por la ambigüedad que por la definición. Sin olvidar que el género no deja de rediseñarse para poder asimismo diseñar y controlar los significados sexuales. King Kong no ha muerto.

Cómo hacer visible el género del sexo

La construcción del género es un proceso de transformación de individuos femeninos en mujeres y masculinos en hombres, cuando resulta que estos puntos de partida no son completamente autónomos del estado al que conduce su transformación. Construir el género supone diferenciar una supuesta heterosexualidad y entronizar las diferencias de género como institucionalmente relevantes.

1. Cynthia Enloe, «Demilitarization – or More of the Same? Feminist Questions to Ask in the Postwar Moment», en Cynthia Cockburn y Dubravka Zarkov, eds., *The Postwar Moment*, Lawrence and Wishart, Londres, 2002, p. 25. Véase también R. W. Connell, «Masculinities, the Reduction of Violence and the Pursuit of Peace», pp. 33-35, en *ibid.*

Suele pensarse que la sexualidad (como se manifiesta en el sexo biológico y la preferencia sexual) es más estable o estática y predefinida que el género. No obstante, esta creencia me sigue pareciendo cuestionable, y me pregunto si no será el género (como aparece en la construcción cultural de la masculinidad y la feminidad) aún más estático, facticio y resistente a los cambios.[2] Visto desde este ángulo, el género petrifica el sexo y lo regula y regula las preferencias sexuales al menos tanto, si no más, como a la inversa. Al decir esto no pretendo exagerar el carácter distintivo del sexo y el género, sino plantear la posibilidad de que la sexualidad corporal sea más ambigua, múltiple y diversa de lo que admiten las formulaciones de género. O, para decirlo de un modo ligeramente diferente, proponer que el género existe para controlar el sexo y su variabilidad. El género convierte el sexo biológico en una cosa estática y rígida. A lo que voy: ni el sexo ni el género son sencillamente esencialistas o construidos, sino que constituyen una compleja mezcla relacional. Pero si esto es cierto, es probable que el cuerpo sexual sea más versátil que el significado que le asigna el género. Con todo, el cuerpo biológico —es decir, tanto el llamado «cuerpo natural» como sus tendencias heterosexuales dadas— acaba normalizándose con el fin de justificar los significados culturales de los hombres y las mujeres. En otras palabras, el género coloniza al sexo.

Según Anne Fausto-Sterling, «ponerle a alguien la etiqueta de hombre o mujer es una decisión social», ya que los cuerpos tangibles y reales desdibujan las fronteras nítidamente trazadas. Esta autora sostiene que los estados y sistemas legales pueden tener interés en afirmar que sólo hay dos sexos, cuando ese sexo «no es el de nuestros cuerpos biológicos colectivos». Afirma que la «masculinidad y la feminidad son ardides culturales», que el «sistema bipartidista» del sexo es una construcción social, y que masculino y femenino son términos que «se sitúan en los extremos de un continuo biológico» junto con muchos otros tipos de cuerpos que representan una «compleja mezcla de componentes anatómicos». Como tales, nuestros cuerpos sexuales son «indeterminados» y, por consiguiente, han sido «instigados» a convertirse en masculinos o femeninos.

2. Aunque ésta ha sido una cuestión central para la teoría feminista durante más de dos décadas ya, tengo especial interés en abordar este asunto desde el ángulo de su relevancia para mi concepción del sexo y el género como señuelos.

De ello se desprende que tanto la biología como el género son políticos, y que cuanto más se constriñe el género más rígidamente se construye el sexo como entidad masculina o femenina. Lo mismo puede decirse de las hormonas, que Fausto-Sterling denuncia que son definidas como si fueran sexualmente determinantes, cuando en realidad únicamente forman parte del «discurso genéricamente construido de los científicos». Fausto-Sterling cita a Frank Lillie al afirmar que «no existe tal entidad biológica como el sexo», que es apenas el nombre que damos a nuestras impresiones acerca de las diferencias sexuales. El sexo, aquí, no es un hecho. Se trata más bien de actos científicos azarosos mediante los que se decide llamar a las hormonas masculinas «andrógenos» y a las femeninas, «estrógenos».[3]

En opinión de Joanne Meyerowitz, existen «sexos que se solapan» y, posiblemente, una bisexualidad universal. Hombres y mujeres tienen hormonas masculinas y femeninas: «Todas las mujeres poseían originalmente elementos de los machos y todos los hombres, elementos de las hembras». Por eso es científicamente inexacto «clasificar a las personas como plenamente masculinas o femeninas».[4] En este sentido, la biología nunca es simplemente innata o genéticamente determinada. Nancy Krieger y George Davey Smith afirman que «las condiciones sociales dan forma a la manifestación de rasgos biológicos», que hay «vínculos entre la constitución corporal y las políticas del cuerpo».[5] Las nuevas construcciones sexuales y de género reflejan esta versatilidad. Krieger sostiene que los individuos transgenéricos, transexuales e intersexuales identificados consigo mismos difuminan las fronteras establecidas mediante la dicotomía género/sexo. El género puede influir en los rasgos biológicos, del mismo modo que las características biológicas vinculadas al sexo pueden afectar al género.[6]

3. Anne Fausto-Sterling, *Sexing the Body*, Basic Books, Nueva York, 2000, pp. 3, 31, 32, 40, 54, 177, 179 y 188.
4. Joanne Meyerowitz, *How Sex Changed*, Harvard University Press, Cambridge, 2002, p. 28.
5. Nancy Krieger y George Davey Smith, «Bodies Count and Body Counts: Social Epidemiology and Embodying Inequality», *Epidemiologic Reviews*, vol. 26, 2004, pp. 92 y 93.
6. Nancy Krieger, «Genders, Sexes, and Health», *International Journal of Epidemiology*, vol. 32 (2003), p. 652.

De modo parecido, Susan Oyama cuestiona la distinción lo innato y lo adquirido y concluye que cada término está parcialmente construido por y mediante el otro. Rechaza la idea de que la biología sea una categoría innata, y en cambio sostiene que las características innatas y adquiridas se entrelazan de manera compleja; por ejemplo, que los genes son complejamente interactivos y se modifican en función del contexto: «Los cuerpos y las mentes se construyen, no se transmiten». En esencia, la naturaleza es producto y proceso: «La naturaleza no se transmite, se construye». El cuerpo biológico/sexual incluye nuestro ser en su totalidad, que a su vez «incluye los mundos sociales en los que nos hacemos». Oyama nos pide que rechacemos el «imperialismo disciplinario» del «control genético».[7]

Así pues, es crucial que comprendamos que el género afecta el modo en que vemos y nombramos el cuerpo sexual, y asimismo que el cuerpo sexual es utilizado como justificación del concepto de género. Éste incluso llega a definir el cuerpo sexuado, cuando es el cuerpo sexuado el que construye el género. Existen más de dos sexos, y hay más de dos géneros, pero lo que impera es el lenguaje de la dualidad. Eso quiere decir que tanto el sexo como el género forman parte de las más hondas construcciones de nuestro mundo político. Eso explica por qué las esclavas negras eran concebidas como criadoras, y no como madres por sí solas: en tanto que esclavas, se les negaba el género de las mujeres blancas. Éste es sólo un ejemplo entre muchos del modo en que el sexo y el género, junto con sus significados raciales, se transforman en política.

Por consiguiente, siempre hay procesos de transformación del sexo en género y del género en género; de definición sexual del género y definición sexual del sexo, y de redefinición del género por el género y del sexo por el sexo, de racialización del sexo y sexualización de la raza y racialización del género... Estas dinámicas políticas, plenas de poder, son múltiples y caóticas. La plasticidad y variabilidad del sexo y la raza puede ser menos evidente/visible que la multiplicidad del género. La complejidad de las identidades de género está definida por los orígenes sexuales de la persona y no, supuestamente, por la raza. Por eso hay mujeres con cuerpos femeninos, seres feme-

7. Susan Oyama, *Evolution's Eye*, Durham University Press, Durham, 2000, pp. 3, 18, 22, 28, 29, 48 y 191.

ninos identificados con lo masculino, y un largo etcétera de figuras diversas.[8]

Judith Butler sostiene desde hace tiempo que el género es una elaboración funcional, que es plástico, improvisado y múltiple. Al no existir una forma original simple que dé cuenta de la copia, las categorías de género impuestas remiten a un «esencialismo anatómico». Butler afirma que muchos de los llamados «hombres» son capaces de abordar mejor que ella la feminidad. La concepción universal del género puede convertirse en una forma de imperialismo cultural, y es por ello que debemos pluralizar nuestra comprensión tanto de las culturas como de sus géneros. Bastaría con que la comunidad humana supiera abarcar y reconocer la disforia del género y las minorías sexuales, señala Butler, para que afloraran otras posibilidades. «Para quienes aún buscan convertirse en algo posible, la posibilidad misma es una necesidad.»[9]

La idea de que hay dos sexos biológicos, por tanto, es en sí misma una limitación/regulación política, a su vez regida por la formulación del género como dualidad. Las tabulaciones sexuales y de género son regulaciones, y en general se oponen a la versatilidad y mutabilidad de las identidades sexuales y de género. Es cierto que el sexo es asignado al nacer, pero siempre a través de un visor biológico de género. Según Paisley Currah, esto representa una negación de la ambigüedad cromosómica y gonádica, del pluralismo del género y la indeterminación sexual.[10] En cambio, se podría comenzar por plantear la idea de trans y multigéneros: el individuo masculino que piensa que es mujer o el individuo femenino que cree que es un hombre, o también individuos masculinos y femeninos que no son ni lo uno ni lo otro y además consideran que no son hombres ni mujeres.

Dado que no disponemos de un lenguaje capaz de abarcar una complejidad de este tipo, al desacreditar el género estamos recreándolo mediante categorías como individuos femeninos lesbianos, individuos femeninos hombres, etc. La indeterminación sexual y de gé-

8. Véase la discusión en Ruth Morgan y Saskia Wieringa, *Tommy Boys, Lesbian Men and Ancestral Wives*, Jacana Media, Johannesburgo, Suráfrica, 2005.
9. Judith Butler, *Undoing Gender*, Routledge, Nueva York, 2004, pp. 1, 7, 9, 31 y 213.
10. Paisley Currah, «The Transgender Rights Imaginary». *Georgetown Journal of Gender and the Law*, vol. 705 (primavera de 2003), pp. 705-720.

nero ha de ser integrada en un sistema sexo/género radicalmente pluralizado, capaz de admitir la vida sexual democrática que libremente se escoja. Sin embargo, la presuposición de esencialistas categorías de género biológicas/innatas permanece incólume, incluso cuando es sometida a examen. Lawrence Summers, ex rector de la Universidad de Harvard, sostiene que las mujeres se encuentran infrarrepresentadas en las cátedras de ciencias de las principales universidades debido a sus «aptitudes intrínsecas», concepto éste con espantosas connotaciones que lo aproximan al de «diferencias innatas». Como si los científicos nacieran, no se hicieran.[11]

La política que aspira a sexuar el género y hacer visible el género del sexo hunde sus raíces en los actuales debates y cambios giran en torno al matrimonio gay. En cambio, la raza sigue siendo opaca. Es posible que con el matrimonio gay se busque hacer visible el género del sexo gay, es decir, detener y controlar la versatilidad de esta sexualidad para acabar domesticando el sexo gay. Del mismo modo, el matrimonio entre individuos del mismo sexo no es exactamente lo mismo que el matrimonio entre individuos del mismo género. La ley habla de marido y mujer, no de individuos masculinos y femeninos. En realidad, el terreno en el que se sitúa la ley no es solamente el del sexo, sino también el del género. Así pues, las ideas tradicionales sobre el matrimonio no son de gran ayuda en estos casos. En otra época, los esclavos negros tenían prohibido casarse; posteriormente, las leyes sobre el mestizaje (*miscegenation*) proscribieron las uniones interraciales. Resulta evidente que las cosas han cambiado, aunque determinar qué es lo que específicamente ha cambiado en cada caso sea menos fácil. Sencillamente porque la política y las relaciones de poder del género y la raza no se confunden con la política de los cuerpos de color y sexuales en sí.

Aunque los gays están dispuestos a demostrar su patriotismo alistándose en el ejército, nada ha cambiado en la política del «no preguntar, no decir nada», que impide que gays conocidos como tales accedan a filas. Es cierto que han disminuido los alistamientos y que el ejército busca reclutas, pero eso no ha impedido que desde 1998

11. Lawrence Summers, «Remarks at NBER Conference on Diversifying the Science and Engineering Workforce», 14 de enero de 2005, disponible en: <www.president.harvard.edu/speeches/2005/nber.htm>.

más de 6.000 soldados hayan sido licenciados por ser gays.[12] Un estamento militar heteromachista es capaz de absorber a individuos femeninos, pero no a quienes desafían las diferencias de género. El ejército será cada vez más femenino, pero no más abierto a las mujeres o los gays, y seguirá siendo predominantemente «blanco» por más personas de color que haya en sus filas.

Dadas estas condiciones, un proceso de resexualización del género que admita la masculinidad femenina en lugar de la feminidad masculina tendrá por efecto una masculinidad redefinida en términos de género a través de individuos masculinos y femeninos. Mientras tanto, la feminidad seguirá siendo femenina como género con independencia del sexo, y el ejército seguirá siendo misógino a pesar de la presencia de individuos femeninos. Lo que quiere decir que éstos se asemejan cada vez más a los hombres, pero también que los hombres no lo tienen tan fácil para parecerse más a las mujeres. Con todo, los individuos femeninos también siguen siendo mujeres, mientras que los masculinos conservan la condición de hombres, aun cuando son más femeninos. De tal suerte que la versatilidad de género está más inscrita en los cuerpos de las mujeres que en los de los hombres, y la diversidad racial es utilizada como arma de conquista a través de las fronteras de género.

La ambigüedad y transgresión de género, especialmente en el contexto de los derechos de las mujeres, permite el que los individuos femeninos puedan ser utilizados como señuelos de la democracia imperial. Las guerras antidemocráticas lideradas por Estados Unidos tienen rostro de mujer: Karen Hugues, Condoleezza Rice, la general Karpinski, la soldado muerta Michelle Whitmer. «Los derechos de la mujer» imprimen un sesgo de género a los discursos militaristas, mientras contribuyen a construir la nueva etapa de la política imperial estadounidense. Las guerras de/contra el terrorismo utilizan a las mujeres y la gente de color como Colin Powell y Rice como señuelos imperiales; al mismo tiempo, en Estados Unidos se desmantelan los derechos de la democracia liberal, y éstos siguen brillando por su ausencia en Afganistán e Irak. Los árabes son hombres no masculinos, los activistas contra la guerra son considerados chiquillos afeminados.

12. Nathaniel Frank, «Ready, Willing, Disqualified», *New York Times*, 16 de diciembre de 2004, p. A43.

La democracia imperial se ha definido siempre por sus conquistas sexuales y raciales. Este tipo de democracia necesita reprimir imperialmente, con lo que el género y sus aplicaciones se han convertido en otra forma de hacer la guerra. En ninguna otra guerra han participado tantas mujeres como en la actual; mientras, ellas siguen dando a luz a la próxima generación.

Hacer visible el género del género

Virginia Woolf escribe en *Tres guineas* que la guerra es cosa de hombres. ¿Por qué esencializó de esta manera a las mujeres, cuando tenía tantas cosas claras acerca de sus vidas? Woolf estaba parcialmente en lo correcto respecto del género (como grupo, las mujeres son aún más amantes de la paz que los hombres), pero también se equivocaba en parte (esencializaba a las mujeres desde el lugar que ocupan las mujeres blancas privilegiadas). Muchas cosas han cambiado desde entonces. El momento histórico que vivimos ha rediseñado y diversificado las vidas de la mayoría de los individuos femeninos, especialmente las de las adolescentes y mujeres pobres y de clase media trabajadora en todo el planeta. La posibilidad más innovadora de todas, en este contexto, es que las mujeres, consideradas en función de su género, puedan experimentar un cambio fundamental.

Woolf defendió unos derechos de las mujeres basados en el derecho personal a ganarse una vida propia. Creía que bastaba con que la mujer se ganara la vida para que fuera libre de ejercer la crítica y tener ideas independientes. Sólo entonces sería capaz de alzarse contra la guerra. Woolf criticaba a las mujeres adineradas por su apoyo al imperio británico y los privilegios que les reportaba. Gustaban conscientemente de sus «criadas, carruajes y ropas finas», mientras inconscientemente les gustaba «nuestra espléndida guerra».[13] Estaba convencida, sin embargo, de que en última instancia serían las mujeres quienes se opondrían a la guerra. «Nosotras (un todo hecho de cuerpo, cerebro y espíritu, influenciado por la memoria y la tradición)

13. Virginia Woolf, *Three Guineas*, Harvest, Nueva York, 1938, pp. 17, 101, 40, 84 y 39 (hay trad. cast.: *Tres guineas*, Lumen, Barcelona, 1980).

forzosamente debemos aun ser diferentes en aspectos esenciales de "vosotros", dotados de cuerpo, cerebro y espíritu tan distintamente influenciados por la memoria y la tradición. Aunque veamos el mismo mundo, lo hacemos a través de otros ojos.» Para Woolf, los hombres hacen la guerra y la hacen por costumbre, y aunque mujeres y hombres tienen en común numerosos instintos, no comparten el instinto guerrero. Aunque la escritora era capaz de ver las fronteras de género como algo «artificial» y «rígido», éstas permanecían en su sitio cuando se trataba de la guerra.

Más adelante afirma: «A lo largo de la historia, casi ningún ser humano ha caído bajo el rifle de una mujer».[14] Woolf se cuida de obviar que no todos los hombres están a favor de la guerra, aunque la mayoría sí lo está. Considera que las mujeres, a diferencia de los hombres, no necesitan de los honores o el imperativo de las guerras. Por el contrario, las mujeres prefieren permanecer «al margen» del «despotismo de la cultura» y oponerse a la guerra. Como marginal que es, la mujer no tiene país. «Como mujer, no necesito un país. Como mujer, mi país es el mundo entero.»[15] Así pues, Woolf ya vivía en el mundo mucho antes de su destacada fase global, y además lo habitaba en condición de pacifista. Doy por sentado que si viviera hoy, criticaría la militarización de las mujeres y la complicidad de individuos femeninos en las acciones bélicas. Pero también imagino que sería capaz de reconocer que muchas de las mujeres que están en el ejército y en las fuerzas de combate de otros países hacen lo que hacen por necesidad económica y no porque esa sea su opción. Sin embargo, Woolf tiene de las diferencias entre la mujer y el hombre una visión esencialista, de modo que no es fácil adivinar en qué sentido habrían cambiado sus ideas ante la resexualización del género y redefinición del sexo como género y sus actuales formulaciones, novedosamente complejas y mucho más diversas.

Hay antecedentes para la recodificación de género que hoy tiene lugar; por ejemplo, en las misioneras de la etapa del colonialismo y las colaboradoras durante la Segunda Guerra Mundial. De manera que las guerras de hoy también se convierten en género por otras vías. Si el género es una forma de guerra, puede decirse que los cuerpos de

14. *Ibid.*, pp. 10, 18 y 6.
15. *Ibid.*, p. 109.

las mujeres son, hasta cierto punto, campos de batalla en los que no hay áreas acotadas para los civiles ni líneas de demarcación claras entre zonas de combate.

Y sin embargo, no es posible decir que el cuerpo de la mujer exista *per se*. El género está sometido a diferenciaciones que producen formaciones más complejas, como en el caso de las construcciones de raza. Tanto en los países occidentales como entre Oriente y Occidente, las mujeres aparecen diferenciadas en clases económicas más extremas, y eso quiere decir que lo que es verdad para una determinada clase económica de mujeres, para otra puede ser radicalmente falso. Ello no impide que las relaciones estructurales del patriarcado continúen tejiendo las redes de los privilegios de género en formaciones estructurales, a través precisamente de esas fronteras de clase y de raza. El género se recodifica mediante y gracias a diferenciaciones económicas y raciales. Así, la militarización del género en la economía global adopta códigos específicamente raciales y clasistas.

En tanto que tales, las mujeres, en su formación de género, pueden asumir nuevos perfiles y significados, sin dejar de estar vinculadas a construcciones previas. Pero se trata de construcciones de género elaboradas históricamente, y no de verdades biológicas esenciales. Ya que las vidas de las mujeres son más diversas, las conceptualizaciones esencialistas que les conciernen (su carácter pacífico y aptitudes para la crianza materna) deberían incluir nuevas dosis de escepticismo. A medida que se incrementan unas expectativas y exigencias mediante las que se redefine la postura de las mujeres como madres, su supuesta esencia es sometida a una vigilancia más estrecha. Aunque es de esperar que las capacidades reproductoras de las mujeres y su ubicación en la división del trabajo sexual contribuyan a alimentar la crítica insurgente al nuevo militarismo, no está claro que esto vaya a suceder, ni cómo. No hay una respuesta única capaz de ajustarse a todas las mujeres, máxime en un contexto de enfrentamiento imperial/antiimperial. En realidad, éstas son cuestiones contingentes impulsadas por la necesidad y la posibilidad histórica. Bastaría con impedir que la lente esencialista manejada inconscientemente defina nuestra visión para que podamos descubrir nuevos significados de género(s) y feminismos.

La guerra también derriba las fronteras existentes del patriarcado

para volver a erigirlas según nuevos o viejos patrones. La continuidad y la discontinuidad se producen simultáneamente. En algunos casos, las nuevas lindes son sólidas y permiten apuntalar los privilegios machistas; en otros, los cambios introducidos cuestionan y desmantelan lo existente. Los cuerpos mismos de las mujeres ocultan continuidades al ocupar espacios que antes eran íntegramente masculinos. En Estados Unidos, la administración Bush saca a desfilar ostensiblemente a sus mujeres para que el conservadurismo tenga un rostro humano, para lucir un conservadurismo compasivo con rostro de mujer. Las mujeres desfilan en Bagdad integradas en la milicia chií, el ejército del Mahdi, para protestar contra la ocupación estadounidense de Irak, y también pueden aparecer, vestidas con el burka azul, votando en las sedicentes elecciones democráticas de Afganistán.

La guerra moldea incesantemente la masculinidad, que a su vez empuja a la guerra. Las construcciones de género (masculinas y femeninas) están constituidas por momentos interactivos. Christopher Hedges observa que la guerra da sentido a los hombres; mientras que las mujeres dan a luz, los hombres matan.[16] Como tal, la intensidad de la guerra brinda un propósito a las vidas de los hombres. Hay un esencialismo perturbador en esta visión, ya que no todos los individuos masculinos son machistas, en el sentido aquí expuesto, ni todas las mujeres son madres femeninas.

Con todo, entre las guerras y los cuerpos femeninos se tejen vínculos históricos fuera de lo común, desde la violación hasta la introducción de Kotex. Fue sólo a partir de 1920 cuando los tampones Kotex se introdujeron y comenzaron a utilizarse masivamente en relación con la menstruación de las mujeres. Estaba fabricado con cellucotton, un material parecido al algodón inventado para incrementar la producción de vendas durante la Primera Guerra Mundial. Al finalizar la guerra había un importante excedente de este material, que fue reutilizado para lanzar el Kotex con el fin de, absorber las excesivas cantidades de algodón producidas para el mercado de la guerra.[17] El Ce-

16. Christopher Hedges, *War Is a Force that Gives Us Meaning*, Public Affairs, Nueva York, 2002, y Miriam Cooke y Angela Woollacott, eds., *Gendering War Talk*, Princeton University Press, Princeton, 1993.
17. Susan Strasser, *Waste and Want*, Metropolitan Books, Nueva York, 1999, p. 163.

llucotton primero absorbió la sangre de la guerra para después absorber la sangre menstrual.

A pesar de que las mujeres están hoy presentes en acciones de guerra, aún son consideradas más pacíficas que los hombres. La Resolución 1325 del Consejo de Seguridad de la ONU, adoptada en 2000, reconoce la importancia de las mujeres en la construcción de la paz y, por consiguiente, determina que es necesaria su participación en todos los tribunales con jurisdicción sobre los crímenes internacionales y los planes de paz.[18] En este contexto, se reconoce que las mujeres permiten incrementar las posibilidades de alcanzar la paz, como a menudo sucede. De este modo, los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU reconocían que ningún proyecto de paz puede ser viable sin la participación a partes iguales de hombres y mujeres, y que la posibilidad misma de la paz está relacionada con el nivel de igualdad existente entre los sexos. Las necesidades y capacidades de las mujeres y las niñas en los procesos de desarme, repatriación, reasentamiento, rehabilitación y reconstrucción posteriores a los conflictos bélicos han pasado a ser consideradas centrales en la definición de las posibilidades de alcanzar la paz.[19]

En Timor Oriental, las mujeres son objeto de amenazas de violación y muerte, pero se niegan a informar sobre terceros.[20] Aun cuando son víctimas, a menudo las mujeres participan en la consecución de la paz por el solo hecho de resistir en lugar de darse por vencidas. Las mujeres, sin embargo, no solamente son víctimas de las guerras, también participan en ellas. Hoy día, es más probable que intervengan activamente en alguna de ellas, dadas las cambiantes necesidades de una economía global militarizada. Esta novedosa y diversa articulación de la diferenciación de género constituye, al menos en parte, un ataque al esencialismo y una demostración de la versatilidad del género.

18. «Security Council Resolution 1325», *Signs*, vol. 28, n.º 4 (verano de 2003), pp. 1.266-1.269.
19. Carol Cohn, «Feminist Peacemaking», *Women's Review of Books*, vol. XXI, n.º 5 (febrero de 2004), pp. 8-9.
20. Sherrill Whittington, «Gender and Peacekeeping: The UN Transitional Administration in East Timor», *Signs*, vol. 28, n.º 4 (verano de 2003), pp. 1.283-1.288.

La guerra como código político

Suele citarse a Karl von Clausewitz en relación con la frase que dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios, que es un instrumento más de la política. Pero resulta que su formulación es mucho más precisa que la habitual representación de sus palabras. La guerra es un acto de violencia, destinado a obligar al adversario a someterse a la propia voluntad; es una forma de «competencia entre los humanos», como el comercio. «La guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios.» Como tal, la guerra es un tipo de consecución del comercio. Clausewitz equipara la competencia comercial y las relaciones políticas debido a que ambas son racionales e instrumentales. La guerra es la política blandiendo una espada en lugar de un bolígrafo.[21] Y como tal, la guerra es capitalismo radical por otros medios.

Para Clausewitz, por consiguiente, la guerra es política comercial mediante otros expedientes, una forma de intercambio cotidiano. La guerra se ve así normalizada y naturalizada, convertida en algo permanente, no excepcional y corriente, como la política misma. Esta normalización permite legitimar la sustitución de la política por la guerra, a pesar de sus horrores y devastación. La guerra se convierte en algo no excepcional y necesario, aunque siempre para quienes se mantienen apartados de ella. Pero resulta que la guerra también es horrorosa y debería concebirse como centrada en la excepcionalidad de la muerte y las mutilaciones. Actualmente, las guerras de/contra el terrorismo han sido diseñadas para ser inacabables e inevitables. Bush y Cheney defienden que esta concepción militarizada no es más que otra de las formas que asume la política.

Se puede adoptar la lógica de Clausewitz para sostener que la globalización también es la continuación de la guerra por otros medios. En su actual estadio, el capitalismo global requiere nuevas formas de militarización. El Estado policial en que se ha convertido Estados Unidos crece a medida que aumenta el número de sus intervenciones militares y sus cárceles. Las posturas unilaterales y unipolares de Es-

21. Karl von Clausewitz, *On War*, Penguin Books, Londres, 1832, pp. 13, 87, 101, 119, 202 y 402.

tados Unidos requieren que haya más guerras, capaces de transformar las relaciones de poder encubiertas en una realidad tangible. Las nuevas tecnologías (cámaras digitales, internet, correo electrónico) hacen más visible y visual el universo de la política, mientras que las formas más arrogantes de poder son cada vez más abiertas y militaristas. La construcción del imperio unipolar requiere la privatización/corporativización de la guerra, así como una renegociación de las esferas pública y privada de las que ha venido dependiendo el poder misógino.[22] A medida que la militarización transforma las vigentes diferencias entre lo público y lo privado, lo militar y lo civil, los combatientes y no combatientes y la guerra y la paz, las diferenciaciones de género establecidas en relación con estas configuraciones comienzan a desplazarse. Como tales, las mujeres no son simples civiles, como tampoco la paz es simplemente el opuesto de la guerra.

A medida que los focos de violencia se dispersan por todo el planeta, las economías de guerra parecen menos claramente definidas que en el pasado. Con la mitad de la población mundial (3.000 millones de personas) viviendo con menos de dos dólares al día y condenada a la malnutrición, y con 1.000 millones de personas sin acceso a agua potable y 2.000 millones sin electricidad, los contornos del abandono, los abusos y la guerra se vuelven más porosos.[23] En comparación, el nivel de pobreza de una familia de cuatro miembros en Estados Unidos se sitúa en 18.292 dólares. Y el mismo Estados Unidos es un país donde los índices de pobreza continúan creciendo, donde más el 20 por 100 de los niños latinos y el 35 por 100 de los niños negros son considerados pobres. El crecimiento desorbitado de las rentas queda limitado al 1 por 100 más rico de sus habitantes, y lo mismo puede decirse de la India o la China.[24] Quizá por esta razón perdió la derecha las elecciones de mayo de 2004 en la India, que ganó el Partido del Congreso.

Esta preocupante situación económica en la que una excesiva riqueza convive con una creciente pobreza sirve para afianzar y desa-

22. Mary Kaldor, *New and Old Wars*, Stanford University Press, Stanford, California, 1999, p. 25.
23. Fred Magdoff, «A Precarious Existence», *Monthly Review Press*, vol. 55, n.º 9 (febrero de 2004), p. 1.
24. Michael Yates, «Poverty and Inequality in the Global Economy», *Monthly Review*, vol. 55, n.º 9 (febrero de 2004), pp. 37-47.

rrollar la militarización de los trabajadores pobres. Los puestos que ofrece el ejército estadounidense tienen salarios comparables a los de la cadena de supermercados Wal-Mart: la mayoría de las tropas del frente de batalla apenas gana anualmente 16.000 dólares; los tenientes ganan un poco más, cerca de 26.000 dólares. El civil contratado por una empresa de seguridad que fue secuestrado y posteriormente liberado en Irak, en abril de 2004, era un granjero productor de leche de Macon, Mississippi, que se había declarado en bancarrota. Conducía un camión en Irak para ayudar a su familia a cubrir sus gastos sanitarios.

Todo ello configura un perturbador relato de las necesidades cotidianas y la guerra, en el que es difícil trazar las fronteras y demarcar los territorios con nitidez. Según Michel Foucault, quienes detentan el poder necesitan gestionar y normalizar la idea misma de la guerra. Para la mayoría de la gente, la guerra casi nunca tiene sentido, así que la política es necesaria para justificarla. Mediante la desigualdad y la dominación se logra la naturalización de la guerra, y debido a que la dominación no tiene fin, la guerra se vuelve permanente y requiere ser constantemente normalizada. Los gobernantes siempre necesitan la guerra, quienes no la necesitan son los gobernados. Por eso Foucault corrige a Clausewitz: la política se convierte en la continuación de la guerra por otros medios. Bajo la superficie de la paz está la guerra: «La paz misma es una guerra codificada». El discurso de la obligación sirve para dominar y paralizar, del mismo modo que la guerra es pura dominación. Foucault observa el poder en sus dos polos, en sus bordes extremos. Precisamente allí donde la actividad se vuelve cada vez menos jurídica y «transgrede la norma del derecho» es donde puede observarse la verdad del poder.[25]

Si la guerra es la continuación de la política por otros medios y si el género es una configuración política, entonces el proceso de manifestación del género en individuos masculinos y femeninos será una continuación de la política y la guerra por otros medios. Por eso las violaciones de mujeres siguen siendo tan relevantes en las guerras —son, de hecho, una forma de guerra—, y no son solamente crímenes de guerra. Sin embargo, la guerra también perturba las fronteras

25. Michel Foucault, *Society Must Be Defended*, Picador Press, Nueva York, 2003, pp. 267, XVIII, 15, 68, 51 y 27.

de género: las mujeres se alistan en el ejército, desempeñan nuevos trabajos y asumen nuevas responsabilidades, sustituyen a los hombres caídos en combate, como en Ruanda. En este sentido, la guerra renueva las viejas formas de misoginia, pero al mismo tiempo también genera y visibiliza la versatilidad del género. En la guerra, las formaciones de género pueden observarse con más claridad que en la política, tanto en su vieja configuración clásica como en su novedad y diversidad actuales.

En sus bordes extremos, el poder se manifiesta a través de su «rostro exterior». Es allí «donde se implanta y produce sus verdaderos efectos», donde ejerce su soberanía y dominación.[26] Por eso mi interés se centra especialmente en Afganistán e Irak y en la política de la guerra como política del control y la obediencia. En este momento de militarismo hiperglobalizado, la política requiere el consentimiento y la dominación de las masas, es decir, de la mayoría de nosotros. Para Foucault, nuestra sociedad disciplinaria exige una constante coacción que permita «ocultar la modalidad de poder que ejerce», constitutiva de la soberanía misma. Ésta, a su vez, es más bien «la mecánica de la disciplina».[27] En lugar de una soberanía democrática, lo que tenemos es un orden disciplinario antidemocrático. Foucault cuestiona en su totalidad el discurso sobre los derechos al observar que permite legitimar la sumisión en vez de fomentar la libertad. El discurso sobre los derechos, especialmente cuando es utilizado para justificar la guerra, sirve para disciplinar y dominar, a cambio de una promesa de soberanía. Ya he sostenido que esto es cierto de un modo complejo en el caso del discurso de los derechos de las mujeres.

El discurso sobre los derechos en su forma jurídico-legal occidental pretende hacerse pasar por la libertad misma. Quienes critican a Estados Unidos son considerados enemigos de la libertad. Bush afirma que ha desatado la guerra en nombre de la libertad, que construye un imperio abocado a ella, que Estados Unidos lleva consigo la libertad a todas partes. Según Wai-chee Dimock, Thomas Jefferson justificó la construcción del imperio en nombre de la libertad, y también en su nombre defendía Andrew Jackson el expansionismo continental. Estados Unidos se convertiría en el refugio de los amantes de

26. *Ibid.*, pp. 26-27.
27. *Ibid.*, pp. 34-37.

la libertad. La relación entre la construcción de la nación y la libertad sirve de justificación a la «identidad imperial», a una nación imperial construida en nombre de la identidad soberana.[28] La libertad acaba ocultándose en los pliegues del dominio y la dominación.

A medida que se normaliza la guerra, el neoliberalismo asume la forma de una guerra librada un poco más a distancia. Las guerras existentes se escamotean mediante el agostamiento de la visión y la memoria. El silencio y el olvido son los materiales de esa narración. La política vertida en guerra equivale a la desmemoria. Así, se reprimen las atrocidades y matanzas, y esta represión pasa a integrar la nueva normalidad, la represión y el enmascaramiento ocupan el lugar de la visión y la comprensión. Ashis Nandy señala que la política como guerra construye de otra manera a nuestros enemigos reprimiéndolos. Sostiene que el enemigo es una «representación íntima encarnada», mientras que la frontera entre yo y el otro es «ilusión y engaño sacralizados». Nandy piensa que los métodos disciplinarios europeos y occidentales constituyen las categorías de la locura, la criminalidad y la enfermedad. Aun la medicina, como tal, es una forma íntima de política.[29]

Freud creía que la guerra nos conmina a escondernos de nosotros mismos. Durante el nazismo abordó críticamente la guerra y fustigó la hipocresía y pusilanimidad de las masas: «El Estado en guerra se permite cometer fechorías y actos de violencia que bastarían para deshonrar a los individuos». Por eso el Estado está obligado a mentir deliberadamente y a engañar poniendo en práctica un ocultamiento masivo. Mientras dura la guerra no hay maldad, pero tampoco hay brújula moral. Cada individuo ha de hacer acto de patriotismo aceptando estas cosas. Freud deduce que la gente siempre acariciará sus propias ilusiones, aunque la guerra las destruya prácticamente todas.[30]

Cuando analiza la guerra de Irak, Jacqueline Rose coincide con Freud al observar que «la guerra es el mortífero poso de nuestras más tenaces y precarias autoidealizaciones». Nos resulta intolerable todo

28. Wai-chee Dimock, *Empire for Liberty*, Princeton University Press, Princeton, 1989, pp. 7-9 y 11.
29. Ashis Nandy, *The Savage Freud*, Princeton University Press, Princeton, 2005, pp. 59 y 175.
30. Sigmund Freud, *On War, Sex and Neurosis*, Arts and Science Press, Nueva York, 1947, pp. 251-252.

aquello que nos confunde, y todos tememos la incertidumbre, «pero seremos menos proclives a actuar guiados por nuestros temores y culpando a los otros si somos capaces de enfrentarnos a nuestras decepciones».[31] No obstante, a los estadounidenses se les enseña hoy en día a temer a Irak y a todos los que apoyan el terrorismo. Esto supone un cambio, sin embargo, respecto de la retórica utilizada durante la Segunda Guerra Mundial. En un manual (*A Short Guide to Iraq*) publicado por el gobierno de Estados Unidos en 1942 y destinado a los soldados de este país estacionados en Irak para impedir que los nazis tomaran el control del petróleo local, podían leerse recomendaciones de este tipo: habéis de mostraros amables con los iraquíes, llevaros bien con ellos, comprender sus diferencias; Hitler no dejará de explotar esas diferencias entre vosotros y los iraquíes para dividir y conquistar, pero «nuestro propósito debe ser unir y vencer».[32]

Para poder nombrar y observar la guerra hay que maniobrar políticamente. A medida que Estados Unidos se esfuerza en mantener su dominación exclusiva, el planeta vive desgarrado por las guerras. Los actuales excesos del patriarcado capitalista y racializado global exigen políticas de guerra más explícitas para contrarrestar la revelación de nuevas formas de desigualdades y brutalidades fomentadas por el mercado, a medida que se imponen los sistemas encubiertos de desarrollo del imperio. El poder global y su sistema antidemocrático procuran silenciar las voces disidentes, y el planeta se militariza al son de las voces más extremistas en Oriente y Occidente, el Norte y el Sur. El momento actual requiere ser analizado con herramientas de las que no está provisto nuestro lenguaje corriente. Se trata de nuevas-viejas formas de una guerra concebida como política, diseñadas para servir nuevos-viejos sistemas de poder.

La globalización neoliberal existe desde hace ya más de un cuarto de siglo. La Nueva Derecha de la administración Reagan de la década de 1980 ha dejado de ser una novedad, como tampoco tiene nada de «neo» la versión conservadora del liberalismo. Expresiones como «extremismo religioso» y «fanatismo brutal» definen las polí-

31. Jacqueline Rose, «Our Present Disillusionment», *Harper's*, vol. 309, n.º 1.853 (octubre de 2004), pp. 17 y 21.
32. «Bluebird's Over Baghdad», de «Short Guide to Iraq», *Harper's*, vol. 309, n.º 1.853 (octubre de 2004), p. 22.

ticas de Bush tanto como la etiqueta «neoliberalismo». La guerra parece más presente y próxima que nunca. Se supone que hoy las fronteras son más seguras, pero es imposible que lo sean.

Me pregunto si han cambiado menos cosas para la mayoría de los habitantes del planeta y más para quienes vivimos en el corazón del imperio... si lo que ha cambiado es que «nosotros» nos sentimos menos seguros y más vulnerables, menos autónomos en medio de un mundo tumultuoso. Tarak Barkawi sostiene que la guerra fría fue en realidad una guerra al rojo vivo para los pueblos africanos y suramericanos. La miopía de los superpoderes nos habría valido el privilegio de no contemplar ni observar las guerras del Sur desatadas en Cuba, África, Nicaragua y Chile. Durante la guerra fría, millones perecieron en el Tercer Mundo. Para los no europeos no existió la *détente*.[33]

La expresión misma «guerra fría» contribuyó a normalizar la guerra para millones de personas, mientras la volvía invisible desde el centro del imperio. Durante ese período, Estados Unidos recurrió al terrorismo en Mozambique, Nicaragua, Laos y Suráfrica. Buena parte del planeta vivió la doctrina Reagan como una doctrina del terror. Mahmood Mamdani sostiene que fue Estados Unidos, en realidad, el país que dio inicio a la actual *yihad* al brindar apoyo a Afganistán en su enfrentamiento contra los soviéticos, y que Estados Unidos utilizó sus propios métodos terroristas en otros lugares, disfrazándolos de «guerras civiles».[34]

Las actuales políticas bélicas requieren que las configuraciones racializadas y de género correspondientes a este período sean sometidas a un escrupuloso análisis. La violencia doméstica y la violación sexual forman parte de esas configuraciones de género pertenecientes a las políticas de la guerra y el terrorismo, y lo mismo cabe decir de las nuevas y diversas manifestaciones de género en las vidas de las mujeres de todos los colores. A menos que comencemos a nombrar y observar estas nuevas configuraciones de las desigualdades raciales y sexuales, no podremos desvelar y exponer la resexualización y re-

33. Tarak Barkawi, «On the Pedagogy of "Small Wars"», *International Affairs*, 80, 1 (2004), pp. 19-38.
34. Mahmood Mamdani, *Good Muslim, Bad Muslim*, Partheon, Nueva York, 2004, pp. 89, 91, 95, 118 y 129.

definición de género de la guerra en sus nuevas variantes. Y la subasta de la democracia en nombre de los derechos de las mujeres y la libertad seguirá encubriendo la destrucción de las potencialidades democráticas.

Resexualización de las guerras de/contra el terrorismo

Las guerras de/contra el terrorismo ofrecen un nuevo rostro desde el 11 de septiembre de 2001, pero no está nada claro cual es su significación. Las mujeres participan en el guión de las nuevas guerras de/contra el terrorismo diseñado por Estados Unidos con unos niveles de complicidad que superan con mucho cualquier precedente. Pero resulta que nada hay más antidemocrático que una guerra, lo que quiere decir que la presencia de las mujeres pueda llegar a ser benéfica. Ningún derecho —y especialmente el de las mujeres— puede ser reconocido mediante la guerra o participando en una de ellas.

Aunque siguen siendo una minoría, las mujeres están hoy más que nunca presentes en los ejércitos, bien como funcionarias del gobierno, suicidas que cometen atentados o soldados implicados en conflictos en el Tercer Mundo. En nombre del poder imperial o en las luchas que se le oponen aumenta el número de mujeres militarizadas. Actualmente, más mujeres ocupan posiciones dentro de ese poder (o de lo que antaño era un poder) para luchar en nombre de los poderosos, y además son cada día más visibles. Se trata de una visibilidad poco común, ya que las mujeres por lo general permanecen ocultas (porque se las confina a la invisibilidad y el silencio). Por eso, el solo hecho de que parezcan dar un paso al frente merece ser sometido a examen.

Condoleezza Rice detenta el poder, pero no lo hace en su condición de mujer (signifique esto lo que sea en nuestros tiempos) ni en nombre de las mujeres y sus derechos, sino a favor de una democracia imperial que destruye la igualdad por la que luchan las mujeres y la justicia racial. Una democracia imperial que para camuflarse se sir-

ve de la diversidad racial y la fluidez del género, y que convierte a las mujeres y las personas de color en sus señuelos. La piel negra de Condi y su cuerpo de mujer son un velo que nubla la visión. La democracia imperial trivializa el discurso sobre los derechos de la mujer al reducirlo a un problema de política exterior y militariza a las mujeres para conseguir sus fines imperialistas. Tanto en el estamento militar como en la sociedad, crea un tipo de mujer combatiente ungido por Laura Bush, la civil en jefe. Pretendo argumentar que estas transformaciones, lejos de ser ilusorias o irrelevantes, significan lo contrario de lo que aparentan.

Toda guerra implica la instauración de circunstancias excepcionales. Asimismo, se presenta como si fuera un proceso natural, como parte de la condición humana. Viene a decir: siempre habrá guerra(s). La guerra, pues, es espantosa y normal, universal y a la vez incomparable. Cada guerra es simultáneamente parecida y diferente de cualquier otra. La guerra de Vietnam no se parece a las guerras en Afganistán e Irak, pero tiene algo más en común. Cada guerra determina de nuevo y es determinada por las relaciones de poder racializado y de género que instaura. Y no. A su vez, la determinación de esas relaciones de poder se desprenden del capitalismo global en su fase inicial, el anticomunismo en Vietnam, el capitalismo unipolar de Estados Unidos o la retórica antiterrorista sobre Afganistán e Irak.

Más de un cuarto de siglo de activismo feminista, en parte desencadenado por la guerra de Vietnam, permite definir hoy nuevas líneas de acción. Las políticas sexuales y los sistemas de violencia sexual/racial/de género son hoy más explícitos y evidentes.. El militarismo y la militarización redefinen tanto la masculinidad como la feminidad, y la hipersexualidad y el neorracismo construyen nuevas-viejas formaciones de género racializadas. Las guerras siempre han mutilado los cuerpos de las mujeres procreadoras, pero las guerras actuales, en las que más mujeres se ven involucradas activamente, hacen que este proceso sea más complejo. Las nuevas tecnologías bélicas, sumadas al activismo feminista y a las exigencias del capital global, desesencializan y desnaturalizan la madre tierra.

Mi interés consiste, por tanto, en centrarme en la resexualización del género operada en el último cuarto de siglo, a fin de comprender mejor el actual estadio alcanzado por el capital global y altamente militarizado. Tras la caída de la Unión Soviética y las

revoluciones en Europa oriental, los años posteriores a 1989 han visto la instauración del estadio del poder unipolar de Estados Unidos. La fase militarista del poder global estadounidense recibió su primer empuje con las guerras del Golfo, en 1991; desde entonces tenemos más vigilancia, más privatizaciones, más concentración de poder, más gasto militar. El 11 de septiembre de 2001 dio carta blanca a este militarismo para que alcanzara su nivel más álgido y comenzara a deslizarse del neoliberalismo a la democracia fascista. Las justificaciones del nuevo contexto militar —trátese del incremento de instalaciones carcelarias, la activación de la Guardia Nacional y las unidades de reservistas o la imposición a la población civil de códigos naranja y alertas rojas— facilitan la rearticulación de configuraciones racializadas de género, mediante la revisión de modelos preestablecidos.

Remilitarización de la vida cotidiana

La cultura de los ataques preventivos y el poder unilateral se ha instalado no sólo en los campos de batalla, sino en el día a día en Estados Unidos. Para los más exitosos, el agresivo ensimismamiento es una manera de justificar un creciente individualismo. Además, nuestros líderes creen que no están obligados a atender las leyes internacionales que nos defienden de la tortura, ni tampoco que deban firmar tratados para contribuir a proteger el medio ambiente. En 1987, Estados Unidos controlaba el 32 por 100 del negocio de venta de armas en el mundo, un porcentaje que diez años después era del 43 por 100. De los 140 países a los que entregó o vendió armas en 1995, un 90 por 100 no amparaba comicios democráticos o eran notorios violadores de derechos humanos.[1]

Estados Unidos, que posee el arsenal más sofisticado del planeta, se ve cada vez más condicionado por los modelos de disciplina militares. La presencia de nuestros soldados, tanto en casa como en el exterior, es demasiado importante como para que no tenga consecuencias en la cultura que les sirve de marco o a la que ellos le impo-

1. Gabriel Kolko, *Century of War*, New Press, Nueva York, 1994, p. 111.

nen el suyo. Estados Unidos invierte más en su ejército (329.000 millones de dólares en 2002) que China, Rusia, Japón, Irak, Corea del Norte y todos los demás países miembros de la OTAN juntos.[2]

Estados Unidos también destina más dinero que nunca a sus cárceles, e invierte en ellas mucho más que en sus escuelas. Entre 1990 y 2000, el número de cárceles se ha incrementado un 81 por 100. El complejo militar-industrial de C. W. Mills ha pasado a ser definido como un complejo carcelario-industrial por Angela Davis, quien denuncia que hoy el número de mujeres detenidas en las cárceles de California es superior al de todas las mujeres encarceladas en todo el país en la década de 1970. En 2003 había aproximadamente dos millones de presos en Estados Unidos y cerca de millón y medio en el ejército.[3] Nuestra cultura militarizada invierte el 52 por 100 del presupuesto federal en el ejército, y el 6 por 100 en sanidad.[4]

La guerra es nuestra metáfora cultural. Declaramos la guerra a las drogas, al sida, al cáncer, a la pobreza, al terrorismo. Pero «la guerra» como metáfora trastorna y produce alucinaciones. El lenguaje que utiliza es tan engañoso como sus objetivos finales. La guerra es un peligro para la democracia porque permite justificar y, por ende, normaliza el ocultamiento, el engaño, la vigilancia y el asesinato. La mentalidad de la guerra se infiltra en cada rincón de la vida cotidiana. Nuestros hijos se divierten con juegos que naturalizan la guerra en nuestros hogares, mientras las tropas estadounidenses en Irak utilizan esos mismos juegos para entrenarse o relajarse. La popular Play station es un arma de reclutamiento que permite imaginar que es posible jugar con la guerra, meterse en ella por diversión, actuar como en la guerra y ganar.[5] Mientras tanto, en la vida «real», el gobernador Jeb Bush promueve la adopción de un programa informático de gestión y coordinación de recursos que ha sido utilizado para señalar a millares de ciudadanos como potenciales terroristas.[6]

2. Kenn Baker, «We're in the Army Now», *Harper's*, vol. 307, n.º 1.841 (octubre de 2003), pp. 35-46.
3. Angela Davis, *Are Prisons Obsolete?*, Seven Stories Press, Nueva York, 2003, pp. 88 y 92.
4. *Ibid.*, pp. 24 y 27.
5. Clive Thompson, «The Making of a Box Warrior», *New York Times Magazine*, 23 de agosto de 2004, pp. 33-7.
6. Jim Defede, «Mining the Matrix», *Mother Jones*, septiembre-octubre de 2004, p. 24.

Cynthia Enloe concibe la militarización como un proceso que influye y se infiltra en la vida cotidiana, diseñado por los militares. El actual ejército representa sólo un aspecto limitado, aunque fundamental, de este proceso disciplinario y regulador de las relaciones sociales, mediante el cual la jerarquía, la vigilancia, el autoritarismo y la deferencia acaban formando parte del modo de vida de las gentes, dentro y fuera de los cuarteles del ejército.[7] La Seguridad Nacional moldea la psique de los civiles de un modo militarista. Los códigos naranja y rojo presuponen alguna clase de inconsciente conciencia del temor, y justifican la demanda de un Estado basado en la seguridad. Se trata de otro tipo de guerra, una guerra que quizá no podamos ver o experimentar directamente, pero que existe. Las elecciones presidenciales de 2004 se inscribieron de lleno en este contexto militarista, con su llamamiento a una memoria específica de la guerra de Vietnam para construir la imagen de los héroes y patriotas de hoy.

Enloe alerta sobre la capacidad de la cultura militarizada para sembrar la confusión acerca de su propia significación, algo que logra haciendo que todo el acento recaiga en el ejército como foco del modo militarizado de vida y pensamiento. Al convertir a esta entidad en el espacio natural de las formas de vida bélicas, sostiene Enloe, estamos normalizando «los espacios civiles militarizados». Señala perspicazmente que el más reciente «camuflaje» de la militarización consiste en hacernos creer que la presencia de mujeres en el ejército está relacionada con la liberación de las mujeres.[8] En lugar de una liberación, el ingreso de las mujeres en el ejército ha de comprenderse como la más reciente fase del capitalismo global militarizador. En la era post-1989, asistimos una vez más a una reformulación de las construcciones del patriarcado racializado, que incluye el rediseño por y para la militarización de nuevas-viejas construcciones de la esposa obediente, la nodriza negra, la madre protectora, la mamá moderna, la mujer profesional. Más mujeres se ven obligadas a alistarse en el ejército por necesidades económicas, y más mujeres civiles se someten a los imperativos disciplinarios de una esfera pública privatizada que reestructura el género con sus acuciantes exigencias.

7. Cynthia Enloe, *Maneuvers, The International Politics of Militarizing Women's Lives*, University of California Press, Berkeley, 2000, pp. 3-4.
8. *Ibid.*, pp. XII y 45.

Es posible que la presencia de mujeres en el ejército contribuya a darle a este estamento un «look» más democrático, simulando que las mujeres ahora pueden escoger las mismas actividades que los hombres, pero en realidad las opciones no son comparables en ambos casos. El ejército puede parecer más moderno, si por «moderno» entendemos «modificado», pero eso no quiere decir que sea más democrático o igualitario. En realidad, hoy se alistan más mujeres en el ejército porque hay menos democracia, si por democracia entendemos opciones y oportunidades. En el actual estado de cosas, el nuevo estadio alcanzado por el patriarcado impone condiciones en las que las mujeres frecuentemente se alistan en el ejército porque buscan un trabajo remunerado o una formación profesional. En el estadio militarista que ha alcanzado el capital global, el ejército constituye uno de los principales terrenos donde las mujeres trabajadoras o de clase media pueden aspirar a una paga mensual... exactamente lo que el trabajo doméstico les ofrecía a las mujeres negras en la década de 1950. Los cambios en la estructura del trabajo de la economía global hacen que una mayoría de las mujeres, con independencia de su raza o clase social, no pueda ya contar con el matrimonio como salvoconducto hacia una vida no dependiente del trabajo remunerado. Son mujeres que buscan la manera de acogerse a los beneficios de la salud y la vivienda, a medios de enseñanza, a una formación profesional, y que están viendo cómo sus necesidades vitales, así como las instituciones del matrimonio y la familia, son sometidas a cambios significativos que traspasan las fronteras raciles y de clase.

Según Enloe, mientras que las mujeres representaban sólo el 1 por 100 del ejército soviético, en la Rusia poscomunista suponen hasta el 12 por 100 de las fuerzas armadas. Durante la guerra de Vietnam, las mujeres conformaban el 2 por 100 del personal del ejército estadounidense, cifra que en 1997 asciende 13 por 100. A fecha de septiembre de 2003, 213.059 mujeres constaban en servicio activo, un 15 por 100 del total, y representaban aproximadamente el 18 por 100 de los nuevos reclutas en el ejército de tierra, el 17 por 100 en la marina, el 7 por 100 en el cuerpo de los marines y el 23 por 100 en las fuerzas aéreas. Prácticamente la totalidad reconoció que se había alistado por motivos educativos y de formación profesional. Más de la mitad de las mujeres en filas pertenecen a minorías étnicas: el 33,2 por 100 son afroamericanas, el 1,8 por 100 americanas nativas,

el 4,1 por 100 americanas asiáticas y un 10,2 por 100 hispánicas.[9] También aumenta el número de mujeres alistadas en las unidades militares de Croacia, México, Jordania, Argentina, Chile, Japón y Corea del Sur.[10] De las fuerzas estadounidenses enviadas a Irak, uno de cada siete miembros activos y uno de cada tres adscritos al servicio de inteligencia militar son mujeres.[11]

Las mujeres jóvenes representan una masa casi crítica en el movimiento maoísta de Nepal. Este movimiento extremadamente militarizado destaca por sus cuadros de mando masculinos y combatientes femeninos. Las mujeres constituyen aproximadamente el 30 por 100 del mismo; para muchas, su participación en actividades militares ha supuesto un problema y a la vez una oportunidad liberadora. Son mujeres que viven inmersas en la violencia, tanto doméstica como gubernamental, para las cuales la «guerra popular» representa el acceso a nuevas y diferentes oportunidades. Los enfrentamientos militarizados reproducen y perturban las relaciones de género estereotipadas, y la participación en ellos de las mujeres hasta cierto punto resulta tan emancipadora como limitadora, ya que su movilización contribuye por igual a poner a prueba y subvertir las relaciones patriarcales de su país.[12]

Conviene señalar que la militarización de las vidas de las mujeres es un proceso complejo y desorganizado. No es la primera vez que las mujeres son invitadas a entrar en el ejército para garantizar su supervivencia. En la Segunda Guerra Mundial, las americanas de origen japonés se alistaban en el ejército para manifestar su lealtad y mejorar su formación. Según Brenda Moore, que ha estudiado el caso de estas mujeres, muchas veían en el servicio militar una «vía para la movilidad social», especialmente debido a su estatus de minoría racial (grupos de inmigrantes podían acceder a la ciudadanía, a cambio del servicio militar). Seis mil «nisei» (los nacidos en Estados Unidos de padres japoneses inmigrantes) se entrenaron para formar

9. Lory Manning, «Military Women», *Women's Review of Books*, vol. XXI, n.º 5 (febrero de 2004), p. 7.
10. Cynthia Enloe, *Maneuvers*, pp. XI, 280-281.
11. Carol Burke, «One of the Boys», *Women's Review of Books*, vol. 23, Issue 2 (marzo-abril de 2006), p. 3.
12. Rita Manchanda, «Maoist Insurgency in Nepal: Radicalizing Gendered Narratives», *Cultural Dynamics*, vol. 16, n.º 2/3 (octubre de 2004), pp. 237-238 y 245.

parte de las tropas en el Pacífico («Se calcula que 5.000 hombres nisei estaban en servicio activo antes de que Estados Unidos declarara la guerra a Japón»). Una vez declarada la guerra, las injusticias debidas al racismo estadounidense hicieron que a estos individuos «se les negaran los mismos derechos por los que estaban dispuestos a combatir y morir». En total, más de 100.000 personas de origen japonés fueron «reubicadas», de las que aproximadamente 80.000 habían nacido en Estados Unidos. Algunas mujeres nisei incluso se alistaron en el ejército tras haber sido deportadas a campos de internamiento, algo que fue utilizado para ensalzar la democracia, ya que supuestamente demostraba que el ejército de Estados Unidos era capaz de acoger incluso a «descendientes del enemigo». Esas mujeres nisei transgredieron las normas de la cultura estadounidense, tanto de manera amplia como en sus vidas privadas. Sus aspiraciones eran diversas: contribuir con sus particulares aptitudes al esfuerzo de guerra, demostrar su lealtad como ciudadanas estadounidenses y conocer mundo.[13]

En cuanto a las afroamericanas, las que se alistaron durante la Segunda Guerra Mundial fueron severamente estigmatizadas y discriminadas. En el ejército había un cupo el 10 por 100 y se practicaba una política de segregación racial. Así, estas mujeres fueron segregadas en una sección exclusivamente negra que se mantuvo aislada de las secciones blancas. Muchas de ellas habían sido entrenadas como profesionales, pero fueron consignadas a tareas poco importantes debido a su raza. En términos militares, la segregación también quería decir que al frente de las unidades segregadas se ponía a oficiales afroamericanas del cuerpo femenino del ejército, pero que no había oficiales entre las mujeres nisei. Todas las americanas que se alistaron permanecieron en filas.[14] Las huellas del patriarcado no se borran porque el género se modernice y reforme para satisfacer las necesidades bélicas. Es cierto que la segregación racial es ilegal actualmente y que hay más matices hoy en las jerarquías de género, con la consiguiente disimulación de los privilegios patriarcales, pero ello no quiere decir que hayan desaparecido. Además, esos matices son la consecuencia de un inadecua-

13. Brenda Moore, *Serving Our Country*, Rutgers University Press, New Brunswick, 2003, pp. XI, XII, 1, 3, 22 y 30.
14. *Ibid.*, pp. 130-134.

do conocimiento de la variedad y diversidad reales de las vidas de las mujeres alistadas en ejércitos en todo el planeta.

Centenares de miles de mujeres lucharon por Alemania, la Unión Soviética y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial, y muchas de ellas combatieron en campos de batalla. D'Ann Campbell calcula que aproximadamente 800.000 mujeres sirvieron en el Ejército Rojo y más de la mitad lo hizo en unidades de combate del frente. Los soviéticos no podían darse el lujo de dividirse en no combatientes y combatientes, una distinción que preocupaba a estadounidenses, británicos y alemanes.[15] Una falta de suficiente «fuerza masculina», y no las prioridades democráticas, fue lo que llevó a combatir a las mujeres. La necesidad impulsaba a las mujeres a asumir roles de combatientes y no un anhelo feminista de «igualdad», como en el caso de las mujeres soldados que perecieron en combates cuerpo a cuerpo en Okinawa. Hoy día hay alrededor de 200.000 mujeres alistadas en las filas del ejército estadounidense, pero haríamos mal en confundir la necesidad con el progreso, la democracia o alguna forma de feminismo.

En países desgarrados por guerras las mujeres pueden enfrentarse a su nueva existencia militarizada combatiendo, pero es más frecuente que lo hagan como refugiadas y personas desplazadas. En países como Palestina, Israel, Sudán, Irak y Afganistán no se puede establecer una frontera nítida entre los ámbitos civil y militar. La vida privada y las relaciones familiares adoptan formas militarizadas cuando la habitual separación entre el hogar y el campo de batalla ha volado en pedazos. Además de entremezclar zonas militarizadas, como sucede en Estados Unidos, la guerra también entremezcla las relaciones sexuales y de género.

La militarización del género

A los países del Primer Mundo les resulta más fácil establecer distinciones entre la guerra y la vida militarizada que a los países arrasados por la guerra, para los que esta separación es un lujo. En India y Su-

15. D'Ann Campbell, «Women in Combat», *Journal of Military History*, vol. 57 (abril de 1993), pp. 301-323.

dán se promociona y visibiliza la violencia de género como algo a la vez horrendo y habitual. La violencia de género y la violencia definida por el género aparecen en estos casos inextricablemente unidas. La violencia de género puede tomar por objeto tanto a hombres como a mujeres, lo que relaja y al mismo tiempo refuerza el control ejercido por los significados tradicionales del género. La violación pública y la vejación de género promocionada son sólo nuevas formas de viejas prácticas.

Los habitantes de Estados Unidos se sintieron horrorizados el 11 de septiembre de 2001 porque tuvieron un atisbo excepcional y lejano de los efectos de una guerra cercana. Quienes en Estados Unidos tienen a sus seres queridos en Irak y Afganistán también pueden notar algunos de los efectos de la guerra. Pero la mayoría de nosotros no es consciente de lo que las guerras producen, en la medida en que ninguno de nosotros sabe lo que es vivir experimentando dolor y miedo permanentemente. Con todo, nunca como ahora ha habido tantas mujeres involucradas en una guerra. Como tales, las mujeres han invadido más aún un territorio que otrora fue únicamente masculino. Estos cambios inducen alteraciones en las relaciones de género, tanto en el seno del ejército como fuera de él. Las mujeres están siendo movilizadas para y por la guerra, pero queda por ver exactamente qué efectos produce en el género establecido su participación en las más recientes guerras y cómo se verán éstas afectadas por las nuevas construcciones de género.[16]

La paz se identifica frecuentemente con las mujeres, la guerra, con los hombres. Sin embargo, la guerra está perturbando la vida definida por estas divisiones de género tal como la conocíamos, y aun el mismo espacio se ve afectado y se reconstruye. El lenguaje de la guerra —frente interno, zona de batalla, combatientes, civiles— desafía nociones tradicionales como hogar, seguridad y privacidad. La muerte engendra nuevas necesidades. En las masacres de Ruanda perdieron la vida tantos hombres, que ahora las mujeres presiden la mayoría de los consistorios locales. En Irak, las tropas estadounidenses han apresado a tantos hombres (más de 10.000 hombres y adolescen-

16. Para un importante debate acerca de las configuraciones de género en el ejército, véase Mary Fainsod Katzenstein, *Faithful and Fearless, Moving Feminist Protest Inside the Church and the Military*, Princeton University Press, Princeton, 1998.

tes) que las mujeres han comenzado a encargarse de las labores masculinas (labrar los campos y custodiar los hogares).[17]

En buena medida, la guerra es secreta, pero en sí misma, es una forma manifiesta y violenta de política. Aunque no se la pueda conocer, la guerra puede constatarse y es visible. Las obscenas desigualdades e injusticias del capitalismo global son más visibles hoy día que en ningún otro momento, y por ello su protección requiere sistemas de poder más aplastantes. Estados Unidos se defiende a puñetazos, mientras invoca la defensa de la democracia y viste de uniforme a sus mujeres para que sirvan de señuelo.[18] Al mismo tiempo, a fin de justificar la guerra se invoca la protección de las mujeres y los niños, considerados civiles, a pesar de que los 95 por 100 de las bajas ocasionadas por las guerras son precisamente civiles, y la mayoría son mujeres. Unos civiles también sometidos a la militarización en su condición de refugiados, asalariados, transportistas de agua y madera o madres.

Las mujeres que se alistan en el ejército penetran en una fortaleza del machismo. La cultura militar aspira a desactivar y castigar el peligro que representan las mujeres. En la Academia Naval de Estados Unidos se practica un ritual nocturno que consiste en obligar a los nuevos reclutas a decir «Buenas noches, Jane Fonda», a lo que el resto de los miembros de la unidad responden: «Buenas noches, puta».[19] Se calcula que la violencia doméstica es tres a cinco veces mayor entre parejas de soldados que entre parejas de civiles. Los hombres que han estado en combate tienden a ser cuatro veces más agresivos físicamente. En 2002, cinco esposas de militares fueron brutalmente asesinadas por sus maridos, que acababan de volver de Irak a Fort Bragg.[20] Antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la Miles Foundation (una institución sin fines de lucro con sede en Connecticut que estudia las agresiones dentro del ejército) recibía un promedio mensual de 75 llamadas de familias de milita-

17. Jeffrey Gettleman, «US Detains Iraqis, and Families Plead for News», *New York Times*, 7 de marzo de 2004, p. A1.
18. Cynthia Enloe, *Does Khaki Become You?*, South End Press, Boston, 1983.
19. Carol Burke, «Why They Love to Hate Her», *The Nation*, vol. 278, n.º 11 (22 de marzo de 2004), p. 14.
20. Catherine Lutz, «Living Room Terrorists», *Women's Review of Books*, vol. XXI, n.º 5 (febrero de 2004), p. 17.

res denunciando la violencias domésticas y las agresiones sexuales. Después del 11-S, comenzó a recibir 150 llamadas por semana. Ocho soldados se suicidaron tras su regreso de Irak, y uno ahogó a su esposa en una bañera.[21]

En principio, la guerra permite sacar a la luz todo la maldad que se esconde bajo la superficie; una maldad que le da sentido y banaliza todo lo demás. La guerra es a un tiempo deseada y despreciada. Es una «orgía de muerte», destrucción y violencia, y, como tal, seduce. Christopher Hodges describe y sanciona esta concepción hobbesiana de la vida y la muerte concebidas como una conquista masculina. Los hombres se mueven por Eros, el flirteo con la vida, y por Tánatos, la muerte.[22] El de Thomas Hobbes era un mundo de hombres, carente de mujeres. La guerra no me otorga sentido, y estoy segura de que no se lo da a la mayoría de las personas, sean hombres o mujeres, respecto de la mayoría de los cuales Hobbes se equivocaba. No obstante, la naturalización y normalización de la guerra se basan en esta idea de una naturaleza humana mítica, concebida exclusivamente como masculina.

Es un peligro pensar que la guerra sea inevitable e intrínseca a la naturaleza humana. No creo que los genes sean exclusivamente naturales o innatos, del mismo modo que no pienso que la naturaleza humana sea natural. El concepto de naturaleza, desde el origen, es genuinamente político, una elaboración que reifica las necesidades de quienes buscan que participemos en guerras en su nombre. En el mundo tecnomachista que es el nuestro, la guerra se nos presenta como el drama de la masculinidad. A veces recibe el nombre de «compulsión edípica» o es definida como «la búsqueda psíquica del padre». Nada de esto impidió que más de 120.000 hijos obedientes lucharan en la guerra de Vietnam para luego volver a casa y suicidarse. El doble de los soldados muertos en esa guerra.[23]

El género naturaliza la guerra y la guerra está moldeada por el género. Masculinidad y feminidad son definidas como oposiciones

21. Monica Davey, «At Fort Riley Soldiers Just Back from Iraq Get Basic Training in Resuming Life», *New York Times*, 31 de mayo de 2004, p. A1.

22. Christopher Hedges, *War Is a Force That Gives Us Meaning*, Public Affairs, Nueva York, 2002, pp. 3, 158 y 171.

23. Linda Boose, «TechnoMuscularity and the "Boy Eternal"», en Amy Kaplan y Donald Pease, eds., *Cultures of US Imperialism*, Duke University Press, Durham, 1993, pp. 504 y 605.

normales. Mientras, se silencia el cuerpo sexual. El mismo proceso de dar a luz es frecuentemente ocultado o banalizado, cuando no fantaseado.[24] Ninguna de estas posibilidades ayudan a las mujeres de carne y hueso. Representan un proceso que silencia y escamotea el cuerpo femenino, convirtiéndolo en una cosa ilegible. La guerra tal y como la concebía Hobbes tiene su origen en este mítico lugar, donde las mujeres que dan a luz están ausentes y los hombres se dedican a matar. O, para decirlo con Klaus Theweleit, «La guerra es una de las primeras formas que tienen los hombres de dar a luz».[25] Así, las mujeres deben de ser pacíficas, y los hombres dedicarse a guerrear. Las posturas esencialistas ubican estas categorías en la naturaleza, contribuyendo a enmascarar la artificial configuración de género de las guerras.

Las mujeres, que son individuos sexuados de maneras específicas, dan a luz en un mundo que también les exige que críen y eduquen. Pero basta con abandonar la inmutabilidad del sexo y el género para ser capaces de observar la mutabilidad del género sexuado y el sexo transformado en género. Aunque sexo y género no desaparecen, este proceso exige que se tomen en consideración sus politizadas significaciones contextuales. Así, resulta que algunas mujeres pueden optar por salvar la vida en lugar de destruirla, pero muchas otras deciden ingresar en el ejército. Eso quiere decir que las prácticas de género están abocadas al cambio, aun cuando las concepciones de la faminidad y la masculinidad esencializadas y aceptadas permanezcan incólumes.

La guerra institucionaliza la diferenciación sexual, al mismo tiempo que contribuye a socavarla. Impone la oposición, diferenciación y alteridad entre los pueblos. Cualquier otro proceso de diferenciación se ve afectado por la prioridad asignada a la masculinidad. La guerra es un proceso que simultáneamente produce y reproduce masculinidad. El guerrero heroico es la norma estándar.[26] Cualquier

24. Sara Ruddick, «Notes Toward a Feminist Peace Politics», en Miriam Cooke y Angela Woollacott, eds., *Gendering War Talk*, Princeton University Press, Princeton, 1993, p. 291.
25. Klaus Theweleit, «The Bombs, Wombs and the Genders of War», en Cooke y Woollacott, eds., *Gendering War Talk*, p. 284.
26. Charlotte Hooper, *Manly States: Masculinities, International Relations and Gender Politics*, Columbia University Press, Nueva York, 2001, pp. 76 y 95.

otra opción es considerada una muestra de afeminamiento, debilidad, mariconería. Por eso la derrota de Estados Unidos en Vietnam fue considerada una castración. Hubiese sido deseable que la derrota desembocara no sólo en una redefinición de la política exterior, sino también en una rearticulación de género. En 2003, el diario *The Blade* publicó un informe sobre las Tiger Forces, la unidad de élite que «ataba brutalmente a civiles en Vietnam». Esta unidad de paracaidistas entrenados al más alto nivel, en 1967 cortó las orejas y arrancó el cuero cabelludo a sus reos para fabricar trofeos en forma de collares con los que se adornaban.[27] Se han documentado extensamente las mutilaciones y violaciones a las que soldados estadounidenses sometieron a inocentes en varias aldeas vietnamitas. No obstante, las Tiger Forces continúan interviniendo en guerras desatadas por Estados Unidos, lo que hace pensar a algunos que la única diferencia entre las guerras de Afganistán y Vietnam es que la primera es marrón, mientras que la otra era verde.[28] Apenas se atreve uno a imaginar cómo las macabras atrocidades cometidas en Vietnam puedan integrarse en las estrategias de esta unidad hoy, en Irak.

Vietnam continúa siendo un referente de la perturbadora desmasculinización de Estados Unidos en la derrota. De ahí que Jane Fonda siga siendo objeto de odio por sus actividades antibélicas y a considerada poco menos que una cobarde por los defensores de aquella guerra. Aunque lamentablemente hora se dedica a disculparse por su antiguo activismo, Fonda sigue siendo igualmente vilipendiada. Gertrude Stein dio en el clavo cuando decía que patriarcal es sinónimo de patriótico, y que de la mujer patriótica sólo se espera que cierre la boca y brinde apoyo, no activismo subversivo.[29]

Las políticas adoptadas después de Vietnam tuvieron por objetivo lograr la remasculinización de Estados Unidos, en pro del capitalismo global. La derrota de este país en Vietnam sirvió para justificar la reestructuración y privatización de un gobierno considerado «feminizado» e inepto. Un Estado más reducido y agresivo era el sueño

27. Michael Sallah y Mitch Weiss, «Buried Secrets, Brutal Truths», *The Blade*, 12 de mayo de 2003, p. 45.
28. Svetlana Alexievich, *Zinky Boys: Soviet Voices from the Afghanistan War*, Norton, Nueva York, 1990, p. IX.
29. Margaret Higonnet, «Not So Quiet in No-Woman's Land», en Cooke y Woollacott, eds., *Gendering War Talk*, pp. 205-226.

de los capitalistas globalizadores, y el de Donald Rumsfeld era reestructurar y privatizar el ejército. Si no me equivoco, comencé a integrar de nuevo la guerra de Vietnam en mi proceso de análisis cuando supe de las actividades de las Tiger Forces y el contraterrorismo especial de Delta Force, pero esta vez en Irak. Y Vietnam resurgió en las elecciones presidenciales de 2004: Kerry era un veterano y fue estigmatizado, no ensalzado, por haber participado en aquella guerra.

Demasiadas cosas odiosas habían ocurrido. Millones de toneladas de bombas fueron lanzadas sobre civiles y soldados por igual. Murieron tres millones y medio de vietnamitas y cayeron 58.000 soldados estadounidenses. Quienes regresaron trajeron consigo espantosos recuerdos que les impidieron vivir normalmente. Algunos cuentan sus experiencias en la cinta documental *Soldado de invierno*.[30] Testimonian contra la guerra y relatan su horror: mujeres y niños asesinados indiscriminadamente, mutilados, quemados y matados, destripados en vida, prisioneros lanzados desde helicópteros al vacío. Dicen cómo habían sido entrenados para ver en los vietnamitas a «orientales» y «rojos», y no a seres humanos, cómo les aterraba pensar que iban a morir y hacían lo que fuera para sobrevivir.

Volví a ver *Soldado de invierno* mientras redactaba este libro. Intentaba ver y oír, pero no lo conseguía. La secuencia en la que aparecen unas jóvenes vietnamitas gritando y rogando que no las mataran es apenas soportable. Todo el tiempo me decía que si esto era verdad, no deberíamos atrevernos a olvidar. Actos como esos no pueden perdonarse porque no pueden olvidarse. Por el contrario, hay que recordar. No estoy diciendo que renunciar a perdonar nos obligue a querer castigar, sino que es necesario no perdonar la participación en una guerra.

La pérdida feminizadora de la guerra de Vietnam supuso un hito históricamente significativo en el rediseño del proceso histórico de la renegociación de género. La guerra se convirtió en «un medio para la expansión y definición de relaciones de género alteradas».[31] Las relaciones de género basadas en el enfrentamiento se volvieron más transitorias y fluidas. El género se hacía más flexible, pero cierta-

30. *Winter Soldier*, 20/20 Production, PO Box 198, New Hampshire.
31. Susan Jeffords, *The Remasculinization of America: Gender and the Vietnam War*, Indiana University Press, Bloomington, 1989, pp. XIV, 5 y 168.

mente no más igualitario. La separación de género seguiría existiendo, pero ya no volvería a hacerlo en sus viejas formulaciones. La guerra se definiría menos por el sexo biológico (por el cuerpo masculino, por la masculinidad) y más por discursos masculinos capaces de ser asumidos por hombres y mujeres. Los discursos moldean el aspecto del género; y en este sentido, se ha producido un desplazamiento que «aleja de los individuos definidos por el género y acerca a discursos moldeados por el género».[32] Este proceso de renegociación de género adquirió un relieve especial durante la guerra del Golfo de 1991. Era la primera vez que Estados Unidos se involucraba en una guerra desde Vietnam, y por primera vez en una guerra sus tropas se manifestaron como masculinas y también femeninas.

Las guerras de Irak de 1991 a 2006 representan una manifestación de la rehabilitación del ejército estadounidense en la era post-Vietnam mediante su propia resexualización. Se ha militarizado parcialmente la feminidad sin que el ejército se haya desmasculinizado. Poco después del inicio de la guerra de Irak, el relato de la captura de Jessica Lynch por fedayines en Nasiriya fue utilizado para movilizar a los hombres soldados del ejército estadounidense e incitarlos a la acción. Habían de hallarla y protegerla.[33] Jessica Lynch y sus camaradas Lori Piestewa y Shoshanna Johnson representan el cambiante disfraz del ejército. Sólo una de ellas era blanca, y las tres eran mujeres de clase trabajadora. Aunque aparecían militarizadas como hombres, como género seguían siendo mujeres. Esta mujeres jóvenes estaban condenadas a sufrir daños colaterales: tanto Lynch como Johnson volvieron a casa con graves heridas, y Piestewa, una madre soltera, perdió la vida.

Pero la guerra de Irak de 2002 fue promovida por un *cowboy* sin experiencia militar. Mientras, las mujeres en el país se las ven cada día con una refeminización rampante, trátese de la liposucción o de una nueva versión de *Las mujeres perfectas*. La confusión de género no puede ser más real. En 2005, la película En Terreno vedado fue todo un éxito. Ahora resulta que incluso los cowboys pueden ser gays.

32. Carol Cohn, «Wars, Wimps and Women: Talkin Gender and Thinking War», en Cooke y Woollacott, eds., *Gendering War Talk*, pp. 228 y 232.
33. Rick Bragg, *I Am a Soldier, Too: The Jessica Lynch Story*, Alfred Knopf, Nueva York, 2003, p. 124.

El capitalismo global requiere una rearticulación y redefinición de género del patriarcado, lo que implica la adopción de diferenciaciones de clase entre las mujeres para poder defender los privilegios machistas más allá de las fronteras de clase. Y las mujeres de las clases trabajadoras —especialmente si son de color— son generalmente las nuevas guerreras machistas. En un contexto en que las diferencias de clase avivan las desigualdades y las injusticias globalmente, la militarización de la vida cotidiana redefinida por el género implica este tipo de realidades de clase.

La violación como forma de género de la guerra

La violación expresa la violencia codificada por el género, y en tiempos de guerra permite reactivar la continuidad de la definición de género de la mujer como víctima en lugar de agente. Pero hay que tener en cuenta que este es un proceso en el que todos los enemigos, sean hombres o mujeres, son feminizados. Las violaciones en Bosnia o Darfur violentan sexualmente a niñas y mujeres, y al mismo tiempo atacan el sistema de género de la masculinidad. Los hombres se desmasculinizan con la violación de sus hijas y esposas. En este proceso, nadie queda a salvo de vejaciones.

La violación no sólo es uno de los efectos o crímenes de la guerra, es su rostro brutal y despiadado. Los cuerpos de las mujeres se convierten en campos de batalla, son capturados, conquistados y destruidos. Las violaciones de guerra desintegran las diferencias entre vida privada y pública, destruyen la propiedad y privacidad del propio cuerpo, del mismo modo que la vida de cada individuo se convierte en moneda de cambio en las guerras de género. Los civiles desaparecen. Las guerras de género suprimen el reconocimiento de la condición de civil y reducen la tortura a un contexto desconectado de la familia y el hogar.[34]

La nación enemiga se desmasculiniza, la victoriosa se remascu-

34. Gillian Youngs, «Private Pain/Public Peace: Women's Rights as Human Rights and the Amnesty International Report on Violence against Women», *Signs*, vol. 28, n.º 4 (verano de 2003), p. 1.209.

liniza. Las violaciones sistemáticas (un tipo de «misoginia asesina») frecuentemente aparecen integradas en las políticas militares.[35] Es un fenómeno que ha asumido formas diferentes: judías sometidas a esclavitud sexual por los soldados nazis, imposición de la violación institucionalizada de las esclavas sexuales por el ejército japonés en la Segunda Guerra Mundial, campos para violaciones creados por los serbios durante la guerra en Bosnia, violación y mutilación de mujeres tutsis en las masacres de Ruanda, propiciadas en algunos casos por mujeres hutus.

Más de medio millón de niñas y mujeres fueron violadas en el genocidio ruandés de 1994. Decenas de miles de niñas y mujeres lo han sido en Bosnia, Sierra Leona y Timor Oriental. En muchos de esos países, como en Serbia y Pakistán, la mujer violada se enfrenta al repudio de su comunidad, y a menudo se ve reducida a optar por la única vía de escape: el suicidio. Sin embargo, en Sierra Leona las violaciones de guerra alcanzaron tales proporciones que, a pesar del estigma y la vejación que la violación conlleva, a las supervivientes de estas prácticas se les permitió regresar a sus comunidades de origen.[36]

Si parafraseáramos a Clausewitz y a Foucault, podría decirse que la violación no es más que la continuación de la guerra por otros medios y con otros recursos igualmente inhumanos, un tipo de guerra integral más que uno de sus efectos.[37] Tanto la guerra como las violaciones se normalizan como si fueran inevitables, como si estuvieran biológicamente inscritas en la naturaleza del guerrero mítico. Pero resulta que la violación corporal destruye las convenciones de género. La violada deja de ser una mujer que cualquier hombre pueda querer reconocer como suya. La violación de guerra reduce a las mujeres a su instancia patriarcal de receptáculo corporal y las excluye del estatus de feminidad privilegiada. Por medio de la violación se logra ocu-

35. Beverly Alien, *Rape Warfare: The Hidden Genocide in Bosnia-Herzegovina and Croatia*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996, pp. XII, 47 y 62.
36. Susan McKay y Dyan Mazurana, *Where Are the Girls?*, Rights and Democracy, Montreal, 2004, p. 45.
37. Alexandra Stiglmayer, ed., *Mass Rape: The War against Women in Bosnia-Herzegovina*, Universidad de Nebraska, Lincoln, 1992, y Zillah Eisenstein, *Hatreds: Racialized and Sexualized Conflicts of the 21st Century*, Routledge, Nueva York, 1996.

par totalmente a las mujeres, en lo que constituye la «invasión definitiva».[38]

Aunque es menos sistemática y reconocida como tal, también existe la violación homosexual (hombre contra hombre), pero se le otorga menos visibilidad porque entra en conflicto con ideas preestablecidas sobre la heteromasculinidad. Sea hetero u homosexual, las violaciones perpetradas en la guerra rediseñan y redefinen el género. Los hombres violados pasan a ser cuasimujeres o maricas; su indefensión los feminiza. En estos casos, el género se desprende del cuerpo biológico y adquiere una forma monstruosa.

Según Yvette Abrams, una de cada dos mujeres han sido violadas en Suráfrica debido a la institucionalización de la violencia, que se remonta a la esclavitud y se prolonga en las guerras coloniales. Las violentas ramificaciones de este trauma condicionan cualquier posibilidad de instaurar hoy políticas viables.[39] A medida que la guerra asola el planeta, es más necesario ver en la violación una continuación de la política por otros medios. Eso no ha impedido que en Paquistán el general Musharraf, en 2005, se refiriera despectivamente a las acusaciones de mujeres paquistaníes, afirmando que en muchos casos sus denuncias de violaciones eran falsas o exageradas porque lo que estas mujeres buscaban era que los extranjeros les facilitaran ayuda económica y visados. Musharraf equiparó la violación con una manera de «hacer dinero» para marcharse del país, sin importarle el revuelo causado por el caso de Mujtar Mai, violada en 2002 por orden de una asamblea de aldea, en el marco de una venganza de honor, ni tampoco las amenazas de muerte recibidas por Shazia Jalid tras denunciar haber sido violada.[40] Las feministas paquistaníes replicaron manifestando su indignación en marchas públicas.

Pero la violación como una «guerra por otros medios» también existe más cerca de nosotros. Decenas de mujeres soldados en la zona

38. Eve Ensler, «The New Paradigm: We Hold Within», en Medea Benjamin y Jodie Evans, eds., *Stop the Next War Now*, Inner Ocean Publishing, San Francisco, 2005, p. 28.
39. Yvette Abrams, presentación sobre «Feminist Identities and Global Struggles» en la *Future of Minority Studies Conference*, National Summer Institute Universidad Cornell University, 1 de agosto de 2005.
40. Salman Masood, «Pakistani Leader's Comments on Rape Stir Outrage», *New York Times*, 24 de septiembre de 2005, p. A3.

del golfo Pérsico han denunciado agresiones sexuales y violaciones perpetradas por sus compañeros de tropa. Entre 2002 y 2004 se registraron más de un centenar de informes sobre conducta sexual impropia en la Zona del Comando Central (Irak, Kuwait y Afganistán).[41] En este contexto, las agresiones sexuales permiten construir un tipo de mujer que es a la vez guerrera y víctima femenina.

El ejército necesita mujeres reclutas. Así pues, el ejército se está feminizando: actualmente, las mujeres representan aproximadamente el 14 por 100 del ejército de tierra, el 17 por 100 de las fuerzas aéreas y el 13 por 100 de la marina. Pero la vida militar sigue formando a depredadores sexuales machistas.[42] Tras su regreso de zonas de guerra en Irak, Afganistán y Kuwait, treinta y siete mujeres soldados pidieron atención especializada por traumas sexuales a organizaciones de lucha contra violaciones a civiles. Y las 60.000 mujeres desplegadas en esas zonas señalaron ochenta y ocho casos de conducta sexual impropia.[43]

Jessica Lynch no recuerda haber sido agredida sexualmente por sus secuestradores. Rick Bragg afirma que posiblemente haya sido torturada y violada (en su informe médico consta «agresión sexual anal»).[44] La presencia intra y transnacional de las vejaciones sexuales y las violaciones contribuye a definir y crear enemigos, naciones y sus respectivas guerras. El cuerpo de la mujer se convierte en la representación universalizada de la conquista, y el cuerpo del hombre puede masculinizarse en la victoria y feminizarse en la derrota.

El cuerpo sexuado (entero o mutilado, masculino o femenino) generalmente queda relegado en las guerras. Pero a veces sucede algo que nos obliga a recordar. Tammy Duckworth volvió a casa mutilada, habiendo perdido las dos piernas por el estallido de una granada lanzada por un lanzamisiles. Como aviadora en Irak, había realizado vuelos de reconocimiento en el río Tigris, y a su regreso hizo campa-

41. Eric Schmitt, «Military Women Reporting Rapes by US Soldiers», *New York Times*, 26 de febrero de 2004, p. A1.
42. Richard Rayner, «Women in the Warrior Culture», *New York Times Magazine*, 22 de junio de 1997, pp. 24-55.
43. Amy Herdy y Miles Moffeit, «Camouflaging Criminals: Sexual Violence against Women in the Military», *Amnesty International Report*, vol. 30, n.º 1 (primavera de 2004), p. 23.
44. Rick Bragg, *I Am a Soldier, Too*, p. 95.

ña para obtener un cargo público en Illinois. Piernas y brazos estallan en pedazos, las vaginas son destrozadas por las violaciones, las personas se quedan ciegas, las psiques sufren la tortura de despiadadas pesadillas; y sin embargo, nada se dice de todo esto. Silenciar los cuerpos raciales, sexuales y de género es de vital importancia para que la guerra pueda continuar.

Patriarcado, terroristas suicidas y guerras

El género patriarcal no deja de mutar y adaptarse a los nuevos contextos. Son muchas las estadounidenses en busca de formación profesional y un trabajo fijo que siguen alistándose en el ejército. Más de la mitad pertenece a minorías étnicas.[45] Del mismo modo, las mujeres que viven en otros países también ven cómo sus vidas se militarizan. Las palestinas, que viven unas de las condiciones más militarizadas de todo el planeta, no pueden dejar de convivir cada día con la realidad de la guerra. No es casual que constituyan uno de los grupos de mujeres más activistas del mundo, que luchan por sobrevivir y construir su nación. En sus vidas queda poco espacio para lo que habitualmente se considera privado o familiar, y en la guerra permanente que las rodea, pocas podrían aspirar a ser consideradas civiles. Sufren, y luchan y mueren en idéntica proporción que sus hombres.

Las mujeres terroristas suicidas manifiestan las mismas ambigüedades de género que sus homólogados en otros escenarios militarizados. El hecho de que se suiciden de este modo no apunta al desvanecimiento de las relaciones patriarcales en países como Líbano, Palestina o Chechenia, sino más bien a que tanto hombres como mujeres desempeñan roles de género más fluidos. En *Army of Roses*, Barbara Victor señala que ya en 1985 la inteligencia siria animaba a las jóvenes libanesas a inmolarse atacando a las tropas israelíes. Las autoridades palestinas garantizan un estipendio mensual de 400 dólares de por vida a las familias de los hombres que se suicidan haciéndose estallar con una bomba y 200 dólares a las de las *shahidas*, sus equivalentes femeninos, como Wafa Idris. Una vez más entran en juego las necesidades económicas de

45. Lory Manning, «Military Women», *loc. cit.*, p. 7.

las mujeres, y está claro que el patriarcado devalúa sus vidas comparadas con las de los hombres. Según Victor, las mujeres que deciden inmolarse lo hacen por una mezcla de necesidad económica y desesperación personal: «Los ataques suicidas se han convertido en las "bombas inteligentes" consumadas de los pobres».[46]

Muchas de estas mujeres suicidas son brillantes, inteligentes, están divorciadas y tienen hijos. Pero en su descripción, Victor también señala que son irracionales y viven angustiadas, y que en el marco de los discursos machistas se las considera emocionalmente inestables y vulnerables. Aunque ocupen el lugar del guerrero suicida, se las sigue feminizando. El hecho mismo de que estas mujeres existan se pone en duda, y cabe preguntarse por qué. En efecto, porque se da por sentado que la política no basta para describir las actuaciones de las mujeres, que tiene que haber algún otro factor, alguna otra razón que dé cuenta de sus acciones. Por eso, se describe lo que hacen como «actos de desesperación personal», y se especula sobre sus razones en clave de «transgresión moral» y en la necesidad de redimirse muriendo «como mártires». Mientras que las acciones de los hombres, en este contexto, son enfocadas a través de la «psicosis del martirio» generada por la «humillación de la ocupación» y la «desesperación de una sociedad peligrosamente estancada», se nos explica que las mujeres que deciden morir matando han sufrido alguna decepción amorosa o han fracasado en el matrimonio.[47]

Jacqueline Rose se pregunta por qué los suicidas de este tipo son considerados más irracionales que otros soldados, por qué es mayor pecado morir matando que vivir después de matar. Rose argumenta que suicidarse con una bomba —haciendo, de paso, menos víctimas que las acciones bélicas convencionales—, no es más demencial que matar a secas. También refuta la tesis de Victor sobre las mujeres suicidas, ya que ésta las envuelve en el género, cuando sencillamente son mujeres vilipendiadas y rechazadas y no palestinas o enardecidas representantes del pueblo o mártires.[48]

46. Barbara Victor, *Army of Roses: Inside the World of Palestinian Women Suicide Bombers*, St Martin's Press, Nueva York, 2003, pp. IX, 35, 7 y 16.
47. *Ibid.*, pp. 8 y XI.
48. Jacqueline Rose, «Deadly Embrace», *London Review of Books*, vol. 26, 2005. Puede consultarse en: <www.lrb.co.uk/v26/h21/rose01.html>.

Las palestinas son un elemento crucial para la resistencia armada/intifada. Arafat las bautizó «mi ejército de rosas». Al igual que la administración Bush necesitó mujeres para nutrir las filas del ejército en Irak, Hamás ha utilizado mujeres para aplastar al ejército israelí. Pero los privilegios patriarcales permanecen intocados en este tipo de proceso, especialmente cuando Occidente presenta a los suicidas como seres irracionales y patológicos. Es cierto que se trata de una patología parcialmente condicionada por el miedo y la aversión a la muerte, pero no lo es menos que en estos casos también desempeña una función importante el sesgo de género con que se aborda la irracionalidad femenina.

Las «viudas negras» son terroristas suicidas de Chechenia. Según algunas informaciones, para lograr que estas jóvenes acepten morir, los chechenos las violan y filman la agresión para que sientan que han dejado de tener motivos por qué vivir y piensen que es preferible morir. Esta explicación comienza y acaba en el género patriarcal: las mujeres no son concebidas como agentes políticos; por lo tanto, hay que violarlas para obligarlas a actuar, y la violación es utilizada como relato de la dominación. No cabe sino preguntarse si las mujeres pudieran llegar a tener alguna otra razón para hacerse saltar por los aires. También en este caso, la violación como justificación permite negar a las mujeres el estatus de agentes activos, capaces de intervenir por propia volición. Pero no todas las viudas negras son descritas de este modo, y al menos se habla de otra suicida que es cultivada y «moderna».[49]

En Rusia estas mujeres son también conocidas como *shakhidki*, variante rusa de la palabra árabe que significa «guerrero sagrado que entrega su vida». No se dice de ellas que son valientes, sino que son nihilistas, a pesar de su participación en por lo menos quince atentados desde 1999. Aunque muchas no formaban parte de las viudas negras, diecinueve de los cuarenta y un raptores que participaron en el asalto a un teatro de Moscú en octubre de 2002 eran mujeres. Diez años de guerra han creado la nueva mujer suicida armada con bombas. Un fenómeno que se integra plenamente no sólo en la cultura is-

49. Steven Lee Myers, «Female Suicide Bombers Unnerve Russians», *New York Times*, 24 de mayo de 2003, p. A6.

lámica, como testimonio de compromiso con ella, sino también en la teoría democrática feminista.[50]

En septiembre de 2005 se inmoló en Irak la primera suicida. Iba vestida como una mujer, según la tradición y portando el velo, y no fue cacheada en el puesto de control. Tras salvar este obstáculo se puso ropas de hombre y se desplazó hasta el lugar donde detonó la bomba, matando a ocho personas y dejando heridas a cincuenta y siete. Los velos del género —vestida de mujer y después de hombre— sirvieron para facilitar un acto de guerra. Los cuerpos obviamente no son lo que parecen.

Terry Eagleton sostiene que «hacerse estallar por motivos políticos es un acto simbólico complejo, que mezcla desesperación y desafío». Un acto que expresa la tensión entre vivir una vida sometida a la ocupación sin posibilidad de actuar y actuar para escoger la propia muerte. Al volverse invulnerables, los terroristas suicidas experimentan un tipo de libertad. Sólo les queda un poder: el de morir devastadoramente, de un modo que hace que la vida sea «monstruosamente irreconocible».[51]

El martirio se convierte en una opción válida cuando la muerte ajena y propia es el centro de las preocupaciones. Pero se supone que nadie debe pensar de este modo, sobre todo las mujeres. La mujer que se mata poniendo una bomba es la negación del esencialismo de género tradicional, la refutación del género heteronormativo en su forma habitual.

Derechos de la mujer y policía militar

Estados Unidos presume de liberar a las mujeres iraquíes y afganas, mientras que jóvenes mujeres estadounidenses se dedican a alistarse en el ejército. Muchas de ellas deciden ingresar en la Policía Militar porque este cuerpo ofrece a las mujeres puestos de trabajo sobre el te-

50. Steven Lee Myers, «From Dismal Chechnya, Women Turn to Bombs», *New York Times*, 10 de septiembre de 2004, p. A1.
51. Terry Eagleton, «A Different Way of Death», *Guardian*, 26 de enero de 2005, p. 5.

rreno. De 171 soldados adscritos al cuerpo, unos 34 son mujeres. Por lo general, estas unidades realizan las mismas tareas que las integradas exclusivamente por hombres. Muchos de los operadores de ametralladoras de la PM son mujeres. Este es un trabajo peligroso. La soldado Tracie Sanchez (de treinta años y con cuatro hijos), operadora en primera línea de fuego, recibió en la cara quince impactos de metralla de una granada lanzada desde un lanzamisiles. Sus hijos tienen doce, diez, siete y cuatro años. Tenía un trabajo aburrido que desempeñaba al salir de clases en el instituto, así que decidió alistarse. Traice sufre pesadillas, pero no porque no reaccionara a tiempo en combate, sino porque sí lo hizo: mató a gente y preferiría no haberlo hecho.[52] Estamos en el nuevo-viejo territorio de género.

La soldado cualificada Danielle Green, ex estrella de básquet en la Universidad de Notre Dame, que formaba parte de la Policía Militar, fue enviada a casa tras perder la mano izquierda. Se declara decepcionada de su actuación en servicio porque no hizo lo que piensa que debía haber hecho. Green no trabajó en la reconstrucción de barrios y escuelas, y en cambio se pasó la mayor parte del tiempo no haciendo prácticamente nada. A la vista de los acontecimientos, ahora cree que Estados Unidos no debió haber participado en la guerra: «Yo creía que íbamos allí por razones humanitarias».[53] También ella es una manifestación del nuevo-viejo género.

Por otro lado, las adolescentes iraquíes tienen que enfrentarse a nuevas restricciones y menos libertades. No se les permite salir solas de sus casas por temor a que las secuestren y/o violen. Sus vidas también han sido militarizadas. Viven en condiciones de escasa seguridad, y si tienen la suerte de acceder a un simulacro de vida social, han de hacerlo bajo estrictas medidas de vigilancia impuestas por sus padres. Como dice una madre: «Hay que mantener a las hijas en casa».[54] Es difícil maquillar esta realidad. Los imperceptibles cambios que se han producido en el Irak post-Sadam no bastan para justificar tanta confusión y tristeza.

52. Vernon Lock, «Combat Heroine», *Washington Post*, 23 de noviembre de 2003, p. D01 <www.washingtonpost.com>.
53. Ira Berkow, «A Star Athlete, a Soldier, a Challenge», *New York Times*, 3 de junio de 2004, p. A17.
54. Somini Sengupta, «For Iraqi Girls, Changing Land Narrow Lives», *New York Times*, 27 de junio de 2004, p. A1.

Las mujeres y las niñas tienen mucho que perder dependiendo de cómo evolucionen los conflictos intraislámicos y las fuerzas democráticas imperiales. La democracia imperial no les resulta muy atractiva que digamos, ya que serán una vez más objeto de negociación. Estados Unidos nunca ha defendido la liberación de las mujeres, ni en el extranjero ni en su propia casa. Una concepción militarizada de los derechos de la mujer poco tiene que ver con la liberación de las mujeres y las niñas de carne y hueso. Es significativo que el presidente del gobierto español, José Luis Rodríguez Zapatero, resultara elegido tras haber prometido que retiraría las fuerzas españolas de Irak. Cuando nombró su gabinete ministerial, poco después de su elección, la mitad de los nuevos cargos fueron mujeres. También se ha declarado a favor de los derechos de las mujeres, especialmente el derecho al aborto. Que estas mujeres acaben de algún modo siendo señuelos de género o instigadoras de la democracia está aún por verse.

Vejación sexual, confusión de género y Abu Ghraib

El *New York Times* informa de que más prisioneros han sido liberados de la cárcel de Abu Ghraib. En la foto puede verse a un joven de diecisiete años, abrazado por su madre y sus hermanas. El cuerpo literalmente se desploma entre sus protectores brazos. Tiene dos años menos que mi hija. Siento vértigo al pensar que es posible que no supere el horror que ha vivido.

Se nos dice que los musulmanes fueron humillados sexualmente en Abu Ghraib, y que las mujeres blancas de clase trabajadora son utilizadas para «dominar» a los musulmanes. Me deja perpleja el significado de esta díada. Sorprende el uso del epíteto «humillados», en lugar de «torturados» o «violados». De las mujeres que he conocido que fueron deportadas a los campos de violaciones durante la guerra en Bosnia no se decía que habían sido humilladas, sino violadas. No es inocente esta utilización del lenguaje. Los hombres sometidos a torturas y vejaciones sexuales han sido «humillados» *porque* fueron tratados como mujeres, porque se les obligó a ser mujeres: sexualmente dominadas y degradadas. Ver a

un hombre desnudo y expuesto evoca la vulnerabilidad que se suele asociar con la condición de las mujeres. Así pues, los hombres de piel morena de Abu Ghraib conforman una imagen de afeminamiento y vehiculan un subtexto de homosexualidad. Fueron obligados a sentirse y actuar como mujeres o maricas mientras unas mujeres los torturaban. Los hombres morenos de Abu Ghraib eran masculinos, pero habían dejado de ser hombres, y las mujeres blancas que los custodiaban eran femeninas, pero no eran mujeres. El truco, aquí, consiste en la desaparición de una frontera nítida entre lo femenino y la condición de mujer. Hay un vínculo entre los dos, pero ha dejado de ser determinante.

Cuando vi por primera vez las fotos de las torturas en Abu Ghraib, me sentí destrozada y angustiada. Pensé: «nosotros» somos los fanáticos, los extremistas, no ellos. Cuando al día siguiente seguí dándole vueltas a lo que había visto, me pregunté cómo era posible que en esas atrocidades hubieran participado tantas mujeres. De los torturadores, tres (Megan Ambuhl, Lynndie England y Sabrina Harman) destacan en la secuencia de imágenes, y las tres son mujeres y blancas. El general de brigada al mando de las cárceles en Irak, Janis Karpinski, también es blanca y mujer. Así como el general de división Barbara Fast era el oficial de inteligencia de mayor rango que había supervisado las condiciones en que se hallaban los detenidos. En cuanto a Condoleezza Rice, que entonces ocupaba el cargo de consejera de Seguridad Nacional del presidente y ahora es secretaria de Estado, no sólo es mujer, sino que es negra.

Karpinski había participado en la guerra del Golfo de 1991 como miembro de las Fuerzas Especiales. En 2003 fue nombrada general de brigada del cuerpo de reserva del ejército de tierra, con mando sobre las cárceles de Irak. Bajo su jurisdicción se encontraban tres grandes cárceles, ocho batallones y 3.400 soldados de infantería. Era la única mujer comandante de la zona de guerra y la única oficial encargada y responsable del incidente ocurrido en Abu Ghraib. Otra protagonista clave, Carolyn Wood, antes de Irak había estado de servicio en Afganistán, en el centro de detención de Bagram, donde dos detenidos habían muerto en sendos incidentes que resultaron ser homicidios. Wood era la responsable de la aplicación en las prisiones iraquíes de las nuevas técnicas de interrogación, que incluían el *hooding* (cubrir la cabeza con una bolsa o capucha), desnudar a los prisioneros y obligarlos a

no dormir.[55] Lynndie England era recepcionista encargada del registro de los reclusos ingresados. Su novio, Charles Graner, fue hallado responsable de los más sádicos tratamientos infligidos a los presos y ha sido condenado a diez años de detención en la prisión militar de Leavenworth. England había ido a verle a Abu Ghraib la noche en que participó en las torturas. Graner no pudo demostrar que sus superiores habían autorizado los métodos que empleó.

Lynndie England probablemente quedará para siempre asociada con la historia de las torturas como la mujer que empuñaba el látigo. Para enfrentarse a su primer juicio —tenía veinte años entonces— apareció ante el tribunal embarazada y vestida con un uniforme de camuflaje. Una imagen que concentraba los rasgos de torturadora/humilladora, mujer preñada, sexualmente promiscua y blanca de clase trabajadora. Es una chica de las montañas de Virginia Occidental, aficionada al softball y la caza de ardillas. Tiene aspecto de tortillera, y es posible que lo sea. Aunque esto no tiene la menor importancia. Lo que sí la tiene es que se trata de una mujer metida en un ejército de hombres. Así que se dedica a follar con el sargento Graner y arrastrar por el suelo a iraquíes desnudos. England declaró que lo que había hecho era sólo un juego, que no pretendía humillar a nadie. El género revolotea alrededor del cuerpo de Lynndie England, que representa la masculinidad en un cuerpo de mujer. El género flota aquí, desconectado del cuerpo significante. Estamos ante un señuelo de las guerras imperiales.

El primer intento de England de negociar un acuerdo condujo a un juicio nulo. Su petición consistía en alegar una trayectoria vital de enfermedad mental y dificultades de aprendizaje, así como la corruptora influencia que Graner habría ejercido sobre ella. El juez del tribunal militar declaró no estar convencido de que ella fuera consciente de que sus acciones fueran incorrectas en el momento de los hechos. En su siguiente juicio, el abogado de England basó su defensa en la idea de que se había limitado a «cumplir órdenes», alegando que su personalidad hacía de ella una persona «excesivamente sumisa».[56] En una

55. Anthony Lewis, «Making Torture Legal», *New York Review of Books*, vol. LI, n.º 12 (10 de febrero de 2003), pp. 4-8.
56. David S. Cloud, «Private Found Guilty in Abu Ghraib Abuse», *New York Times*, 27 de septiembre de 2005, p. A12.

entrevista aparecida en Dateline, England declara que estaba enamorada de Graner y que fue él quien le dijo que lo hiciera. Es decir, había hecho lo que se esperaba de ella. Y lo había hecho bajo presión y acatando las órdenes.[57]

Resulta un poco difícil comprender la finalidad de estas alegaciones. Quizá que cumplía órdenes y, por ello, no pensaba lo que hacía y no era responsable de sus actos; o que como tenía dificultades de aprendizaje era incapaz de distinguir entre el bien y el mal; o bien que los únicos responsables son los superiores en la línea de mando. Desde que acabó el juicio ha traído al mundo al hijo de Graner y se nos dice que es una madre entregada que adora a su bebé. England fue declarada culpable de seis cargos, incluidos maltrato a detenidos, comportamiento indecente y conspiración en la cárcel de Abu Ghraib. Graner, en la cárcel los próximos diez años, se ha casado con Megan Ambuhl, que se reconoció culpable de sus actividades en Abu Ghraib a cambio de su licencia del ejército.[58] ¿Puede haber mayor culebrón?

Aparte de los juicios, nada se ha sabido de las investigaciones. Hasta la fecha, diez soldados de baja graduación han sido sancionados por abusos a detenidos, pero los cuatro oficiales de rango superior involucrados en lo sucedido en Abu Ghraib han sido absueltos de todos los cargos. Tan sólo un oficial, la general de brigada Janis Karpinski, al mando de la unidad de la policía militar destacada en Abu Ghraib, ha sido apartada de su puesto y recibido una amonestación escrita. Ahora se dedica a acusar al ejército de tierra de querer convertirla en un chivo expiatorio. Escribe Karpinski: «Soy la eterna mujer que se puede sacrificar en un ejército de hombres». Se siente traicionada, y sostiene que trabajó duro para hacer de la cárcel de Abu Ghraib un lugar habitable, pero que no recibió el apoyo de sus superiores. Ahora sabe que no fue lo suficientemente agresiva al transmitir sus demandas de mejoras y al supervisar los interrogatorios, pero agrega que su condición de mujer en un ejército de hombres hizo que la mantuvieran en todo momento al margen del circuito de la información. Resulta interesante, que diga que, aunque siempre quiso ser

57. Como aparece citada en la entrevista de Dateline, «Behind the Abu Ghraib Photos: An Exclusive Interview», 2 de octubre de 2005.
58. Kate Zernike, «Plea Deal Is Set for GI Pictured in Abuses in Iraq», *New York Times*, 30 de abril de 2005, p. A1.

un «soldado entre soldados», también quería conservar su feminidad. Apunta que «había mujeres soldados que se comportaban más masculinamente que los hombres», que los hombres cortaban al rape el cabello de los mujeres y las obligaban a llevar uniformes holgados porque querían hacerles perder su feminidad, etc., etc. Ella, por el contrario, decidió llevar el pelo largo. En opinión de Karpinski, no era suficientemente masculina para el ejército, y en consecuencia ha sido castigada.[59]

Más recientemente, Karpinski declaró ante una comisión de jueces encargados de investigar casos de violaciones de derechos humanos que el teniente coronel Ricardo Sanchez, ex comandante las fuerzas estadounidenses en Irak, dio la orden de ocultar la causa de la muerte de varias mujeres soldados de servicio en Irak. En su testimonio, Karpinski dijo que habían «muerto por deshidratación porque se negaban a ingerir líquidos al final del día, ya que tener que ir a las letrinas de noche les producía miedo». Temían exponerse a abusos o violaciones por parte de sus compañeros en caso de usar de noche esas instalaciones, que estaban alejadas de sus barracones.[60]

Los relatos de torturas en Abu Ghraib pasan en silencio las denuncias supuestamente «sin fundamento» de abusos y violaciones a mujeres musulmanas encarceladas por soldados estadounidenses. Se ha afirmado que hubo casos de malos trato s e interrogatorios nocturnos a presas, y que dos detenidas, de diecisiete y dieciocho años, fueron objeto de estas prácticas. El Pentágono se ha negado a comentar estas acusaciones.[61] En el centro de estos relatos de abusos, destaca la presencia de hombres musulmanes y mujeres blancas, pero las mujeres musulmanas brillan por su ausencia, a pesar de los rumores. En paralelo a las torturadoras blancas de Abu Ghraib, la mujer musulmana silenciada y violada reconstruye formas tradicionales de género, que en este contexto demuestra su capacidad de metamorfosis.

Los silencios racializados y las confusiones de género son tan

59. Janet Karpinski con Steven Strasser, *One Woman's Army*, Miramax Books, Nueva York, 2005, pp. 48, 79, 81, 214 y 221.
60. Marjorie Cohn, «Military Hides Cause of Women Soldier's Deaths», TRUTHOUT/report, lunes 30 de enero de 2006, en: <www.truthout.org/docs2206/013006J.shtml>.
61. Viveca Novak y Douglas Waller, «New Abuse Charges», *Time Magazine*, 20 de junio de 2004, p. 23.

frecuentes como excepcionales en el relato militarizado de Abu Ghraib. Lo sucedido allí es la manifestación espeluznante de la naturaleza de la guerra y sus efectos, así como de la cara que hoy, en esta época de globalización unilateral y militarizada, ofrecen las guerras de/contra el terror. El sadismo y las vejaciones no son meras aberraciones. Estas prácticas atroces se remontan al precedente establecido ya el 11 de septiembre de 2001 en el Centro de Detención de Brooklyn. El paquistaní Javaid Iqbal y el egipcio Ehab Elmaghraby presentaron denuncias por las palizas que recibieron en sus instalaciones. Denunciaron que fueron sodomizados con una linterna. En cuanto a las violaciones de los derechos humanos en Afganistán y Guantánamo, Cruz Roja las ha denunciado ante Colin Powell, Condoleezza Rice y Paul Wolfowitz, sin resultado alguno.[62] Las denuncias de violaciones en Abu Ghraib han sido corroboradas por el general Antonio Taguba.

Las mujeres están presentes en estos espacios específicos del poder justo en el momento en que el machismo militarista está en auge. Se me ocurre que si las mujeres ocupan hoy este lugar, ello se debe a que se ha convertido en un espacio de poder irresponsable y aun anacrónico. La privatización del estamento militar ha producido la falta de asunción de responsabilidades y ha facilitado la aparición de escenarios no sometidos a normas en los que las violaciones sexuales y la tortura pueden ser a la vez libres (en el sentido de poder hacer lo que no está expresamente prohibido) y tácitamente aprobadas por la jerarquía. El secretario de Defensa Donald Rumsfeld ha reestructurado y reducido el tamaño del ejército, y el hecho de que ahora acoja a las mujeres quizá se deba al actual despojamiento de este espacio de poder institucionalizado. Y posiblemente por la misma razón se haya vuelto tan fácil asignar culpas y responsabilidades en este contexto.

Nadie niega que estas mujeres deban ser consideradas responsables y estén obligadas a asumir sus faltas, pero también es innegable que están siendo utilizadas como señuelos de género. Son figuras engañosas que encandilan porque nos permiten fantasear con una igualdad de género, mientras ocultan su depravación. Como señuelos,

62. Alexander Cockburn, «Green Lights for Torture», *The Nation*, vol. 278, n.º 21 (31 de mayo de 2004), p. 9.

alientan nuestra pretensión de que así es el rostro de la democracia; y como señuelos, generan confusión al participar activamente en la específica vejación sexual que su género suele padecer. Este aparente cambio e intercambio en realidad deja intocado el género machista/racializado. Lo único que varía es el sexo, pero el uniforme sigue siendo el de siempre. Hombres y mujeres pueden ser comandantes masculinizados o colaboradores imperiales, las mujeres blancas parecerse a machistas forjadores de imperios y los hombres de piel morena a mujeres y homosexuales.

Las mujeres transformadas en señuelos de género alientan la fantasía de una mayor igualdad, de que tienen acceso a cualquier puesto sin pagar ningún precio en sus vidas y en sus relaciones. Y el señuelo es eficaz porque resulta que algunas cosas sí que han cambiado, y que esos cambios no son insignificantes y son importantes. Pero eso no quiere decir que lo sean de la manera como se nos vende su imagen. El brillo que desprenden las mujeres utilizadas como señuelos de la democracia se explica porque en ellas se despliega la inestable relación entre el sexo y el género en sus significados más confusos y fluidos.

Hay un precedente histórico. Catalina la Grande, como la mayoría de los «emperadores» rusos del siglo XVIII, fue una mujer que gobernó como un hombre. Era habitual distinguir con claridad entre el cuerpo femenino de la emperatriz y su función como «emperador», con connotaciones tanto militares como gubernativas. En la Rusia del siglo XVIII, para poder «alcanzar el trono y conservar el poder, las mujeres monarcas debían mostrar un comportamiento masculino». A la sazón, el guión más corriente para las revoluciones de palacio era el que «incluía un vuelco ritual: la pretendiente femenina vestida como un hombre». El gobierno de Rusia por mujeres echó mano del «vuelco de género con el fin de garantizar y fortalecer el éxito de acceso al trono, por ilegítimo que fuera». La legitimidad requería «atributos masculinos». Y Catalina la Grande se valió de «los modelos masculinos clásicos del poder imperial... para legitimar su gobierno».[63] Éste es un claro precedente de Margaret Thatcher y Madeleine Albright.

63. Mi agradecimiento a Susan Buck-Morss por este debate. Véase Vera Proskurina, «Catherine the Great: translatio imperii and Translation of Gender», Davis Center, Univesidad de Harvard <www.aatseel.org/program/aatseel/2002/abstracts/Proskurina.ht>.

Cada vez que el poder y la dominación se exponen en su forma más detestable, como en Abu Ghraib, sale a la luz el significado del poder, con sus ocultas potencias sexuales y racializadas. Si racismo y sexismo siempre aparecen juntos, ello se debe a que el uno construye al otro: cuando uno de ellos duerme, el otro se activa. Ejemplos destacados de las híbridas relaciones entre la raza, el sexo y el género son el juicio a O. J. Simpson, el proceso de confirmación de Clarence Thomas, las palizas a Rodney King y Abner Louima y sus secuelas. En todos estos casos, es imposible decidir si se trata de sexo racializado o racismo sexualizado, ni si es posible distinguirlos realmente. En el de Abu Ghraib, estamos ante la utilización de códigos raciales para sembrar significados de género y confusión sexual, con el fin de edificar el imperio.

Un hombre que es tratado como una mujer se convierte en menos que humano (en cualquier caso, en algo inferior al hombre blanco), en algo parecido a la esclava negra (ciertamente no en una mujer blanca). Algo así como un negro linchado. Los musulmanes, pues, a la par que los judíos y los semitas de cualquier confesión, son considerados seres no viriles, a diferencia de los blancos. Algo así como el esclavo negro obligado a asistir a la violación de su amante o su hija por el amo, o a un linchamiento, con la salvedad de que el negro es por definición «diferente» del blanco por su hipersexualidad, no por ser homosexual. Por esta razón al negro también se le lincha y/o castra/mutila. La depravación machista, como discurso y práctica políticos, puede ser adoptada por los hombres y/o las mujeres.

Los señuelos de género son hembras travestidas. El travestido permite imaginar que representa lo mejor que tiene la democracia, cuando no es cierto. Y no obstante, puede decirse que el género es siempre una forma de travestimismo, que los machos, por ejemplo, buscan hacerse pasar exactamente por machos. En otras palabras, hay formas de travestimismo que parecen naturales, como sucede con las versiones autorizadas de la masculinidad y la feminidad. El género ya estaba ahí cuando las mujeres comenzaron a considerarse femeninas. La construcción del cuerpo como género controla la lente interpretativa.

Laura Bush se ha metamorfoseado en «mujer desesperada», como ella misma ha reconocido. Nos regala chistes sobre su marido en no sé qué gala en mayo de 2005, para quejarse de que él se mete en

la cama sobre las ocho, con la obvia insinuación de que la deja sexualmente insatisfecha. O viaja a África para pujar por Estados Unidos, para demostrarle al mundo «lo buena que es América». Ha dejado de venderse como la esposa obediente para convertirse en la humanista activista, defensora en el extranjero de los derechos de las mujeres. Es imposible que Laura o cualquiera de las versiones oficiales del género se mantengan sin cambiar. Fluidez y flexibilidad son aquí la regla, trátese de las relaciones patriarcales o del capital global.

Mientras, el marido de Laura, el presidente de Estados Unidos, se queda en casa, supervisando las fracasadas guerras de/contra el terrorismo. Por un lado, vigila su reino doméstic; por otro, designa a dos mujeres —una negra, la otra blanca— a la judicatura federal. Las dos deploran la discriminación positiva, y una de ellas —Janice Rogers Brown, afroamericana, hija de un aparcero— considera que las políticas de progreso son «una forma de esclavitud», ya que la intervención reguladora de los gobiernos fomenta la dependencia, como lo hacía la esclavitud.[64] Una mujer de piel negra manifestándose contraria a la misma tradición que le permitió disfrutar del derecho a ser libre y ejercer de juez federal. Todo un ejemplo de señuelo racializado.

Al mismo tiempo, los republicanos se han visto obligados a dar marcha atrás en el Congreso sobre la obligatoriedad para el Pentágono de someter al voto de los congresistas cada vez que el ejército pretenda crear nuevos puestos de apoyo sobre el terreno para mujeres. Los militares sostenían que esta norma era excesivamente restrictiva y que se requería mayor flexibilidad para poder asignar a mujeres a unidades de apoyo durante la guerra.[65] Y mientras en Estados Unidos se debaten los roles de género de las mujeres, Bush toma la palabra para defender los derechos de las mismas en Jordania e Israel. Así, la hipocresía de género avanza imparable, mientras los republicanos intentan bloquear enmiendas al proyecto de ley de autorización militar que permitiría eliminar las barreras ideológicas y garantizar que las mujeres soldados víctimas de agresiones sexuales tengan acceso a cuidados sanitarios de buen nivel. Finalmente se hizo una excepción

64. David D. Kirkpatrick, «Bush Judicial Nominee Nears Confirmation», *New York Times*, 8 de junio de 1005, p. A14.
65. Thom Shanker, «Military Bill Backtracks on Women», *New York Times*, 24 de mayo de 2005, p. A24.

para autorizar en estos casos el recurso a la píldora del día después o al aborto. La resistencia al cambio moldea los debates acerca de las mujeres en zonas de combate: desde 1994, tienen prohibido el servicio en unidades de combate directo, lo que no impide que se les permita pilotar helicópteros y otros aviones de combate en operaciones de apoyo aéreo en primera línea.[66] El resultado es que más mujeres siguen muriendo (cuatro perdieron la vida en Faluya, en junio de 2005, cuando un suicida estalló con su bomba al paso del convoy en el que viajaban), pero la mítica separación entre puestos de combate y de apoyo permanece inalterada.

Todo ello hace aún más despreciable el hecho de que la administración Bush adopte el lenguaje de los derechos de las mujeres, como cuando se justifican los bombardeos en la guerra de Afganistán invocando el trato que los talibanes dan a las mujeres, o se explican las bombas sobre Irak por las espantosas torturas y las celdas de violación del régimen de Sadam Husein.[67] Y a nadie debería sorprender que hayan sido las cowgirls de Bush —Laura, Mary Matalin y Karen Hughes—, acostumbradas a rechazar y criticar cualquier tipo de feminismo, las responsables de la formulación de los derechos de las mujeres *imperiales* al servicio de la guerra. El feminismo imperial se sirve de un militarismo machista travestido. El feminismo imperial(ista) difumina la figura de los señuelos de género: las mujeres son simultáneamente víctimas y perpetradoras, sometidas y libres, y nunca del todo dominadoras ni víctimas.

Si la violación y la vejación sexual se comprenden no como aberraciones de la guerra sino simplemente como un tipo de guerra por otros medios, se impone otro contexto en el que el desorden y el caos en Irak permiten mantener a las mujeres atrincheradas en sus hogares. No se trata solamente de las costumbres islámicas o del legado de Sadam Husein, y esto más bien tiene que ver con la guerra misma. Desde esta óptica también pueden analizarse de otra manera las recientes

66. Thom Shanker, «House Bill Would Preserve and Limit the Role of Women in Combat Zones», *New York Times*, 20 de mayo de 2005, p. A20.
67. Para un importante planteamiento del contexto político que enmarca el presente debate, véase Rosalind Petchesky, «Phantom Towers: Feminist Reflections on the Battle Between Global Capital and Fundamentalist Terrorism», en Susan Hawthorne y Bronwyn Winter, *September 11, 2001*, Spinifex, Feminist Perspectives, North Melbourne, Australia, 2002, pp. 316-20.

denuncias de agresiones sexuales y violaciones formuladas contra sus compañeros por decenas de mujeres soldados estadounidenses en activo en el área del golfo Pérsico.[68] Así se comprende mejor cómo la degradación de género es parte integrante de la guerra, y que la guerra, por consiguiente, no puede ser una liberación para las mujeres y sus derechos.

Los relatos de la guerra adoptan hoy líneas argumentales de género más explícitas, ya que la relación entre el sexo y el género es especialmente fluida en el actual estadio militarista del patriarcado global capitalista. En parte ello explica por qué el conflicto más abiertamente declarado opone a los extremistas islamistas patriarcales de Osama y a los patriarcas capitalistas globalizadores de Bush. Su mayor diferencia reside en la necesidad de las relaciones patriarcales tradicionales y sus versiones modernizadas. En la guerra de los Balcanes, las violaciones a mujeres eran una pieza central del relato destinado a demonizar el nacionalismo serbio; en cambio, las violaciones y vejaciones sexuales a prisioneros musulmanes hombres eran silenciadas. Más recientemente, la vejación sexual a que fueron sometidos hombres musulmanes en Abu Ghraib eclipsó casi por completo las vejaciones sexuales y violaciones a sus homólogas. La diferenciación de género, si bien perturba las divisiones sexuales preexistentes, también perdura de manera dramática en ambos relatos.

El actual machismo militarista se sirve de la diferenciación impuesta a la mujer por el hombre, de la «otredad» diferenciadora de cada una que conforma la concepción hetero del yo mediante la aplicación de señuelos blancos femeninos. La guerra de Irak ha permitido afinar con precisión el doble papel de las mujeres imperiales, a la vez como soldados y comandantes masculinizados y como señuelos de género. No obstante, tiendo a pensar asimismo que los silencios de la guerra *imponen* una separación y «diferenciación» entre hombres y mujeres que no existe ni puede existir, dado el lugar central que ocupa en la guerra la violencia racializada/sexualizada. Esta deshumanización compartida también delata lo contrario: la humanidad que hombres y mujeres comparten.

68. Eric Schmitt, «Military Women Reporting Rapes by US Soldiers», *New York Times*, 26 de febrero de 2004, p. A1.

Asistimos aquí a una combinación y reformulación del sexo y la raza. Los cuerpos se desvinculan de su significado de género. Los hombres morenos pasan a ser como las mujeres de cualquier color, pero se supone que son mujeres blancas quienes dominan y empuñan el látigo —las mismas que también son violadas por sus compañeros de armas—. Este caos de género produce una nueva/vieja forma de engaño, en la que a las personas de carne y hueso se las deja de contemplar en su humanidad, y se escamotean las estructuras de poder y dominación que definen los rasgos de sus vidas.

Barbara Ehrenreich sostiene que Abu Ghraib demuestra que el feminismo —la idea de que las mujeres han de ser libres si quieren tener los mismos derechos que los hombres— no basta como estrategia. Nada que objetar, aunque con ello se malinterpreta Abu Ghraib. Según esta autora, Abu Ghraib es un episodio de «arrogancia imperial, depravación sexual e igualdad de género».[69] Pero aquí no hay rastro de igualdad de género, tan sólo *depravación* de género o, en el mejor de los casos, una igualdad desvirtuada a la que nadie aspira, ni siquiera las mujeres que supuestamente ya han alcanzado la igualdad. La mayoría de los feminismos del planeta, y muchos en Estados Unidos, saben que imitar a los hombres no es ser iguales o libres.

Problemas similares plantea la transformación de Colin Powell y Condi Rice en símbolos de esas guerras. De su presencia no puede deducirse que la igualdad racial y/o de género ya exista para una mayoría de negros y de mujeres. En realidad, un número desproporcionadamente elevado de negros, tanto hombres como mujeres, están ingresados en cárceles estadounidenses (las mismas cárceles donde se los desviste y somete a malos tratos). Lo que asusta de verdad es que se nos pueda hacer creer que Abu Ghraib supone alguna forma de feminismo, aunque de una especie que me declaro incapaz de reconocer. Abu Ghraib es machismo hiperimperialista sin control. Las mujeres que vemos en este escenario sirven para encubrir la misoginia de los constructores de imperios, a los que de paso les echan una mano.

Por tanto, considero que en todo esto no hay rastro de feminismo. La mayoría de las mujeres están en el ejército debido a la globa-

69. Barbara Ehrenreich, «What Abu Ghraib Taught Me», <www.Alternet.org/story>, 20 de mayo de 2004.

lización y la reestructuración de la fuerza de trabajo en Estados Unidos y otros lugares. Jessica Lynch había solicitado un trabajo en Wal-Mart, y cuando no lo obtuvo decidió alistarse. Lori Piestewa y Shoshanna Johnson, que combatieron junto a Lynch, eran madres solteras en busca de formación. Las tres mujeres acusadas de los crímenes de Abu Ghraib eran de clase obrera. Aquí no veo igualdad, sino *necesidad*.

Mi intención no es simplificar en exceso la diversidad y las diferencias existentes entre los soldados que participan en esta guerra, sobre todo en el caso de las mujeres. Johnson —mujer, negra y soldado cocinera— recibió un disparo, fue capturada como prisionera de guerra, y tras su rescate volvió a casa con su hija pequeña. Cuando le preguntaron sobre Lynndie England, en el *Larry King Show*, dijo que de ninguna manera habría podido ponerle a alguien una soga alrededor del cuello y luego arrastrarlo por el suelo: «Que me juzguen en consejo de guerra o me hagan lo que quieran para castigarme, pero nunca lo haría». Añadió que ningún soldado debería acatar órdenes inhumanas, en ninguna circunstancia. Y también que cuando fue capturada temió por su seguridad y pensó que era posible que la violaran, pero que aparte de una paliza al comienzo, en el campo de batalla, siempre fue tratada con respeto. Jessica Lynch también ha declarado que, como prisionera, fue tratada con cuidado y respeto.[70] Y a pesar de su cuerpo destrozado, se niega a demonizar Irak o a convertirse en portavoz de esta guerra.

En el relato gráfico de Abu Ghraib la utilización de las mujeres permite preservar la normatividad heterosexista. Podemos ver a mujeres maltratando a hombres, lo que es un modo invertido de proteger la jerarquía y oposición sexual (la regla de la ley dice aquí: no hagas preguntas, no digas nada). Estas mujeres de baja graduación obviamente no controlan gran cosa, son una especie de peones al servicio de repugnantes maniobras que hubiesen debido negarse a ejecutar. Aunque sus acciones no reflejan su poder ni sus privilegios reales, sí pueden desplegar el poder imperial de las mujeres blancas sobre los hombres musulmanes, ya que aquéllas se inscriben en un sistema de poder jerárquico, heterosexista y punitivo. Y es ese mismo sistema el que después las ha utilizado como carne de cañón. La compleja trama de sexo, raza,

70. Rick Bragg, *I Am a Soldier, Too*.

género y clase social compuso en Abu Ghraib un tejido engañoso, mas no inocuo. Es realmente significativo que Fast y Karpinski sean blancas y que no haya habido mujeres negras en los puestos de mando que ocupaban ni tampoco implicadas en crímenes sexuales como los cometidos por England. Y si Johnson presenta otros matices como señuelo de género, ello es un efecto perverso de la sexualidad racializada.[71]

No es baladí que en Estados Unidos la gente (hombres y mujeres por igual) se espantara ante las imágenes de aquellas mujeres vejando a los reclusos de Abu Ghraib. Algunos de nosotros creíamos que las mujeres no eran capaces de llevar a cabo este tipo de actos. Está claro que el esencialismo elemental que reza que las mujeres son más maternales o cariñosas o pacíficas sencillamente no está en lo cierto. Como tampoco es verdad que, en vista del tipo de vida que llevan muchas mujeres y sus responsabilidades parentales, sean tan proclives a la guerra como la mayoría de los hombres. Mujeres y hombres responden a fuerzas que actúan sobre ellos y ellos construyen. Ni el esencialismo de género ni el construccionismo por sí solos permiten comprender el fenómeno de la guerra. En efecto, Abu Ghraib es un síntoma de un problema más grave e importante que unos cuantos incontrolados que deciden un día vejar y torturar a sus reos. La obscena costumbre de degradar a otros seres humanos ya se había implementado en Afganistán, así como en nuestras cárceles de Estados Unidos. Recientemente se ha sabido que ex carceleros con antecedentes de vejaciones a presos han interrogado a detenidos en Guantánamo, y que oficiales de la guerra en Afganistán formaron a miembros del personal militar de Abu Ghraib.

El problema no reside en saber qué papel han desempeñado el secretario de defensa Donald Rumsfeld, la consejera de Seguridad Condoleezza Rice, el subsecretario de Defensa e Inteligencia Stephen Cambone y el comandante del centro de detención de Guantánamo, Geoffrey Miller. Se trata también del más vasto sistema de heteromasculinidad racializada, hoy potenciado por la militarización unilateral. Es un sistema estructural de poder y privilegio jerarquizados que transforma en «otro» a todo el que no participa en la empresa de construcción del imperio. Actualmente, ya no hay

71. Estoy especialmente agradecida a Rosalind Petchesky por sus comentarios, clarificadores para este debate.

casi civiles; los individuos de género/racializados nunca son lo que parecen ser.

Si el género es un envoltorio tan perfecto para la ofuscación es debido a su notable flexibilidad y complejidad. Es del todo imposible aclararse cuando Kofi Annan dice que hay que invertir en las mujeres africanas para que ellas puedan ayudar a resolver el problema del sida; cuando todo el mundo espera que la movilización de las estadounidenses bastará para hacer realidad sus compromisos desproporcionados con la búsqueda de la paz; cuando las auténticas luchas democráticas én Afganistán e Irak son lideradas por mujeres; cuando más mujeres se suman a las filas de los suicidas, y, además, cuando la movilización de las estadounidenses para combatir en las guerras de/contra el terrorismo es una consecuencia de sus necesidades económicas. En un contexto así, los poderosos malbaratan y abusan de cualquier genuino compromiso con la igualdad de género, y movilizan la diferenciación de género en aras de la guerra y de la paz. Éste es el rostro más feo del restaurado patriarcado del capitalismo de guerra. Las guerras de/contra el terrorismo decididas por Bush enmascaran su *realpolitik*: la de una misoginia capitalista y racista que sale a escena disfrazada de drag queen.

Con Abu Ghraib hemos aprendido que la humanidad y la inhumanidad pueden adoptar cualquier color, sexo o género. La guerra prepara para matar, para estar siempre alerta y no confiar nunca en el enemigo. Por eso casi siempre destruye el sentido mismo de la humanidad que nos permite reconocernos en el otro y reconocer lo que nos une a otros, en lugar de lo que nos separa. La brutalidad es el reflejo de ese proceso de reconocimiento y repentino desconocimiento de la humanidad en los otros. El espectáculo —a distancia— de los prisioneros iraquíes de Abu Ghraib emasculados obligó a los estadounidenses en su país a mirar de frente la guerra. La mayoría pudimos ver más de lo que quisiéramos: que las guerras estadounidenses de/contra el terrorismo son feas y degradantes, que la guerra en Irak está fracasando, y que no somos tan distintos de Sadam Husein.

La construcción de género es un proceso que no tiene fin. Y como la cibertecnología crea y a la vez refleja los discursos acerca del cuerpo —en formas especialmente militarizadas, además—, asimismo hace posible y fomenta los nuevos aspectos que asume el estatus de señuelo. Debido a la invisible visibilidad que las cibercomunicacio-

nes imponen y facilitan, los cuerpos hoy flotan más libres que nunca y más lejos de sus lugares de origen. La descorporeización del sexo y el trabajo en las ciberrelaciones nutre estos nuevos ligámenes entre el sexo, la raza y el género. Y junto con las mutaciones económicas, también cambian las vidas militarizadas y aun la guerra.

Así, pues, masculinidad y feminidad, junto con sus significados racializados específicos, están siempre en estado de fluidez. Linda Burnham llama la atención sobre una «sexualización de la conquista nacional» en Abu Ghraib, en la que la dominación sexual es parte integral de una «hipersexualidad militarista».[72] No cabe duda de que vivimos uno de esos momentos hipersexuales, ya que el racismo sexualizado siempre acaba siendo protagonista cuando los sistemas de poder entran en crisis y la verdad sobre la guerra se destapa ostensiblemente.

Una arrogancia completa e íntegra ciega al poder unilateral. La administración Bush piensa que está por encima de las leyes, que nada ni nadie puede obligarle a rendir cuentas. La tortura está bien. Nadie es inocente. El ejército estadounidense se supervisará él solo. Él es su propio tribunal de última instancia. No hay protección para los presos. La guerra de/contra el terrorismo aterroriza a quien se acerca a ella. Las fronteras entre combatientes y civiles, derechos y vejaciones, hombres y mujeres, blancos, negros y morenos están siendo redefinidas y rediseñadas. Pero este tipo de género racializado en estado de fluidez a la vez se manifiesta en medio de las limitaciones que imponen el patriarcado racializado y el género heteromasculinizado.

Cuando un puñado de hombres morenos capturan a la trabajadora de CARE Margaret Asan y después la matan, están emasculando a Tony Blair. Las naciones más poderosas son impotentes ante el secuestro y la decapitación de los trabajadores extranjeros. Se lanzan ultimátums, que son ignorados, y gente inocente muere. De un solo golpe, la raza y el género se vacían para llenarse de terror. Los guerreros machistas de uno y otro bando no suelen capturar rehenes.

Los cuerpos desnudos de musulmanes torturados junto a mujeres blancas ostentando cigarrillos y látigos, no menos que la ausencia

72. Linda Burnham, «Sexual Domination in Uniform: An American Value», *War Times*, <www.war-times.org>, 19 de mayo de 2004.

y el silencio impuesto a las musulmanas de Abu Ghraib, son recordatorios desgarradores de que la guerra es insoportable. Sería doblemente desgarrador descubrir que los estadounidenses son capaces de tolerar ni siquiera una parte de las violaciones de Abu Ghraib, y más aún si lo hicieran en nombre del feminismo.

3. Una democracia aterrorizada y privatizada

En enero de 2006, la opinión pública en Estados Unidos se mostraba desencantada con la guerra en Irak. Preocupada por un presidente que racionaliza el uso de la tortura y confrontada a diario con noticias de la utilización por el gobierno de escuchas secretas para controlar ilegalmente las informaciones, sacaba la conclusión de que las libertades civiles habían sido gravemente comprometidas, tanto en el país como en el extranjero. Más de treinta y cinco cargos públicos, incluidos diplomáticos de carrera, consejeros económicos, miembros del Consejo de Seguridad Nacional, funcionarios de la CIA y coroneles del ejército de tierra, han dimitido por esta razón. Pero nada de ello ha impedido que el presidente siga manifestándose a favor de la democracia y la libertad en el mundo, ni que continúe dispensando estos derechos exclusivamente a sus rendidos admiradores. A quienes ponen en tela de juicio sus políticas les responde que están dándole armas al enemigo. De este modo censura y criminaliza cualquier forma de disidencia.

No puedo dejar de sorprenderme ante la evidencia de que comportamientos antidemocráticos puedan disfrazarse con la retórica de la democracia. Y de que no pase nada. Se bombardea, se detiene y tortura a personas en otros países, y en nuestro país se detiene a la gente en las calles y se la deporta o la confinamos en un limbo legal. Ante semejantes tácticas encaminadas a imponernos un poder absoluto, sólo dispongo de herramientas inadaptadas y limitadas para cuestionar la democracia imperial y sus tendencias neoliberales y facistas. Aunque muchos estadounidenses aún no sean conscientes de ello, los derechos civiles ya han sido desvirtuados y se ataca perma-

nentemente la legalidad democrática progresista. Llegados a esta etapa del capitalismo global, el rostro imperial y fascista de la democracia se incrusta cada día con más fuerza en el mismo Estados Unidos y se manifiesta cada vez con mayor claridad en sus extremidades.

Incluso Alberto J. Mora, ex consejero general de la marina estadounidense —un respetado conservador que admiraba a Ronald Reagan, ocupó cargos en la primera y segunda administración Bush y apoyó la «guerra contra el terrorismo» y la invasión de Irak— parece coincidir con el diagnóstico que acabo de esbozar. En diciembre de 2002, Mora manifestaba preocupación y rechazo ante los abusos a detenidos en Irak y Guantánamo, que comenzaban entonces a conocerse. En sus notas de trabajo afirma que la crueldad es ilegal, que la dignidad personal es uno de los derechos humanos constitucionales, y que estos derechos han de hacerse extensivos a los «enemigos combatientes ilegales». Porque «si se admiten estas excepciones, la Constitución toda se vendría abajo. Es una cuestión crucial».[1] Mora se sentía asqueado y desanimado por las decisiones antidemocráticas de la administración Bush.

Hay abundantes muestras de las contradicciones que caracterizan la política de la democracia imperial. Bush exige que los estadounidenses vivan en una «sociedad de propietarios», en la que la gente dependa de sí misma en lugar de apoyarse los unos a los otros. Mientras tanto, genera el mayor déficit de la historia y sus amigos empresarios se enriquecen aún más. Las privatizaciones —con sus beneficios para las empresas, no para el gobierno— son su única brújula; la esfera pública se ve despojada de sus responsabilidades sociales. Cuanto más privatizado e imperial se vuelve el país, también se torna menos igualitario y justo. Y a medida que deja de ser justo, parece que ha de volverse más militarista. De ahí la relevancia de las guerras de/contra el terrorismo que subyacen en esta política.

El terrorismo es el nuevo comunismo. Muchas de las redes que en el pasado financió y utilizó Estados Unidos en su lucha contra la Unión Soviética en Afganistán, Irak e Irán, se han convertido en sus más recientes enemigos. Amigos y enemigos giran e intercambian

1. Citado en Jane Mayer, «The Memo», *The New Yorker*, 27 de febrero de 2006, pp. 33 y 35.

posiciones. No deja de ser significativo que los malos musulmanes de hoy fueran ayer los buenos musulmanes de la guerra fría.[2]

El capitalismo global ha acabado imponiéndose excepcionalmente. Para ello ha sido tan necesario como revelador que el negocio de la guerra y su corporativización adoptasen un nuevo formato. A medida que se privatiza y se transforma en un negocio, la guerra se vuelve menos controlable y transparente. En efecto, la guerra privatizada implica que las grandes empresas se hacen directamente con el control de sus actividades, lo que a la vez agrava la falta de controles y transparencia. Por consiguiente, a mayor espíritu empresarial, menor control y regulaciones democráticas, y, al mismo tiempo, mayor ocultamiento, engaño y tortura. Lo que permite comprender por qué incluso en el ejército muchos rechazan la nueva orientación hacia formas de poder no controlables.

La lucha de las grandes empresas por hacerse con el poder en la guerra de Irak, sumada a los billones de nuestra deuda, configuran un panorama político y económico inestable, y no sólo para Estados Unidos, sino para todo el planeta. La retórica antiterrorista es utilizada para justificar esta nueva realidad, mientras en las guerras desatadas por Estados Unidos quienes luchan son hombres y mujeres de color. Así pues, el capitalismo bélico es una increíble máquina que sirve a la vez para ocultar y exponer. Camuflado por la diversidad racial/étnica y el maquillaje de género de las mismas fuerzas armadas, proyecta su excesivo y concentrado poder en una profusión de figuras raciales y sexuales. Mientras tanto, los gays disciplinados se dedican a defender la jerarquía de género heterosexista.

El fanatismo derechista del mercado que caracteriza a Bush se ha ido alejando cada vez más del discurso democrático progresista. Los discursos y promesas de igualdad racial y sexual, de justicia política y social han sido abandonados porque supuestamente habrían triunfado, y han sido reemplazados por la obsesión de la democracia imperial con el miedo. Las guerras de/contra el terrorismo aterran a la gente y destruyen cualquier posibilidad de buscar una común humanidad.

Cuando comencé a enterarme del trato que Estados Unidos daba a los detenidos en Afganistán, Guantánamo e Irak, perdí el sueño.

2. Mahmood Mamdani, *Good Muslim, Bad Muslim*, Pantheon, Nueva York, 2004.

El terrorismo, la tortura y el nuevo extremismo

Según Jean Baudrillard, Estados Unidos fue humillado el 11 de septiembre de 2001. Esa fecha marcó la derrota simbólica del poder global, y los estadounidenses comprendieron que el terrorismo es «nuestro propio juicio y castigo».[3] Como la humillación tuvo efectos castradores, la respuesta fue la guerra, y la guerra contra el terrorismo, su más perfecto envoltorio: una guerra sin fronteras, sin terreno específico, sin posibilidad de asignarle un fin. En lugar de adoptar una línea de actuación sólida y clara, se impuso el forcejeo con Sadam Husein respecto de las supuestas armas de destrucción masiva (ADM) de Irak.[4] La seguridad nacional pasó a ser vital, y la vigilancia y la disciplina lo fagocitó todo, especialmente los derechos civiles. La Ley Patriota prometió garantizar la seguridad interior, pero a cambio mermó la privacidad de las personas, incrementó el secretismo gubernamental y la vigilancia y el control de los inmigrantes, dio inicio a nuevos métodos de seguimiento de sospechosos e introdujo nuevas penas capitales. Se antepuso la seguridad a los derechos, y los subsidios encubiertos al «lobby del terrorismo» sustituyeron las indispensables políticas públicas.[5] Ahora la guerra se libra contra los derechos civiles y su legislación.

La ocupación estadounidense de Irak y Afganistán estimula la aparición de nuevas formas de terrorismo y nuevas disidencias e insurgencias. Los extremistas que secuestran y matan a extranjeros, a estadounidenses, alemanes, japoneses, chinos o paquistaníes, hacen que la guerra se dispare hasta cotas fuera de todo control. Las tácticas del terrorismo utilizadas por todos los bandos activan nuevas redes que trascienden las fronteras geográficas, según un modelo que recuerda el del capital global y sus tecnologías transnacionales. La militarización del planeta se convierte en parte integral de la privatización de los mercados globales.

El ex secretario del Tesoro Paul O'Neill mostró su repudio del

3. Jean Baudrillard, «The Violence of the Global», p. 7, disponible en <www.Ctheory.Net/text>.
4. Jeffrey Record, *Bounding the Global War on Terrorism*, Strategic Studies Institute, Air Force's Air War College, Montgomery, Alabama, ISBN 1-58487-146-6.
5. William Greider, «Under the Banner of the "War" on Terror», *The Nation*, vol. 278, n.º 14 (21 de junio de 2004), pp. 11 y 14.

extremismo de mercado de Bush presentando su dimisión. O'Neill veía en la política fiscal de la administración una de las mayores amenazas a la seguridad nacional, y, firmemente convencido de que las privatizaciones y desregulaciones habían alcanzado un pavoroso nivel de descontrol, se consideró incapaz de seguir apoyando las reducciones de impuestos a los estadounidenses más ricos. Junto con muchos otros capitalistas centristas, considera que las políticas de Bush socavan la estabilidad misma del sistema capitalista. Tras el escándalo de Enron, O'Neill quiso que se adoptaran medidas de mayor control para los presidentes y cargos ejecutivos, pero nadie movió un dedo en la administración.[6] En cambio, el gobierno sigue apoyando la idea de una sociedad de «propietarios», en la que se impongan más políticas de privatización para motivar a las personas a asumir la responsabilidad de sus propias vidas, lo que permite desactivar las expectativas de ayuda o asistencia pública financiada por el gobierno. Uno de los primeros proyectos acariciados por Bush en este sentido fue la privatización de la Seguridad Social, con el fin de lograr que la gente se cuidara menos del gobierno y más de su propia salud, pero esta iniciativa no prosperó.

En la sociedad de «propietarios» cara a Bush se privilegian los aspectos privados de todas las formas de propiedad. En este contexto han de situarse los intensos debates actuales acerca del alcance de la propiedad intelectual, el uso razonable y la protección de los derechos de autor. Las nuevas tecnologías digitales erosionan algunos de los viejos conceptos de la propiedad privada, según cuyos criterios algunas de las nuevas prácticas, como compartir archivos y el remix, son ilegales.[7] Mientras esto sucede, como señala Paul Krugman, se procede a recortar drásticamente los presupuestos para educación, atención sanitaria, ayudas a los veteranos y protección medioambiental para reducir el déficit (en una sexta parte), cuando un reajuste en la tasa promedio impositiva aplicada a las rentas más altas también lo reduciría, y además de modo más eficaz (en una tercera parte).[8]

6. Ron Suskind, *The Price of Loyalty*, Simon and Schuster, Nueva York, 2004, cap. 6, especialmente p. 226.
7. Lawrence Lessig, «The People Own Ideas», *The MIT Technology Review*, vol. 108, n.º 6 (junio de 2005), pp. 46-63.
8. Paul Krugman, «Bush's Class War Budget», *New York Times*, 11 de febrero de 2005, p. A25.

O'Neill defiende lo que considera un capitalismo ético, no extremista. Como George Soros, piensa que el extremismo económico debilita la democracia liberal-progresista, y que lo que beneficia los intereses de Estados Unidos es que este país asuma el papel que le corresponde en asuntos como el calentamiento global y el sida en África. Richard Clarke, ex director de contraterrorismo, coincide básicamente con este análisis, en lo que se refiere al extremismo económico y político. Clarke afirma públicamente que la retórica extremista utilizada en la guerra de Irak ha servido únicamente para generar más terrorismo, en lugar de mitigarlo, y que la «administración ha desperdiciado la oportunidad de eliminar a al-Qaeda y, en cambio, ha fortalecido a nuestros enemigos al salirse por una tangente completamente innecesaria invadiendo a Irak». Nuestras políticas erradas basadas en hechos erróneos han conseguido que al-Quaeda salga reforzada y sea más agresiva.[9] Este análisis dista mucho de lo que los extremistas de la administración Bush —Richard Perle, Paul Wolfowitz, Dick Cheney y John Ashcroft— consideran correcto.

El debate sobre los hechos es fundamental aquí. La administración Bush desestima, engaña y miente en numerosos frentes. Antes de renunciar a su cargo de director de la CIA, George Tenet dijo con claridad que las ADM supuestamente existentes en Irak nunca habían sido una «amenaza inminente».[10] Las exageradas denuncias en torno a las ADM responden a un modelo de engaño permanente. Por otra parte, aunque numerosos científicos han advertido de que el cambio climático supone un problema de primer orden para la seguridad nacional, la administración Bush, en lugar de adoptar medidas para frenar las emisiones de dióxido de carbono responsables del calentamiento global, sigue apoyando aquellos intereses ligados al petróleo y el gas. La administración se limita a ignorar y/o a manipular los datos.[11] Por consiguiente, la tergiversación de datos científicos y el engaño al público para alcanzar metas políticas sectarias se han convertido en prácticas del todo habituales. La Casa Blanca de Bush

9. Richard A. Clarke, *Against All Enemies*, Free Press, Nueva York, 2004, p. IX.
10. David Corn, «The Blame Game», *The Nation*, vol. 278, n.º 8 (1 de marzo de 2004), p. 15.
11. Mark Hertsgaard, «A New Ice Age», *The Nation*, vol. 278, n.º 8 (1 de marzo de 2004), pp. 7-8.

«expurga, censura y pone en la lista negra» los resultados de las investigaciones de científicos e ingenieros en los que se cuestionan y exponen «los beneficios de las grandes compañías que apoyan a la administración».[12] Científicos que trabajan en los terrenos del medioambiente, el control de armas y la sanidad pública denuncian que sus conclusiones son ignoradas y falsificadas y que sus informes se censuran o suprimen.[13]

El engaño y las distorsiones recorren todo el abanico de las políticas extremistas de la administración Bush, desde las condiciones de detención en la Bahía de Guantánamo hasta las ganancias de Halliburton en la guerra de Irak, pasando por el informe de 2004 sobre salud de las minorías, revisado para embellecer y mejorar los datos. Esta administración ha confesado haber «alterado indebidamente» las disparidades raciales y étnicas en materia de atención sanitaria, y ha prometido que proporcionará un «documento no expurgado».[14] Este tipo de falsificación y engaño, generalmente asociado con regímenes fascistas y/o totalitarios, está convirtiéndose en parte indisociable de la democracia neoliberal imperial de Estados Unidos.

El recurso de Bush al engaño para imponer su agenda política hace que el presidente sea cada vez más incontrolable, arrogante y corrupto. El exceso de demagogia que lo caracteriza sirve de vehículo a una variante específica de extremismo político, capaz de permitir excesos corporativos como el robo a gran escala de los altos ejecutivos de Enron. Este extremismo de mercado, sumado al fundamentalismo cristiano de Bush, ha sumido en el más profundo malestar a muchos republicanos y neoliberales centristas.[15]

Las continuas tentativas de autorizar el uso de la tortura como método necesario de interrogación atestiguan una deriva derechista que conduce a una forma fascista de democracia. Alberto Gonzales alega que la CIA no está obligada a adoptar los parámetros que ga-

12. Robert F. Kennedy Jr., «The Junk Science of George W. Bush», *The Nation*, vol. 278, n.º 9 (8 de marzo de 2004), pp. 11 y 16.
13. James Glanz, «Scientists Say Administration Distorts Facts», *New York Times*, 19 de febrero de 2004, p. A18.
14. Robert Pear, «Taking Spin out of Report That Made Bad into Good», *New York Times*, 22 de febrero de 2004, p. 16.
15. Eyal Press, «Even Conservatives Are Wondering: Is Bush One of Us?», *The Nation*, vol. 278, n.º 21 (31 de mayo de 2004), pp. 12-16.

rantizan un tratamiento humano a los prisioneros. También sostiene que la prohibición internacional al trato arbitrario e inhumano de los detenidos puede aplicarse de manera «limitada», y que no tiene por qué aplicarse sistemáticamente cuando se trata de «extranjeros fuera del país». En su condición de fiscal general, afirma que la administración no apoya la tortura pero sí aprueba los interrogatorios extremos.[16] Mark Danner sostiene que el día en que Gonzales fue nombrado fiscal general, la tortura pasó a formar parte de la vida de los estadounidenses.[17]

Documentar la desaparición de la democracia

El terrorismo genera y alimenta políticas excesivas y extremistas, como puede apreciarse en los memorandos sobre tortura de la Casa Blanca. Human Rights Watch ha documentado el permanente cortocircuito de las leyes en el tratamiento de prisioneros y detenidos en Afganistán, Guantánamo y Abu Ghraib. Reed Brody advierte de que la administración Bush ha «destripado las necesarias salvaguardas» de la Convención de Ginebra de 1949. Actualmente están autorizados tanto las vejaciones y el trato degradante como los interrogatorios con recurso a la fuerza física. Nuestro comandante en jefe no reconoce la legislación internacional, y siguen abriéndose nuevos centros de detención para sospechosos de terrorismo fuera de toda jurisdicción, extraterritorialmente y en secreto.

A los prisioneros afganos se los llamó «detenidos» para que no pudieran acogerse a la protección de las Convenciones de Ginebra. Fueron definidos como «cualesquiera», como no soldados. Tal etiquetaje autoriza que a los detenidos se les inflija dolor, sufrimiento y vejaciones extremos. Donald Rumsfeld dio inicio a estas prácticas con la finalidad de «explotar a los internos como fuentes de inteli-

16. Eric Lichtblau, «Gonzales Says Humane-Policy Order Doesn't Bind CIA», *New York Times*, 19 de enero de 2005, p. A17.
17. Mark Danner, «We Are All Torturers Now», *New York Times*, 6 de febrero de 2003, p. A27. Véase también, en su *Torture and Truth*, New York Review Books, Nueva York, 2004, los documentos originales de la investigación sobre Abu Ghraib que se analizan a continuación.

gencia manejable».[18] Rumsfeld ve en los terroristas una nueva y resistente cepa de enemigos que requiere nuevos métodos de extracción de información. Una guerra poco convencional exige métodos poco convencionales y, a todas luces, escasamente democráticos.

La administración Bush ha decidido que las guerras de/contra el terrorismo sólo pueden librarse eficazmente aplicando nuevas reglas, menos restrictivas y respetuosas de los derechos de los prisioneros. Los nuevos métodos suponen un margen más amplio para el uso de la fuerza y la coacción, pero no hasta el punto de admitirse las palizas brutales, las quemaduras con cigarrillos, la aplicación de electricidad o la violencia sexual. Las nuevas formas extremas de interrogatorio —que la administración Bush se niega a considerar torturas— «pueden resultar necesarias» en la guerra contra el terrorismo para obtener información útil. En este contexto, se procura limitar la definición de la tortura a «actos específicamente realizados con la intención de infligir dolor físico o mental agudo y un sufrimiento difícilmente soportable». O sea, con la intención de hacer daño, según la expresión que utilizó, en agosto de 2002, el fiscal general adjunto, Jay S. Bybee, en un memorandom del Departamento de Justicia destinado a la Casa Blanca. Sólo se proscribe el dolor capaz de provocar fallos orgánicos, el deterioro de las funciones corporales o la muerte.[19]

De los actuales setecientos detenidos, originarios de cuarenta y cuatro países, muchos se encuentran en centros no sometidos a la jurisdicción de los tribunales estadounidenses.[20] Se calcula que hay decenas de «detenidos fantasma» (prisioneros no inscritos en los registros de ingreso de las cárceles) que han desaparecido o se encuentran en paradero secreto. Aproximadamente una decena de activistas de al-Quaeda podrían haber desaparecido hallándose bajo custodia estadounidense.[21] La humillación deliberada que consiste en desnudar a hombres y mujeres con la intención de degradarlos sexualmente, se

18. Reed Brody, «The Road to Abu Ghraib», *Human Rights Watch*, junio de 2004, pp. 1-3. Disponible en: <http://hrw.org>.
19. Adam Liptak, «Legal Scholars Criticize Torture Memos», *New York Times*, 25 de enero de 2004, p. A14.
20. Brody, «The Road to Abu Ghraib», loc. cit., pp. 4, 5, 7, 8 y 14.
21. «The United States Disappeared; The CIA's Long-Term "Ghost-Detainees"», *A Human Rights Briefing Paper*, octubre de 2004, pp. 5, 7 y 14. Disponible en <http://hrw.org/backgrounder/usa/us1004>.

ha convertido en un método preciado, y el uso de grilletes y la inducción de hipotermias son frecuentes.

Las nuevas normas para interrogatorios fueron perfiladas en el centro de detención de Bagram, en Afganistán, donde dos detenidos fallecieron en incidentes que posteriormente se supo habían sido homicidios. Esas mismas normas podían leerse en una de las paredes de Abu Ghraib. Un informe de Human Rights Watch cita las conclusiones del general Antonio Taguba: los detenidos en Abu Ghraib fueron sometidos, «en numerosos casos», a «vejaciones criminales especialmente sádicas, desvergonzadas y lascivas». Y desde que Bush declaró el final de los grandes combates en Irak, más de 12.000 iraquíes han sido detenidos por las fuerzas estadounidenses. Se calcula que del 70 al 90 por 100 de los arrestos ejecutados en ese país en 2003 fueron detenciones por error.[22]

Prácticamente no ha habido asunción de responsabilidades, a pesar de que un grupo de investigación independiente, presidido por James Schlesinger, encargado de evaluar los operativos de detención del Departamento de Defensa, reconociera que en Abu Ghraib se produjeron terribles sucesos. El informe comienza con estas palabras: «Los sucesos ocurridos de octubre a diciembre de 2003, ambos inclusive, en los turnos de noche en el Nivel 1 de Abu Ghraib constituyen actos de brutalidad e injustificable sadismo». A pesar de lo cual, en el resto del informe se definen estas actuaciones como «comportamientos anómalos» y se puntualiza que «no formaban parte de los interrogatorios autorizados». El comportamiento aberrante se explica como el resultado de la «aplicación de técnicas de interrogación confusas e incoherentes», la el hacinamiento, la falta de medios y personal y la excesiva presión a la que los soldados estaban sometidos. Es interesante que el informe consigne además que «los manuales y publicaciones del ejército sólo podían consultarse por internet, pero el personal no tenía acceso a ordenadores o a la red». Y concluye que la guerra global contra el terrorismo (GWOT) incorpora «nuevos condicionantes y riesgos, a los que es preciso ajustar la doctrina».[23]

Las investigaciones sobre las actividades en Abu Ghraib aducen

22. Brody, «The Road to Abu Ghraib», loc. cit., pp. 23-24 y 26.
23. Véase el informe DOD Independent Review, elaborado por James Schlesinger, disponible en <news.findlaw.com/hdocs/dod/fay82504rpf.pdf> (10 de julio de 2004).

constantemente que la falta de recursos, personal y equipamiento repercutió en las vejaciones. Karpinski consigna que el número de detenidos seguía creciendo, pero que no había suficiente policía militar para encargarse de ellos y que las condiciones fueron degradándose. A medida que la guerra se prolongaba —a pesar de que Bush declarara que estaba a punto de finalizar— y que el número de detenidos alcanzó los 5.000 en el otoño de 2003, los interrogatorios se hicieron cada vez más brutales. Y aunque hay numerosos precedentes de tortura antes de Abu Ghraib, la mayoría de los informes realizados a instancia del gobierno sostiene que los hechos que se produjeron en esta cárcel fueron una excepción, no la regla. Un entrenamiento deficiente y la falta de supervisión y liderazgo son considerados frecuentemente como las causas de una inquietante «arquitectura de inteligencia» defectuosa. En estos informes no se señala la responsabilidad de una determinada doctrina bélica; y en cambio, se deploran las deficiencias en «los equipos de comunicaciones, ordenadores y suficiente amplitud de banda, acceso a bases de datos y colaboración y cotejo de datos de inteligencia».[24]

La idea de una guerra digital y las nuevas necesidades que conlleva es crucial en este momento. Donald Rumsfeld asumió la modernización del ejército, reestructurándolo y reduciendo efectivos para convertirlo en una «máquina» más eficiente. Un proceso que reproducía el de reestructuración y disminución del Estado del bienestar social y de la noción misma de responsabilidad pública. Ahora toca completar la privatización del gobierno y el ejército, pero en el caso del segundo cabe dudar que este proceso de privatización y rediseño produzca los mismos efectos que con el gobierno. La guerra de alta tecnología moviliza conectividad y armamento digitalizado, pero el personal en tierra afirma que no está funcionando. Se han creado nuevas redes de información, pero se sigue operando en centros de detención donde la información útil se obtiene con los métodos de siempre.

Ha habido tentativas de transformación del ejército «en una fuerza más pequeña e inteligente, operada mediante sensores y redes». El ancho de banda utilizado hoy es 42 veces más grande que en

24. Véase «Investigation of Intelligence Activities at Abu Ghraib», en <www.Findlaw.com>.

la guerra del Golfo, en 1991, y está a disposición de las unidades de inteligencia sobre terreno. Los correos electrónicos son «armas digitales» que alcanzan las primeras filas del frente. Y sin embargo, las tropas terrestres a menudo no pueden acceder a la información porque es habitual que no funcionen los sensores y las redes. Resulta que la «conectividad digital» y las «acciones de guerra en red» rara vez funcionan como se supone que deberían. No es excepcional que los soldados se quejen —«No teníamos la menor idea, hasta que se nos echaron encima» (se habían estrellado contra el enemigo, como sucedía en 1944)— o denuncien que «las condiciones de inteligencia sobre el terreno son deplorables». Se supone que la «información» es el «nuevo escudo» de los soldados, pero lo que sucede generalmente es que se tarda horas en descargarla o el programa se cuelga. En ocasiones los soldados han sido atacados porque detuvieron su vehículo para poder recibir información sobre las posiciones del enemigo. Mientras esperaban línea y llegaban los datos, se habían convertido en un blanco fácil.[25]

La guerra digital, con todo, se libra con cuerpos reales de personas. Hasta marzo de 2006, dos mil doscientos veinticuatro soldados estadounidenses habían muerto en Irak. Al menos ocho soldados han resultado heridos o mutilados por cada una de esas bajas, lo que representa aproximadamente 18.000 minusválidos. Esta cifra duplica el número de lisiados en Corea, Vietnam y la guerra del Golfo de 1991. También el número de amputaciones representa el doble de las registradas en anteriores enfrentamientos bélicos. La razón de este incremento se encuentra en la nueva medicina y los nuevos escudos protectores de alta tecnología, especialmente en los chalecos antibalas reforzados con placas de cerámica envueltas en Kevlar. Esta nueva armadura corporal protege el pecho, la espalda y la parte superior del abdomen, lo que quiere decir que más soldados sobreviven, pero también que lo hacen con daño cerebral y las extremidades amputadas.[26]

El gobierno de Estados Unidos libra estas guerras digitales con total impunidad contra los suyos tanto como contra sus enemigos.

25. David Talbot, «How Tech Failed in Iraq», *MIT's Technology Review*, noviembre de 2004, pp. 38, 40 y 44.
26. Ronald Glasser, «A War of Disabilities», *Harper's*, vol. 311, n.º 1.862 (julio de 2005), pp. 59-62.

Hubo un tiempo en que Estados Unidos criticaba a otros países por sus violaciones de los derechos humanos, pero ahora se ha convertido en objeto de incesantes acusaciones. En nombre de la defensa de la libertad, el gobierno de esta nación ha desactivado mecanismos que protegían tanto a los civiles como a los detenidos. En lugar de un Estado de derecho, tenemos arrestos y detenciones arbitrarios e indefinidos. Estados Unidos es un Estado sin ley en sus márgenes exteriores, en Afganistán, Irak y Guantánamo.

Se da por sentado que el derecho internacional humanitario sirve para proteger a los civiles de daños innecesarios durante un conflicto armado, pero para ello hay que distinguir entre combatientes y civiles. Un afgano declara: «Ante mis ojos, dos estadounidenses echaron al suelo a dos chicos y les clavaron las botas en sus espaldas. No paraban de chillarles: "¿Dónde están las armas?, ¿dónde están las armas?"». Los chicos tenían once y trece años, y no iban armados.[27] Los afganos están tan escandalizados por el trato infrahumano que han recibido de los soldados estadounidenses que han pedido que Estados Unidos emplee a más mujeres soldados en sus operaciones de cacheo para así evitar que sean hombres quienes toquen a sus mujeres. He aquí una extraña figura del esencialismo de género: la idea de que las soldados mujeres están capacitadas para proteger el honor de las afganas.

Human Rights Watch ha desvelado el uso excesivo de la fuerza en Afganistán e Irak por parte de las tropas estadounidenses. Es habitual que estos soldados se disculpen a toro pasado, después de haber cometido el atropello, cuando ya es demasiado tarde. Estados Unidos es hoy considerado como uno de los peores regímenes debido al trato que da a los civiles y prisioneros de guerra, pero también debido a nuestro historial en materia de tratamiento penal a los detenidos locales. Lane, un ejecutivo de Management and Training Corporation, ha sido enviado a Irak para supervisar una misión encargada de examinar las cárceles en ese país, a pesar de que el grupo para el que McCotter trabaja ha sido acusado recientemente de prácticas inconstitucionales en las cárceles que gestiona en Estados Unidos.[28] Y Estados

27. Human Rights Watch, «Enduring Freedom, Abuses by US Forces in Afghanistan», vol. 16, n.º 3 (marzo de 2004), pp. 16 y 22.
28. Fox Butterfield, «Trouble in Private US Jails Preceded Job Fixing Iraq's», *New York Times*, 6 de junio de 2004, p. 22.

Unidos comparte sólo con Corea del Norte la costumbre de obligar a los detenidos a permanecer desnudos.[29]

Estados Unidos se ha revelado ante el mundo como un cómplice y un colaborador en la aplicación de la tortura y de sus numerosas y obscenas secuelas. Bob Herbert critica a este país por practicar la «rendición extraordinaria», un método que permite enviar a los detenidos a Siria, Marruecos y Jordania, donde reciben un trato brutal.[30] Un método mediante el cual los detenidos ingresan en el ámbito extralegal de los juicios ilegales, con resultados pavorosos.[31]

Human Rights Watch no logró convencer a numerosos detenidos afganos de que relataran los malos tratos de que habían sido objeto. En cambio, los afganos dicen cosas estremecedoras, como ésta: «Allí fuimos tratados de un modo absolutamente terrible. Nos hicieron cosas terribles, cosas que nunca olvidaremos. Fue absolutamente espantoso lo que nos hicieron. Pero nos es totalmente imposible contarlas. No queremos contároslas. Hemos decidido entre todos que no hablaríamos, y no hablaremos de ello».[32]

A pesar de las conclusiones críticas de investigaciones sólidamente documentadas, la Casa Blanca insistió durante meses en defender la utilización de «formas extremas de interrogatorio». Presionó para que se suprimiera una nueva medida legislativa, propuesta por líderes del Congreso en diciembre de 2004, tendente a imponer limitaciones adicionales al uso de «interrogatorios extremos». Condoleezza Rice, en nombre de la Casa Blanca, manifestó su oposición a las recomendaciones propuestas arguyendo que «proporcionan protecciones legales a prisioneros extranjeros a las que éstos no tienen derecho a acogerse bajo la actual legislación y política».[33] La princesa guerrera se ha manifestado repetidas veces en defensa de la necesidad de los interrogatorios extremos y coercitivos.

A pesar de la oposición del ejecutivo, a comienzos de octubre de

29. Human Rights Watch, «Enduring Freedom», loc. cit., p. 56.
30. Bob Herbert, «Torture, American Style», *New York Times*, 11 de febrero de 2005, p. A25.
31. Jane Mayer, «Outsourcing Torture», *The New Yorker*, 14 de febrero de 2005, pp. 106-123.
32. Human Rights Watch, «Enduring Freedom», loc. cit., p. 41.
33. Citado en Douglas Jehl y David Honston, «White House Fought New Curbs on Interrogations, Officials Say», *New York Times*, 13 de enero de 2005, p. A1.

2005 el Senado aprobó masivamente —por 90 votos a favor y 9 en contra— una enmienda destinada a prohibir «cualquier trato cruel, inhumano o degradante» de prisioneros bajo custodia militar estadounidense. El presidente Bush amenazó con utilizar por primera vez el veto presidencial para bloquear el proyecto de ley de financiación en el que se incluía esta enmienda.[34] Entretanto, otro informe de Human Rights Watch de 2005 documentó que la 82 división aerotransportada del Ejército de Tierra tenía por costumbre golpear y vejar a presos en Irak, antes y durante la investigación de lo sucedido en la cárcel de Abu Ghraib. Un soldado incluso llegó a decir que lo hacían «para divertirse».[35]

Finalmente, después de meses de tira y afloja y presiones de unos y otros bajo la batuta del senador John McCain, Bush cambió su postura y a regañadientes apoyó la medida que exige una nueva ley para «proscribir el trato cruel, inhumano y degradante de prisioneros bajo custodia de Estados Unidos».[36] Eso sí, Cheney ha seguido esquivando públicamente el tema.

El día en que todo el mundo en Estados Unidos estaba pendiente de que se produjera la acusación formal de Scooter Libby por su denuncia de la agente de la CIA Valerie Palme Wilson y su posterior perjurio y engaño ante el gran jurado que instruía el caso de Joseph Wilson, NPR informó de que no se había registrado ni una sola acusación en los dos años de investigación por el brutal homicidio del detenido Manadel al-Jamadi. Al-Jamadi fue torturado, primero por los SEALS de la marina, después por la CIA, pero hasta la fecha no ha aparecido ningún responsable de su muerte. Las maquinaciones legales de la democracia siguen su curso en casa, como si fuera cierto que la ley y el orden no han dejado de ser respetados, mientras el joven hijo y la esposa de al-Jamadi tienen que vivir sabiendo que su

34. Bob Herbert, «Who Isn't Against Torture?», *New York Times*, 10 de octubre de 2005, p. A19.
35. Eric Schmitt, «3 in 82nd Airborne Say Abuse in Iraqi Prisons Was Routine», *New York Times*, 24 de septiembre de 2005, p. A1. Véase también «Leadership Failure: Firsthand Accounts of Torture of Iraqi Detainees by the US Army's 82 Airborne Division», *Human Rights Watch*, vol. 17, n.º 3 (G), septiembre de 2005. Disponible en <http://hrw.org/reports/2005/us0905>.
36. Eric Schmitt, «President Backs McCain On Abuse», *New York Times*, 16 de diciembre de 2005, p. A1.

asesinato se cometió en nuestro nombre. No me cabe duda de que el tipo de democracia que tenemos en Estados Unidos les parecerá más próxima al fascismo.

Guerreros de la clase trabajadora y democracia privatizada

El capital global y su nueva necesidad de reformar y atenuar los protocolos democráticos permiten comprender las guerras de Irak, desde 1991 hasta 2006, mucho mejor que el terrorismo. La «guerra contra el terrorismo» (en realidad, las guerras de/contra el terrorismo) aspira a implantar la variante imperial de la democracia. Desde que, tras el eclipse soviético de 1989, el capitalismo pasara a ser global sin que aparentemente nadie haya podido remediarlo, Estados Unidos ha pretendido imponer su poderío en solitario. Irak era uno de los principales escenarios donde establecer su hegemonía en Oriente Próximo y, además, controlar el suministro de petróleo.

El sistema del capital global garantiza una riqueza inimaginable para unos pocos y la miseria para las masas. La mitad de la población del planeta vive con menos de dos dólares al día y sufre malnutrición. De los 6.000 millones de habitantes del planeta, 1.000 millones no tienen acceso a agua potable, 2.000 millones a electricidad y 2.500 millones a asistencia sanitaria. Las Naciones Unidas señalan que 1.000 de los 3.000 millones de habitantes de las ciudades viven en barriadas insalubres, y se calcula que esta cifra se incrementará un 300 por 100 en los próximos cincuenta años.[37]

La idealización e idolatría del mercado —un ente de manos invisibles, sin nadie que sea o se declare responsable— comienza a tener un flanco expuesto al análisis. El carácter inevitable de la globalización y su irresponsabilidad hacia quienes realmente pagan el precio —las masas de trabajadores en todo el mundo— está generando un sano escepticismo en Irak, Malaissa, América del Sur y África.[38]

37. Fred Magdoff, «A Precarious Existence», *Monthly Review*, vol. 55, n.º 9 (febrero de 2004), pp. 1-14.
38. John Ralston Saul, «The Collapse of Globalization», *Harper's*, marzo de 2004, pp. 33-40.

Los obscenos privilegios son cada vez más visibles en todo el planeta. En las guerras de los ricos se enfrentan los miembros de una clase trabajadora multirracial que responde a una nueva concepción de género. La mayoría de los soldados rasos del ejército estadounidense gana 17.946 dólares al año, lo que representa, como ya hemos señalado, una paga comparable a los sueldos de McDonald's o Wal-Mart. Rick Bragg, el autor de la historia de Jessica Lynch, cuenta que quienes luchan en la guerra de Irak son las hijas de los obreros en situación de precariedad y las de las familias inmigrantes, que son las auténticas víctimas de la globalización. Han trocado un futuro incierto por «nóminas letalmente reales».[39] Muchas de esas mujeres jóvenes jamás imaginaron que acabarían en un campo de batalla.

Ésta es una guerra injustamente librada por los pobres, que además padecen sus peores consecuencias. William Lawson, tío de uno de los jóvenes acusados de participar en el escándalo de las torturas en Abu Ghraib, ve las cosas de esta manera: «Pero el ejército decidió que había que procesar a aquellos seis soldados porque se dijo que mi familia y yo no éramos más que un hatajo de pobres, una basura que no sabría cómo reaccionar. Desgraciadamente, las cosas ocurrieron de otro modo».[40] Lawson pidió ser recibido por un mando del ejército, pero tras ver ignorada su petición varias veces, decidió contactar con el conocido programa de noticias *Sixty Minutes* para contar la historia de su sobrino. Dio el paso, se puso ante las cámaras y aireó el asunto de Abu Ghraib porque quería que se supiera que su sobrino no había hecho más que acatar órdenes.

Además de pertenecer a la clase trabajadora, los efectivos del ejército de Estados Unidos cuentan en sus filas con 31.000 alistados que no son ciudadanos estadounidenses. La constitución de este ejército delata el caos de los procedimientos de alistamiento y reclutamiento. En junio de 2004, del 25 al al 40 por 100 de los efectivos eran reservistas. Más de 10.000 soldados permanecen en filas debido a una disposición que condiciona su alistamiento a la renuncia previa a darse de baja antes del término acordado. Sólo el 4 por 100 de las fuerzas de combate del ejército posee una titulación superior al diploma

39. Rick Bragg, *I Am A Soldier, Too*, Alfred Knopf, Nueva York, 2003, p. 8.
40. James Dao y Eric Lichtblau, «Soldier's Family Set in Motion Chain of Events on Disclosure», *New York Times*, 2 de mayo de 2004, p. A10.

de estudios secundarios, y el 35 por 100 pertenece a grupos minoritarios.[41] Varios miles de estos soldados vuelven a sus casas con mutilaciones que los obligan a pasar el resto de sus vidas dependiendo de pensiones de invalidez. En diciembre de 2003 ya se habían contabilizado veinte casos de suicidio.

Es más difícil reclutar soldados en tiempos de guerra, así que no es sorprendente que el reclutamiento se centre en jóvenes con escasas oportunidades profesionales. El reclutamiento se ha duplicado en las escuelas del centro de las ciudades. El proyecto de ley de reforma de la educación impulsado por Bush —el .llamado «Decreto Ningún Niño Será Desatendido»— abrió la espita del ingreso a filas al obligar a las escuelas que reciben subsidios federales a suministrar información sobre sus alumnos a las agencias encargadas de reclutar para el ejército. La consecuencia lógica de esta medida es que los pobres, que a menudo también son inmigrantes, los afroamericanos y las mujeres se convierten en los guerreros del capital global. Como señala un joven ex marines, «No me cabe la menor duda de que Estados Unidos quiere que luche en su nombre. Pero Estados Unidos jamás lucharía por mí. El ejército jamás se molestaría en venir a mi barrio para defenderme».[42]

El terrorismo empresarial y la guerra

Por la naturaleza misma del capital global, la guerra requiere un nuevo tipo de mercenarios: los soldados contratados. Las nuevas armas de alquiler operan en el ámbito de una economía extremadamente privatizada que a su vez privatiza y redefine el ámbito militar. Este proceso de rediseño empresarial, que persigue el incremento de la eficiencia y los beneficios, ha acabado englobando al ejército estadounidense. Rumsfeld, en tanto que encargado del nuevo diseño empresarial de las fuerzas de combate, es un acérrimo defensor de la guerra

41. Dee Dee Halleck, Deep Dish Movies, «The Military Now», una parte de la serie *Shocking and Awful*.
42. Lisie Montano, «Would America Fight For Me?», *Color Lines* (invierno de 2003-2004), pp. 16-17.

digital, en la que se supone que la información digitalizada es capaz de sustituir sobre el terreno a los cuerpos reales. Pero cuando se suprime la mano de obra, también se elimina la vigilancia y aumenta la permisividad. A mayor arrogancia, menor asunción de responsabilidades.

La nueva configuración de este ejército disminuido obliga a redistribuir las fuerzas y bases militares de Estados Undos en el exterior para facilitar su desplazamiento y despliegue con la mayor rapidez. Así, en lugar de bases, tenemos «emplazamientos operativos avanzados», equipados con «instalaciones logísticas» como pistas de aterrizaje, complejos portuarios y depósitos de armas, a los que están destinados técnicos operativos en lugar de unidades de combate. Estas instalaciones, reducidas a su mínima expresión operativa, ofrecen un marco flexible y móvil para enfrentarse a las cambiantes configuraciones de un poder especialmente centrado en las necesidades energéticas, hoy amenazadas por China, África y Oriente Próximo.[43] Esta nueva configuración define un militarismo digitalizado y adaptado al momento histórico tecnológico que vivimos, y a medida que los cuerpos reales dejan de ser relevantes, la raza y el sexo se convierten en bazas importantes e intercambiables.

Las bajas civiles son concebidas como el coste necesario de la guerra. En un contexto desregulado como éste, los guerreros empresariales tienen manga ancha para explotar y engañar. Y es lo que se dedican a hacer en su calidad de miembros de la administración Bush y para su propio beneficio. El vicepresidente Cheney no para de intervenir a favor de sus intereses personales en Halliburton, la mayor compañía de suministro de petróleo y gas del mundo, y otras grandes empresas compiten por hacerse un hueco en Irak. Bechtel, una gigantesca compañía constructora, pone sobre el tapete un contrato por valor de 2.800 millones de dólares, sin opción a pujar. La opinión pública estadounidense, por lo demás, es consciente de que ese contrato será financiado con los dólares de nuestros impuestos. El esfuerzo de reconstrucción avanza lentamente, salvo en lo que se refiere a los intereses empresariales, capaces de coordinarse gracias a inversiones consecuentes. Así, QualCommco, una gigantesca compañía de tele-

43. Michael Klare, «Imperial Reach», *The Nation*, vol. 280, n.º 16 (25 de abril de 2005), pp. 13-18.

fonía móvil, aspira a instalar en Irak su tecnología inalámbrica y hacerse con el mercado de la telefonía móvil en ese país.[44]

Estas múltiples y diversas propuestas privadas acaban teniendo consecuencias indeseadas. Estados Unidos ha rediseñado el gobierno iraquí y su ejército de modo que estén subordinados a intereses empresariales. Según Naomi Klein, muchos de los trabajadores que han perdido sus puestos de trabajo debido a este proceso se han sumado a las filas de la insurgencia. Y en realidad la reconstrucción no acaba de producirse, ya que los miopes intereses corporativos y el caos político que generan dificultan considerablemente las inversiones.[45]

La guerra es un negocio, pero a lo grande. En el caso de Irak, se ha decidido que sea la empresa, y no el ejército, el que defina algunos aspectos de la guerra. En este nuevo mercado, Halliburton se encarga de suministrar comida a las tropas estadounidenses y carburante a sus vehículos. Los beneficios económicos se han convertido en un principio rector de la guerra, aplicado sin regulación o control político. Así, la guerra se convierte en una oportunidad de hacer dinero sin tener que rendir cuentas en el ámbito político. Las empresas se han militarizado y el ejército se ha corporativizado. La distinción misma entre lo público —un ejército sometido a control gubernamental— y lo privado —empresas privadas— acaba diluyéndose, lo que conduce a la dominación legalizada de intereses empresariales que escapan a toda forma de regulación y control. Los contratistas civiles, especialmente, se convierten en un auténtico ejército en la sombra.[46]

Los mercenarios no son un fenómeno novedoso, pero las empresas privadas se han infiltrado en la guerra hasta tal punto que constituyen la segunda fuerza de la coalición estacionada en Irak. El sector privado, que se ha enquistado fuertemente en esta fase de la guerra en ese país, participa por procuración en los enfrentamientos sin someterse al control del Congreso. Mientras esto sucede, los intereses empresariales abarcan el planeta entero. El capital global busca únicamente la eficiencia, no la democracia.

44. Michel Scherer, «Crossing the Lines», *Mother Jones*, vol. 29, n.º 5 (septiembre-octubre de 2004), p. 63.
45. Naomi Klein, «Baghdad Year Zero», *Harper's Magazine*, vol. 309, n.º 1.852 (septiembre de 2004), pp. 43-53.
46. Patrick Raddin Keefe, «Iraq: America's Private Armies», *New York Review of Books*, vol. LI, n.º 13 (12 de agosto de 2004), pp. 48-50.

P. W. Singer señala que los «guerreros empresariales» y su ética del beneficio de mercado tienden a desplazar las lógicas nacionales. Por esta vía el capitalismo global logra actualmente suprimir no sólo la diferencia entre empresas y naciones, sino también entre naciones y ejércitos. La búsqueda de beneficios económicos y el patriotismo que el mercado intenta vendernos adoptan la forma de corporaciones militares privadas (CMP). Hay varios centenares de CMP operando en diez países distribuidos en seis continentes que obtienen unos beneficios globales de más de 100.000 millones de dólares anualmente. La corporativización hace que los servicios militares —entrenamiento de tropas, armamento, consultorías, consejerías, alimentación para los soldados— estén externalizados y que de ellos se encarguen compañías privadas. Singer define este proceso como una nueva forma de «imperialismo corporativo», el nuevo neocolonialismo multinacional del siglo XXI.[47]

El rostro privado/empresarial de la guerra de Irak quedó expuesto por primera vez ante el público estadounidense con el asesinato de cuatro contratistas «civiles» en Faluya. Los cuerpos de estos hombres fueron arrastrados por las calles y posteriormente colgados a la vista de todos. Eran trabajadores contratados por la compañía Blackwater Security Consulting, encargados de la protección de un convoy de distribución de mercancías del gobierno estadounidense. Compañías de seguridad como Blackwater son los terceros colaboradores internacionales del ejército estadounidense en Irak, después de los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido. Blackwater está dirigida por un ex SEAL de la marina estadounidense, y fue fundada en parte para sacar provecho de las oportunidades empresariales que aparecieron con la reestructuración del ejército de Estados Unidos. Muchos de estos agentes privados son antiguos miembros del «personal de operaciones especiales», y han recibido entrenamiento para aplicar tácticas letales sobre el terreno. Blackwater se anuncia en el mercado como la más completa empresa privada de suministro de entrenamiento táctico de Estados Unidos. Tiene su sede en un complejo de 6.000 hectáreas en Carolina del Norte. Sobre lo sucedido en Faluja, ésta fue su reacción oficial: «Los sucesos de Faluya son una prueba de las condiciones ex-

47. P. W. Singer, *Corporate Warriors*, Cornell University Press, Ithaca, 2003, pp. 13, 88 y 188-89.

cepcionales en las que voluntariamente trabajamos con el ánimo de llevar la libertad y la democracia al pueblo iraquí».[48]

Es imposible saber cuántos miembros de equipos privados de seguridad han perdido la vida en Irak, ya que muchas de estas muertes no reciben cobertura de los medios, pero se calcula que en 2003 fueron de 160 a 200. Esta cifra representa «más muertes que las registradas por ninguno de los socios de la coalición estadounidense en Irak». Se cree que puede haber activas en este país hasta sesenta u ochenta compañías de seguridad, pero es imposible precisar este dato porque nadie las dirige. Hay quienes piensan que el caos imperante en Irak se debe a esta falta de control.

Triple Canopy es una gran compañía de seguridad con presencia en Irak. Sus contratas con el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado ascienden a 250 millones de dólares al año. Entre sus planes está recibir la mitad del presupuesto recientemente creado por el Departamento de Estado para financiar labores de protección en países de alto riesgo en todo el mundo, por valor de 1.000 millones de dólares. Los ejecutivos de este tipo de empresas son pistoleros a sueldo que hicieron carrera en las Fuerzas y Operaciones Especiales, y que actualmente ingresan de 400 dólares a 700 dólares diarios. Estos mercedarios trabajan al servicio del capital global, y para ellos el dólar es un perfecto sucedáneo de la nación. Incluso la ONU está considerando contratar sus servicios para vigilar los campos de refugiados en las zonas de guerra.[49]

Dada la falta de control y responsabilidad de los guerreros corporativos, no debería sorprender que el escándalo de Abu Ghraib fuera en buena medida una consecuencia de la actuación de contratistas privados en los interrogatorios de este centro. Hay 20.000 fuerzas militares privadas (FMP) internacionales en Irak. Son refuerzos que permiten cubrir las necesidades de última hora, en lo que se ha convertido en una práctica muy de moda en estos tiempos. Intervienen como guardias y personal de seguridad protegiendo convoyes militares, pero actúan según sus propios protocolos y fuera del control y supervisión del ejército. Actualmente hay en servicio diez veces más mer-

48. Cf. <www.cnn.com/2004/US/Midwest/04/01/civilian.deaths.ap/index.html>.
49. Daniel Bergner, «The New Soldiers of Fortune», *New York Times Magazine*, 14 de agosto de 2005, pp. 29-58.

cenarios privados que en la guerra del Golfo de 1991. Privatización y externalización definen las nuevas reglas del juego del capitalismo global, tanto en la paz como en la guerra.

Si los mercedarios privados pasan desapercibidos ante la opinión pública, ello se debe sobre todo a que no aparecen registrados como parte de los efectivos del ejército. Muchos de ellos trabajaron en Suráfrica apoyando el apartheid, como paramilitares al servicio de los serbios o como violadores de los derechos humanos en países como Chile. Gray Branfield, quien resultó muerto en un tiroteo en Irak, había trabajado como agente especial de operaciones encubiertas en Suráfrica, donde luchó a las órdenes de la minoría blanca gobernante. Era un conocido asesino de miembros del ANC. El negocio de la guerra permite que estos contratistas privados y violadores de los derechos humanos actúen como interrogadores en Abu Ghraib y Guantánamo.[50] Y todo ello en nombre de la democracia y la libertad.

Muchos miembros del ejército estadounidense desaprueban la utilización de contratistas privados. Están convencidos de que es importante establecer una cadena de mando clara y directa y de que el personal militar es necesario para implementarla. En el caso de Abu Ghraib, aproximadamente el 35 por 100 de los interrogadores contratados carecían de formación militar y no estaban sujetos al control del ejército.[51]

De 1994 a 2002, el Pentágono suscribió más de 3.000 contratos con compañías militares privadas. Como sucede con frecuencia en estos casos, el aspecto empresarial de la política se mantiene celosamente apartado de la opinión pública. Abu Ghraib y su política de brutalidad sexual racializada hizo que esta realidad privada/corporativa quedara expuesta a la vista de todos. Mientras, las FMP tienen la posibilidad de distorsionar las verdaderas estadísticas sobre el número de muertos estadounidenses mediante el expediente de introducir en el cómputo a tropas extranjeras, incluso de «cambiar el color de los cadáveres».[52]

50. Barry Yeoman, «Dirty Warriors», *Mother Jones*, vol. 29, n.º 6 (noviembre-diciembre de 2004), pp. 30-35.
51. «Investigation of the Abu Ghraib Detention Facility and 205th Military Intelligence Brigade», en <news.findlaw.com/hddocs/dod/fay82504rpt.pdf> (10 de julio de 2004).
52. Huch Gutman, «Soldiers for Hire», *Monthly Review*, vol. 56, n.º 2 (mayo de 2004), p. 17.

Compañías como Halliburton «suministran la logística de todos los despliegues masivos de tropas estadounidenses».[53] La guerra es siempre beneficiosa para los grandes negocios, y las guerras de Irak han supuesto beneficios extraordinarios, que pueden cifrarse en miles de millones de dólares, a compañías como Halliburton y Bechtel. Con todo, Halliburton se mostró insatisfecho con el contrato de 11.000 millones de dólares que obtuvo para la reconstrucción de Irak, así que cargó de más al ejército estadounidense por la gasolina distribuida (a 2,38 dólares el galón) e infló las cifras de sus suministros de comida hasta alcanzar 16 millones de dólares.

Halliburton obtuvo 109 millones de dólares de beneficios en Somalia y varios miles de millones en los Balcanes. Cheney, quien aún es dueño de derechos de compra sobre acciones de Halliburton por valor de varios millones, es el principal defensor y planificador de la privatización del ejército y de la limitación de la regulación por el gobierno del sector privado.[54] Empresas de fabricación de armas como Lockheed Martin, Boeing y Northrop Grumman también han obtenido beneficios tanto de las iniciativas bélicas de Bush como de las políticas de control y vigilancia aplicadas en Estados Unidos. Estas compañías se llevan uno de cada cuatro dólares de los gastos del Pentágono.[55]

Además del incremento de beneficios netos, las políticas corporativas de privatización tienen efectos de largo alcance. Los donantes empresariales no sólo se alzan con contratos de guerra sino que también determinan nombramientos de cargos gubernamentales, deducciones fiscales y cambios sustanciales en la legislación. El corporativismo que caracteriza la administración Bush se apoya en la legislación fiscal para beneficiar a las grandes empresas. A cambio, recibe cientos de millones para financiar campañas electorales.

La utilización de soldados contratados en guerras privatizadas/corporativas tropieza con métodos militares más antiguos y asen-

53. P. W. Singer, «Have Guns, Will Travel», *New York Times*, 21 de julio de 2003, p. A15. Véase también Chalmers Johnson, «The War Business», *Harper's*, vol. 307, n.º 1.842 (noviembre de 2003), pp. 53-58.
54. Jane Mayer, «Contract Sport», *The New Yorker* (16 y 23 de febrero de 2004), pp. 80 y 82.
55. William Hartung, «Making Money on Terrorism», *The Nation*, vol. 278, n.º 7 (22 de febrero de 2004), pp. 1 y 21.

tados. Hay generales del ejército que incluso parecen bastiones de la democracia. Y las tropas, con su nuevo look sexual y resexuado y su apariencia de diversidad racial, contribuyen aún más a enmarañar los problemas de igualdad y democracia de género y racial.

Estados Unidos está distanciándose de sus promesas democráticas. Las noticias que nos llegan de Irak han sido redactadas por reporteros desde los hoteles o vehículos blindados donde se encuentran atrincherados, unos reporteros que no se desplazan sin guardias de seguridad. En cuanto al pueblo de Irak, se supone, como dice Bush, que goza de la democracia tras haber votado en las primeras elecciones libres de la era post-Sadam Husein. Pero resulta que en esas elecciones no fue posible votar a candidatos, cuyos nombres ni siquiera aparecían en las listas, sino sólo a partidos —la lista Sistani y/o la lista chií—, ya que por razones de seguridad había que mantener los nombres ocultos. Las bombas y la muerte siguen siendo frecuentes a diario. El pueblo iraquí es como cualquier otro, tan sólo quiere vivir en «un país normal», con un verdadero gobierno y un mínimo de seguridad.[56] Lo que le está sucediendo es muy triste para él, pero también para nosotros.

56. Mark Danner, «Iraq: the Real Election», *New York Review of Books*, vol. LII, n.º 7 (7 de abril de 2005), pp. 42-43.

4.
Señuelos diversificados y racializados

Desde el 11 de septiembre de 2001, las guerras de/contra el terrorismo han definido la aparición de un Estado basado en la seguridad: el Estados Unidos donde hoy vivimos, aunque no todos lo vivamos de igual manera. Si eres musulmán, tu piel morena te convierte a tu pesar en una diana, en el posible extranjero indeseable o enemigo. Los negros ya no están solos en su condición de objeto de marcaje racial perversamente equívoco. Si eres blanco, no importa que cometas espantosos asesinatos, tu piel es una capa protectora añadida. A veces alguien alza la voz para recordarnos lo que fueron las agresiones y violaciones a los americanos de origen japonés después de la Segunda Guerra Mundial, pero parece que nadie quiere oírlo.

Los derechos de ciudadanos y reclusos, tanto localmente como en el extranjero, se han esfumado debido a la aplicación de un código legal crecientemente antidemocrático. La seguridad imprime su sesgo en la realidad de tal manera que la preocupación por los derechos de los prisioneros se considera un exceso progresista, con el que se busca proteger a los culpables en lugar de los inocentes. Nuestras cárceles están desproporcionadamente pobladas por negros. Nunca antes se había encarcelado a tantas mujeres negras, y tras el 11 de septiembre los musulmanes se han sumado a ellas. La clase media negra disminuye constantemente, en un contexto de desindustrialización y reestructuración del Estado del bienestar social.

El número de negros encarcelados en Estados Unidos en 2005 era comparable al de esclavos negros antes de la guerra civil. Como las guerras de/contra el terrorismo han relegitimado el marcaje racial, la práctica rutinaria del racismo reviste nuevas-viejas formas. Sólo el

5 por 100 de los africanos solicitantes del estatus de refugiados ha podido obtenerlo desde el 11 de septiembre, frente al 69 por 100 de europeos. No sólo el 11-S, también el huracán Katrina ha revigorizado estas rígidas políticas.[1] Los afroamericanos estaban tres veces (24,7 por 100) más expuestos que los blancos a vivir en la pobreza en Estados Unidos en 2004. Jonathan Kozol señala que en nuestro sistema de enseñanza pública la segregación está generalizada, y que la actual situación es la peor que han vivido los negros desde la esclavitud.[2] La insensibilidad y el odio que este panorama refleja se ponen de manifiesto en los comentarios de un ex secretario de gabinete a quien se le pidió su opinión sobre la manera de reducir los crímenes en Estados Unidos. Su respuesta fue que si a lo que se aspira efectivamente es a reducir la criminalidad, habría que abortar a los bebés negros. Agregó después, a modo de rectificación, que hacerlo sería imposible, ridículo e inmoral.[3]

En el contexto de un país racializado, donde negros y latinos se enfrentan a opciones desiguales y punitivas en comparación con los blancos, destaca la figura de Condoleezza Rice como secretaria de Estado, la sustituta de Colin Powell en el cargo. Como negros ambos, y Rice además como mujer, representan las esperanzas y oportunidades de las minorías. Un poco más al fondo, pero con una presencia innegable, aparece el juez del tribunal Supremo Clarence Thomas, desevolviéndose en los tribunales con las heridas y el resentimiento aún visibles tras su controvertido proceso de confirmación en el cargo. El relato en el que se vio envuelto se complicó con alegaciones de acoso sexual, y la defensa que adoptó se tiñó del racismo del que supuestamente era una víctima. Pero él también forma parte del argumento de las oportunidades.

Los negros y otras minorías raciales presentes en los círculos más próximos al poder permiten aducir el pluralismo de las clases gobernantes en el mercado global. Sin embargo, estos actores y el color de su piel son en parte meros simulacros que se despojan de su presencia física para encarnar los significados del ejercicio del poder

1. Tram Nguyen, *We Are All Suspects Now*, Beacon Press, Boston, 2005, p. XIX.
2. Jonathan Kozol, *The Shame of the Nation*, Crown Publishers, Nueva York, 2005, p. 313.
3. Citado en un periódico estadounidense de tirada nacional en octubre de 2005.

autorizado. Condoleezza Rice defiende los intereses de quienes ostentan el poder, lo que la incluye a ella, pero no lo hace en tanto que representante de su raza o género. Su individualismo es un desmentido a la vieja filosofía política de los derechos civiles, que aspiraba a suprimir las discriminaciones raciales y sexuales. En cambio, actúa como si estuviera convencida de que ella es tan sólo un individuo más de piel negra y no un icono racial utilizado como señuelo en un mundo racista.

Entretanto, quienes viven en los peligrosos espacios donde la guerra contribuye a la construcción del imperio, además de padecer sus consecuencias, son desproporcionadamente hombres y mujeres de cualquier color salvo el blanco. Dado que más de la tercera parte de nuestras fuerzas de combate en Irak y Afganistán están integradas por latinos y negros, el travestimiento hipócrita de la supuesta diversidad de Rice se imprime en letras mayúsculas y negritas para que nadie pueda dejar de leerlas. La realidad estructural de un racismo parcelario, tanto en su vertiente histórica como contemporánea, queda aquí oculta lisa y llanamente, mientras las relaciones de poder se limitan a teñirse levemente de colores. La diversidad al servicio del imperio estadounidense es hoy tan desigual e irregular como antes. Las guerras de/contra el terrorismo configuran nuevos enemigos raciales, pero ahora se pavonean disfrazadas de colores. Y la discriminación racial ha quedado reducida a actuaciones discriminatorias aisladas y factualmente demostrables dirigidas contra *individuos*, no contra una determinada raza.[4]

Las luchas por los derechos civiles de las décadas de 1960 y 1970 estaban comprometidas con la igualdad racial, con la reivindicación de que los negros pudieran beneficiarse de los mismos derechos legales y oportunidades económicas que los blancos. Blanco seguía siendo el criterio general, y los principios de semejanza e identidad eran un corsé que impedía el reconocimiento de la diferencia y la unicidad. Los negros habían de poder equipararse a los blancos, al menos legalmente. El criterio universal de equidad y neutralidad era propiedad del hombre blanco. Pero aunque el método y la política fueran defectuosos, aquel movimiento fue un éxito en el plano legislativo.

4. Para un examen en profundidad de esta cuestión, véase Zillah Eisenstein, *The Color of Gender*, University of California Press, Berkeley, 1994, pp. 39-66.

Hoy día son legión los ardides y maniobras destinados a limitar y recortar los logros del movimiento de los derechos civiles. La reivindicación de igualdad ha sido reemplazada por la complacencia en una sedicente diversidad. El significado mismo de la diversidad ha sido pervertido por la retórica del extremismo de derechas, que lo utiliza para enmascarar sus políticas injustas. Ni una palabra acerca de la igualdad, de la necesidad de abordar las diferencias igualitariamente, desde la igualdad de derechos y oportunidades. En su lugar se ha impuesto, la voluntad de mantener intacta la desigualdad.

Hoy por hoy, el lenguaje de la diversidad ya ha sido secuestrado y se utiliza para defender a los blancos y sus ideas. En vez de defender la diversidad de opiniones en las universidades, los fanáticos exigen una mayor representación para sus ideas. En lugar de preocuparse por los efectos de la discriminación racial y sexual, se escandalizan por la discriminación de signo contrario, la discriminación contra los blancos. Hemos dado un giro de 360 grados: de la reivindicación de igualdad para los negros mediante la abolición de prácticas racistas, pasando por la defensa de los blancos injustamente silenciados o excluidos, hasta la lucha por su readmisión en nombre de la diversidad.

Sobre racismo y poder

Sólo hay una raza «verdadera», la que detenta el poder y define la normalidad. El discurso racial detenta el privilegio de la normalidad y la verdad, que permite centralizar estos valores y a la vez enturbiarlos. Para Michel Foucault, el estado normalizado es siempre de antemano racista, y se define mediante la guerra y el enfrentamiento raciales. La guerra racial es el basamento del Estado racializado, y las conceptualizaciones raciales permiten normalizar la guerra. El Estado nos protege de los forasteros raciales al defender «la integridad, superioridad y pureza de la raza». La soberanía del Estado, según Foucault, es inseparable e indistinguible de la protección de la raza y la justificación del asesinato y el homicidio. Así, la soberanía siempre está racializada y siempre incluye la guerra. Para el filósofo francés, el racismo es una justificación de la función de muerte y permite crear «estados asesinos, que son, necesariamente, los más

racistas».[5] La palabra «genocidio» deriva del griego *genos*, que significa raza,y el latín *occidere*, que significa «matar».[6]

Tanto la raza como el género permiten construir el Estado y elaborar sus prioridades económicas de clase. La raza (el significado politizado del color de la piel) ha servido para que la estructura del poder refleje los privilegios de los blancos. Los afroamericanos experimentaron el racismo en los inicios estructurales de la esclavitud y la trata de esclavos. Más cerca de nosotros, las luchas democráticas a través del movimiento de los derechos civiles contribuyeron a redactar las leyes racistas de manera que los negros pudieran incorporarse a la economía e integrarse en el mercado. A comienzos de la década de 1970, la legislación que regulaba la discriminación positiva había comenzado a reformar el sistema racista y a facilitar la aparición de una población negra económicamente más diversa. Los neoliberales reaccionaron ante este estado de cosas, alegando que los negros se habían beneficiado de una igualdad excesiva, en detrimento de los blancos. A finales de la década de 1980, las leyes de discriminación positiva fueron vaciadas de su contenido igualitario. La responsabilidad de fomentar la igualdad racial, que había recaído en los estados, fue privatizada, y las leyes quedaron amputadas de su potencial radical. El neoliberalismo de derechas atacó entonces apropiándose el compromiso con la diversidad, que fue uno de los frutos del movimiento de los derechos civiles, y redefiniéndolo para que encajara en su agenda, debidamente re-racializada.

Elementos antidemocráticos de la derecha han puesto su atención en los nombramientos judiciales, especialmente en el Tribunal Supremo, ya que saben lo importante que es el escenario legal para la formulación de promesas democráticas. Aunque no baste con la ley, ésta es siempre necesaria para luchar contra la discriminación y la injusticia. No debería sorprender a nadie, pues, que la administración Bush se niegue a reconocer la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional o a ratificar las leyes y tratados internacionales que instituyen la igualdad para las mujeres, la protección del medio ambiente o los derechos de prisioneros negros y latinos bajo custodia estadouni-

5. Michel Foucault, *Society Must Be Defended*, Picador, Nueva York, 2003, pp. 60, 81, 256 y 258.
6. Samantha Power, *«A Problem from Hell»*, Basic Books, Nueva York, 2002, p. 42.

dense. Este extremismo de derechas socava y desprecia las leyes que son necesarias para el ejercicio de la democracia, y lo único que nos ofrece es altas dosis de *hybris* imperial y políticas propias de una democracia fascistoide.

Racismo y militarización

Abu Ghraib, pero asimismo las cárceles en Afganistán y en Nueva York, son una muestra palmaria de la sistemática militarización del planeta. Numerosos negros encarcelados en Estados Unidos han denunciado que las vejaciones sexuales son moneda corriente en la iniciación de los presos en el proceso carcelario y sus rutinas. Algunos de los responsable de los interrogatorios y torturas en cárceles afganas y en Abu Ghraib habían trabajado previamente en el sistema penitenciario estadounidense. La vigilancia, la disciplina jerarquizada y los castigos —en suma, la vida militarizada— coexisten en el ejército y en el sistema penitenciario. Una economía desequilibrada, con el paro como secuela, también contribuye al encarcelamiento de los detenidos y al despliegue de negros entre las tropas. A punta de desempleo, detenciones carcelarias y privación de derechos se escribe el guión del «nuevo ámbito racial», en opinión de Manning Marable. Este ámbito del imperio constituye un apartheid global en el que se distribuyen los recursos, la riqueza y el poder que distinguen a Europa, América del Norte y Japón de miles de millones de seres humanos, mayoritariamente integrados por inmigrantes negros y latinos y gente pobre.[7]

Significativamente, Amnistía Internacional (AI) asignó en 2003 a Estados Unidos el puesto n.º 1 entre los cinco países responsables de las mayores violaciones de los derechos humanos, debido al trato que da a sus presos y especialmente por su aplicación de la pena capital. AI considera que el grado de civilización de un país puede medirse por el trato que reciben sus convictos y criminales. Estados Unidos no ha aprobado este examen de civilización. Y ya va siendo

7. Manning Marable, *How Capitalism Underdeveloped Black America*, South End Press, Boston, 1983.

hora de que los estadounidenses nos veamos como nos ve el resto del mundo.

Mientras se invierten miles de millones de dólares en guerras de/contra el terrorismo y se sustraen sumas comparables de dinero a la sanidad pública, los negros ya representan la mitad de todos los nuevos casos de infección por el VIH en Estados Unidos. Los presupuestos militarizados afectan más duramente a los más pobres, algo que es fácil constatar estudiando los elevados índices de casos de VIH y sida en las cárceles. Una parte importante de este incremento responde al aumento de los encarcelamientos y los comportamientos de riesgo asociados con el VIH. Como consecuencia de los altos índices de encarcelamiento de hombres y mujeres negros, éstas representan actualmente 72 por 100 de todos los nuevos casos de VIH entre la población femenina de Estados Unidos.[8] Y éste es uno de los escasos países que no autoriza la distribución de condones en las cárceles. En otros países, sobre todo en los que padecen guerras como Congo, Uganda y Sierra Leona y donde las violaciones son una forma omnipresente de violencia, el VIH está diezmando a la población femenina. Y son sólo algunos de los diferentes ámbitos donde se manifiestan los espantosos efectos de las sociedades militarizadas.

Los ejemplos evocados revelan la confluencia de militarización, cárceles, sida y guerra. Cuanta más guerra hay, más militarizadas se vuelven las sociedades. Y a mayor militarización de la sociedad, menor grado de igualdad y tolerancia, aunque ello no impida que pueda ofrecer un semblante de diversidad, en términos de raza, sexo y género. Por esta razón no debe separarse la diversidad de la igualdad; allí donde se separan, el racismo, en sus formas heteronormativas y machistas, crece inevitablemente.

Discriminación positiva y diversidad al servicio de la guerra

Las leyes de discriminación positiva fueron adoptadas cuando el capital global comenzaba a transnacionalizarse con más ímpetu y Esta-

8. Lynette Clemetson, «Links Between Prison, and AIDS Affecting Blacks Inside and Out», *New York Times*, 6 de agosto de 2004, p. A1.

dos Unidos iniciaba su desindustrialización. Los negros comenzaban a acceder a puestos de trabajo justo cuando había menos trabajo. Los blancos que no encontraban trabajo culparon a la discriminación positiva. En 1989, el Tribunal Supremo revisó varios casos de discriminación positiva, dictaminando en contra. Se decidió que este tipo de legislación desatendía el mérito y trataba a los negros como clase, no como individuos. Cuando concluyó el proceso de revisión, la discriminación positiva había sido despojada de su contenido igualitario. El Muro de Berlín caía al Este; al Oeste, la doctrina de la igualdad volaba en pedazos.

Inicialmente, las leyes de discriminación positiva tenían el objetivo de garantizar que los hombres y las mujeres negros disfrutaran de las mismas oportunidades que los blancos. Hoy el énfasis ha dejado de recaer en la igualdad de oportunidades y se centra en la diversidad. La derecha neoliberal ha convertido este concepto en una consigna de lucha y se ha adueñado del discurso previamente utilizado por los progresistas para conseguir sus objetivos antidemocráticos. En la medida en que la variedad racial es necesaria para la economía global, y dado que el planeta es en realidad racialmente plural y que el blanco es minoritario, el multirracialismo se ha convertido en una necesidad para el mundo empresarial. Las empresas ahora lo corporativizan, e incluso ha aparecido recientemente, en junio de 2005, una nueva categoría: «Las 50 compañías más importantes por su diversidad». Su promotor es Diversity Inc., una empresa que promueve esas compañías y las presenta como «nacidas para ganar».[9]

La palabra «diversidad» sirve ahora para ocultar el racismo en las escuelas estadounidenses. Jonathan Kozol, presentando su nuevo libro *Shame of the Nation*, declara: «Nuestro sistema político se niega a utilizar el término "segregación". Se dice que nuestras escuelas son diversas, lo que quiere decir mitad negras, mitad hispanas, y quizá con dos niños blancos y tres asiáticos. Diverso se ha convertido en sinónimo de segregado».[10]

En vez de la igualdad, el objetivo de las leyes de discriminación positiva posteriores a 1989 es la diversidad. Hay que lograr que los

9. Cf. <www.Diversityinc.com>.
10. Citado en una entrevista sobre su nuevo libro: Deborah Solomon, «School Monitor», *New York Times Magazine*, 4 de septiembre de 2005, p. 14.

empleos la reflejen. Y la diversidad, concebida como «lo diferente», se opone a la igualdad, considerada como «la mismidad». Este giro ha supuesto que el neoliberalismo se vuelva plenamente conservador, desvinculándose aún más de sus originales fundamentos liberales y democráticos. El cambio se remonta al dictamen Bakke, en 1978. El discurso de la igualdad presupone que el gobierno es responsable de garantizar el acceso a las oportunidades, mientras que centrarse en la diversidad significa que el individuo ha de ser responsable de sí mismo, ha de privatizarse.

La igualdad manifiesta el deseo de un determinado tipo de relación entre grupos de personas; la diversidad se dirige sólo a los individuos y sus diferencias. La igualdad considera a los individuos en el marco de sistemas de poder, y los hace ser conscientes de sus semejanzas. Está claro que lo que hace falta es una concepción más compleja de la igualdad. No se trata de des-racializar la igualdad, ni mucho menos de-sexualizarla, sino de aceptar que las individualidades raciales y sexuales pueden manifestarse en el marco de la igualdad.[11] Una diversidad que no atiende a la justicia igualitaria deja intacta la estructura de los privilegios raciales. La diversidad puede hacer más plurales los significados y representaciones raciales de la gente, pero no es capaz de desafiar la jerarquía de los privilegios.

Hoy se reconoce la utilidad de la diversidad para el marketing y las nuevas oportunidades del mercado, pero ello no conlleva una mayor igualdad de y para las identidades racialmente plurales que la integran. Es sumamente significativo que en el importante caso *Grutter v. Bollinger*, visto por el Tribunal Supremo en 2003, Sandra Day-O'Connor se refiriera a las necesidades del mercado global y al ejército en su defensa de la discriminación positiva. En este caso, que afectaba a la Facultad de Derecho de la Universidad de Michigan, alegó que el ejército y las grandes empresas, en el mundo de hoy, requieren grupos cualificados y racialmente diversos. Sin ambages, afirmó que «un cuerpo de oficiales racialmente diverso es esencial para la seguridad nacional».[12]

El capital global necesita un ejército diverso para patrullar el planeta, y las empresas buscan sus futuros cuadros entre contingen-

11. Zillah Eisenstein, *The Color of Gender*, pp. 3-7.
12. *Grutter v. Bollinger*, 539US (2003), pp. 4 y 18.

tes de estudiantes multirraciales, con la garantía de haberse formado en las diferencias globales. El multiculturalismo corporativo, además de facilitar la venta de una variedad de productos en nuevos mercados, canaliza estas prioridades proyectándolas hacia la diversidad, lejos de la igualdad. Los equilibrios raciales no son lo importante, sí lo es, en cambio, la pluralidad de las identidades raciales. Corregir añejas discriminaciones y desventajas ha dejado de ser una prioridad. El mercado global requiere «pueblos, culturas e ideas diversos» para que la raza pueda definirse como algo «flexible, no determinado». Las cuotas han dejado de ser necesarias, ahora se impone el uso adaptable de la raza como «factor añadido a la hora de estudiar individualmente a cada uno de los postulantes».[13] Flexibilidad significa que la raza pasa a ser un factor más entre otros. Aspectos estructurales de la desigualdad son desatendidos y pospuestos, al ser considerados de bajo rendimiento. Así, en *Gratz v. Bollinger*,[14] el sistema de admisión a la Universidad de Michigan, que contemplaba la atribución de veinte puntos a postulantes minoritarios, fue tachado de inconstitucional.

El Tribunal Supremo falló a favor de un cuerpo estudiantil heterogéneo, pero sus integrantes han de ser evaluados en tanto que individuos, sin aceptarse que la raza pueda constituir un «rasgo definitorio» en el proceso de inscripción. En una decisión ajustada (5 votos a 4), los jueces autorizaron la aplicación de criterios raciales «estrictamente ajustados» a las necesidades del proceso de admisión. En otras palabras, la raza puede ser un «plus», pero sólo en tanto que forma parte de un conjunto de criterios individualizados.

Al priorizar la diversidad racial en lugar de la igualdad y accesibilidad, los negros afroamericanos se convierten en una minoría entre otros grupos llamados a conformar cuerpos estudiantiles racialmente diversos, al menos en numerosos centros de élite en Estados Unidos. Según los profesores de la Universidad de Harvard Lani Guinier y Henry Louis Gates Jr., es posible que hasta los dos tercios de los negros inscritos en esta universidad sean inmigrantes caribeños y africanos. Sólo cerca de un tercio de los 530 estudiantes pertenecientes a minorías son descendientes de esclavos con cuatro abuelos nacidos

13. *Grutter v. Bollinger*, 539US (2003), p. 22.
14. *Grutter v. Bollinger*, 539US (2003).

en Estados Unidos.[15] Concebida de este modo, la variedad se convierte en un puntal de la economía global, al garantizar la formación superior de los adinerados del mundo. Excluidos quedan muchos afroamericanos que padecen los devastadores efectos de una pobreza agravada por la desindustrialización. La discriminación positiva readaptada a las necesidades de los grandes consorcios y el ejército deja en la cuneta a los más necesitados.[16]

La discriminación positiva, despojada de su compromiso con la igualdad, es garantía de que más individuos serán tratados como si su raza no tuviera importancia —cuando aún sigue siendo importante—, como si fueran entes desconectados de las relaciones estructurales que definen racialmente y como género a la clase social a la que pertenecen y que dan sentido a sus vidas. La ley juega a rediseñar sus posibilidades, pero sus vidas siguen inmersas en ámbitos definidos por el poder. Ello contribuye a que Estados Unidos sea hoy menos igualitario y democrático y más racializado y racista. Una diversidad sin igualdad es el nuevo disfraz global del más reciente revisionismo neoliberal, profundamente antidemocrático.

Las propuestas que emanan de la derecha tienden a tomar los aspectos progresistas de los derechos civiles. Un grupo antiabortista se presenta incluso como defensor de la diversidad racial al adoptar un nombre evocador de las viejas luchas por los derechos civiles: la NAAPC (National Association for Advancement of Pre-born Children) enarbola el señuelo de la raza para destruir los derechos de las mujeres al aborto y a sus cuerpos.

Diversidad bajo vigilancia en la universidad

Desde 1989, las tácticas de los neoliberales de derechas han tenido mucho éxito a la hora de redirigir el impacto radical de las leyes de discriminación positiva en Estados Unidos. Uno de los ámbitos

15. Sara Rimer y Karen Arenson, «Top Colleges Take More Blacks, but Which Ones?», *New York Times*, 24 de junio de 2004, p. A1.
16. Eric Foner, «Diversity Over Justice», *The Nation*, vol. 277, n.º 2 (14 de julio de 2003), p. 5.

donde los efectos de la legislación han sido más notables y controvertidos es la educación superior. Muchos institutos y universidades, buscando sobrevivir en la economía global, han querido constituir cuerpos estudiantiles y departamentos más diversos. Los estudiantes buscan una formación que los prepare para encontrar puestos de trabajo en todo el mundo, y los departamentos necesitan reflejar la realidad del planeta y asimismo transmitir conocimientos acerca de esa realidad. Las universidades de élite procuran ser punteras en ambos terrenos. Y gracias a la discriminación positiva, muchas de ellas habían alcanzado un grado de progresismo democrático superior al de la sociedad en su conjunto.

En estos tiempos especialmente antidemocráticos no ha de sorprender que el mundo académico se vea sometido a un minucioso examen, sobre todo por parte de los extremistas neoliberales de derechas, muchos de ellos militantes del Partido Republicano. Los activistas financiados por los republicanos hacen gala de una supuesta objetividad académica para imponer su particular idea de lo que debe ser la diversidad. Su intención es vigilar y castigar las universidades con su credo antiigualitario. Los departamentos están bajo una enorme presión para ser más patrióticos y dar apoyo a la guerra en Irak y a las políticas proisraelíes en Oriente Próximo. El patriotismo atraviesa su mejor momento, un patriotismo definido por las fundaciones privadas de derechas. Sus beligerantes miembros exigen departamentos más diversos, lo que quiere decir que deben contratar a más personas que representen las posturas de la administración Bush. Según ellos, en la actualidad demasiados progresistas en los campus universitarios, y a los conservadores compete la tarea de brindarles una mayor diversidad. La asociación Campus Watch ha sido creada para controlar las universidades que exhiben criterios progresistas y antipatrióticos.

Es verdad que el mundo académico alienta posturas más progresistas que el promedio de la sociedad, pero esto nada tiene que ver con la acusación de que los campus son bastiones del radicalismo y exclusivamente progresistas. El radicalismo en todas sus formas —feminista, progresista, propalestino, marxista— continúa siendo una voz minoritaria. La mayoría de las carreras se enmarcan en epistemologías intelectuales tradicionales e imperiales. La mayoría de los académicos se nutren de epistemologías occidentales, por más que se hayan diversificado para adaptarse a nuevas demandas globales. Y los intelectua-

les radicales siguen siendo la excepción en los campus universitarios, la mayoría de los cuales incluye una mezcla de diversas manifestaciones de las políticas liberales y neoliberales.

Los estudios sobre Oriente Próximo especialmente han sido objeto de ataques y acusaciones por su supuesta hostilidad a Israel y, de modo general, a la política exterior estadounidense. La iniciativa HR 3077, por ejemplo, pretende redefinir el título VI de la Ley de Derechos Civiles de 1964, que prohíbe la discriminación basada en la raza, y limitar o suprimir determinados estudios regionales, en particular las especializaciones en Oriente Próximo, mediante la insinuación de que dichos estudios son en realidad antidemocráticos, antipatrióticos y antiestadounidenses. Es muy preocupante que la HR 3077 haya sido impulsada por un pequeño grupo de extremistas republicanos de derechas, escasamente representativos de la mayor parte de la población. Su intención es crear un comité de supervisión/revisión, que estaría encargado del seguimiento de esos estudios con «fines patrióticos». Tergiversan sistemáticamente los contenidos de sus planes de estudio y buscan imponer su criterio a los miembros de los claustros en institutos y universidades, que mayoritariamente se rigen por criterios democráticos. Con sus propuestas aspiran a desarbolar el compromiso del cuerpo profesoral con la diversidad de investigación y a privilegiar el concepto de patriotismo.

En respuesta a la iniciativa HR 3077, impulsé a nivel nacional una campaña de cartas a favor de una universidad progresista. Las cartas, enviadas al Comité de Salud, Educación, Trabajo y Pensiones del Senado, encargado de la revisión de la HR 3077, exigían la «enmienda al título VI de la Ley de Derechos Civiles de 1964 para fortalecer los programas de educación internacional». Aproximadamente un millar de profesores firmaron en muy poco tiempo esta petición, enviada a toda prisa en noviembre de 2003. En resumen, decía: bajo estas líneas hallarán un manifiesto firmado por miembros del claustro de varias universidades del país en el que se plasma nuestra preocupación de que la mencionada legislación no sea en realidad lo inocua e imparcial que aparenta ser. Agradeceríamos consideraran el hecho de que tal legislación responde a posturas muy minoritarias de republicanos de derechas, que no representan a la mayoría de la población, y que presenta una imagen distorsionada de los actuales programas de estudios.

También pusimos en tela de juicio la idoneidad de que el Congreso se arrogara la capacidad de someter a control el mundo académico. Manifestamos nuestra oposición a la proyectada intimidación a que se nos quiere someter a quienes trabajamos en la enseñanza superior. A nuestro entender, la propuesta de crear un comité de supervisión/revisión para controlar los estudios regionales, especialmente los de Oriente Próximo, con «fines patrióticos» constituye una violación de las libertades indispensables para garantizar un proceso educativo coherente y democrático. Y sostuvimos que quienes representan una amenaza para el pensamiento democrático no somos nosotros, sino los radicales de derechas del Partido Republicano.

Críticos neoliberales de derechas como Martin Kramer y Lynne Cheney sostienen que los programas de estudios sobre Oriente Próximo son contrarios a la diversidad intelectual, ya que se han mostrado incapaces de plantear correcta y oportunamente los temas a debate y han contribuido a debilitar el país y, por ende, a ponerlo en peligro. El título VI autorizaba la financiación de programas de estudios lingüísticos y regionales a fin de reforzar la defensa nacional; en otras palabras, una especie de educación para la defensa. Tanto Nixon como Reagan recortaron las ayudas a los estudios regionales, convencidos de que no cumplían con éxito este objetivo.[17]

Nuestra carta de protesta fue escrita para luchar contra las intimidaciones de una minoría de activistas formada por neoliberales extremistas. Queríamos hacer oír nuestras voces como una manifestación pública de defensa de los estudios regionales e internacionales, que frecuentemente acogen a estudiantes de color. Estas áreas representan algunos de los espacios más vitales para la investigación y el análisis de otras culturas y ámbitos geográficos, y ofrecen la posibilidad de comprender y sondear la geopolítica del planeta en toda su riqueza y complejidad.

Los programas de estudio sometidos a crítica no son antiestadounidenses o antipatrióticos, y muchos de ellos no son radicales ni homogéneos en sus planteamientos. Por el contrario, fomentan investigaciones críticas necesarias para el pensamiento democrático, que

17. Martin Kramer, *Ivory Towers on Sand: The Failure of Middle Eastern Studies in America*, Washington Institute for Near East Policy, Washington D.C., 2001, pp. 56 y 85.

requiere puntos de vista incluyentes en vez de excluyentes. Estos estudios ofrecen la oportunidad de pensar de manera novedosa y diferente, mediante la exploración de posturas diversas. Los correspondientes departamentos propugnan el intercambio libre de ideas, desde el convencimiento de que esta confrontación es indispensable para la seguridad de la nación.La iniciativa HR 3077, simula defender la discusión democrática, cuando en realidad lo que hace es explotarla para sus fines, exigiendo una representación mayoritaria para lo que no es más que una minoritaria postura de derechas.

A medida que los elementos más extremistas del Partido Republicano han ido alcanzando nuevas cotas de poder —en los tribunales, en nuestras universidades o en la Presidencia—, la investigación y el escrutinio democrático se han visto sofocados. Nadie ha pensado nunca que el ejército deba ser una institución democrática, pero se supone que nuestras instituciones de enseñanza superior sí han de serlo. Y en una cultura crecientemente militarizada, el ámbito universitario adquiere una importancia mucho más relevante. La política exterior neoliberal e imperial requiere más espacios de crítica y discusión, no menos.

La iniciativa de la derecha, en este caso, tuvo efectos muy adversos. Varios profesores universitarios palestinos de la Universidad de Columbia fueron investigados, acusados de haber intimidado a estudiantes israelíes y haberlos hecho sentirse incómodos en clase. La investigación y la vista se prolongó varios meses y generó tensión en el campus. En última instancia, el departamento fue declarado inocente de los cargos, pero había logrado dañarse la atmósfera de libre y abierta discusión intelectual.

El nombre de Ward Churchill, miembro de departamento de la Universidad de Colorado, se convirtió en noticia para la prensa nacional cuando su programada conferencia en el Hamilton College, en el norte del estado de Nueva York, fue anulada en el otoño de 2004 por unas observaciones que había hecho poco después del 11 de septiembre de 2001. Había escrito entonces que muchos de quienes habían muerto aquel día en las Torres Gemelas eran «pequeños Eichmanns». Churchill respondió diciendo que sus comentarios habían sido sacados fuera de contexto, pero insistió en su derecho a expresarse libremente. Entretanto, fue investigado y amonestado por sus opiniones irreverentes. En mi propia facultad, también en el norte de

Nueva York, tres estudiantes republicanos me acusaron de intolerancia por su apoyo a la guerra de Irak. El periódico y la televisión del campus ventilaron la noticia sin ni siquiera haber intentado contactar conmigo. Al final se me exoneró de las acusaciones, pero el daño ya estaba hecho.

Soy miembro del departamento de estudios políticos del Ithaca College. La sección local del Partido Republicano ha denunciado en varias ocasiones, ante la administración de la universidad y el periódico de la zona, que mi departamento no es lo suficientemente diverso. En ese departamento hay dos paquistaníes, un nigeriano, un puertorriqueño, un latino, cuatro mujeres, tres judíos, dos musulmanes, seis cristianos, siete hombres y un gay. ¿Qué querrán decir con eso de la falta de diversidad? Claramente, que en el departamento no hay extremistas neoliberales de derechas, algo que es rotundamente cierto. Pero también lo es que nunca se ha inscrito nadie con ese perfil.

He enseñado durante más de treinta años, pero hoy constato un grado de crispación inédito en las aulas, debido a la presencia de estudiantes neoliberales de derechas, todos ellos muy prepotentes. El Partido Republicano financia debates y encuentros estudiantiles con la única finalidad de promover estas voces extremistas. También financia periódicos estudiantiles. Estos estudiantes son una pequeña minoría, pero sus héroes son Karl Rove y Dick Cheney. Pienso que hay que tomarse muy en serio estas incursiones de la derecha porque podrían surtir efectos devastadores si las universidades se rindieran ante ellas. El mundo académico es, hoy por hoy, uno de los pocos espacios relevantes para el debate y la esperanza democráticos.

Es posible utilizar de manera oportunista el pluralismo racial para ponerlo al servicio de intereses corporativistas o presentarlo como un ataque contra la hegemonía euroamericana del corporativismo transnacional.[18] La retórica de la diversidad ha tenido efectos progresistas involuntarios, y por eso hay que seguir promoviéndola ingeniosamente. Pero no hay que olvidar que la diversidad es un sinónimo codificado de la raza y que, en lugar de permitir la rearticulación de la sexualidad, sirve para acallarla. Hemos de hacer extensivo el pluralismo al significado mismo de la sexualidad y las sexuali-

18. Zillah Eisenstein, *Hatreds, Racialized and Sexualized Conflicts in the 21st Century*, Routledge, Nueva York, 1996, p. 63.

dades. Si hay más de dos sexos, como he apuntado antes, la exigencia de una diversidad racial, sexual y de género que no desatienda la igualdad para todos habría de integrar una revitalizada teoría de la democracia, hoy.

El Katrina o la raza y la clase como género

Ya es costumbre bautizar a los huracanes con nombres tanto de hombre como de mujer, en un intento superficial de imponer una neutralidad de género. Como si esto pudiera entrañar alguna diferencia en la igualdad de trato a las vidas reales de hombres y mujeres. Esta modificación de la nomenclatura oculta las desigualdades reales en las vidas de las mujeres, que nunca se han puesto tan de manifiesto como cuando el Katrina golpeó con su poderosa, destructora, impredecible y premonitoria fuerza, en agosto de 2005. El Katrina devastó cientos de miles de vidas, y no se tuvo entonces y sigue sin tenerse en cuenta el llamativo y desproporcionado número de mujeres que sufrió y sufre lo peor de su furia. Una furia que golpeó con dureza a negros y pobres, pero más duramente aún a las mujeres negras y pobres. Si las estadísticas conocidas reflejan la realidad, puede decirse que esta categoría de mujeres constituye la mayor población que vive en zonas situadas por debajo del nivel del mar y no dispone de un automóvil.

Un número desproporcionadamente elevado de mujeres vive en la más sórdida pobreza en Luisiana y Mississippi. En 2002, el 37 por 100 de la población de Mississippi era negra, el porcentaje más elevado del país. La población negra de Luisiana es la segunda en importancia, con el 33 por 100. En 2004, el 25,9 por 100 de las mujeres de todas las edades vivía por debajo del umbral de la pobreza definido por el estado federal. En estas zonas, el índice de pobreza de las familias negras es del 23 por 100. En Nueva Orleans, el 56 por 100 de todas las familias tienen a una mujer como cabeza de familia, y el 22 por 100 son pobres y también monoparentales.[19] La industria del tu-

19. Barbara Gault, Heidi Hartmann, Avis Jones-DeWeever, Misha Werschkul y Erica Williams, «The Women of the New Orleans and the Gulf Coast», *Institute for Women's Policy Research*, octubre de 2005, n.º D464, disponible en <www.iwpr.org>.

rismo, con su masiva demanda de mano de obra barata en el área de servicios —una población que puede instalarse en viviendas baratas a poca distancia de sus puestos de trabajo—, contribuye al sostenimiento de la pobreza. Estos trabajadores de usar y tirar no acceden a la plena ciudadanía, ya que sus vidas no están aseguradas ni pueden serlo, al carecer de coches y casas propios.

Entre las secuelas del Katrina están los numerosos discursos acerca de la espantosa realidad del racismo y la desigualdad de clase, pero en los que casi nunca figura el género. Junto al racismo y la clase ha de mencionar el género porque éste da forma al poder y porque las mujeres de color son las más pobres entre los pobres de este país, especialmente en Luisiana y Mississippi. En las pantallas de nuestros televisores vimos aparecer los rostros de muchas mujeres negras, pero siempre eran y son presentadas en función de su raza y su clase. Rápidamente todas las víctimas recibieron el marchamo de refugiados, y no puedo dejar de pensar que el hecho de que la mayoría de los refugiados del planeta sean mujeres y niños ha debido de contar a la hora de escoger, junto a los raciales y de clase, este término cargado de «otredad».

Quiero dejar claro que designar la raza y la clase mediante el expediente de señalar el color de la pobreza no representa un reconocimiento integral de las desigualdades estructurales de la raza y la clase en nuestras sociedades. La designación no busca reconocer y denunciar el sistema estructural del racismo o los comportamientos racistas que permiten que se abandone y humille continuamente a la gentes en su vida cotidiana. Como tampoco basta para denunciar a fondo las crecientes desigualdades económicas de clase que hoy dominan las vidas de tantas personas.

Por el contrario, aquí la raza y la clase son utilizadas al moda neoliberal para silenciar cualquier denuncia estructural y tratar de minimizar y encubrir la horrible realidad desvelada por el Katrina. En otras palabras, la raza y la clase son designadas, pero no para acusar radicalmente las acciones soterradamente racistas del capitalismo, sino para decirnos que el único problema es la pobreza y que habrá que luchar contra ella. La desigualdad capitalista, en sus formas raciales y económicas, no es aquí objeto de denuncia. Otro término silenciado es el de género; no sólo no se ha mencionado, sino que ni siquiera se considera que sea lo suficientemente relevante para hacerlo.

Por otra parte, es innagable que el solo hecho de mencionar la abrumadora presencia de mujeres negras en el estadio del Superdome, donde buscaron refugio muchos de los que habían perdido su casa, equivale a desvelar la ausencia de hombres negros. Pero nadie en el poder quiere llamar la atención sobre la ausencia de unos hombres que de manera desproporcionada languidecen en las cárceles estadounidenses o luchan en Irak. El estereotipo racista se niega a ver a los negros como individuos. En su visor, ser negro es una condición totalizadora y homogeneizadora. Permite carecer de género.

Sabemos que el 67 por 100 de la población de Nueva Orleans era negra y que el 34 por 100 vivía por debajo del umbral de la pobreza. Pero también sabemos que donde hay raza y clase, inevitablemente hay género. La clase siempre tiene su género, su estructura familiar; la raza siempre tiene género y el género siempre está racializado. No hay persona que pueda despojarse de él.[20]

La desproporcionada pobreza de tantas mujeres negras es consecuencia de las construcciones de género del poder. Nada en la constitución biológica de la mujer predispone a esa condición. El caso es que muchas mujeres se convierten en cabezas de familias monoparentales y se dedican a intentar llegar a fin de mes cuando no tienen ni para llegar a primeros. En portada del *New York Times* hemos podido leer la historia de Lakerisha Boyd, una madre de veintitrés años con tres hijos, y su dolor y determinación para encontrar a su bebé perdido en las inundaciones: «Ni siquiera he podido llorar debido a mis hijos. No puedo venirme abajo. Yo soy todo lo que les queda ahora mismo. Pero sólo quiero saber dónde está mi bebé».[21] Mujeres como ésta son la gente que crea y mantiene redes de información para asegurarse que sus seres queridos sobrevivan. Son las mujeres —como escribía W. E. Dubois, las «madres y madres de madres»— las depositarias de la capacidad de resistencia de las familias negras.[22] Y porque ni los hombres ni las mujeres negros se parecen *en nada* a sus homólogos blancos, los hombres son des-

20. Véase mi *Color of Gender* y *Hatreds*, para una exposición pormenorizada de este argumento.
21. Citado en Susan Saulny, «But I Just Want to Know, Where's My Baby?», *New York Times*, 10 de septiembre de 2005, p. A1.
22. W. E. B. Dubois, «Damnation of Women», en *Darkwater: Voices from within the Veil*, Schocken Books, Nueva York, 1920, p. 168.

masculinizados como cabezas de familia y las mujeres, desfeminizadas.

Para poder ver una cosa es preciso nombrarla. Los sistemas de poder han de evidenciarse antes de poder cambiarlos. Por eso es importante nombrar y ver a las mujeres, especialmente a las de color, en nuestra era del Katrina. Una vez más nos enfrentamos al relato esclavista, concebido como un sistema de opresión exclusivamente racista, en lugar de racista y sexualizado. Las mujeres negras, una vez más, aparecen en el rol de nodrizas de nuestra economía sexualizada y racista. La esclavitud era un sistema de opresión a la vez sexista, racista y clasista. Desde su abolición han abundado los silencios, y es necesario disiparlos.

Si observamos las imágenes del Superdome o de las colas de los que esperaban ser evacuados, advertimos que un número sorprendentemente elevado de los sin techo y desplazados en Mississippi y Luisiana eran mujeres con «sus» niños. Los más pobres entre los pobres son mujeres; mujeres de todos los colores, blancas incluidas. Estos hogares monoparentales encabezados por mujeres tienen a sus hijos, pero se han quedado sin hogar. Hay también casos de mujeres sin sus hijos, ya que muchos fueron separados de sus padres durante las evacuaciones. También aquí es imposible no pensar en los hijos de los esclavos separados de sus madres y enviados a otros lugares. Una vez más, los niños son desgajados de su familia. Sólo cabe imaginar qué trato habrían recibido si entre ellos se hubiesen encontrado más niños blancos. Mientras, esas mujeres de Nueva Orleans se dedicaron a luchar y sobrevivir, a llamar la atención, porque de no haber actuado de ese modo, el esfuerzo de reconstrucción habría pasado sobre sus cabezas y sus necesidades específicas de guarderías y educación. Hay mucho sobre lo que meditar en este panorama, pero conviene tener esto claro.

El aspecto de género del huracán y sus efectos no vende periódicos. Pero la pobreza es inseparable de las estructuras familiares en crisis, por no hablar de los comportamientos sexuales. La pobreza no puede distinguirse de realidades como la dificultad para obtener contraceptivos y ejercer derechos reproductivos. La pobreza está unida las adolescentes que se quedan preñadas. Es uña y carne con los salarios femeninos sistemáticamente inferiores a los de los hombres, con la inexistencia de guarderías para unas mujeres obligadas a trabajar

todos los días, con una sanidad insuficiente para las mujeres. La pobreza es una consecuencia de la dificultad para acceder a una formación profesional y a la educación.

Los aspectos de género del Katrina son complejos y múltiples porque el género, en este momento intensamente militarizado y privatizado, con frecuencia no es lo que parece. Y los aspectos de género del huracán se manifiestan también a niveles múltiples y complejos que parecen caóticos, apreciables en sus efectos sobre las víctimas y los supervivientes, la manera de contarlo de los medios, el giro dado por la administración Bush, nuestras propias reacciones ante el despliegue del horror, las reacciones de quienes se sentían desesperados y que nadie quería oír. Todos estos planos, que llevan la impronta del género, configuran lo visible y, al mismo tiempo, impiden que el género se haga presente y nos hable.

A medida que se desplegaba el relato del huracán y las inundaciones, las mujeres aparecían en los espacios que suelen ocupar los hombres. La gobernadora Kathleen Babineaux Blanco aparecía en los medios sistemáticamente descrita como una persona agotada y aparentemente fútil. Pero al mismo tiempo se nos decía lo mucho que estaba apoyando a la gente que padecía este calvario, como una especie de madre omnipresente. Por otro lado, había hombres que parecían comportarse como suelen hacerlo las mujeres. El inspector del Distrito vecino del de Nueva Orleans de pronto rompe a llorar desconsoladamente ante las cámaras, «como una mujer». En este caso, los hombres demuestran que son tan capaces como las mujeres de parecer femeninos.

El género tiene que ver, mucho más que con la realidad, con estereotipos y categorizaciones incólumes. Nueva Orleans nos es descrita como una ciudad dotada de sensibilidad femenina por un poeta originario de Rumanía que vive en Luisiana. «Es una ciudad nocturna, regida por la luna, circundada por las aguas. Y tradicionalmente, el agua es un elemento femenino.»[23] No hay que olvidar que Nueva Orleans alberga una comunidad gay activa y visible, con bares y restaurantes que no ocultan sus hábitos poco convencionales. También es conocida por su considerable comunidad transgéne-

23. Andrei Codrescu, citado en Deborah Solomon, «A Refugee Among Refugees», *New York Times Magazine*, 11 de septiembre de 2005, p. 19.

ro, en la que muchas mujeres son hombres y muchos hombres, mujeres.

El género se exhibe con colores confusos y vestimentas perturbadoras. Se supone que los republicanos son los cowboys y que los demócratas son «hombres afeminados». Pero Bush tiene un aspecto demasiado vano y trastabilla constantemente para poder aferrarse a su tradicional imagen de tipo duro. En realidad, cuando se pavonea con sus botas de cowboy pasadas de moda su aspecto es ridículo. Es un macho para machos aureolado de futilidad, que es como se suele «representar» a las mujeres. Se ha recurrido a Condi para tapar sus tropiezos, pero aunque ésta se reviste de masculinidad fría y distante, nunca se desprende del todo de su feminidad, y sigue comprando zapatos Ferragamo. No es baladí que se la pueda definir a la vez como «femenina» y «masculina», ya que con ello se refuerzan las imágenes de género asociadas con cada una de estas condiciones. Mientras, Cheney, que en ningún momento deja de ser un hombre entre hombres, interrumpe sus vacaciones para dirigirse al lugar de las inundaciones. En la grave hora que nos aflige, tranquiliza a los más ricos entre los ricos declarando que no se subirán los impuestos. Y Bush cesa a Michael Brown de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA) por sus chapuzas. Quizá logren salvarse con esta amputación. Y a olvidarnos todos de que pocos días antes le había dicho a su compinche «Brownie» que estaba haciendo «un trabajo de primera».[24]

Tanto Laura como Lynne, la esposa del presidente y la del vicepresidente, acompañaron a sus esposos al lugar de las inundaciones para recordarnos a todos que todavía existen las familias formadas por un marido y su mujer. En cuanto a Barbara Bush, da un traspié y por error revela la verdadera función de las mujeres blancas y ricas en la construcción del imperio. Se dirige a los que la vemos por televisión para decirnos que toda esa «gente desamparada» en el Superdome está mejor ahora que antes. Oprah, la mujer que se encarga de todo, viaja a Mississippi y Luisiana y declara que las víctimas merecen las disculpas de los federales. Sean Penn, mostrando los músculos de un hombre masculino, conduce su barca a través de las áreas si-

24. Citado en Richard Stevenson y Anne Kornblut, «Director of FEMA Stripped of Role As Relief Leader», *New York Times*, 10 de septiembre de 2005, p. A1.

niestradas. Los reporteros y presentadores de los medios más masivos, en los que la presencia de hombres es desproporcionada, casi parecen «femeninos»: hablan con vehemencia y menos distantes que de costumbre de la injusticia que contemplan. Por momentos parecen sospechosos, implicados emocionalmente, a las audiencias domesticadas por el género que los observan, pero en general el público los aprueba.

El Katrina nos brinda una lente nueva-vieja. Hay mujeres que reaccionan en público como hombres y hombres que hacen lo propio como mujeres. Dado este nivel de trasvase y aparente versatilidad de género, a quién se le ocurre pensar que ésta pueda seguir siendo un problema opresivo, que siga queriendo decir que la posibilidad de ser pobre es mayor si has nacido mujer y negra y además pobre. El género se manifiesta aquí como señuelo, manoseando «verdades» testarudas, mientras las mujeres blancas o negras pero pobres «de verdad» se dedican a buscar comida y cobijo.

Tanto como un desastre natural, el Katrina es un desastre político definido por el racismo, el sexismo y los privilegios de clase. Hablar de los huracanes como si sólo fueran desastres naturales equivale a naturalizar las vidas de las mujeres reduciéndolas a su sexo biológico. El espectáculo de todas esas mujeres desalojadas parece natural de algún modo, pero no político, como si no guardara relación con las formas de poder previamente definidas por el género y la raza. Sin embargo, ni la imaginación más delirante puede postular que en todo eso haya un ápice de naturalidad. El presidente Bush repetía una y otra vez que la tormenta había golpeado indiscriminadamente y que él actuaría del mismo modo con su esfuerzo de reconstrucción. Una pretensión que sencillamente es falsa. Nada de natural tiene vivir por debajo del nivel del mar o decidir quién se verá más o menos afectado por el delirio megalómano de encajonar en cemento el río Mississippi o por el calentamiento global. Los pobres viven en las zonas más peligrosas y desatendidas, estén en Luisiana o en Pakistán, donde 80.000 perecieron en el terremoto de 2005. En los barrios pudientes del noroeste de Chicago la esperanza de vida es de 75-89 años; en los suburbios pobres de la parte sur es de 60 años para los negros.

Dejemos al Katrina, una mujer, el privilegio de desenmascarar la injusticia. En este caso han volado las redes de seguridad. El desastre del huracán fue diseñado por el hombre, por Bush, Cheney y

Condi. Pero hay que cuidarse de confundir el sexo y el género. Condi vuelve una vez más a hacer el trabajo de construcción del imperio para los varones blancos y ricos, sin dejar de ser negra y mujer. Tan sólo se ha masculinizado para ejercerlo, exactamente como el Katrina aparece naturalizada como una fémina. Entretanto, Estados Unidos ha dedicado el último cuarto de siglo a militarizarse y privatizarse. Las infraestructuras del gobierno han quedado reducidas a su mínima expresión y la administración ha dejado de cubrir las necesidades públicas.

Billones de dólares se destinan a la guerra de Irak y dejan sólo calderilla para la sanidad, la educación, las pensiones y pare de contar. A más de 71 millones de dólares ascendió el recorte en el presupuesto del Cuerpo de Ingenieros del Ejército destinado a la protección contra las inundaciones, mientras millones eran desviados a Irak. Hay dinero para bombas, y es el mismo que falta para edificar presas y diques. Tener un gobierno privatizado significa que la parte pública de la vida se encoge mientras se deja que los intereses privados de las grandes empresas busquen el mayor rendimiento para cada dólar.

La reducción del Estado del bienestar social, iniciada en la era de Reagan, ha acabado destruyendo la red de seguridad y el bienestar «tal como los conocimos». Las escuelas públicas y las viviendas protegidas han sido ampliamente abandonadas. Las Ayudas a Familias con Niños Dependientes (AFDC) han sido reemplazadas por el castigo de la Asistencia Temporal a Familias Necesitadas (TANF). Sin compromisos con el ámbito público —escuelas, vías de comunicación, hospitales, trenes, etc.—, los individuos van a la deriva. Quienes no tenían un automóvil se quedaron atrapados por la inundación. Las aguas cubrieron toda la parte baja del barrio Ninth Ward en Nueva Orleans, donde el 98 por 100 de los habitantes eran negros y más de la tercera parte vivía en la pobreza. Cuando la tromba de agua lo inundó, todos ellos, pero especialmente las mujeres negras y pobres, fueron abandonados a su suerte. Una vez más.

Cada vez hay más guerra y menos cualquier otra cosa, sobre todo menos impuestos para los ricos. Bush decía: «Mientras eliminamos los escombros que ha dejado el huracán, aprovecharemos para eliminar también el legado de la desigualdad». Y acto seguido abogó por una ampliación permanente de los recortes fiscales que tendrá un

coste de al menos 1,4 billones de dólares en los próximos años.[25] Un trillón es un millón de millones, es decir, doce ceros. Las disminuciones de impuestos de 2001-2003 acabarán costando más que todo el presupuesto invertido en arreglar los destrozos del Katrina.[26]

Los pobres son cada vez más pobres y los ricos, más ricos. Y Bush necesita 60.000 millones de dólares para el desescombro y las reparaciones, pero las arcas del gobierno están vacías gracias a los recortes en los impuestos y las guerras en Afganistán e Irak. El déficit aumenta y los contribuyentes que no son ricos se endeudan para pagarlo. Es un crimen que Halliburton obtuviera antes que nadie un contrato de reconstrucción en Luisiana, como ya lo hiciera en Irak. Y también Blackwater Security sale a escena, con un aspecto más parecido al que ostenta en Irak de lo que cualquiera de nosotros se atrevería a imaginar. Bush remata estos aires militaristas al sugerir, en su discurso a la nación por TV, que de las ayudas de emergencia en el país debería encargarse el ejército.

Varias semanas después de la desastrosa respuesta federal al Katrina, Bush declaró que asumía la responsabilidad por la lentitud e ineficacia de los trabajos de recuperación. Prometió que reorientaría la reconstrucción de Nueva Orleans y el resto de Luisiana y Mississippi con la ayuda de «ejércitos de compasión», y que la ciudad reconstruida se alzaría más alta y mejor. Lanzó lo que llamó una nueva «Zona de Oportunidad en el Golfo» para apoyar las iniciativas empresariales, la propiedad privada y los negocios de los negros. Con su peculiar mentalidad de vendedor, prometió que ayudaría a todo el que luchara por levantarse de nuevo relajando las regulaciones medioambientales y prescindiendo de la normativa laboral vigente en la zona. Una vez más, su único reflejo consiste en ayudar a los inversores y agentes inmobiliarios empresariales, no a las personas desplazadas. Las constructoras privadas invierten en viviendas fuera del alcance de los trabajadores con bajos ingresos, de modo que los evacuados tendrán que vivir dispersos en recintos para remolques que se parecen a campos de refugiados palestinos.

25. Citado en David Sanger y Edmund Andrews, «Bush Rules Out a Tax Increase to Pay for Rebuilding Bult Coast», *New York Times*, 17 de septiembre de 2005, p. A12.
26. Jim Horney, Robert Greenstein y Richard Kogan, «Katrina Relief and Federal Spending and Deficits», 19 de septiembre de 2005, <http://www.cbpp.org/9-17-05bud.htm>.

Los pobres han sido expulsados de Nueva Orleans, y nada garantiza que podrán volver algún día. Las inundaciones arrasaron las viviendas protegidas, y todo indica que nadie tiene interés en reconstruirlas. En cambio, el Barrio Francés, con un 90 por 100 de blancos y semivacío años antes del Katrina (con un porcentaje de viviendas desocupadas del 37 por 100), será íntegramente rescatado en su forma original. En otros barrios que apenas sufrieron desperfectos hay por lo menos 11.600 pisos y casas vacíos. Estas viviendas desocupadas podrían convertirse en hogares asequibles para los evacuados, invirtiendo fondos federales en cupones de alquiler. Pero nadie mueve un dedo en este sentido. En cambio, muchos evacuados viven las medidas post-Katrina como una forma de limpieza racial; constatan que las áreas más secas de Nueva Orleans eran blancas y seguirán siéndolo.[27] Los negros de la ciudad manifiestan abiertamente su desesperación por las secuelas posteriores a las inundaciones. En el Superdome se sintieron abandonados y despreciados, como si fueran víctimas de una traición, como si hubieran dejado de ser estadounidenses. Y desde entonces no han dejado de sentirse traicionados.[28]

Hay mucho en juego aquí para dejarlo en manos de las grandes empresas en busca de beneficios. Urge una reconstrucción pública y democráticamente orientada de Nueva Orleans, por no hablar de otras de nuestras ciudades. Hay veintidós millones de toneladas de desechos que esperan ser reciclados inteligentemente. Miles de toneladas de productos químicos caseros, como lejía y pesticidas, que hay que neutralizar. Un millón de refrigeradores, hornos y lavadoras que hay que eliminar. Estos problemas medioambientales nos afectan a todos en Estados Unidos, más allá de las demarcaciones de raza, clase y género.[29] Proyectar una nueva Nueva Orleans implica forzosamente reconstruir la democracia, aquí y en este país.

Injustamente, las mujeres son las más afectadas por el desastre; son», sus «por así decirlo» sus víctimas, pero también sus supervivientes, dedicadas a reconstruir redes de solidaridad, a alimentar a sus

27. Naomi Klein, «Now the Real Looting Begins», *The Nation*, vol. 281, n.º 11 (10 de octubre de 2005), p. 16.
28. Michael Ignatieff, «The Broken Contract», *New York Times Magazine*, 25 de septiembre de 2005, pp. 15-17.
29. Jennifer Medina, «In New Orleans, the Trashman Will Have to Move Mountains», *New York Times*, 16 de octubre de 2005, p. A1.

familias, a reconectarse para hacer posible la vida cotidiana. Aunque es difícil recoger información sobre las agresiones sexuales que se produjeron después del huracán, miembros de la brigada socorro a las víctimas de violaciones de Luisiana han documentado que se produjeron numerosos casos de violaciones en el Superdome y otros refugios; en otras palabras, que las agresiones sexuales formaron parte del huracán.[30] Si no se reconoce que el Katrina puso de relieve las desigualdades racistas y a la vez de género, así como las de clase, en nuestro país, será imposible siquiera comenzar a enfrentarnos a la crisis de estas mujeres pobres y sus hijos, una crisis que le devuelve a nuestra despilfarradora sociedad su propia imagen en formato reducido. Centrarnos en las necesidades de las mujeres pobres de todos los colores puede ayudarnos a concebir una sociedad menos excluyente para todos.

Kofi Annan ha dicho que la única manera de abordar la crisis del sida en África es invirtiendo en las mujeres africanas. Está convencido de que es nuestra mejor esperanza. W. E. B. Dubois sabía que las mujeres negras eran quienes cargaban con el peso de las luchas por la justicia racial. Ida B. Wells, que ha dejado escrito que ellas serían las encargadas de «sostener la raza», creía que de las mujeres corrientes, las hijas, hermanas, esposas y madres (no las reinas) dependía el futuro del mundo.[31] Estas convicciones deberían servirnos para avanzar en la deconstrucción del género heteropatriarcal y sus jerarquías.

El único modo de asumir plenamente la devastación de Mississippi y Luisiana consiste en observar primero e invertir después en sus «mujeres», sean blancas o negras, masculinas o femeninas. Este primer paso nos conducirá a reconstruir los dos estados y, con ellos, una sociedad democrática y no excluyente: antirracista, redefinida sexualmente y despojada de las construcciones de género, económicamente justa.

30. Cf. <http://www.lafasa.org>.
31. Ida B. Wells, *The Memphis Diary*, ed. de Miriam De-Costa Willis, Beacon Press, Boston, 1995, p. 188.

Mujeres en marcha contra la guerra en los dos golfos

Como muchos otros, el 24 de septiembre de 2005 estuve, en Washington, D.C, en la marcha de protesta contra las devastadoras políticas de la administración Bush, responsables del inicio de la interminable y espantosa guerra en Irak, y también contra la despreciable guerra contra los pobres desatada en nuestra propia Costa del Golfo. Bagdad y Nueva Orleans han quedado reunidas por las burdas y arrogantes políticas de un imperio fuera de control. Como si todo eso fuera poco, Bush pretende justificar sus medidas de renuncia en casa e invasión en el extranjero con ocurrencias como que los terroristas son «la clase de personas que ante el Katrina desearían haber sido sus responsables».

Los ricos desatan guerras contra los pobres y hacen que éstos las libren por ellos. De hecho, más que nunca hay soldados —tanto hombres como mujeres— peleando en guerras, mientras a las mujeres y los niños les toca arrostrar con las inicuas consecuencias de siempre. Bush no deja de espolear las guerras de/contra el terrorismo y de alentar la más desfasada bravuconería militar. Y esto tiene consecuencias. De Kabul a Bagdad y a Baton Rouge, las mujeres parecen más diversas y de un modo diferente, pero siguen estando definidas como siempre por el género, lo que las expone más a la violencia y la movilización sin dejar de estar relegadas o silenciadas. En efecto, los dos golfos se han convertido en espacios de nuestro militarizado planeta conectados entre sí. La guerra contra Irak ha logrado que Estados Unidos se militarice aún más y que Irak aparezca velado por la retórica de género de los derechos de las mujeres. Mientras, un discurso de clase racializado que deshumaniza a las mujeres ha logrado demonizar a Nueva Orleans. El actual período de militarización se define radicalmente por una especie de compleja versatilidad de género, que supone un nuevo reto para el movimiento contra la guerra.

Bush sostenía que la guerra en Irak buscaba suprimir las armas de destrucción masiva y a la vez liberar a las iraquíes del yugo de Sadam Husein. (Del mismo modo en que supuestamente hemos liberado a las afganas de los Talibanes) Como la misoginia musulmana de derechas ha acabado cobrando cuerpo, las iraquíes ahora se enfrentan a nuevas formas de reclusión forzosa. Estados Unidos exporta la retórica de los derechos de la mujer como una suerte de señuelo, una

cortina de humo para ocultar el despotismo imperial. En vez de a una liberación, las mujeres se enfrentan al imperio de las armas de fuego que prospera en medio de la pobreza y la guerra, bajo la mirada de un ejército que a la vez las vigila y oprime en los espacios imperiales donde ha sido desplegado.

La manifestación de Washington tenía en el punto de mira los dos golfos. Los carteles y las pancartas ponían de manifiesto la conexión entre esos dos lugares como integrantes de comparables políticas de corrupción. En ellos podían leerse consignas como: «Haz un dique, no la guerra», «Dinero para la Gente, No para la Maquinaria Bélica», «Guerra equivocada, Golfo equivocado». Una pancarta exhibía este lema: «Mi hijo fue embrión antes de nacer, por favor no lo envíes a Irak». Al verlo, pensé: debería decir lo mismo sobre las hijas. Pero aparte de eso, era perfecto: sí, hay que cargarse la hipocresía del sedicente «derecho a la vida» promovido por Bush.

Mis amigos y yo decidimos hacer la marcha junto con los miembros de Code Pink (Código Rosa). Code Pink es un movimiento de base a favor de la paz y la justicia social creado por mujeres. Grandes globos color rosa llenaban el cielo, y las mujeres manifestaban su presencia irónicamente, llevando conjuntos de este color. Me puse en la cabeza una cinta del mismo color que había preparado antes de viajar y en la que había escrito con un rotulador negro: «No a la Sharia de los Hombres». Con ello quería decir que albergo serias dudas de que las iraquíes, que al menos bajo Sadam Husein gozaban del derecho formal a escoger su formación, trabajo y ropa, logren escapar de la amenaza de esa nueva constitución que Estados Unidos se dispone a aprobar y que las someterá al aplastante gobierno misógino de fanáticos religiosos de derechas. A estas alturas, aún no está claro qué sistema regirá los derechos de las mujeres en Irak, si la misoginia o la democracia islámicas, pero lo que sí lo está es que Bush utilizó a las afganas y las iraquíes para justificar su guerra. Ahora, esas mismas mujeres que desde hace décadas luchan por sus derechos han sido rápidamente olvidadas y abandonadas en las componendas de Bush para elaborar una nueva Constitución. Una vez más, las mujeres han sido una moneda de cambio en el trueque de la democracia imperial.

En Estados Unidos, mientras tanto, las nuevas leyes adoptadas por la administración Bush han socavado y debilitado los derechos de las mujeres, desde las crecientes limitaciones a la legislación sobre el

aborto a las restricciones de la cobertura médica y sanitaria de Medicaid y Medicare, sin olvidar, entre otras medidas, el desmantelamiento definitivo (que inició Clinton) de las Ayudas a Familias con Niños Dependientes (AFDC). Las estadounidenses más pobres han sido abandonadas completamente por la administración Bush, y la legislación antiterrorista ha desplazado las políticas activas en pro de la asistencia sanitaria, la educación y la formación profesional. El militarismo se ha impuesto, tanto en el país como en el exterior.

Esperábamos a que la marcha comenzara a avanzar por la Pennsylvania Avenue. No dejaba de pensar en todas esas mujeres que se han visto obligadas a vivir como exiliadas por el huracán Katrina y en las guerras en Afganistán e Irak, en Sudán, etc. Pero las mujeres, que comparten una identidad de género que casi siempre les ha sido fabricada por otros, son invisibles gracias a la misma política que es responsable de esa identidad. Son la savia vital de sus comunidades, pero nadie las reconoce como tales. Por eso se ignora completamente la historia del activismo de las iraquíes y de los feminismos islámicos. Sin mencionar el desprecio absoluto hacia el activismo de las afroamericanas desplegado en las parroquias de Luisiana.

En medio de los manifestantes y las consignas, recordé las primeras horas tras el impacto del Katrina. Durante las primeras semanas fue difícil a veces distinguir en la pantalla de TV entre las imágenes de Nueva Orleans y las de Bagdad. Nueva Orleans parecía una zona de guerra, precisamente porque ya antes lo era. Había carteles en los que podía leerse «Se dispara a los saqueadores», a pesar de que los «saqueadores» sustraían comida que de todos modos se pudriría, aunque la gente se llevaba cosas tan básicas como pañales de bebé y agua y tampones, y por más que robaran aparatos de televisión quienes no tenían un maldito coche con el que poder huir de la ciudad. La militarización es la respuesta a la gente necesitada a la que no se le reconocen derechos, a quienes se considera enemigos, a los desarmados a quienes temen los que tienen armas, incluso cuando aquéllos son madres y abuelas. Se da por sentado que en el Superdome no puede haber ciudadanos o civiles inocentes. La democracia imperial militariza, aquí y en cualquier otro lugar, los espacios que antaño fueron civiles. Por eso estábamos allí delante de la Casa Blanca, gritando: «Nosotros somos el rostro de la democracia».

Militarizar quiere decir despojar a la gente de su derecho a exi-

gir garantías para la paz. La otra garantía, la de la seguridad militarizada, está basada en nociones preestablecidas de la masculinidad que convierten el miedo en sistema jerarquizado. Una seguridad que no garantiza la seguridad de las mujeres, aunque a éstas se las llame a filas. Y aunque hoy hay más mujeres y niñas con armas en las manos que nunca antes, éstas siguen siendo especialmente vulnerables ante la violencia de género. En el caso del Katrina, la mayoría de los que llevaban armas consigo —fueran saqueadores o miembros de la Guardia Nacional— eran hombres, mientras que la mayoría de quienes mantenían unidas a las familias eran mujeres. Siguen imponiéndose las viejas configuraciones de género, aunque desplegadas para lograr otros fines.

Entre las secuelas del Katrina hay que incluir la escasa compasión por las mujeres y las niñas, en Estados Unidos y otros países. En su lugar contamos con políticas imperiales racializadas y sexualizadas que niegan los auténticos derechos de las mujeres y los niños y, con ellos, de los hombres no machistas. Mientras, enviamos al exterior a la subsecretaria de Estado Karen Hughes para que mejore nuestra imagen pública ante los musulmanes. Y lo que les dice es que la falta de respuesta rápida al Katrina por parte del gobierno fue «desafortunada», pero no racista. Una muestra más de doblez de género.

El Katrina habrá conseguido lo que ninguna de las políticas racistas neoliberales ha logrado hasta ahora: sacar de Nueva Orleans a sus pobres, mujeres y niños negros en enormes proporciones. No obstante, Bush insiste en que los ejércitos pueden dar muestras de compasión. Se nos pide que creamos que el mismo presidente que se cargó la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA) y ha desmantelado las infraestructuras de este país está dispuesto ahora a compensarnos. Si realmente quisiera hacerlo, le bastaría con aprobar subsidios para las agencias sin fines de lucro con un largo historial de ayuda a los pobres de Luisiana, en lugar de apoyar a las empresas que lo patrocinan a él. Y garantizaría la solvencia de las universidades negras Xavier y Dillard. En Xavier se licencian más futuros médicos negros que en ninguna otra institución académica, pero su dotación presupuestaria es escasa y no tiene un seguro contra inundaciones.[32] Sería un auténtico desastre que

32. Peter Applebome, «Black Colleges See Hard Road after Storms», *New York Times*, 25 de septiembre de 2005, p. 33.

la reconstrucción de nuestra costa del Golfo acabara pareciéndose a la de Irak, con sus métodos imperialistas, racistas y machistas.

Hemos de recordar una y otra vez que la guerra de Irak tiene un coste estimado de más de cinco billones de dólares. Actualmente cuesta 5.000 millones de dólares al mes. El Congreso se dispone a recortar 35.000 millones en los próximos cinco años, pero a cambio de cercenar los programas de sanidad para los pobres (Medicare), y se calcula que la deuda de Estados Unidos alcanzará 520.000 millones de dólares en 2008. La política del gobierno no se reduce a lo que hace en Nueva Orleans o Irak.

Todas las ciudades estadounidenses están salpicadas de familias pobres. Con sus viviendas multimillonarias, Nueva York tiene una población la mitad de la cual vive con ingresos de 41.000 dólares anuales. El 20 por 100 de los neoyorquinos inexplicablemente logran existir por debajo del nivel de la pobreza con tan sólo 19.000 dólares por cada familia de cuatro miembros. «La quinta parte de los asalariados más ricos de Manhattan actualmente devenga 52 veces más que la quinta parte de los más pobres: 365.836 dólares anuales frente a 7.047 dólares Por cada dólar ganado por esa categoría superior formada por la quinta parte de los más ricos, la quinta parte de los más pobres recibió dos céntavos.»[33] Como puede verse, hay más desastres en el horizonte.

Las madres solteras, sea cual sea su color, tienen más posibilidades que otras mujeres de acabar ingresando en el ejército o albergándose en refugios en la costa del Golfo. También es cierto, sin embargo, que hay más mujeres supervisando nuestras ciudades y estados como alcaldesas y gobernadoras. Más militarización también quiere decir más movilización de las mujeres en todos los frentes. Por un lado, el género se ha diversificado más (las mujeres ocupan cargos a diferentes niveles de la jerarquía machista); por otro, se ha vuelto aplastantemente homogéneo, en especial para los pobres. Las complejas formas que adopta el género hacen que sea más difícil nombrar y detectar a las mujeres como fuerza colectiva en las luchas democráticas. Pero la redefinición sexual y de género operada por el militarismo hacen que esta tarea sea esencial.

Es imposible alcanzar la democracia a través del uso de las ar-

33. Bill Van Auken, «New Orleans and Poverty: A Damning Admission from the New York Times», *New York Times*, 14 de septiembre de 2005, p. A13.

mas machistas, sean hombres o mujeres quienes las utilicen. Por eso, en la marcha de Washington, desfilé como una mujer, con mi cinta rosado y aspecto irónico a modo de reconocimiento sincero de la complejidad del género y su enorme potencial político para engendrar feminismos antirracistas, de Bagdad a Luisiana y Mississippi. Nosotras, feministas de todos los colores, hombres o mujeres, hemos de desplegar ese potencial a través del movimiento global contra la guerra y el militarismo.

5.
Feminismos sin género y pluralidades sexuales

¿Cómo pensar el feminismo en 2007 y después? Los feminismos pueden concebirse como lentes críticas y resistentes, aplicadas a las imposiciones de género a las que se ve sometido nuestro cuerpo sexual. Las políticas de género suscitan siempre satisfacción o insatisfacción. Su finalidad es ordenar a las mujeres y obligarlas a adoptar su naturaleza y necesidades. Este es un mecanismo despreciativo y excluyente, y aunque se manifiesta de diversas formas en las diferentes culturas, en todas produce sus efectos. Cada clase y raza lo aplica de un modo específico, pero ninguna prescinde de él. Y dado que el proceso en su totalidad nunca está claramente determinado, las aplicaciones específicas adoptan diversas formas, lo que deja siempre abiertas otras posibilidades.

Aquí pretendo analizar cómo la cacofonía de los significados de género en el militarizado mundo en que vivimos contribuye a fragmentar aún más el significado de los sexos y sus géneros y, en consecuencia, de los diversos feminismos. A mi entender, revisten especial importancia, las peligrosas variantes de feminismo imperial/neoliberal en Estados Unidos, así como los feminismos nacionalistas de derechas en áreas del Tercer Mundo, por su capacidad de manipulación del versátil género en beneficio de sistemas de poder patriarcales y machistas.

Mediante una descripción del feminismo imperial/neoliberal en Estados Unidos, mi objetivo es desvelar su complicidad en el establecimiento y la imposición del sexo como señuelo de género. Ello supone que no es fácil interpretar el significado del sexo y el género, y que esta misma dificultad contribuye a mantener su condición de

señuelo. También aspiro a denunciar su socavación de las tradicionales figuras de género mediante una sutil explotación de la inestabilidad y maleabilidad del sexo que lo hace más vulnerable al género (a la raza también) y que facilita su manipulación y utilización de muy diversas maneras. Estos procesos de género extremadamente diferenciados y diversos, donde y cuando se producen, no han de confundirse con la desactivación o supresión del género de los privilegios patriarcales. En realidad, la rigidez del género es menos constante y el patriarcado es más disperso y diverso de lo que pudiera pensarse. Su comportamiento recuerda el modo en que el racismo permitió renegociar y diferenciar las primeras, formas de esclavitud negra homogéneas. En las mismas contradicciones que lo definen, plasmadas en la indocilidad y a la vez maleabilidad del género sexuado y el sexo racializado y de género, puede atisbarse una promesa de estrategias insurgentes radicales para los feminismos globales en lucha contra la manipulación neoliberal.

Si el género no fuese maleable por definición, no sería tan fácil utilizarlo como señuelo. Aunque de manera paradójica, los actuales señuelos desmienten el esencialismo biológico y cultural. Los señuelos imperiales operan a favor del feminismo neoliberal y la construcción del imperio, y están asimismo presentes en las naciones sometidas al imperialismo. No es fácil determinar el sentido y el impacto de las mujeres terroristas suicidas o de las recientemente electas presidentas de Alemania, Liberia, Chile, entre otros ejemplos. Puede tratarse únicamente de una anécdota en la actual fase de transición capitalista global, que reconfigura los privilegios machistas en otros escenarios. El caso es que los espacios políticos nacionales están siendo abandonados por los hombres y ocupados por las mujeres.

Hasta la fecha, el sexo del dirigente no garantiza la democracia. Véanse, si no, los casos de Margaret Thatcher e Indira Gandhi. No es mi intención censurar de antemano los más recientes logros de género, tan sólo quiero recordar que hay que vigilar muy de cerca el modo en que evolucionan. Y en este tipo de análisis habrá que atender especialmente al origen de esos logros, para determinar si están o no relacionados con movimientos de lucha de las mujeres y su capacidad de movilización. Asimismo, es importante determinar si la presencia de mujeres en determinados estados-nación tiene lugar en el marco de los países imperiales o antiimperiales.

Centro mi análisis de la reestructuración de género en el patriarcado racializado en los casos de los recientes nombramientos del Tribunal Supremo de Estados Unidos, las fuerzas combatientes maoístas en Laos, la movilización de las mujeres palestinas y la participación activa de las africanas en la articulación de diversos feminismos. Todos ellos son ejemplos del patriarcado estadounidense o el patriarcado sometido al imperialismo fuera de Estados Unidos, así como de su desestabilización. Lo que está en juego es determinar en qué medida las luchas por la igualdad de género, en última instancia, acaban impidiendo una renegociación de la libertad sexual y de género. El paso de formas tradicionales de patriarcado a otras más modernas, como las ilustradas por las mujeres militares o torturadoras o por mujeres que acceden a la Secretaría de Estado, no suponen automáticamente una victoria para el feminismo. El panorama es más complicado, si cabe, en un caso como el de Hamás, que con 74 escaños en el Parlamento palestino, cuenta con sólo con seis diputadas. Aquí, la política de género aún aguarda su hora.

Es menos revelador que Condi Rice desempeñe el cargo al que ha accedido o que pueda acceder a ese ámbito que el hecho de que no pudiera hacerlo. En otras palabras, la exclusión de las mujeres de determinados espacios y sueños no corre paralelo a su admisión en ellos. La inclusión y exclusión no son términos simplemente opuestos. El primero autoriza una parcial renegociación del poder definido como género y raza, pero no un cambio real del poder. La exclusión, en cambio, manifiesta siempre la necesidad de operar ese cambio.

Las cosas son más complicadas porque muchas de esas modificaciones del género y la raza en el ejercicio del poder tienen consecuencias importantes. Pero determinar el significado de las modificaciones es harina de otro costal. Si el género se haya siempre en proceso de elaboración y metamorfosis (el proceso de definición de género del género y la raza), es importante determinar y evaluar las modificaciones en función de sus consecuencias democráticas. El cuerpo resuena estáticamente cuando funciona como indicio de un género racializado, y ofrece un aspecto menos diverso y rico de lo que es en realidad.

A medida que la tecnología impone su lógica digital y ocupa cada vez más el lugar del cuerpo, a las mujeres les resulta más fácil ocupar el de los hombres o aspirar a espacios que antes sólo los hom-

bres ocupaban. La fluidez y adaptabilidad del género quizá sea tan sólo una versión recientemente diseñada del momento tecnológico que vivimos. El caso es que más mujeres ocupan más y diversos espacios, desde las fábricas del Tercer Mundo hasta los ejércitos del primero.

Esta circulación permanente requiere un nuevo compromiso del feminismo con sus orígenes. Algo parecido sucedió en el Foro Internacional de la Asociación para los Derechos de la Mujer y el Desarrollo (AWID) organizado en Bangkok, Tailandia, en octubre de 2005, donde pudo verse la actuación de «Primadonna», un grupo musical y de danza integrado por transexuales malayos, personas transgénero y MSM (hombres que mantienen relaciones sexuales con hombres), plasmación de la apertura a todos de las fronteras identitarias. Su actuación visibilizó plenamente la plasticidad y mutabilidad del género, y dejó claro que la sexualidad se conecta libremente con las opciones de género.

No obstante, el género puede suponer también un dualismo ferozmente rígido. En este caso, actúa como mecanismo de autodefensa: los placeres sexuales pueden ser individuales y plurales, y la función del género es controlarlos. Cuando el sexo se dualiza sirve de justificación al género. La eficacia de los señuelos sexuales se desprende tanto de la feroz rigidez como de la fluidez y adaptabilidad del género.

El uso y abuso de las mujeres por el poder imperial, ya sea mediante configuraciones de género establecidas o como señuelos, no beneficia a las mujeres, sea cual sea su color, ni a los feminismos. Así pues, conviene cuestionar y radicalizar políticamente los derechos de las mujeres mediante la adopción de un programa de acción sexual y de género radicalmente pluralista. Esto confunde y a la vez clarifica lo que está en juego para los feminismos. De estas tensiones saca provecho el feminismo imperial.

Las vidas de las mujeres, sobre todo debido a la pluralidad de los significados de género y raza sexuados, son hoy más diversas. Por consiguiente, se suele suponer que también son más iguales. Pero la verdad es que la variedad de esas vidas y la elaboración de los significados de género son ciertamente más plurales, pero no más iguales o justas. Mujeres encarceladas, en la guerra, en la revista *Fortune* como multimillonarias, lapidadas en sus burkas, votando

con el chador puesto, torturando a prisioneros de guerra: todas esas imágenes transmiten una cacofonía semántica. La militarización del planeta ha propiciado una redefinición sexual en muchos ámbitos, pero ha prescindido de la redefinición del género, a pesar de que el proceso mismo haya supuesto un leve cambio en las relaciones de género reales.

En resumen, las mujeres ocupan más y más diversos espacios de poder, pero también los ocupan en el exiguo marco de la jerarquía racial y de género. Y algunos de esos espacios son más exiguos que otros. En las cárceles estadounidenses había en 2004 más mujeres —más de 100.000— que nunca, mientras mujeres de derechas y neoliberales estaban presentes en los espacios donde se construye el imperio, lo que les permitía ejercer el poder. Pero se trata de un poder que no beneficia a los feminismos del planeta, sino que utiliza el sexo en su variante racializada en beneficio de la democracia imperial. Para la mayoría de los habitantes del planeta, la justicia social no es el fin último, y el discurso de la libertad individual y la diversidad contribuye a mistificar la realidad del poder.

Tanto el género como la raza son una ficción y, a la vez, una realidad. La actual diversidad de género (más mujeres haciendo más cosas) debilita el control del género: hoy diferencias y diversidad comparativas son más fácilmente observables; las alternativas parecen posibles y, quizá, viables. En un viaje a El Cairo y Estambul observo a unas mujeres jóvenes que pasean juntas. Llevan tatuajes, piercings, el ombligo al aire... y chadores. Una joven cubierta con un burka negro acompaña a un grupo de mujeres mayores, todas ellas vestidas al estilo occidental. Hay una muchacha que lleva las uñas pintadas de rojo rutilante y tacones altos... y también una abaya. En Ankara, descubro que hay jóvenes que cubren sus cabezas con pañuelos de colores como seña de identidad islámica y a la vez de rechazo del imperialismo estadounidense. Por su parte, el gobierno turco ha decidido prohibir el uso del velo en los lugares públicos para poner de manifiesto su buena disposición ante el laicismo y la modernidad de Occidente.

La posibilidad de escoger coexiste con costumbres y hábitos ancestrales. Lo que quiere decir que hay más y también menos libertad, más y al mismo tiempo menos posibilidades. Las jóvenes tienen hoy más posibilidades de elección, pero las limitaciones de siempre siguen existiendo. Nada más políticamente útil que esta confusión.

La administración Bush anuncia con pocos días de diferencia el nombramiento de Cristeta Cornerford como responsable suprema de la cocina de la Casa Blanca y la candidatura de Sandra Day O'Connor a una vacante del Tribunal Supremo. Cyndi Sheehan, madre de Casey Sheehan y abuela de un soldado estadounidense muerto en Irak, pide ser recibida por el presidente Bush y lidera durante meses un movimiento de base contra la guerra mientras su marido inicia el proceso de divorcio. Ella es una madre que se manifiesta contra la guerra; él, un hombre que defiende los valores de su país. Otro caso: recibimos noticias de Sajida Mubarak al-Rishawi, la primera terrorista suicida iraquí que sobrevivió al no funcionar su cinturón detonador. También nos enteramos de que las mujeres representan el 44 por 100 de la fuerza de trabajo inmigrante en Estados Unidos. Ahora son ocasionalmente la mitad de los trabajadores instalados en las áreas metropolitanas. Los logros económicos de Corea e Indonesia dependen del trabajo de las mujeres en fábricas globalizadas. El milagro económico chino depende del millón de «dagonmei» (hijas de trabajadores emigrantes explotadas) que han dejado sus comunidades rurales empobrecidas para trabajar en las fábricas de las ciudades.[1] Representan la avanzadilla del proletariado, y todas son mujeres.

Según un estudio sobre la brecha de género socioeconómica entre hombres y mujeres, Estados Unidos ocupa el puesto 17 de un total de 59 países. El puesto n.º 1 lo ocupa Suecia y el 59, Egipto. Si se afinan los parámetros para medir oportunidades económicas y salud, Estados Unidos desciende hasta los puestos 46 y 42, respectivamente. En otra medición sobre igualdad de género, en una escala de 1 a 7, Estados Unidos alcanzó 4,4 puntos.[2] Es evidente que muchas cosas están cambiando en cuanto al género y el trabajo definido en términos de género, pero no lo es menos que muchos de esos cambios son más desestabilizadores que progesistas. Hay más posibilidades y versatilidad para la aparición de nuevos feminismos y, por ende, nuevas democracias en el mundo, pero también persisten las desigualdades

1. Pun Ngai, *Made in China: Women Factory Workers in a Global Workplace*, Duke University Press, Durham, 2005, p. 2.
2. En «Women's Empowerment: Measuring the Global Gender Gap», consultado en <www.weforum,org/gendergap>.

raciales y de género. De hecho, están siendo recicladas en nuevas formas con el fin de redefinir sexualmente los géneros democráticos para garantizar los logros del capitalismo global.

La democracia y sus indisociables feminismos corren el riesgo de convertirse en rehenes. Se recurre a sus discursos, pero diluyéndolos. El momento que vivimos, con sus señuelos raciales y de género —Clarence Thomas, Colin Powell, Condi Rice, Janice Rogers Brown en el Tribunal Federal de Apelaciones —, es indisociable de los actuales procesos de mistificación. Las identidades uterinamente definidas han sido y son sólo la punta del iceberg. Las necesidades de la historia engañan más eficazmente que el esencialismo biológico. Los progresistas de toda clase han sostenido siempre que la raza, el género y, en menor medida, el sexo, son construcciones elaboradas, pero se ha prestado menos atención al hecho de que si el sexo, el género y la raza siempre cambian, los feminismos y las políticas antirracistas están obligados a redefinir su radicalismo en consecuencia.

El feminismo neoliberal/imperial

El feminismo neoliberal o imperial —una contradicción en los términos, hoy por hoy, y también una historia conmovedora— explota las insuficiencias políticas (esencialistas) en sus múltiples facetas. Las feministas imperiales creen que ser femenina o mujer no es un obstáculo. Rechazan la idea de que las mujeres, en tanto que clase sexual, tienen limitaciones. No creen que el poder manifieste ninguna contumacia o injusticia estructural. Contemplan sus vidas individualmente y poniendo énfasis en lo privado, y utilizan sus propios logros y el poder para desestimar las aspiraciones de otros feminismos. En ningún momento consideran a las mujeres como miembros de las masas. Supuestamente, a las mujeres les basta con intentarlo para triunfar, salvo si en el horizonte despunta un Sadam Husein o un talibán. Hay precedentes históricos de feministas imperiales erigiéndose en defensoras de las mujeres de otros países. Las estadounidenses creyentes y practicantes han decidido ayudar a las mujeres no cristianas liberándolas de la misoginia del hinduismo, el budismo y

el islam, sin cuestionar en ningún momento sus propias costumbres misóginas.[3]

Las feministas imperiales se erigen en defensoras de Estados Unidos y especialmente de sus voceros militaristas. Practicado tanto por hombres como por mujeres que propugnan las guerras de/contra el terrorismo, este tipo de feminismo se sirve del discurso sobre los derechos de las mujeres para manipular y encubrir las políticas antidemocráticas del Estado. Las inicuas estructuras de clase raciales y patriarcales sencillamente son silenciadas. Su concepción de la libertad de las mujeres tiene menos que ver con la igualdad que con la privacidad y el individualismo. Los señuelos sexuales racializados son la manifestación práctica del feminismo imperial teórico.

En definitiva, no tiene mucho sentido llamar feminista al discurso imperial sobre los derechos de la mujer. Muchas de las mujeres que lo practican en Estados Unidos nunca se definirían como feministas, pero ello no les impide adueñarse del lenguaje de la democracia revistiéndolo de neoliberalismo y utilizándolo a favor de las mujeres, especialmente las de otros lugares. Es preciso, por tanto, desenmascarar sus tácticas manipuladoras y mostrar que son un señuelo del feminismo real. El tipo de política que encarnan, sin ser novedoso, supone nuevos peligros debido, por una parte, a la diversidad de las actuales manifestaciones de la explotación de las mujeres y, por otra, a su capacidad para ejercer el poder. El feminismo neoliberal, con su tendencia a encubrir actuaciones facistas dándoles un barniz aparentemente democrático, quizá represente, en última instancia, la forma suprema de engaño.

El discurso sobre los derechos de las mujeres puede ser utilizado, por consiguiente, para disfrazar la guerra. Cuando las feministas neoliberales le ponen al conservadurismo un rostro femenino y compasivo, en realidad están apoyando el militarismo y sus construcciones machistas. Karen Hughes fue nombrada subsecretaria de Estado, encargada de la «diplomacia pública» ante los comunidades islámicas en el exterior. Su misión consiste en mejorar la «debilitada imagen» de Estados Unidos en otros países. Su función, según

3. Joan Jacob Brumberg, «Zenanas and Girlless Villages: The Ethnology of American Evangelical Women, 1870-1910», *Journal of American History*, vol. 69, n.º 2 (septiembre de 1982), pp. 347-371.

ella, es ayudar a distinguir entre musulmanes moderados y extremistas, pero es tan arrogante que ni siquiera conoce el árabe. «Compartimos el mismo interés en enfrentarnos al terrorismo y la violencia y el odio y el crimen cometidos en nombre de cualquier religión, y queremos aislar y marginar a quienes pretenden matar a inocentes».[4] Hughes partió en campaña una vez más en 2006 para intentar desactivar los disturbios desencadenados por las caricaturas antiislámicas danesas.

Las mujeres de la administración Bush trabajan en defensa del neoliberalismo y sus compromisos antidemocráticos. En tanto que neoliberales, propugnan los derechos de las mujeres, pero no el acceso igualitario de las mujeres a esos derechos. Muchas apoyan el derecho de las mujeres a la reproducción libre, pero piensan que el aborto ha de ser «seguro, legal y excepcional», lo que quiere decir que recurrir a él debería de ser posible, aunque sin la ayuda del gobierno federal, como una especie de derecho formal más que como una opción fácilmente asequible. En la actualidad, Hillary Clinton se inclina hacia este postura. Los elementos más extremistas y de derechas en las filas imperiales piensan que el aborto debería ser ilegal y que hay que imponer formas de heterosexismo patriarcal en los matrimonios. Se oponen abiertamente a los derechos de los gays. De manera muy parecida a la administración Bush, el feminismo imperial navega entre sus facciones neoliberales y extremistas.

Por su capacidad de admitir que las identidades no son solamente individuales, los feminismos no imperiales son esenciales para la construcción de una democracia significativa. Los cuerpos de las mujeres —sus hormonas, neuronas, vaginas, úteros y pechos— exigen reconocimiento, pero no reificación o esencialización. Los feminismos no han de huir de la igualdad sexual, con su carga de similitud, y deben reconocer la multiplicidad y diversidad sexual y de género. La igualdad es subversiva para el patriarcado, la diversidad lo es para la igualdad. Pero nuestros cuerpos y nosotros mismos somos potencialidades, no identidades inamovibles. El feminismo debe esforzarse en rechazar las prohibiciones y escoger una desregulación sexual radical. Con ello la teoría y la práctica democráticas se abri-

4. Laurie Goodstein, «From State Department, Advice for Muslim Convention», *New York Times*, 3 de septiembre de 2005, p. A11.

rían a nuevas posibilidades de lucha, lejos de las formas de dominación fascistas.

Estados y señuelos de género

Angela Merkel se convirtió en la primera mujer elegida canciller de Alemania en octubre de 2005. Con cincuenta y un años, casada pero sin hijos, declara que su intención no es convertirse en un símbolo para las mujeres o sus cambiantes expectativas, y las mujeres no votaron masivamente por ella. Ese mismo año, Ellen Johnson-Sirleaf fue elegida presidenta de Liberia, también la primera vez que una mujer accedía a ese cargo. El titular del *New York Times* rezaba: «La "reina" de Liberia formada en Harvard jura el cargo de la jefatura suprema». Laura Bush y Condoleezza Rice encabezaron la delegación estadounidense que asistió al acto. Me pregunto qué pensaría Laura mientras estaba allí, sentada. Después de todo, suele decir que se siente orgullosa de ser esposa, no presidenta. Pero Condi, sin duda, estaba encantada: aquello nos demostraba, como ella se encarga de hacerlo, cuán lejos puede llegar cualquiera. Una mujer que votó a Sirleaf declaraba: «Quiero un futuro mejor. Quizás una mujer pueda dármelo».[5] Sirleaf dice que, contrariamente a algunas mujeres occidentales, ella aboga por «los roles femeninos estereotípicos como parte de su encanto». Pero también es habitual que la llamen «la dama de hierro» de Liberia por sus años en la oposición política y el tiempo que pasó en la cárcel.[6] Y se suele hacer menos hincapié en la movilización masiva de mujeres a favor de la democracia que hizo posible su elección.

Michele Bachelet es la primera mujer que ha accedido a la presidencia de Chile, en enero de 2006. Una de sus primeras decisiones fue nombrar a diez mujeres en su gabinete de veinte cargos ministeriales. Anteriormente había sido ministra de Defensa, además de haber ejercido como pediatra y trabajadora del sistema sanitario públi-

5. Lydia Polgreen, «Many Liberian Women See the Ballox Box as a Step Up», *New York Times*, 17 de enero de 2006, p. A3.
6. Lydia Polgreen, «Liberia's Harvard-trained "Queen" Is Sworn In as Leader», *New York Times*, 17 de enero de 2006, p. A3.

co, y sufrió cárcel junto a su padre durante el régimen de Pinochet. Es asimismo madre soltera y agnóstica. Los chilenos creen que con ella volverá la democracia a Chile.

Afganistán vivió sus primeras elecciones en 2005: 68 de los 249 escaños del nuevo Parlamento recayeron en mujeres. Son más escaños de los que las mujeres ocupan en el Congreso estadounidense. Sin embargo, a ninguna feminista neoliberal se le ocurriría pensar que las afganas disfrutan de mayores cotas de democracia que las estadounidenses o que las chilenas viven en un país más democrático que Estados Unidos. Es evidente que el género en la política está adoptando formas novedosas, pero hay menos consenso a la hora de decidir lo que esos cambios significan.

Laura Bush, poco antes de que su marido designara a un nuevo candidato para reemplazar a la juez del Tribunal Supremo Sandra Day O'Connor, manifestó su deseo de que fuera una mujer. El día en que debía hacerse público su nombre se barajaba la posibilidad de que efectivamente se tratara de una mujer. Ante la noticia de que el primer candidato de Bush a ese cargo era John Roberts, Sandra Day O'Connor declaró que le parecía perfecto, salvo por el hecho de que no era una mujer. Es inevitable sentir perplejidad ante lo que pueda querer decir «ser una mujer» en semejante contexto. ¿Significa únicamente ser una candidata femenina? ¿Incluye, aunque sea remotamente, los correspondientes significados culturales, religiosos y sociales de género? Quizá la respuesta correcta sea que puede significar ambas cosas, pero sólo en algunos casos.

Sea como sea, la verdad es que hay muy diversos tipos de mujeres: femeninas, radicales, progresistas, negras, lesbianas, antiabortistas, musulmanas, antifeministas, feministas de toda clase, atléticas, elocuentes, y pare de contar. Cuando O'Connor y Laura dicen que preferirían a una mujer, no están pensando en una negra lesbiana antirracista y feminista. Probablemente ni siquiera piensen en alguien tan progresista como la jueza Ruth Bader-Ginsburg. Las identidades son tan infinitas como las tendencias políticas. La esposa de Roberts, Jane Sullivan Roberts, es considerada como una feminista antiabortista, y se nos dice que trabaja como voluntaria para «Feminists for Life». Ver para creer.

Los señuelos de género, como he mostrado repetidas veces, son mujeres travestidas de políticas. Lo que sucede es que el disfraz de

travestida nos induce a pensar que representan lo mejor de la democracia, cuando obviamente no es el caso. La mujer, sea cual sea su definición, desempeña una función engañosa y nos atrapa en la fantasía de la igualdad de género. En estos casos, es obvio que aunque el sexo cambia frecuentemente, el aspecto de género de la política puede permanecer, y de hecho permanece, invariable.

En su papel de señuelos, las soldados uniformadas de Abu Ghraib sugieren que las mujeres que actúan como hombres representan el verdadero rostro de la democracia. Contribuyen como señuelos a generar más confusión, al participar en las mismas vejaciones sexuales de las que generalmente es objeto el género al que pertenecen. Versatilidad y flexibilidad son les nuevas reglas del género para el patriarcado racializado del capitalismo global.

Recordar que el género actúa sobre nuestra manera de ver y nombrar el cuerpo sexual es fundamental, como también lo es no olvidar que el cuerpo sexual es utilizado para justificar la idea misma de género. Por esta razón, un Tribunal Supremo democrático necesita a mujeres que también sepan comprometerse con la creación de una democracia redefinida en términos de género para ser más plenamente incluyente y democrática. Se perfila aquí una idea de los derechos capaz de reconocer las aspiraciones de las mujeres de múltiples y diversas maneras. A ello se oponen mujeres de la administración Bush como Karen Hughes y Mary Matalin; aunque desearan que el nombramiento recayera en una mujer, esperaban que la nueva jueza se pareciera a Clarence Thomas.

Es novedoso y significativo que Roberts sea blanco, hombre y conservador. Ni siquiera hace falta ya un señuelo femenino. Se escogió a Roberts, un hombre blanco, para que reemplazara a una mujer blanca, Sandra Day O'Connor, que había sido la primera mujer jamás nombrada para el Tribunal Supremo. Estamos ante un resbalón de la historia. A comienzos de la década de 1980, Ronald Reagan pensó que era necesario nombrar a una mujer para el Tribunal Supremo, y eso fue lo que hizo. En aquel momento, tras toda una década de activismo feminista, actuar de esta manera suponía hacerse con un capital político. Su candidata fue una mujer conservadora, un señuelo en el Tribuanal Supremo. Sólo ahora se piensa de O'Connor que representaba el centro en el Tribunal porque ha ido pareciendo cada vez menos conservadora en contraste con posteriores nominaciones de

jueces de derechas. Cuando empezó se situaba en la derecha, y pasó al centro cuando el centro se desplazó hacia la derecha.

Han pasado veinte años, y ahora no se escucha ninguna voz políticamente relevante que exija el nombramiento de una mujer o personalidad femenina del tipo que sea. Significativamente, ha habido menos demanda en este sentido que en la década de 1980, aunque muchos esperaban que el nombramiento recayera en una mujer (conservadora). Bush no ha necesitado, como Reagan, designar a una mujer porque los tiempos políticos, como el género, también cambian. Y un hombre blanco reemplaza a una mujer blanca porque los neoliberales han dictaminado que hemos avanzado y ya no necesitamos una política identitaria. El silencio impuesto garantiza el completo privilegio racial del color blanco.

Para agravar la ceremonia de la confusión, antes de que Roberts recibiera su nombramiento, el fiscal general Alberto Gonzales fue rechazado como posible candidato por ultras de derechas convencidos de que era demasiado blando sobre el tema del aborto. El papel desempeñado por Gonzales en la autorización del uso de la tortura por la administración Bush y la práctica de las escuchas ilegales en las guerras de/contra el terrorismo se deja a un lado, sólo importa que los republicanos conservadores vean en él un feminista. En su versión más disminuida, el aborto se convierte así en el árbitro legal de lo que pueda llegar a considerarse como un exceso de democracia.

Para colmo, y como si las cosas no estuvieran suficientemente enmarañadas, Rehnquist, presidente del Tribunal Supremo, falleció y Bush decidió que Roberts ocuparía su cargo, en lugar de O'Connor, para cuyo puesto el presidente se encargaría de buscar a otro candidato. Durante las sesiones de confirmación, Roberts se negó a responder a casi todas las preguntas que se le hicieron. Los progresistas manifestaron su temor de que erosionan los derechos civiles y de las mujeres, a lo que Roberts replicó denunciando públicamente la existencia de «presuntas» y «supuestas» discriminaciones en las retribuciones salariales entre los hombres y las mujeres. Este juez había vetado leyes de protección de los derechos de las niñas y los adolescentes a las mismas oportunidades en los deportes que sus homólogos masculinos. Se había opuesto a diversas medidas paliativas de injusticias raciales, especialmente las destinadas a incrementar la protección del derecho al voto de las minorías. Su concepción de la privaci-

dad parecía limitada. En cierta ocasión escribió sobre los inmigrantes ilegales tachándoles de «amigos (así, en castellano) ilegales», y cuando fue preguntado si prefería modificar esta expresión respondió que no. Su filosofía judicial era un misterio,[7] aunque tenía la reputación de ser un académico y pensador brillante. Gracias a este supuesto brillo fue confirmado en el cargo.

La segunda nominada de Bush para el cargo de O'Connor fue Harriet Miers. En este caso, se decidió reemplazar a una mujer por otra. Pero como su nominación se produjo después de la de Roberts, no se tenía la impresión de que respondiera al hecho de tratarse de una mujer. En realidad, todo indica que en su designación pesó más su condición de conservadora y antiabortista y el deseo de contentar a los derechistas. A pesar de lo cual, resultó que Bush había cometido un error: la derecha dijo que no estaba cualificada, que no era lo bastante lista. Es mujer y no es brillante, y además, en las primeras semanas parecía incompetente, como puede serlo una mujer.

A Miers le llovieron los golpes, especialmente desde el bando de la derecha, por no tener una trayectoria ni publicaciones importantes ni estar claramente cualificada para el Tribunal Supremo. Parecía un peso ligero, si acaso una estrecha y fiel colaboradora por la que Bush sentía afecto, su consejera legal. Quizá todo esto resultara demasiado hogareño, demasiado típico de una esposa y mujer —en una palabra, demasiado de género— para el Tribunal Supremo. Sus escasas credenciales como supuesta conservadora hicieron que el ala derecha temiera que acabara siendo poco extremista. Buscaban a una mujer conservadora notable, alguien como Edith Jones o Edith Brown Clement, jueces federales de apelación de Nueva Orleans, o parecida a Priscilla Owen o Janice Rogers Brown, que hubieron de enfrentarse a procesos largos y complicados en sus audiencias de confirmación cuando fueron nominadas para los Tribunales de apelación. Además, aparecieron unos documentos en los que se informaba de que en otra época Miers había sido una libertaria en el asunto del cuerpo de las mujeres, que había llegado a pensar que las mujeres deberían ser libres de decidir sus opciones reproductivas. Se trataba de viejas opiniones que había puesto por escrito cuando trabajaba en Te-

7. Ronald Dworkin, «Judge Roberts on Trial», *New York Review of Books*, vol. LII, n.º 16 (20 de octubre de 2005), pp. 14-17.

xas, y nadie sabía si seguía pensando de ese modo. Pero la derecha se movilizó aún más contra ella, hasta que finalmente tuvo que retirar su candidatura.

Miers había sido la encargada de limpiar la Comisión de la Lotería del Estado de Texas. Sus principales bazas eran su increíble lealtad a Bush y una diligente capacidad para el trabajo duro. Se decía que era meticulosa, pero cuando la comisión de confirmación le pidió que sustentara su reputación con datos y hechos, no puso casi nada sobre el tapete. Sin embargo, pertenece a una época en que las mujeres tenían que demostrar que estaban un peldaño por encima de los hombres para ser admitidas en las facultades de Derecho o a un puesto de trabajo. Miers, que consiguió estas dos cosas antes de que fueran corrientes para las mujeres, abrió muchas puertas que habían permanecido cerradas para ellas. Pero, según sus amigos, las abrió a base de diplomacia.[8] Es posible que no sea un genio constitucional, pero es evidente que estaba tan preparada como Clarence Thomas y que es tan lista como su jefe. Nada de esto impidió que dañaran su reputación, y su respuesta por escrito al comité judicial le fue devuelta por incompleta e incompetente.

Conviene señalar que Miers parece una mujer convecional, y al mismo tiempo no convencional, que es a un tiempo excesivamente femenina, pero su aspecto no es lo bastante de género. Es muy desaliñada. Es una mujer, pero no está casada y no tiene hijos. Tuvo una relación durante treinta años con Nathan Hecht, un juez del Tribunal Supremo de Texas. Los dos habían estudiado Derecho en la Universidad Metodista Sureña de Dallas y trabajaron para la misma empresa, donde eran considerados estrellas en ascenso. Esta relación ha sido descrita como «romántica a ratos», pero por lo general se decía que eran buenos amigos íntimos y que su relación era especial. Ambos estaban enamorados del trabajo y por eso hacía tiempo decidieron no casarse.[9] Era imposible imaginar a alguien más diligente o leal a Bush, pero precisamente por eso la derecha desconfiaba de ella. En resumen, una mujer es nombrada como candidata al Tribunal Supre-

8. Lynette Clemetson y Jonathan Glater, «Quiet Force for Change in a Male-Dominated Era», *New York Times*, 15 de octubre de 2005, p. A19.
9. Scott Gold y Richard Serrano, «A Love That Was Benched by Their Careers», latimes.com, 8 de octubre de 2005.

mo, y la vista a la que se somete tiene un fuerte sesgo sexista. Los republicanos extremistas consideran que no es suficientemente conservadora, y aunque son minoría en el proceso, llevan la voz cantante.

La lealtad de Miers a Bush era motivo más que suficiente para desconfiar de ella, pero no porque fuera demasiado femenina, sino porque este rasgo hace de ella una mujer peligrosa. En la actual coyuntura, el Tribunal Supremo continuará ejerciendo una importante función en las guerras de/contra el terrorismo ya que se solicita su dictamen a la hora de autorizar los poderes especiales del presidente. Parece inconcebible que Miers hubiese puesto trabas a las peticiones de Bush conducentes a la suspensión de libertades civiles de los detenidos o la confirmación del uso de la tortura como método aceptable.[10] Y todo indica que el siguiente candidato de Bush, Samuel Alito, no actuará de otra manera.

Después de retirarse la candidatura de Miers, cabía preguntarse si Bush designaría a otra mujer. Mi impresión era que no lo haría; ya había cumplido y ahora tenía las manos libres para contentar a sus hinchas de derechas. Así que Bush escogió a Samuel Alito, un juez con una trayectoria indubitable, que más de una vez se había pronunciado en contra del aborto. También había reservado su voto en el Tribunal Supremo en el caso *Casey v. Planned Parenthood*, argumentando a favor de que la notificación marital fuese requisito, una postura que fue el único juez en defender. En Princeton había formado parte de Concerned Alumni (Estudiantes Preocupados), un grupo opuesto al ingreso en la universidad de mujeres y negros. Así que un hombre por los cuatro costados se disponía a ocupar el cargo que había detentado O'Connor, una mujer. Estamos aquí ante un ejemplo de género soterradamente codificado en su forma más rígida, lo menos parecido a un señuelo.

La democracia imperial recurre a un tipo de masculinidad que a veces consiente redefinirse sexualmente admitiendo a mujeres y también a presentar una fachada de género diferente, con mujeres masculinizadas y hombres afeminados. Pero son los hombres/machos masculinos quienes siguen al mando. Las feministas que sostienen que los derechos de la mujer a disponer de su cuerpo son fundamen-

10. Anthony Lewis, «License to Torture», *New York Times*, 15 de octubre de 2005, p. A19.

tales para la democracia no tienen más remedio que reclamar y radicalizar el género, tanto en Estados Unidos como en otros países. Es necesario que las posturas vigilantes en defensa de la igualdad y la justicia de las mujeres se hagan extensivas a todos los ámbitos donde actualmente se debate la naturaleza de la democracia, inclusive, y especialmente, en Irak, Afganistán, Irán o Suráfrica.

Diversificar el género militarizándolo

Las guerras de/contra el terrorismo ponen a prueba a las mujeres. Muchas de sus demandas son antiguas: transportar agua, recoger madera, trabajar en fábricas globales o como trabajadoras sexuales, mantener la vida familiar. Otras son más recientes, pero afectan a más mujeres que anteriormente porque se ha incrementado su número en las zonas arrasadas por las guerras. Hoy es más habitual que las mujeres sean refugiadas o sin techo, que sean el único cabeza de familia, que se alisten en un ejército. También hay más mujeres en cargos públicos, mujeres como Madeleine Albright, Condoleezza Rice o Karen Hughes. La violencia de género se ha vuelto asimismo más pública y publicitada, como sucede con las violaciones en Gujarat y Sudán. Las mujeres del Primer Mundo parecen más poderosas, las de los países del Tercer Mundo son noticia por la devastación y la desesperación que padecen y su condición de «víctimas». Ninguna de estas dos imágenes refleja con exactitud la diversidad de género, aunque obviamente representan las diferencias de poder entre la vida imperial y la vida sometida al imperialismo.

Aparentemente, las mujeres estadounidenses han ganado poder con la aparición de las «cowgirls» de Bush, encargadas de articular y autorizar las políticas del presidente. En realidad, la mayoría de las estadounidenses se dedican a luchar para llegar a fin de mes. Soportan más presión porque tienen que encargarse simultáneamente de trabajar y mantener a su familia. Las mujeres negras suelen tener a sus maridos e hijos detrás de los barrotes, cuando no son ellas las que acaban en la cárcel. Las ruandesas tienen que hacerse cargo de sus comunidades locales por el elevado número de hombres asesinados en el genocidio de hace diez años.

Quienes ejercieron de árbitros en el escándalo Enron eran mujeres. Quienes han denunciado los abusos empresariales de Halliburton en Irak, con sus dobles contabilidades y facturas falsas, son mujeres. Sin embargo, también es cierto que algunos de los más destacados actores del escándalo de Abu Ghraib eran mujeres, desde la oficial Janis Karpinski hasta la soldado Lynddie England. Así pues, resulta evidente que en este estadio del capitalismo bélico, el privilegio patriarcal se ha diversificado de manera que las mujeres disponen de mecanismos más diferenciados y variados. Las mujeres aparentemente han logrado la igualdad, merced a un puñado de casos individuales expuestos ante las candilejas de la política, mientras el mundo en general está cada día más militarizado y es cada día menos democrático. Karpinski ha declarado que, en última instancia, no había sido más que una marginal en un ejército de hombres. En su opinión, sus superiores —hombres por los cuatro costados— la utilizaron como chivo expiatorio y luego la abandonaron, exponiéndola al escarnio público. Sólo ella, de todos los oficiales de alta graduación, tuvo que rendir cuentas por Abu Ghraib.[11]

Las mujeres en Estados Unidos forman parte de la trama del poder imperial, con independencia de que quieran participar en ello o no. Algunas tienen más responsabilidades, pero casi todas, aun sin darse cuenta, disfrutan de los privilegios del imperio. Las flagrantes desigualdades de clase imponen obstáculos tan formidables que las mujeres de clase trabajadora a menudo se ven obligadas a ingresar en el ejército, la estructura más poderosa de la realidad imperial. A las mujeres y los hombres de color, que son desproporcionadamente pobres, con frecuencia no les queda más remedio que trabajar para las fuerzas armadas.

Mientras, las mujeres de derechas se dedican a defender los derechos de las mujeres en los países arrasados por la guerra. Este tipo de patriarcado cubre necesidades distintas de las del feudalismo o el capitalismo en sus comienzos. El capital global necesita ofrecer un rostro más diverso dentro de su sistema de género. Para poder circular libremente, impone limitaciones raciales y de género menos homogéneas. Dentro del sistema del racismo de género, ha diseñado ca-

11. Janis Karpinski con Steven Strasser, *One Woman's Army*, Miramax Books, Nueva York, 2005.

tegorías más individualizadas, más modernas, diversas y complejas. También el racismo se pluraliza en colores diversos, ofreciendo un espectro en el que el musulmán de piel morena es el enemigo y la gran novedad es la fuerza de trabajo digital del sureste asiático.

En cuanto a la estructura subyacente de la masculinidad racializada, también adopta una mayor diversidad, sobre todo en lo que respecta a los privilegios de clase. Opera mucho más libremente porque así lo requiere la creciente privatización de los espacios públicos. A medida que éstos desaparecen, tanto en el terreno de la responsabilidad del gobierno como del control del ámbito corporativo, las familias y los mercados han de asumir la carga de las nuevas demandas del capital global. Las reestructuraciones surten efecto en las relaciones entre las familias y la economía, el ejército y los civiles y los ámbitos privado y público. Mientras el gobierno emprende nuevas guerras, la gente tiene que valerse por sí sola.

En países como Inglaterra, Francia y España las mujeres comienzan a manifestarse contra las guerras. También ellas ocupan parecidos puestos de trabajo de clase media y baja en la economía de servicios del planeta. No gobiernan el mundo, pero al menos no sufren como las mujeres de países arrasados por guerras como Palestina, Ruanda, Sudán, Irak y Afganistán. Estas otras mujeres de países pobres llevan vidas militarizadas, convertidas en refugiadas, combatientes civiles, madres que intentan proteger a sus familias o activistas antibélicas. Unas pocas, incluso niñas, también son soldados en activo.

Para comprender la naturaleza de este estadio patriarcal del militarismo imperial, es preciso abrir la lente para abarcar los espacios plurales en todo el planeta donde las punitivas y excluyentes políticas de Estados Unidos surten efectos diferentes. Las mujeres son definidas en todos los países simultáneamente como clase universal y específica (son las garantes del sustento de la vida cotidiana), pero sus actividades pueden ser muy diferentes: como soldados, activistas contra la guerra, madres, trabajadoras. Esta realidad poliédrica engendra una compleja configuración del poder de género, diferenciado según criterios de clase y raciales.

Desde y hacia todos esos ámbitos fluye la militarización, por lo que el género aparenta ser más versátil y variable, menos estructurado y solidificado. Pero las modernas formas del patriarcado ocultan el contenido estructural de las desigualdades sexuales y de género, re-

curriendo al mistificador discurso de la libertad y la democracia, para producir la impresión de que este rediseñado sistema de privilegios machista es capaz de brindar más oportunidades.

El género patriarcal imperial

Los momentos destacados del imperio están hechos de memoria y desmemoria. En medio de las guerras en Afganistán e Irak, vendemos el Día de la Madre olvidando su origen festivo: Julia Ward Howe, en 1870, marcó esta fecha con una huelga contra la guerra.

Bill Clinton escogió a Madeleine Albright para que fuera la primera mujer encargada de la Secretaría de Estado en buena medida por su trayectoria como halcón anticomunista. Albright es un ejemplo temprano de señuelo de género al servicio del capital global militarizado. En el ámbito de la política exterior, trivializó el discurso sobre los derechos de las mujeres para justificar la guerra de Irak de 1991. Gracias a ella, este tipo de retórica pasó a formar parte del proceso de militarización de los hombres y las mujeres. La forma imperial que los imprimió a los derechos de las mujeres logró que la temática de la mujer ocupara un lugar central para la democracia y que el apartheid de género se considerara criminal en vez de cultural.[12] Sin embargo, no se sintió incómoda con las sanciones económicas impuestas a Irak durante toda una década, que provocaron la muerte de millares de mujeres y niños. Su concepción formalista y estrecha de los derechos permitió articular la versión imperial de la mujer privilegiada. Al mismo tiempo, su conducta y sus reacciones militaristas desafiaban la imagen tradicional de la condición femenina. El machismo, tanto en su forma tradicional como en su versión patriarcal moderna, se nutre de la tensión entre diversidad femenina y mujer homogeneizada por el género.

«Occidente» es a menudo descrito como el protector de la «igualdad de género», mientras que de los países musulmanes se da la imagen de sociedades no democráticas y patriarcales. El extremismo musulmán, especialmente en su trato a las mujeres, sirve para ta-

12. Como consta en Robin Morgan, «A Ms. Conversation: Madeleine Albright and Robin Morgan», *Ms. Magazine*, vol. XIV, n.º 1 (primavera de 2004), pp. 43-46.

char a países como Pakistán de misóginos y contraponerlos a los nuestros, que se supone no lo son. El mismo Pakistán da a entender que está comprometido con los «derechos de las mujeres» porque busca dar una imagen de mayor democracia sin renunciar al poderío de su ejército. Estamos ante un trueque permanente, en el que los derechos de las mujeres son objeto de intercambio. Es un fenómeno que oculta hechos tan reales como que en Estados Unidos no existe una Enmienda sobre Igualdad de Derechos o que en 1997, el 33 por 100 de los cargos electos de Pakistán estaban reservados a las mujeres, con independencia de que un número significativo de pobres en ese país son mujeres y niños. Un fenómeno que queda desmentido por esta realidad: durante la administración Bush, los derechos de las mujeres han sido reducidos, especialmente en lo que concierne a derechos de reproducción y aborto, atención sanitaria y acceso a puestos de trabajo. Y que distorsiona otra realidad: la de que las mujeres iraquíes se ven despojadas de más derechos debido a la guerra que a las costumbres islámicas.

Laura Bush desnaturaliza los hechos cuando se erige en portavoz de la salud de las mujeres para advertirles de los riesgos de las enfermedades cardiacas. Aquí entre en liza la política de género. La esposa del presidente aconseja a las mujeres que coman sano y hagan ejercicio, como si la salud fuera una responsabilidad individual a la que todos pueden acceder, sin consideración alguna por quienes no pueden permitirse ese lujo. En su mente y en su mundo, la seguridad social es una realidad irrelevante. Acto seguido, Laura viaja a África para mostrar al mundo que nos preocupan sus gentes y queremos ayudarles. También se entromete en el nombramiento de un nuevo juez del Tribunal Supremo en sustitución de Sandra Day O'Connor, pidiéndole a su esposo que no se olvide de las mujeres.

Entretanto, Estados Unidos es responsable de la «radicalización» del islam en Pakistán y también en Irak, con desastrosas consecuencias para las mujeres en esos países. Según Ayesha Khan, al colaborar con Pakistán en la «guerra contra el terrorismo» lo que hemos logrado es garantizar la dictadura en este país.[13] En nombre de la li-

13. Ayesha Khan, «Déjà vu: The Fantasy of Benign Military Rule in Pakistan», en Robin Riley y Neem Inayatullah, eds., *Interrogating Imperialism: Conversations on Gender, Race and War*, Palgrave, Nueva York, 2006.

bertad, Estados Unidos da su visto bueno al despotismo en Arabia Saudí y otros lugares. Apoyamos a regímenes militaristas, y esta militarización también acaba formando parte de la vida en Estados Unidos. La introducción del género en estas fracturas políticas ocupa el centro del diálogo político.

Kavita Panjabi constata que el fascismo comunitario ha pasado a ser una identidad mayoritaria en la India. Los disturbios y las masacres en Gujarat, en 2002, revelaron la existencia de una especie de populismo fascista basado en la violencia de género contra las mujeres: «El fascismo en Gujarat se apoya enteramente en una violenta militancia erotizada, íntegramente machista». Las violaciones públicas y las vejaciones de género caracterizaron el terror de aquellos pogromos. Panjabi sostiene que la violación de mujeres —condonada por mujeres de derechas— fue objeto de publicidad porque se quería que fuera otra manera de hacer política. La violencia, aquí, es de género. Es más, el que lo sea fue esencial para poder orientar las atrocidades directamente hacia las mujeres y los hombres musulmanes.[14] A esta violencia de género no sólo fueron sometidas las mujeres, sino que también fue dirigida contra los hombres. La violación se había convertido en una imposición del género a ambos por igual. Es difícil determinar quién desempeña qué rol en un fenómeno de género tan lábil.

Es posible que la violencia ejercida en Guatemala contra las mujeres haya superado la de cualquier otro país. Todo indica que forma parte de una política de intimidación que transmite el siguiente mensaje: «Las mujeres deben abandonar los espacios públicos que con tantos esfuerzos personales y sociales habían alcanzado, para encerrarse de nuevo en su mundo privado». En lo que ya se conoce como el «feminicidio» de Guatemala, más de 1.600 mujeres fueron asesinadas entre 2001 y 2004. El gobierno no ha hecho casi nada para facilitar la investigación de estos crímenes y contener esta oleada de violencia de género. En estos casos el género presenta una fachada

14. Kavita Panjabi, «The Erotics and Politics of Militarization: Communalism and Sexual Violence in Gujarat», en Angana Chatterji y Lubna Nazir Chaudhry, eds., *Contesting Nation: Gendered Violence in South Asia; Notes on the Postcolonial Present*, Zubaan Books, Nueva Delhi, 2006, p. 32. También disponible escribiendo a: <digital@cal.vsnl.net.in.>

más homogénea. Las víctimas fueron seleccionadas por su condición de mujeres y por vivir fuera de los límites de la tradicional feminidad patriarcal.[15]

Las políticas de género también definen el actual momento militarizado en Estados Unidos. Bush se presentó a los comicios presidenciales de 2004 como el cowboy eternamente machista. El estatus de macho permitía suplir el servicio militar que nunca hizo. John Kerry, en cambio, ostentaba sus credenciales de veterano de Vietnam, pero esta otra guerra fue tan desastrosa para el machismo estadounidense que no pudo extraer de ella el impulso que necesitaba. Kerry intentó movilizar el voto de los veteranos, pero por alguna razón Bush logró mantener su imagen de presidente guerrero. No hay que olvidar que Howard Dean, que consiguió movilizar a un sector del electorado con sus posturas contrarias a la guerra de Irak, fue inmediatamente clasificado como un candidato «estridente», exactamente como una mujer histérica. Los medios de comunicación se dedicaron a mostrarlo gritando enérgicamente en la campaña para las primarias y a presentarlo como un hombre fuera de control, demasiado apasionado y poco razonable. Tampoco fue una sorpresa que la prensa se cebara patológicamente en Judy Steinberg, la médico esposa de Dean. Era demasiado normal y, como la mayoría de las mujeres, estaba demasiado ocupada con su trabajo para volcarse en la campaña. Aquí se manifiesta el patriarcado en todo su esplendor, y ni siquiera hace falta que el aspecto físico corrobore los prejuicios. A Bush le bastaba con plantarse en un mitin y decir: «A por ellos». Frank Rich ha resumido este tipo de locura: «Sólo en una campaña electoral dominada por la ficción es concebible que un gallina que se sirvió de los contactos de su padre para librarse de Vietnam pudiera convertir a un auténtico héroe de la guerra en un hombrecillo afeminado».[16]

Y encima murió Reagan. El país entero se vio obligado a llorar su muerte, como si hubiera sido un gran hombre y un presidente. Había que olvidar convenientemente que es y fue el responsable de las

15. Informe de Amnístia Internacional, «Guatemala: No Protection, No Justice; Killings of Women in Guatemala», informe de Amnistía Internacional 2005, disponible en <www.amnestyinternational.org/AMR34/17/2005>.
16. Frank Rich, «How Kerry Became a Girlie-Man», *New York Times*, 5 de septiembre de 2004, p. 1.

mismas redes terroristas hoy activas, creadas en su día para facilitar su política durante la guerra fría contra la Unión Soviética, unas política que sirvió para alimentar las facciones más extremistas en los países islámicos, especialmente en la guerra afgana contra los soviéticos. Pero la realidad es que el país guardó luto de costa a costa, deseoso de identificarse con un líder que pareciera liderar un poco más.

Mi recuerdo de Reagan es el de un actor y aspirante a líder inepto. En la versión oficial, Nancy Reagan figura como la esposa perfecta y sumisa, y se nos informa de que la suya fue una verdadera historia de amor, que vivían el uno para el otro, que sé adoraban; que ella se pasó los últimos diez años cuidando de él con devoción. El Alzheimer acabó con la vida de Reagan, lo que constituye una verdadera tragedia. Pero esta realidad se descarta en beneficio de otra muy diferente, que reza que las mujeres, convertidas en esposas por mor del género, han de permanecer fieles y leales. Desde luego, poco importa que los millones en los que nadas te ayuden a lograrlo.

Matrimonio gay y versatilidad de género

El matrimonio y la familia —y, por ende, los correspondientes privilegios machistas— se encuentran en estado de fluidez. La familia tradicional y sus construcciones de género permanecen estáticas y a la vez están cambiando. El matrimonio garantiza, institucionaliza y codifica los significados y las relaciones de género entre los hombre y las mujer, el marido y la esposa. Pero a despecho de los derechistas caros a Bush obsesionados con el derecho a la vida y de su exaltación de los «valores familiares», tan sólo uno de cada cuatro hogares en Estados Unidos se compone actualmente de padres e hijos. Cerca de la tercera parte de las estadounidenses son solteras, y muchas de ellas deciden tener y criar solas a sus hijos. La multiplicidad de opciones de género está produciendo una crisis institucional del matrimonio. Se casa menos parejas, y cuando lo hacen se casan más tarde, y más matrimonios acaban en divorcio. Es innegable que esta institución necesita toda la ayuda que sea capaz de encontrar.

Un hecho especialmente interesante es que en medio del auge de la militarización de Estados Unidos y de la guerra en Irak, el matri-

monio gay no haya dejado de representar uno de los mayores desafíos a la tradicional concepción del matrimonio heterosexual patriarcal. Los matrimonios gays fueron legalizados en Massachusetts en 2005, y esto fue sólo un comienzo. Con todo, el ejército sigue siendo un bastión de la homofobia, donde la discriminación de los homosexuales es legal. Se recordará que al inicio de su primer mandato, Bill Clinton intentó cambiar el código antigay del ejército, pero cambió rápidamente su postura al ser atacado por los republicanos de derechas, y la norma quedó en no preguntar, no declarar.

Diez años después, el matrimonio gay ingresaba en la agenda política. Los gays quieren y requieren los mismos derechos de los heterosexuales en áreas como seguros de atención sanitaria, seguros de vida a terceros, derechos de adopción, etc.[17] Aunque no puedo dejar de preguntarme por qué los gays insisten en subir a un barco que se hunde. Pero se hunda o no, los gays insisten en obtener los mismos derechos legales que las familias y de los que se benefician sus miembros. Y no logro salir de mi perplejidad. ¿Será que los gays son capaces de demostrar que las relaciones familiares no convencionales funcionan y que los heterosexuales han decidido imitarles no casándose? En realidad, si los gays logran embarcarse en el matrimonio, los heterosexuales podrían volver al redil.

Aquí, lo que está en juego es el lugar que ocupa el sexo respecto de los vínculos de género en la familia y el matrimonio. Si resulta que el matrimonio puede sobrevivir en su forma patriarcal sin depender de la heterosexualidad, entonces quizá también pueda el ejército. Aunque el matrimonio gay parece un paso progresista y democratizador hacia una concepción más amplia de los derechos civiles, también es posible que no sea nada de eso. Podría tratarse apenas de un nuevo disfraz del proceso de militarización. El matrimonio serviría para ordenar y disciplinar las vidas de los gays, que es lo que hace con las de los heterosexuales. Y el Estado imperial habría invadido el dormitorio desde otra ventana.

Este fenómeno comparte algunos aspectos con el estatus de señuelo del discurso sobre los derechos de las mujeres. La asimilación no es sinónimo de liberación. «La igualdad para los queers significa

17. Lisa Duggan, «Holy Matrimony», *The Nation*, vol. 278, n.º 10 (15 de marzo de 2004), pp. 14-19.

inevitablemente la igualdad de los derechos heterosexuales.»[18] El discurso sobre los derechos presupone una estructura inicial que es desigual, aunque sus demandas de igualdad —que aquí significa mismidad— puedan resultar desestabilizadoras para los privilegios establecidos. Al menos por ahora, queda por ver si el matrimonio gay desembocará en un fenómeno de adaptación o de subversión. La democracia imperial es increíblemente adicta a la apropiación de derechos a los que después llama democracia.

Es significativo, aunque no sorprendente, que el asunto de los derechos de los gays ocupen siempre un espacio central. Incluso el vicepresidente Cheney se vio obligado a reconocer públicamente que su hija Maureen, que dirigió la campaña de su padre en 2004, es lesbiana. Tanto él como Lynne han actuado para proteger a su familia, aunque ninguno se ha atrevido a manifestarse abiertamente contra la homofóbica administración Bush. Dick sintió molesto cuando John Kerry y John Edwards sacaron el tema de la homosexualidad de su hija en las elecciones, como si hubiese preferido olvidarlo o estuvieran jugando sucio con él. Maureen no había «salido del armario», pero hasta cierto punto Dick, como padre, y los republicanos, como su partido, sí que lo hicieron. Y las políticas de la sexualidad siguen en boga mientras la democracia imperial se militariza y reprime de manera simultánea.

A pesar de todo, el matrimonio entre personas del mismo sexo se convirtió en algunos estados en un tema decisivo durante las elecciones de 2004. Aparentemente, las enmiendas constitucionales destinadas a prohibir las uniones entre personas del mismo sexo tuvieron por efecto un incremento del voto conservador en aquellos estados donde fueron sometidas a votación.[19] Es un buen ejemplo de represión heterosexista imperial actuando exitosamente.

18. Citando a Peter Tatchell en Alexander Cockburn, «Gay Marriage: Sidestep on Freedom's Path», *The Nation*, vol. 278, n.º 3 (5 de abril de 2004), p. 9. Véase también Richard Kim y Betsy Reed, «State of the Union: The Marriage Issue», *The Nation*, vol. 279, n.º 1 (5 de julio de 2004), pp. 15-46.
19. James Dao, «Same-Sex Marriage Issue Key to Some G.O.P. Races», *New York Times*, 4 de noviembre de 2005, p. P4.

Las cowgirls de Bush

Laura Flanders se ha referido a las mujeres de Bush como «el frente femenino extremista de la administración». En el primer gabinete de Bush había cinco mujeres, entre ellas una con hijos, dos solteras y las otras dos casadas y sin hijos. Son datos interesantes.[20] A comienzos de la presidencia de su marido, Laura Bush ofrecía la típica imagen de la esposa y madre tradicional, aunque rara vez se la veía en compañía de sus hijas. Era oficialmente la orientadora en jefe del proceso de desintoxicación alcohólica de su esposo y también de sus dos hijas, que tienen sus propios problemas con la bebida. Ya en la segunda administración, Laura se convirtió en una activista que hacía viajes fuera del país para defender los derechos de las mujeres. Hace lo que puede para que su marido parezca amable y gentil a pesar de la guerra. Es la encarnación de la versatilidad de género, como antes lo había sido Hillary Clinton en su papel de primera dama y, después, como senadora por Nueva York. Es interesante que Hillary se haya vuelto más masculina y agresiva a medida que Bill parecía más humillado y femenino. En cuanto a Laura, es cada vez más perpicaz a medida que su marido se muestra más inepto.

Las cowgirls de Bush le coreografían sus estrategias bélicas. Sus vidas son muy tributarias de las viejas luchas por la igualdad sexual y los derechos civiles, pero ellas se niegan a reconocerse vinculadas a esos movimientos. Condoleezza Rice afirma que ha llegado adonde está hoy gracias a que fue educada para valerse por sí sola y trabajar infatigablemente. Esto no le impide, por otra parte, rendir homenaje al movimiento de los derechos civiles cuando necesita apoyo para la continuación de la guerra en Irak. En estos casos está dispuesta a utilizarlo para demostrar lo difícil que es construir una democracia, y para que se comprenda que hasta Estados Unidos vivió un largo proceso de luchas antes de garantizar la democracia a todos sus ciudadanos. Y desde luego, se pone a sí misma como ejemplo del triunfo de la democracia. Se refiere a su infancia en Alabama, marcada por el racismo, para congratularse de lo mucho que ella y Estados Unidos han avanzado desde entonces. Alienta a las democracias en

20. Laura Flanders, *Bush Women*, Verso, Londres, 2004, pp. 2 y 10.

ciernes para que trabajen en serio, como hicimos nosotros, y logren sus objetivos.

Aunque una de las cuatro niñas que resultaron muertas hace años en el estallido de una bomba en el templo baptista de la calle 16 era una de sus amigas de infancia, Rice vivió protegida en una burbuja en Birmingham, Alabama. Es cierto que declara su deseo de ver desaparecer definitivamente el racismo, pero parece divorciada del profundo dolor que lo acompaña.[21] En las audiencias de la investigación sobre el 11-S testificó a favor de la administración Bush, mostrándose enérgica, severa, precisa y fría. Ha sacrificado la familia en aras de su reputación de socia leal, aunque ésta a veces se sustenta en una imagen neomaternal.

Condi Rice, como muchas niñas blancas ricas, fue en su juventud una increíble intérprete de piano clásico. Después se convirtió en especialista en la Unión Soviética, lo que, sin embargo, no le permitió predecir su caída. Fue directora de departamento en la Universidad de Stanford, donde gestionó el declive de la discriminación positiva aplicada a los profesores contratados. Fue miembro del Consejo de Seguridad Nacional durante la administración de Bush padre e ingresó en la junta directiva de Chevron. Tras el 11-S ha sido criticada por no calibrar la información sobre al-Quaeda cuando ejerció como asesora de Seguridad Nacional. Sabe utilizar su aspecto racial y de género para conferir autoridad y legitimidad a las políticas bélicas extremistas, pero también se dirige al público para declarar que prefiere a los republicanos porque la tratan como un individuo y no como miembro de un grupo racial o de cualquier otra clase. Su género y su raza son factores determinantes, y al mismo tiempo son desestimados.

En tanto que mujer y negra, Condi Rice dispone de opciones que están vedadas a las otras cowgirls blancas de Bush. La mayoría están casadas y tienen hijos, mientras que ella ha permanecido soltera. Casi no hay fotografía que no muestre sus piernas largas y esbeltas, pero en su vida no hay ningún hombre (o mujer), tan sólo George W. Frecuentemente adopta la apariencia de una niña —que Patricia Williams ha definido como «una racializada afectación las-

21. Eugene Robinson, «What Rice Can't See», *Washingtonpost.com*, 25 de octubre de 2003, p. A21.

civa» —,[22] lo que le permite ocupar un puesto al lado del presidente sin generar incomodidad racial o sexual: ella es la niña o bien la mamá, él es el padre o el hijo. Esta mujer a la que llaman la princesa guerrera reemplazó a Colin Powell, a quien le han puesto el sambenito de hombre afeminado. Maureen Dowd dice que es una «solterita adicta al trabajo».[23]

Pero otras veces Condoleezza Rice ejemplifica la multiplicidad de gěnero consubstancial con su estatus de señuelo. Calza botas negras altas y a menudo viste abrigos con un corte y detalles de aspecto militar, lo que la hace parecer más dominatrix que mojigata. En otros contextos parece más diplomática que militarista, pero no deja de defender sin parpadear las más recientes formas de interrogatorios extremos.[24] Dice que estamos ganando la guerra en Irak y que la democracia vencerá. En su declaración leída ante los delegados a la conmemoración «Pekín, 10 años después» afirma que Estados Unidos «está decidido a colaborar estrechamente con otras naciones para ampliar la libertad y capacidad de decisión de las mujeres».[25] Al mismo tiempo, la nueva Constitución iraquí amenaza seriamente los derechos de las mujeres en nombre de la sharía.

Condi exhibe gustosa su estatus de mujer y, al mismo tiempo, lo rechaza. Los franceses, tras recibirla, se declararon «encantados». En *Le Monde* se refirieron a ella como «chère Condi». Los titulares proclamaban que Condi «quería seducir París» con sus zapatos, perlas y accesorios.[26] Su look clásico casi logra que parezca blanca y le permite feminizar el nuevo militarismo con toda una panoplia de códigos de género.

Actualmente se suele comparar a Condi y Hillary. Se especula incluso que quizá se enfrenten en la carrera a la presidencia de 2008. Tienen muchos puntos en común, desde su diseñador favorito (Oscar de la Renta) hasta el calzado de Ferragamo, sin olvidar el amor que

22. Patricia Williams, «From Birmingham to Baghdad», *The Nation*, vol. 279, n.º 20 (13 de diciembre de 2004), p. 12.
23. Maureen Dowd, «All the President's Women», *New York Times*, 5 de octubre de 2005, p. A27.
24. Todd Purdum, «As Rice Prepares to Move Up, Diplomacy May Be On Rise, Too», *New York Times*, 17 de enero de 2005, p. A1.
25. Comunicado de prensa de SUN, #32, 2 de marzo de 2005.
26. Elaine Sciolino, «The French Are Charmed and Jarred by "Chere Condi"», *New York Times*, 11 de febrero de 2005, p. A6.

ambas sienten por el poder y sus maniobras con las políticas de género. Las dos manifiestan géneros diversos, con sus limitaciones estructurales, y a las dos se les asigna una imagen masculina (parecen inflexibles, vivaces y desexualizadas): en el horizonte de Condi sigue sin aparecer un marido, y Hillary ha dejado de vivir permanentemente con el suyo.

Condi y Hillary tienen más cosas en común que aspectos diferentes, pero no son idénticas. Hillary apoya la guerra de Condi. Seguía haciéndolo en noviembre de 2005, cuando otros miembros del Congreso ya habían comenzado a airear sus críticas. Fustiga los embarazos no deseados y mantiene su oposición al matrimonio gay. Se dice que está desplazándose hacia el centro y fabricándose un nicho centrista, cuando en realidad nunca fue más que eso, una demócrata neoliberal. El Pentágono la invita a formar parte de un selecto panel encargado de estudiar posibles mejoras en la preparación del ejército, y su historial de votos en el Senado la sitúa entre la decena de demócratas más conservadores de esa cámara.[27] Hillary es el perfecto señuelo de género. Proyecta la imagen de una mujer progresista, feminista y despectiva con las mujeres que se limitan a cocinar en casa. Mientras, se dedica a desexualizar el género y redefinir el género de la sexualidad.

Karen Hughes, la confidente femenina más próxima a Bush, está no sólo casada, sino muy casada. Tras la primera administración, supuestamente dejó la Casa Blanca para mejorar su vida familiar junto a su hijo pequeño y su esposo. Declaró que la vida de una asistente del presidente es fabulosa, pero excesivamente absorbente, así que se decantó por su papel de madre y esposa. Aunque no del todo. Todavía viaja con frecuencia a Washington para echar una mano en la imagen de un Bush más gentil, amable y compasivo. Aplica su sabiduría de madre y mujer para suavizar el tosco machismo de Bush. Bush, que sabe agradecer la importante labor de sus mamás, reprende a un alto funcionario por pedirle que adelantara las reuniones matina-

27. Matt Bai, «Mrs. Triangulation», *New York Times Magazine*, 2 de octubre de 2005, pp. 62-7. Véanse también: Zillah Eisenstein, *Hatreds*, Routledge, Nueva York, 1996; *Global Obscenities*, New York University Press, Nueva York, 1998, y *Against Empire*, Zed, Londres, y Palgrave, Nueva York, 2004, para un análisis detallado de Hillary Clinton.

les diciéndole: «No me quites a mis madres». Hughes emplea su intuición de mujer inquilina del género patriarcal para dar forma a la agenda política. Y echa mano de la religión y la fe en Dios para legitimar sus posturas. En las primeras páginas de su libro *Ten Minutes from Normal*, incluye en los agradecimientos a su grupo de estudio de la Biblia.[28]

Hughes es una feminista neoliberal que aplica el discurso de los derechos de las mujeres a la guerra. Así, su versión de la guerra en Afganistán es que serviría para liberar a las mujeres: «Me parecía que poner el foco en las dificultades de las mujeres y las niñas afganas me permitiría destacar la naturaleza cruel de la gente contra la que luchamos».[29] Es significativo que Hughes y sus colegas, por un lado, hayan decidido ignorar el incremento de la violencia en las vidas de las mujeres afganas hoy y, por otro, utilicen esa misma violencia para justificar la prosecución de la guerra.

Hughes pretende ser normal, es decir, creyente, casada, hogareña y dedicada a su familia, pero el caso es que nunca lo ha sido, si hemos de creer la descripción que hace de sí misma. Pero el concepto de normalidad le sirve para ordenar y disciplinar a las mujeres, en general. Se empeña en ofrecer una imagen normalizada de su fe y su familia que choca con su propia trayectoria vital, por no mencionar las necesidades de la mayoría de las mujeres. Sólo las mujeres acaudaladas pueden dedicarse a la vida familiar sin tener que recurrir a un empleo y sueldo, y de todos modos la mayoría de las mujeres no pueden ni soñar con desempeñar su trabajo. Pero su tarea consiste en militarizar compasivamente los discursos que envuelven a las mujeres. Al pedirle su opinión sobre la Marcha por la Vida de las Mujeres, organizada para defender los derechos de reproducción, declaró: «Pienso que tras el 11-S el pueblo estadounidense está valorando más la vida y comprendiendo que necesitamos políticas que valoricen la dignidad y valía de todas las formas de vida». Acto seguido, explicó que esas políticas son necesarias porque nos enfrentamos a una red terrorista que desvaloriza la vida, incluso la de inocentes y la suya propia.[30] Mi-

28. Karen Hughes, *Ten Minutes from Normal*, Viking, Nueva York, 2004, p. 201.
29. *Ibid.*, p. 275.
30. Para una exposición completa de esta postura, véase: <www.kaisernetwork.org/dailyreports/repindex.cfm?DR>.

litarmente, equipara tanto el aborto como el terrorismo con el asesinato de inocentes. Su postura antiabortista se funde con las guerras de/contra el terrorismo.

Hughes es un señuelo efectivo. Declara su amor y devoción hacia Bush. Utiliza su estatus para fortalecer su agenda y le encanta el poder que ello le confiere. Los dos, Bush y ella, se sirven del género para dulcificar y ocultar la crueldad de su régimen. Por su parecido a muchas mujeres, su género le permite democratizar políticas extremistas. Es una trabajadora infatigable. Adora a su familia. Cree que las mujeres tienen talento, incluso más quizá que los hombres. Le encanta el deporte y mantenerse en forma. Se siente atormentada por sus obligaciones. Quiere tener tiempo para cocinar y hacer las cosas que le gustan. Desborda energía. Todo estos rasgos, que la conectan con los aspectos de género de muchas mujeres, confieren a su vida un aura democrática y le permiten actuar políticamente de tapadillo.

Hughes es la mamá de dulces palabras que al mismo tiempo que le declara la guerra a Irak no para de hablar del terror que supone «asesinar inocentes». En septiembre de 2005 viajó a Arabia Saudí en misión amistosa, convencida de que todo el mundo quiere ser como los estadounidenses, y especialmente como *las* estadounidenses. Sin duda por eso la pilló con el pie cambiado el que un grupo de mujeres saudíes, obstetras y ginecólogas, le hiciera saber que muchas de ellas preferían portar la abaya, que les gustaba llevar el velo, algo que Hughes consideraba problemático.[31] Dedicada a manipular y negociar contenidos de género en su propio beneficio, Hughes parece incapaz de reconocer el pluralismo de género que existe en otras latitudes. Tampoco había preparado su encuentro con un grupo de turcas, que le dejaron claro que, mientras Irak permaneciera bajo ocupación estadounidense, no podían hablar de cooperación entre mujeres de Estados Unidos y Turquía. Hughes se ve a sí misma y ve a Estados Unidos como una figura salvadora, pero resulta que las mujeres que ha encontrado en Egipto, Arabia Saudí y Turquía no quieren que las salve la política feminista neoliberal al servicio de la dominación imperial. La idea que el imperio se hace del género y su participación en la guerra contrasta brutalmente con las necesidades

31. Steven Weisman, «Saudi Women Have Message for US Envoy», *New York Times*, 28 de septiembre de 2005, p. A12.

de sus países y las suyas propias como mujeres y como género femenino.

La manipulación del género por la política es una guerra por otros medios. El género se manifiesta en formas identificables, pero también se oculta. Incluso Mary Matalin, ex asesora del vicepresidente Cheney, se ha tomado un descanso para dedicarse en exclusiva a sus dos hijas. Las frases iniciales de su libro son «Sólo quiero a mis hijas» y «no hay amor más grande que el que se siente por los hijos».[32] Quiere frenar y poner a su familia por delante.

Matalin despotrica contra el feminismo. Las feministas quieren *ser* chicos y hombres, mientras que ella sólo quiere *hacer* las cosas que hacen los chicos y los hombres: «Sólo quería divertirme como lo hacen ellos». Es extremadamente crítica con lo que llama la victimología del feminismo, así como con su negación de la naturaleza y de las diferencias entre hombres y mujeres. «Somos diferentes de cabo a rabo...». Quiere el poder a cara de perro para sus hijas, a la manera imperial, la de quienes piensan que querer es poder.[33] Apoya las políticas de Bush y sus guerras, pero sé que sus hijas no tendrán que luchar en ellas. Podrían crecer e incluso convertirse en presidentes que declaren nuevas guerras.

El egoísmo y aislamiento de Matalin dentro de la unidad familiar es otra manera de articular el feminismo neoliberal. Es feminista porque cree que el cielo es y debería ser el límite para todos, hombres y mujeres, pero es neoliberal en su individualismo a ultranza y en su rechazo a las limitaciones. Me pregunto si pensará que el aborto debería ser legal para sus hijas, o si cree que la abstinencia sexual bastará para protegerlas.

Como ya he señalado, a finales de septiembre de 2005 se estrenó una nueva serie televisiva, *Comandante en jefe*. Obviamente, alguien pensó que la sociedad estadounidense estaba preparada para imaginar a una mujer presidente. La protagonista es Geena Davis, que interpreta a MacKenzie Allen, primera mujer presidente de Estados Unidos. La serie logra simultáneamente militarizar la presidencia y resexualizarla. Empieza con Davis convirtiéndose en presidente por

32. Mary Matalin, *Letters to My Daughters*, Simon and Schuster, Nueva York, 2004, pp. 5 y 8.
33. *Ibid.*, pp. 15, 21, 33, 102, 112 y 159.

accidente: ocupa la vicepresidencia y el presidente fallece. El carácter accidental de su acceso al cargo hace de ella una mujer presidente a la vez real e irreal. Como no ha sido realmente elegida, su feminidad no es tan desestabilizadora.

En la primera entrega vemos al presidente electo en su lecho de muerte, pidiéndole a MacKenzie que se retire y deje que el speaker del Congreso sea el siguiente en la línea sucesoria. Le advierte de que no sería justo que ocupara la presidencia, ya que fue escogida como vicepresidenta para poder atraer el voto de las mujeres. Agrega que no comparte las políticas de la presidencia y que es demasiado liberal. Ella decide pensárselo, y casi accede a renunciar. Pero va el speaker y se reúne con ella y vuelve a decirle lo de que su candidatura fue sólo una pantomima; además, el mundo islámico jamás la tomaría en serio o respetaría a Estados Unidos, porque no es más que una mujer. A estas alturas, MacKenzie se siente ofendida como mujer. No le gusta que la traten como si fuera un saco de hormonas, y le da igual que quien la trate de esa manera sea un compatriota o un musulmán. Tranquila pero rotundamente decide convertirse en el próximo presidente de Estados Unidos.

En primer lugar, un indicio de que vivimos tiempos militarizados es que el título de la serie sea *Comandante en jefe*. Los primeros episodios representan una presidencia imperial con rostro blanco y de mujer. MacKenzie envía a los marines a rescatar a una pobre africana, perseguida y amenazada por la sharía con la pena de muerte por adúltera. La presidenta se muestra dura con los terroristas, pero dice que no quiere enterarse de que se utiliza la tortura. Declara que la libertad es «nuestro regalo al mundo». La vemos en su papel de «esposa, madre y líder». Advierte a la prensa que no «se metan con sus tres críos». Su esposo se debate en su infeliz estatus de «primer marido». Se debate mucho para decidir cómo habrá que llamarlo. Estoy convencida de que muchos espectadores estarían pensando en Bill Clinton. Mientras, el sexo y el género los intercambian roles confusamente.

Geena Davis da vida a un presidente que parece competente y tenaz, pero también flexible y reflexivo. Es capaz de negociar y llegar a acuerdos, como una mujer, y es firme y resistente, como un hombre. El guión ha sido claramente alineado con el mundo «real», lo que no impide que la política se convierta en materia de telenove-

la. Las fronteras entre la realidad y sus simulacros han desaparecido por completo. La televisión es real y, al mismo tiempo, lo más alejado de la realidad. Mientras en otros países eligen mujeres para la presidencia, nosotros tenemos a una en la pantalla de TV. Tras una breve temporada, la serie fue desprogramada.

Rizando el rizo del género en elecciones de testosterona

Todas las mujeres de otros países que conozco piensan que hubiese debido permitírseles votar en las elecciones estadounidenses de 2004. Dicen que viven las consecuencias de las políticas de Bush, y que eso les de darecho a escoger. Y si el planeta hubiese podido votar, Bush habría perdido.

En la propaganda electoral había eslóganes como: «W —es decir, George Walker Bush— representa a las mujeres (*women*)». Pero en este caso, la «W» no representa a las mujeres, sino a la guerra (*war*) y la dominación mundial (*world domination*). ¿Quién es capaz de pensar que «W» representa o significa las mujeres, cuando el Partido Republicano considera que la mejor manera de cargarse a alguien es llamarlo hombrecillo afeminado? Las actitudes machistas del Partido Republicano han alcanzado las mayores cotas de arrogancia de su historia. En cuanto se hizo público que John Edwards sería el candidato a la vicepresidencia, Bush rápidamente aclaró que él no había escogido a su vicepresidente por su cara bonita, sino porque está capacitado para el cargo. Aquí, el texto oculto reza: no queremos una cara bonita, como la de una mujer o un marica, que no sepa hacer el trabajo.

En la Convención Republicana, el vicepresidente Cheney hizo mofa de su rival a la vicepresidencia. Se sobre entendía lo que quiso decir: los demócratas son como niñas bonitas, ineficaces y parlanchinas. Se rediseña el género de Edwards para presentarlo como una mujer bonita a fin de negar que pueda ser masculino —competente y fuerte, como un hombre—. Su género se desvanece y a su sexo se le asigna otro género. Y el color blanco elabora sigilosamente los significados racializados. La retórica de la Convención Republicana representó a los demócratas como un partido de inútiles que pretenden

aplicar una política exterior más gentil y sensible, como si la gentileza fuera cosa de cobardes... o de mujeres... en todo caso, no de hombres... no de alguien capaz de erigirse en comandante en jefe, alguien capacitado para liderar la guerra contra el terrorismo. Los republicanos utilizan el lenguaje del género para humillar y erosionar. Las mujeres son miedosas, los hombres mandan. Y los demócratas parecen mujeres. Vale la pena mencionar que esto sucedía en un contexto en el que ninguno de los candidatos a la presidencia y vicepresidencia era mujer.

Este tono despectivo hizo que fuera casi imposible pensar o hablar o darse a entender. El hipermilitarismo se sirve de las mujeres como señuelos de género para confundir y mistificar la realidad del poder. En la Convención Republicana, el cargo de presidente fue reducido a la condición de comandante en jefe. Así, las guerras de/contra el terrorismo lograron silenciar, los demás asuntos de vital importancia. En una inversión radical de la realidad, Bush, que se negó a luchar en Vietnam, pretendía ser el hombre más viril, y Kerry, que participó en esa guerra, fue desmasculinizado.

Cuesta creer que una frase como «"W" in George W. stands for women» haya podido emplearse. No sólo «W» no representa a ninguna mujer de este país, sino que es imposible que lo haga para la mayoría de las mujeres que viven en países devastados por las políticas imperiales de las guerras de/contra el terrorismo estadounidenses, o para las que trabajan en las maquiladoras o en las fábricas Nike en El Salvador o Bangladesh, o para las trabajadoras chinas. Pero aún más preocupante es el modo en que esa frase separa a las mujeres del resto de la humanidad, y al mismo tiempo las redefine desde la perspectiva del género. Las mujeres y los hombres son más parecidos que diferentes, y sus diferencias no tienen que ver con las que ha decretado el machismo. Mujeres y hombres, masculino y femenino tienen diferencias en común y maneras diferentes de ser comunes. La «W» del eslogan encierra en el género. Su función es disciplinar a las mujeres, separándolas de los hombres.

Las políticas de Bush afectan a las mujeres tanto a como afectan a los hombres, pero lo hacen también de manera específica. Este doble enfoque no se aprecia si se aplican los esquemas del machismo, ya que los privilegios masculinos universalizan la categoría de género enfocándola desde la masculinidad. El patriarcado, al decretar que

el único enfoque posible es el masculino, excluye de su campo de visión a las mujeres y las vuelve invisibles. Las mujeres deben definir el espacio que ocupan dentro del contexto más amplio de la condición de la mujer, junto con las otras identidades raciales y de clase. Forman parte de una clase sexual y a la vez de la humanidad. En los derechos humanos y los de las mujeres quedan plasmadas estas transacciones.

El historial de Bush en materia de guerra, medio ambiente, atención sanitaria, trabajo, etc., es negativo para casi todos los hombres y las mujeres. Tanto unos como otras mueren en el Golfo, y unos y otras regresan a casa mutilados. En nuestras cárceles se encarcela y martiriza a los hombres y las mujeres. La guerra es negativa para todos los seres humanos. La destrucción del medio ambiente es negativa para todos los seres humanos. El cáncer mata y destruye a todos los seres humanos. Todos los seres humanos necesitan atención sanitaria. Todos los seres humanos necesitan una buena educación. Todos los seres humanos aspiran a un trabajo y un salario dignos.

Reducir los impuestos para los ricos significa que hay menos dinero para todos los demás. Una guerra de billones de dólares en Irak significa menos recursos para cubrir nuestras necesidades vitales: para nuestras escuelas, hospitales, sistema sanitario, inversión en investigación, vías de comunicación, aeropuertos, puentes. Y también menos recursos para cubrir todo lo demás. El coste de la guerra en Irak bastaría para brindar atención sanitaria a los 43 millones de personas que no reciben ninguna en Estados Unidos. Pero todavía no tenemos un sistema de atención sanitaria público. La gente podría acceder a los fármacos que necesita. El sida evolucionaría de otra manera porque su tratamiento estaría orientado hacia la prevención, en lugar del control. Podríamos tener escuelas bien equipadas en todo el país. Nuestro medio ambiente dejaría de autodestruirse. No tendríamos que dejar de comer pescado porque las aguas dejarían de estar contaminadas.

Todo lo anterior afecta a las mujeres concretamente, y sin embargo no puede comprenderse únicamente como un problema de las mujeres. El sida amenaza a todo el mundo. Actualmente hay una epidemia de sida en nuestras cárceles pero no se han tomado medidas para distribuir condones entre los presos. Los condones son cruciales para los hombres y las mujeres, y son necesarios en las cárceles para

frenar el contagio del sida dentro y fuera de sus muros. Esto afecta específicamente a las mujeres negras, ya que muchos negros que salen de la cárcel están infectados.

El sida es una epidemia a escala mundial, pero el gobierno de Estados Unidos se niega a aportar fondos a programas en África destinados a facilitar los abortos de mujeres infectadas. Tanto en Estados Unidos como en otros países, esta política tiene efectos devastadores para la humanidad en general y las mujeres en particular, ya que las mujeres negras en Estados Unidos representaron el 70 por 100 de todos los nuevos casos de sida registrados el año pasado. Stephen Lewis, ex embajador de Canadá ante la ONU y actualmente enviado especial de las Naciones Unidas para el problema del vih/sida en África, corrobora que en los últimos veinte años el número de africanas infectadas por el virus ha crecido exponencialmente. En la actualidad, casi la mitad de los nuevos casos a nivel mundial son mujeres, y en África el porcentaje se sitúa entre el 59 y el 75 por 100 para la categoría de edad entre 15 y 24 años. Estas mujeres mueren en medio de una terrible agonía, pero no se hace nada. En opinión de Lewis, «cuando se trata de un problema de derechos de las mujeres, el mundo pone la marcha atrás».[34] Las políticas de Bush están matando a negras y africanas, y mientras, Condoleezza Rice se da una vuelta por Camp David para asesorar al presidente en materia de seguridad nacional.

Cuando en el debate electoral se preguntó al vicepresidente Cheney y a John Edwards por los niveles críticos de sida entre las mujeres afroamericanas en Estados Unidos, ninguno de ellos declaró saber algo al respecto. Aunque las mujeres negras tienen trece veces más posibilidades de morir de sida que sus homólogas blancas, ninguno de los dos candidatos pareció inmutarse por su ignorancia. Yo no dejaba de preguntarme: ¿cómo se las han arreglado para no enterarse? ¿Cómo es posible que ni siquiera pidan perdón por no saber nada? ¿Cómo pueden pensar que algo así no es lo suficientemente importante como para tratar de informarse?

La política de Bush respecto del sida, basada en la fantasía de la abstinencia sexual, es la plasmación de un fanatismo extremista de

34. Stephen Lewis, «AIDS Has a Woman's Face», *Ms. Magazine*, vol. XIV, n.º 3 (otoño de 2004), p. 27.

derechas que es responsable de desatar una crisis sanitaria en todo el planeta. La mayor parte de los 15.000 millones de dólares prometidos por Bush para África en un anterior discurso sobre el Estado de la Unión no se han asignado porque los programas de lucha contra el virus no logran pasar la prueba de pureza sexual impuesta por su administración. Cuando asistí a la Conferencia Mundial sobre sida en Bangkok, en 2004, había pancartas por todas partes en las que se pedía que Bush suprimiera esa ley mordaza y distribuyera los fondos que había prometido.

El derecho al aborto y su cobertura legal están permanentemente bajo amenaza. En noviembre de 2004, el Congreso aprobó un paquete de 388.000 millones de dólares para financiar a suministradores de servicios sanitarios, incluidos aseguradoras, hospitales públicos y privados, clínicas y farmacias, que se nieguen a dar cobertura al aborto. Ahora, incluso los empresarios pueden negarse a cubrir el aborto.[35] Mientras, Bush se dedica a cubrir sus políticas contra la mujer construyéndose una fachada femenina. Todas y cada una de las cinco mujeres de su primer gabinete eran reconocidas conservadoras o neoliberales, especialmente las secretarias de Trabajo, Elaine Chao; Interior, Gale Ann Norton, y Agricultura, Ann Veneman. Las cowgirls de Bush sirven para oscurecer y enturbiar la realidad de sus políticas antidemocráticas, y ofrecen una foto fija de la condición de la mujer militarizada que pretende ser tan normal como necesaria.

Las cowgirls de esta administración se han mostrado abiertamente hostiles a todos los movimientos en favor de las mujeres, incluido el de discriminación positiva, y a cualquier forma de intervención activa del gobierno para acabar con la discriminación de las mujeres. Laura Bush, ante la Convención Republicana de 2004, habló de la democracia y de lo que cuesta crearla. Pero cuando quiso hablar de las mujeres y de lo mucho que han mejorado sus vidas desde que gobierna su esposo, el escenario que escogió fue Afganistán e Irak, donde se dedicó a distorsionar los logros de las mujeres y silenciar las realidades de la guerra. Mientras, las mujeres que viven en esos países arrasados por el caos y la guerra sufren inmensamente todos los días. Aunque ahora cuentan con nuevas oportunidades, sólo las mu-

35. Katha Pollitt, «Stop Crying, Start Working», *The Nation*, 20 de diciembre de 2004, p. 10.

jeres de clase media que viven en las ciudades pueden acceder a ellas. En Afganistán, donde los señores de la guerra locales han vuelto al poder, sólo el 10 por 100 de los votantes registrados son mujeres que viven en ciudades. La mayoría de las afganas tiene demasiado miedo como para salir a la calle, ya sea para trabajar o votar.[36]

Aunque la violencia contra las mujeres y el extremismo islámico siguen cebándose en las mujeres afganas e iraquíes, han aparecido nuevos refugios para mujeres en Bagdad y Kirkuk. Las mujeres continúan dando muestras de creatividad en sus luchas, a pesar de lo desastrosas que son sus condiciones de vida, sobre todo en Irak. Muchas tienen la impresión de que se está produciendo un retroceso. Ahora la mayoría no puede salir a la calle sin cubrirse con pañuelos y velos, lo que no tenían que hacer en la época de Sadam Husein. Muchas de las que votaron en Afganistán lo hicieron con el burka puesto, llevando el cuerpo envuelto en el paño azul que antaño simbolizaba su opresión.[37] La violencia cotidiana no las anima a avanzar hacia la democracia, sino que las devuelve a sus hogares. A medida que desaparecen derechos que habían ostentado, sorprendentemente parecen más a salvo bajo el hiyab que gracias a la democracia al estilo estadounidense.

De la reciente solicitud de Bush de 87.000 millones de dólares para Irak, lo más sangrante es que no incluía un apartado de financiación para programas de mujeres. En el mismo sentido, su gobierno se negó a apoyar la resolución 1325 de la ONU que promueve la inclusión de las mujeres en los proyectos de paz y reconstrucción. También se ha negado a ratificar la Convención de la ONU sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), que esencialmente es una declaración global de derechos de las mujeres que garantiza su derecho a la educación y a la seguridad laboral. En total, 177 países han suscrito este tratado. Estados Unidos ha votado en contra, junto con Irán y Somalia.

Bush ha aprobado, en cambio, 10 millones de dólares en présta-

36. Amy Waldman, «Fearful Choice for Afghan Women: To Vote or Not To Vote», *New York Times*, 5 de octubre de 2004, p. A3. Véase también Nicholas Kristof, «Beaten Afghan Brides», *New York Times*, 6 de octubre de 2004, p. A29.
37. Amy Waldman, «Free of Taliban's Yoke, 2 Afghan Women Rise Again», *New York Times*, 17 de octubre de 2004, p. A3.

mos a varios grupos, incluido el Foro de Mujeres Independientes (IWF), para promover una «Iniciativa Democrática de las Mujeres de Irak». El IWF es una criatura de Lynne Cheney y Midge Decter, que también apoyaron la nominación de Clarence Thomas al Tribunal Supremo. El IWF ha hecho de lobby en Estados Unidos para oponerse a la Ley sobre la Violencia contra las Mujeres, refutar la evidencia de la disparidad salarial, y rechazar la aplicación efectiva de la legislación sobre la igualdad salarial y la reforma del título IX para garantizar la igualdad de las niñas y las mujeres en el deporte.[38]

En realidad, las mujeres se enfrentan a un panorama poco alentador en Estados Unidos. Las políticas de Bush atacan los derechos de género de las mujeres. Poco después de ocupar el cargo, Bush decidió cerrar o reestructurar numerosas oficinas del gobierno encargadas de los intereses y derechos de las mujeres en el área laboral. Especialmente preocupante fue el cierre de la importante Oficina de la Mujer del Departamento de Trabajo. Por consiguiente, es difícil obtener datos sobre los salarios de las mujeres y las diferencias salariales debido a que el trabajo de recopilación ha sido abandonado. El desmantelamiento de esa oficina se produjo en el preciso momento en que las cowgirls de Bush se dedicaban a manifestarse a favor de la guerra en Afganistán y los derechos de las afganas. Las mujeres de la administración Bush son su coartada.

La base legal para la igualdad de oportunidades se ha volatilizado, y las medidas de igualdad salarial han sido suprimidas. Con el gobierno de Bush, el Departamento de Trabajo ha revocado la reglamentación que garantizaba permisos pagados a los trabajadores con niños enfermos o parientes mayores a su cargo y ha comenzado a recortar las ayudas parentales. Con ello se ha debilitado el programa oficial de preescolar Primera Ayuda (Head Start) para niños de bajos recursos y recortado los programas federales de ayuda a las actividades extraescolares. Además, Bush cerró la Oficina de la Mujer de la Casa Blanca, que había sido creada en 1995 para coordinar las iniciativas políticas relacionadas con la condición de las mujeres.

Pero hay más. Los dos nuevos miembros de la Comisión Nacional Consultiva sobre Violencia contra las Mujeres designados por el

38. Ann Lewis, «Antifeminists for Iraqi Women», *Gadflyer*, 14 de octubre de 2004, disponible en <http://www.alternet.org/story/20189>.

fiscal general Ashcroft han pedido que este organismo se disuelva; la administración ha suprimido la financiación de la mayoría de los programas de ayuda a las mujeres maltratadas, y se ha negado a dar continuidad a las demandas de control de armas en el marco de la lucha contra la violencia doméstica.

A pesar del problema del acoso sexual y las violaciones en el ejército, la administración ha limitado las funciones del Comité Asesor de Defensa sobre la Mujer. Catherine Aspy, nombrada por Bush, opina que las mujeres en el ejército no son más que madres adolescentes solteras que utilizan la institución como sustituto de un refugio de la seguridad social, una acusación que todos los datos desmienten.

En el terreno de los nombramientos judiciales, la administración ha designado a personas opuestas a la igualdad de protección bajo la ley, a la protección ante el acoso sexual, y favorables a limitar la legislación contra la discriminación sexual, a la revocación de *Roe v. Wade* (dictamen del Tribunal Supremo a favor del derecho al aborto) y a los principios fundamentales de las leyes sobre los derechos civiles. Bush se ha ganado la reputación de designar a hombres y mujeres hostiles a los derechos reproductivos de las mujeres. David Hager, nombrado para dirigir la Agencia Federal para la Alimentación y los Medicamentos (FDA), no cree en el control de la natalidad. Tuvo que presentar su dimisión cuando su ex esposa presentó pruebas de los abusos sexuales y emocionales a los que la había sometido, y específicamente de haberla obligado a practicar un doloroso sexo anal sin su consentimiento.[39]

Bush ha suprimido financiación destinada al Fondo para la Población de Naciones Unidas en la totalidad de los 142 países donde interviene, debido a las relaciones entre este organismo y China sobre las políticas abortistas. Con ello se ha logrado borrar de un plumazo un proyecto de formación para parteras en Argelia, un centro de lucha contra el sida en Haití y un programa para la disminución de la mortalidad materna en la India. Bush ha prohibido las ayudas oficiales a los programas de planificación familiar que no promuevan la abstinencia sexual. Mientras, medio millón de mujeres mueren cada año durante el parto, 100 millones padecen malnutrición y el 60 por 100

39. Ayelish McGarvey, «Dr Hager's Family Values», *The Nation*, vol. 280, n.º 21 (30 de mayo de 2005), p. 13.

de las niñas en todo el mundo no están escolarizadas. Las políticas de la administración Bush penalizan a los más vulnerables, y el discurso del conservadurismo compasivo sirve para enmascarar esta utilización inescrupulosa y brutal del poder imperial.

Cuando viajo a otros países —a Corea, la India, Cuba, Pakistán y Egipto— me reúno con mujeres que tienen claro que sus vidas sólo mejorarán si mejoran las condiciones de vida para todos los habitantes de sus países, y que saben que para que eso suceda, las políticas imperiales de la administración Bush tienen que cesar. Me preguntan por qué las estadounidenses y las feministas en Estados Unidos no se esfuerzan más en oponerse a las políticas de guerra y codicia de Bush. Agregan: después de todo, vuestro país es una democracia.

Por si no ha quedado claro quedado claro, me gustan los hombres afeminados y las mujeres, y me gustaría que los demócratas fueran un poco más afeminados. La gente afeminada es sensible a las vivencias específicamente racializadas y con una clara orientación de género, y dejan que su sensibilidad pluralice radicalmente sus opiniones. Lo que me devuelve a mi punto de partida. La guerra de Bush ha militarizado el discurso sobre los derechos de las mujeres con la finalidad de legitimar la guerra. Las mujeres en general han sido militarizadas y masculinizadas. Los horrores de Abu Ghraib delatan la ambigüedad de género y la confusión que caracterizan esta guerra. Las mujeres se han convertido en señuelos y actrices, en medio de la continua movilización para la guerra de esta administración. El odio puede leerse en y a través de los cuerpos de las mujeres. El partido que en la campaña electoral trató de humillar al Partido Democrata presentando a sus miembros como mujercitas castigadas en la cama es el mismo que dirige un gobierno que está al tanto de las torturas y vejaciones practicadas en Abu Ghraib, Guantánamo y Afganistán. Sí, es cierto: las estadounidenses deben apoyar a las mujeres que luchan en todo el mundo contra las vejaciones a las que se las y se nos somete.

Bush ganó las elecciones en 2004 a pesar de que Estados Unidos está perdiendo la guerra en Irak y de que resultó que no había armas de destrucción masiva; a pesar de que más de 360 toneladas de explosivos fueron robadas bajo las narices de los soldados estadounidenses; a pesar de que 18 soldados se hayan negado a cumplir órdenes porque no disponían de tanques adecuados, y a pesar de los in-

cesantes secuestros y decapitaciones. Pues bien, a pesar de todo eso, ganó Bush. Y los cuerpos de mujeres han servido para ocultar y manipular estas verdades. Apenas consuela saber que un año después, la opinión pública en Estados Unidos comenzó a mostrarse crítica con el presidente y su guerra, y que si no lo ha hecho antes es porque los demócratas están demasiado asustados para comportarse por fin afeminadamente.

Hillary Clinton, discretamente dedicada a renegar de cualquier compromiso con el feminismo, es el puntal en boga de la política señuelo en el Partido Demócrata. Tanto ella como Condi apuestan por la democracia imperial en nombre de sus respectivos partidos, mientras Renel Marc Gerecht, antiguo especialista de la CIA en Oriente Próximo, va por ahí diciendo que, después de todo, tampoco las estadounidenses podían votar en 1900. Y puntualiza: «Quiero decir que los derechos sociales de las mujeres no son indispensables para el desarrollo de la democracia».[40] El problema no es sólo Bush o los republicanos, sino las formas neoliberales de la masculinidad de género, que a menudo se encarnan en rostros de mujer.

Los señuelos de género le brindan a la democracia la oportunidad de desfilar travestida. A Hillary no le gustaba cocinar, era disciplinada y realista, mientras que de Bill recibíamos la imagen de un hombre fuera de control: comía demasiado, follaba demasiado, hablaba demasiado, vamos, era como una mujer. Laura Bush es la maestra de escuela: con buenos modales, centrada y abstemia. Es la esposa sumisa pero también el cerebro de la pareja. Bush pasea vestido de cowboy, y los machos parecen tontos y, bueno, eso, machos. Asistimos a la resexualización de la nación privatizada del capital global, pero ciertamente no a la desactivación de su género.

Desarticulación del feminismo imperial

Resulta verdaderamente difícil discernir en qué han cambiado para mejorar las vidas de las afganas y las iraquíes, desde la caída de los

40. Citado en Maureen Dowd, «My Private Idaho», *New York Times*, 23 de agosto de 2005, p. A17.

talibanes y el fin de Sadam Husein. En los dos casos se procedió a suprimir algunos aspectos de ambos regímenes tiránicos, pero ninguno ha sido destruido por completo. Más preocupante es lo que se está reconstruyendo en su lugar. En Afganistán, los talibanes vuelven a ejercer el poder, con terribles consecuencias para las mujeres y las niñas. Se exageró, de entrada, la importancia de algunos de los cambios inicialmente introducidos, especialmente en lo que respecta a las mujeres que viven en las zonas rurales. La pobreza y los crímenes atroces siguen siendo al pan cotidiano, además de la presencia de las tropas estadounidenses. Las mujeres siguen viviendo en zonas de guerra, muchas como refugiadas, y sus vidas están militarizadas.

La Constitución afgana adoptada en 2003 no menciona los derechos de las mujeres. Por el contrario, la Constitución de 1964 otorgaba a las mujeres el derecho a la educación, a la igualdad salarial y laboral y a la libertad de voto.[41] La más reciente carta magna rechaza la discriminación en todas sus formas, pero establece que «ninguna ley puede ser contraria a las creencias y disposiciones de la sagrada religión del islam».[42] Sin embargo, políticamente controvertido en quién recae la correcta interpretación del islam. El 99 por 100 de las afganas son musulmanas y, dado que muchas son fervientemente creyentes, también creen que sus derechos como mujeres están amparados por el Corán.

La milicia kurda femenina, fundada en 1996, es un grupo de milicianas que defendían la transformación del Kurdistán iraquí, un sector septentrional en Irak, en un enclave con autogobierno. Compuesto de 500 mujeres, este grupo apoyó la invasión estadounidense para desalojar a Husein, con peligro para sus vidas. Tanto en Irak como en Afganistán, el activismo de las mujeres cuenta con una larga y rica historia. Sin embargo, se sigue considerando que las mujeres de estas regiones son seres pasivos. Pero hay que saber que, en Afganistán, el velo en cualquiera de sus manifestaciones no formaba parte de las tradiciones o las costumbres locales. La historia del uso del chador o hi-

41. Amy Zalman, «Women, Citizens, Muslims», *Women's Review of Books*, vol. XXI, n.° 5 (febrero de 2004), p. 21. Véase también Sunita Mehta, ed., *Women for Afghan Women*, Palgrave, Nueva York, 2002.
42. Carolyn Maloney, «A Better Future for Afghan Women?», *Ms*, vol. XIV, n.° 1 (primavera de 2004), p. 33.

yab o burka es en realidad la de la imposición de género a las mujeres islámicas y/o musulmanas.

Ideas simplistas y distorsionadas de géneros homogéneos existen en todas las culturas y en los intercambios que establecen entre sí. Rara vez se es consciente de la importancia que para el impulso del movimiento de liberación de la mujer en Estados Unidos a comienzos de la década de 1970 tuvo el ejemplo de las vietnamitas que encabezaron las luchas anticoloniales en su país. No se ha reconocido esta deuda con las acciones anticolonialistas de los grupos de mujeres en Vietnam. En aquellos contactos desempeñaron un papel relevante el Frente de Liberación Nacional y asimismo el Sindicato de Mujeres de Vietnam del Norte. Mujeres vietnamitas como Nguyen Thi Binh fueron un modelo a seguir para las estadounidenses. El moderno feminismo vietnamita surgió de las luchas antiimperialistas de las mujeres contra el colonialismo.[43] Una lucha que también tuvo repercusiones para la conciencia de la necesidad de liberarse del movimiento feminista en Estados Unidos.

Durante la guerra de Vietnam, las feministas estadounidenses acogieron el activismo y el liderazgo de las vietnamitas en diversos frentes. Las feministas liberales apoyaron tempranamente la guerra, mientras que las socialistas se opusieron activamente al imperialismo de Estados Unidos. La política anticolonialista de las segundas dio forma a su concepción de la liberación de las mujeres. Sería deseable que este posicionamiento se rearticulara para detener las políticas neoliberales.

Hay que aprender también de las afganas y las iraquíes, comprometidas con una redefinición de la libertad y la igualdad de las mujeres en el marco del diálogo entre un islam progresista y el ejercicio no imperial de los derechos de las mujeres. Un diálogo que tiene lugar, a pesar de los bombardeos a autobuses en los que viajan mujeres encargadas de censar a los electores y de la militarización del debate mismo sobre el derecho al voto de las mujeres. Y que prosigue en medio de la corporativización de género mediante programas de belleza que cuestan millones de dólares, financiados por L'Oréal y Clairol para ayudar a las afganas a convertirse en «hombres de nego-

43. Elisabeth Armstrong y Vijay Prashad, «Solidarity Across Movements», en Riley e Inayatalluh, eds., *Interrogating Imperialism*.

cios». Soraya Nawabi, madre de seis hijos, aspira a inscribirse en este programa.[44] Estamos ante un proceso global. En China, la industria de los cosméticos representaba más de 24.000 millones de dólares en 2004.

Bush afirma que la liberación de 25 millones de afganas e iraquíes garantizará la democracia en esos países. Nunca dice qué entiende por liberación y democracia. En cambio, insiste en que todas las iraquíes viven hoy mejor porque las celdas de violación y tortura de Sadam Husein han sido clausuradas para siempre. Las violaciones y las torturas, sin embargo, continúan, con los viejos métodos de siempre y con otros nuevos. Mujeres activistas han sido acribilladas en las calles por extremistas islámicos. Atacaron a Zeena al-Qushtaini porque no iba vestida de manera tradicional y porque era madre soltera con dos niños a su cargo y un trabajo a tiempo completo. Cuando hallaron su cuerpo, tenía la cabeza cubierta con un pañuelo y el cuerpo vestido de negro, ninguna de cuyas prendas era suya.

Dicho lo cual, treinta y seis miembros del gobierno iraquí de transición eran mujeres, lo que representa un 16 por 100 del Consejo de Gobierno. Y la Organización por la Libertad de las Mujeres (OWF), dirigida por Yanar Mohamed, se opone al extremismo de la sharía en la nueva Constitución. Muchas iraquíes están en el ejército, y les preocupa que la nueva legislación permita que sus esposos decidan si tienen derecho o no a conservar su empleo. Una encuesta de *Newsweek* realizada en Irak en 2005 reveló que el 95 por 100 de las mujeres aprobaba la obtención de derechos legales para las mujeres, el 84 por 100 declaraba que quería disfrutar del derecho al voto, el 57 por 100 consideraba que no debían imponerse restricciones a las mujeres para acceder a puestos de trabajo, el 95 por 100 pensaba que debía existir igualdad completa de oportunidades en la educación, y el 80 por 100 abogaba por la participación sin límites de las mujeres en las asambleas nacionales.[45]

Las mujeres alistadas y enviadas a Irak tienen su propia visión de la guerra, como demuestran las cartas que nos han llegado de al-

44. Hamida Ghafour, «Opening Afghan Eyes with Mascara and Beauty Classes», *Los Angeles Times*.com, 4 de abril de 2004.
45. Babak Dehghanpisheh, Eve Conant y Rod Nordland, «Iraq's Hidden War», *Newsweek*, 7 de marzo de 2005, pp. 21-25.

gunas de las que han muerto en combate. Una de ellas escribía: «La vida aquí ha sido una verdadera locura durante la última semana más o menos... por favor, rezad por nosotros; esto de aquí provoca miedo... todo mi amor». Y esta otra: «Ojalá pudiera volver a casa. Los iraquíes están matando a todo el mundo. Esto es un infierno, no sé cómo hemos venido a parar aquí. ¿Estará Dios castigándome? ¿Qué he hecho mal?». Y una tercera: «En esta última semana he visto cosas que espero llegar a olvidar algún día, pero me temo que su recuerdo manchará mi memoria para siempre».[46]

La militarización de las mujeres adopta otras formas, también discordantes. La mitad de los 300.000 niños soldados del mundo son niñas. Se encuentran en Indonesia, Burundi, Irán, Somalia, Sri Lanka, Sudán, Turquía, Guatemala y El Salvador, por mencionar unos pocos países. Pertenecen a grupos armados insurgentes, a los que se han sumado generalmente para librarse de matrimonios forzosos y violaciones. Algunas buscan protección, otras se alistaron porque no tenían ninguna otra opción.[47]

Con otros objetivos en mente, la organización Mujeres que Viven bajo las Leyes Musulmanas (WLUML), en un comunicado al Foro Social Mundial de 2005, declara que los pueblos en todo el mundo deben unirse para luchar contra el fascismo de todos los fundamentalismos extremistas. Definen a los islamistas de derechas como la mayor amenaza fascista para la democracia en la actualidad. WLUML pide a los progresistas que no confundan el fundamentalismo de derechas con la religiosidad. A través de las atrocidades que comete, el fundamentalismo extremista impone silencio indebidamente, elimina físicamente a disidentes, escritores, periodistas, poetas y músicos e impone condiciones de terror en las vidas de la gente.[48] WLUML llama a la aparición de un movimiento popular democrático y antiteocrático, comprometido con el fin de la violencia contra las mujeres. Desde su punto de vista, no deben confundirse los luchadores islamistas con los movimientos de liberación nacional o las resis-

46. «Their Last Letters Home», *Glamour*, diciembre de 2004, pp. 172-174.
47. Dyan Mazurana, «Women in Armed Opposition Groups Speak on War, Protection and Obligations under International Humanitarian and Human Rights Law», informe de un taller organizado en Ginebra, 26-29 de agosto de 2004.
48. Disponible en: <http://www.wluml.org>.

tencias armadas, y los primeros, apoyados frecuentemente por Estados Unidos, deben ser considerados militantes de derechas.[49] Esta organización ha decidido oponerse activamente al «sistema de la guerra global» en Egipto, Turquía y todos los países de Oriente Próximo.

Nancy Hatch Dupree nos permite descubrir que los movimientos activistas de mujeres y los feminismos en Afganistán tienen su propia entidad e historia, que se remonta a la década de 1920. Han sido configurados por la mezcla de diversos elementos, de procedencia tanto tradicional y cultural como moderna. Muchas de sus activistas en medios rurales no han estado expuestas a la influencia de Occidente. El feminismo que construyen abarca la cultura tradicional, pero lo hace de una manera moderna. De las mujeres se espera que defiendan la solidaridad familiar, una realidad presente en diversas culturas. La guerra exige que las mujeres tengan muchos hijos, pero las convierte en refugiadas y emigrantes, no en miembros de hogares tradicionales. Son mujeres que en diferentes momentos de su historia han vestido el hiyab y el chadri por razones políticas, pero que no han dejado de manifestar su apego a las raíces culturales de su propia «modestia desde la dignidad».[50]

Los feminismos democráticos y su rechazo polisexual del género

Es tarea harto difícil determinar cómo se producen o dejan de producirse los cambios, o la manera en que los feminismos sufren alteraciones debido a los cambios que afectan el género. Saba Mahmood ha llegado a la conclusión de que la libertad no constituye una aspiración universal, tras haber analizado e interrogado «el sentido de las mediaciones» a través de la «gramática de los conceptos en los que ani-

49. Anissa Helie, «Occupied Territories/Occupied Bodies», ensayo inédito, mayo de 2005.
50. Nancy Hatch Dupree, «A Socio-Cultural Dimension: Afghan Women Refugees in Pakistan», en Ewan Anderson y Nancy Hatch Dupree, eds., *The Cultural Basis of Afghan Nationalism*, Pinter, Londres, 1990, pp. 128 y 130, y, de la misma autora, «The Women of Afghanistan», en *Writers Union of Free Afghanistan*, vol. 5, n.º 2 (abril-junio de 1990), pp. 30-41.

da». No estoy de acuerdo con ella. Aunque no creo que el concepto individualista y occidental de la libertad sea universal, sostengo que la aspiración a la libertad recorre el mundo entero, aunque con muy diversos significados. Es una aspiración que dista mucho de ser natural, pero que posiblemente sea lo que nos hace humanos. Hay diferentes conceptos de la libertad, ciertamente. Pero la libertad es todo salvo la «naturalización de la libertad concebida como ideal social». Más bien, es la politización de su propia necesidad.[51]

En un mundo de viajes y tecnologías globales, podemos encontrarnos sin necesidad de desplazarnos físicamente. Esto contribuye a la formación de comunidades humanas más vastas y complejas. En este contexto, las comunidades feministas y antirracistas se manifiestan y luchan a favor de modos de comprensión radicalmente diversos del género, y ocasionalmente también del sexo.

Es también cierto, no obstante, que el alcance del capital global ha hecho que las mujeres sean más diversas en términos económicos. En suma, las mujeres son hoy más diversas y versátiles, pero también menos iguales. Los cambios han hecho que el género pueda manifestarse más fácilmente como disfraz y señuelo. La diversidad, que el actual contexto histórico ha vuelto más visible, se ha vuelto una presa fácil para los proyectos imperiales.

El feminismo neoliberal, que ha descartado la liberación de las mujeres y ha optado por utilizar sus derechos en beneficio de la construcción del imperio, interviene en el actual paisaje político manipulándolo. Su concepción privatizada e individualista de las vidas de las mujeres no se centra en la igualdad, sino en la oportunidad. En medio de la plétora de manifestaciones diversas de género machista y de otros tipos, resulta difícil articular las diferentes modalidades del feminismo sin caer en el relativismo cultural o en el imperialismo universalizador. Hemos de aprender a apreciar y a respetar las enormes diferencias existentes, sin abandonar las demandas de justicia social que formulan las feministas antirracistas. Nada de esto es fácil.

La primera dama de Egipto, Suzanne Mubarak, declaró 2003 año de las mujeres egipcias. Diseñó un programa con cuatro puntos: sí a la educación, no al matrimonio precoz, no a la maternidad tem-

51. Saba Mahmood, *Politics of Piety*, Princeton University Press, Nueva York, 2005, pp. 10, 15 y 34.

prana, no a la ablación femenina.[52] La reina Noor de Jordania critica el gasto per capita en armamento de su país, mientras las jordanas son analfabetas y el 75 por 100 de sus habitantes viven en la pobreza. En Marruecos, Jordania y Turquía, las mujeres están pidiendo tener más control sobre sus vidas. Sin embargo, en todo el mundo —en Irán, Turquía, Estados Unidos, etc.— también prosperan los feminismos neoliberales y antifeministas de derechas.

Las mujeres palestinas han insistido desde el comienzo en situar su feminismo en el contexto de la guerra y contra ella. Con frecuencia se les ha denegado el estatus de género de mujer. En los puestos de control se les impide el paso sistemáticamente o se las obliga a esperar, incluso a las que están preñadas o se dirigen a un hospital en Nablus. Rula Ashtiya fue obligada a parir en el suelo, cubierta de sangre mientras su marido cortaba el cordón umbilical con una piedra. Su bebé falleció ese mismo día. La ocupación ha militarizado los cuerpos de las mujeres, los israelíes las han desfeminizado, y a veces redefinen su género en términos patriarcales imponiéndoles hábitos musulmanes.[53]

Las palestinas suelen declarar que nunca les han permitido escoger entre su lucha contra el patriarcado y su lucha contra el colonialismo. Han tenido que aceptar que hay una «batalla dual» contra los «obstáculos de la ocupación y los desafíos del patriarcado». Su lucha, parecida a la de muchas mujeres que resisten ante el colonialismo, han tenido que librarla en dos frentes: el del feminismo y el del nacionalismo, enfocando sus energías en la derrota del sionismo. La prioridad en su programa de acción siempre ha sido la mejora de la sociedad en su conjunto, lo que requiere una nación sin machismo. Es un feminismo orientado hacia la comunidad, que lucha para el mejoramiento de todos los palestinos y especialmente de las mujeres, que son las que soportan la carga más pesada.[54] Esta lucha «dos en una» desde hace tiempo ha inspirado a las feministas negras en Estados Unidos.

52. Kari Browne, «Status Report: Egyptian Women 2003», *Ms*, vol. XIII, n.º 3 (otoño de 2005), pp. 10, 15 y 34.
53. «Israel and the Occupied Territories: Conflict, Occupation and Patriarchy», informe de Amnistía internacional disponible en: <http://web.amnesty.org/library>.
54. Susan Muaddi Darraj, «Palestinian Women, Fighting Two Battles», *Monthly Review Press*, vol. 56, n.º 1 (mayo de 2004), pp. 24-25 y 28.

Los socialistas españoles han declarado que la igualdad de las mujeres será su principal prioridad en los próximos años. En Ruanda, tras el espantoso genocidio que se saldó con millones de muertos, muchos puestos de la administración están en manos de mujeres, a menudo en las de quienes hicieron servir sus machetes. En las elecciones al Parlamento de Irán de 2004, los halcones aspiraban a suprimir las reformas progresistas en temas como el vestido de las mujeres, el derecho al divorcio, el acceso al trabajo, y algunos de los políticos que propugnan estas políticas son mujeres. Mientras, la realidad es que dos terceras partes de la población iraní tiene menos de treinta años y más del 60 por 100 de los estudiantes universitarios del país son mujeres que aspiran a disfrutar de derechos laborales y legales.[55] No va a ser fácil acallar las voces de las iraníes, muchas de las cuales son musulmanas.

Patricia McFadden, que escribe en tanto que feminista «que le gusta ser africana», declara que el futuro de África depende del activismo político de sus mujeres y de su «abarcadora concepción de la democracia, los derechos humanos, la dignidad de todas las personas, el respeto y la abolición de las humillaciones, y la integridad del cuerpo humano y el reconocimiento de que es un todo integral». Esta mujer lucha contra la militarización de su continente y trabaja para que «África sea un espacio más amable para las mujeres y para los africanos».[56] La surafricana Bernedette Muthien dirige sus críticas contra la polarización heteropatriarcal de los géneros y aboga por una reformulación de «las violencias de la homofobia patriarcal poscolonial».[57] Su concepción libertadora de las opciones sexuales y de género define sus compromisos políticos, radicalmente democráticos.

Idan Halili, una israelí de diecinueve años, se convirtió en la primera mujer objetora de conciencia de su país. Defiende el derecho a

55. Nazila Fathi, «Iran Moves to Roll Back Rights Won by Women», *New York Times*, 19 de septiembre de 2004, p. A17.
56. Patricia McFadden, «Issues of Gender and Development from an African Feminist Perspective», Conferencia pronunciada en el Center for Gender and Development Studies, Universidad de las Indias Occidentales, Bridgetown, Barbados, noviembre de 2000. Disponible en: <www.wworld.org/programs/regions/africa>.
57. Bernedette Muthien, «Queerying Borders: An Afrikan Activist Perspective», disponible en <info@engender.org.za>. De próxima publicación en *Journal of Lesbian Studies*, 2007.

no cumplir el servicio militar obligatorio basándolo en sus convicciones feministas: equipara la supremacía masculina en el ejército israelí a la cultura de acoso sexual y marginación de las mujeres imperante en esta institución, y declara que estos principios son opuestos a sus convicciones. Para defenderlas, se atrevió a oponerse al uso de la violencia y fue encarcelada.[58]

Un grupo de mujeres iraníes veladas con el hiyab se manifestó en apoyo al programa nuclear de su país, en las inmediaciones de la planta de tratamiento de uranio de Isfahán, en agosto de 2005. Estas mujeres son todo salvo pasivas. Son activas defensoras del programa nuclear militarista de Irán. Y es que los géneros pluralizados desfilan en todo el mundo con sus tatuajes, ombligos al aire, pulseras de tobillo, chadores, burkas negros y azules... y zapatos de tacón. Las variantes del género son infinitas, y aparecen disfrazadas de señuelos y promesas.

Wangari Matthai, en su discurso de recepción del Premio Nobel de la Paz 2004 en Oslo, agradeció al jurado que la había distinguido por ampliar y engrandecer el concepto de paz de modo que pudiera incluir los problemas medioambientales. Declaró que aceptaba el premio en nombre de los pueblos de Kenia y de África, «especialmente atentos a las mujeres y las niñas». Señaló la importancia de la gobernabilidad democrática, los derechos humanos y la protección del medio ambiente, dejando claro que están interconectados. Afirmó que «no puede haber paz sin un desarrollo equitativo, y no puede haber desarrollo sin una gestión sostenible del medio ambiente, en un espacio democrático y pacífico». Hizo un llamamiento a los líderes políticos, especialmente dirigido a los africanos, para que «amplíen los espacios democráticos y construyan sociedades equitativas y justas, capaces de incentivar la creatividad y las energías de sus ciudadanos».[59] Es significativo, aunque no fundamental, que esta voz se expresó desde un cuerpo de mujer.

Para Valentine Moghadam, el feminismo hoy es una respuesta al capital global y al fundamentalismo islámico; el rechazo del capitalismo neoliberal y el fundamentalismo patriarcal. En su obra, documenta las sorprendentes redes feministas transnacionales que militan

58. Cf. <www.refusersolidarity.net>.
59. Cf. <http://nobelprize.org/peace/laureates/2004/index.html>.

actualmente en contra de las imposiciones del militarismo.[60] El empeño de estos movimientos consiste en acabar con la privatización económica y existencial y en brindar apoyo a la creación de nuevas responsabilidades públicas que integren los más recientes avances en la definición de la libertad y la justicia igualitarias en los planos sexual y de género.

El capital global tanto como el extremismo islámico están infiltrados por estructuras de género patriarcales. Estoy convencida de que los feminismos que hoy se manifiestan en el mundo son los catalizadores de la reacción a este estado de cosas y, a la vez, la solución al mismo. Esto quiere decir que la democracia y su relación con los feminismos del planeta han de ocupar el centro de cualquier redefinición de un concepto de justicia para todos que sea sexualmente libre y racialmente diverso. Y también quiere decir que hay que poner fin a la militarización como método de modernización, y que es preciso renovar el compromiso con nuevas formas de vida más humanas que excluyan la petrificación de los cuerpos sexuales y su diverso potencial de género. Liberados de los guiones de género masculinos, los hombres y las mujeres serán capaces de promover estos cambios.

Un mundo radicalmente democrático como el esbozado estaría habitado por hombres y mujeres dotados de estructuras de género renovadas y justas. La versatilidad del sexo y el género conduce a una maleabilidad situada en las antípodas de las versiones estáticas/homogéneas del hombre y de la mujer. Hay una especie de justicia en el hecho de que las políticas de nuestro tiempo, caracterizado por la militarización global del patriarcado racializado y capitalista, sean tan voraces y obscenas que acaben exponiendo sus propias vulnerabilidades.

Aunque es cierto que vivimos inmersos en un tiempo de cibertecnologías en el que es más fácil explotar los cuerpos de las mujeres en beneficio de la construcción del imperio, ese mismo fenómeno tiene el suficiente potencial para precipitar su caída. El mismo sistema que ha sido capaz de generar una gran variedad de señuelos, desde niñas trabajadoras y soldados hasta mujeres presidentas y secretarias de Estado, ha demostrado que el género y sus plasmaciones sexuales no

60. Valentine Moghadam, *Globalizing Women; Transnational Feminist Networks*, Johns Hopkins, Baltimore, 2005, pp. 14 y 52.

son homogéneos. Aunque el esfuerzo que requiere es titánico, existen nuevas posibilidades de cambio inscritas en la diversidad de género que se manifiesta globalmente. Una promesa de justicia social y democracia plena de sentido reside en la creencia, polisexuada mas no determinada por el género, en la capacidad de actuación de los feminismos socialistas y no racializados en el mundo de hoy. En suma, hay motivos de sobra para la esperanza. Y mucho trabajo por hacer.

Índice analítico